Offside

AMOR INESPERADO



ISABEL
MARTÍNEZ

Offside

AMOR INESPERADO

ISABEL
MARTÍNEZ

Título Original: Offside. Amor Inesperado.
© Isabel Martínez, 2026
Ilustración: Claudia Bonet (@clauins_)
Producción: IN! Ediciones
Primera edición: 15 de enero de 2026

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra total o parcialmente, sin previo consentimiento de la autora. Todos los derechos reservados.
Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en la obra son fruto de la ficción y la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas o acontecimientos reales es mera coincidencia.
Las menciones a otras obras o personajes, se han utilizado única y exclusivamente para darle realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.
Depósito legal:

Offside

AMOR INESPERADO

Este libro contiene escenas sexuales explícitas
y consumo de alcohol y drogas.

Para mi yo de doce años, que soñaba con publicar
sus historias algún día: lo has conseguido.

Y para ti, papá, que te fuiste demasiado pronto.
Ojalá hubieras podido leerme.

1
Easton



—¿Y si vamos arriba? Esta vez dejaré que te corras en mi cara.

«Joder».

Vale, aunque odie admitirlo, la propuesta de Claire es tentadora. Tanto, que casi me parece un pecado rechazarla. Y más con esa carita de muñeca que tiene...

Pero la rechazo.

Esta noche no he bebido lo suficiente, por no decir que no he bebido nada (porque a dos cervezas y a medio vaso de vodka no se le puede llamar beber), y sin el alcohol necesario en mi sistema y con un dolor de cojones en la rodilla, no estoy de humor para aguantar a Claire después del polvo.

No quiero sonar como un capullo, pero Claire tiene la molesta manía de preguntarme qué somos en cuanto termina de correrse. Y precisamente, ese es el problema: no somos nada.

Nos enrollamos por primera vez el mes pasado, en una fiesta de inicio de curso, y desde entonces hemos seguido haciéndolo, aunque de forma intermitente. La mayoría de las veces en fiestas, otras en su cuarto, en mi coche... y en un montón de sitios más que no recuerdo porque, o estaba muy borracho, o puesto de pastillas antiinflamatorias hasta el culo.

—Vamos, East. Te prometo que lo pasaremos bien —ronronea en mi oído —. Muy, pero que muy bien —insiste, juguetonamente, mientras cuela una mano bajo mi camiseta y con el dedo índice empieza a trazar pequeños círculos sobre mi abdomen.

—Claire... —le advierto en un jadeo, con la voz ronca y entrecortada. Me cuesta encontrar las palabras cuando está prácticamente sobándome el paquete.

Ella ignora mi advertencia, se despega del respaldo del sofá y se inclina hacia a mí. Desde esta nueva posición, tengo una vista perfecta de su escote, el cual deja bastante poco a la imaginación.

—Llevo mojada desde que te vi entrar por la puerta —gimotea contra mis labios.

«Joder, joder, joder».

Dejo caer la cabeza hacia atrás e inspiro profundamente, sintiendo cómo cada músculo de mi cuerpo se tensa. En especial en la parte baja, donde parece haberse concentrado toda la sangre que me circula por las venas.

Uno de los grandes problemas de acostarte muchas veces con la misma tía, no es solo que al final acaba pillándose y haciéndose falsas ilusiones, sino que le das la oportunidad de aprender exactamente lo que te gusta. Para luego, claro está, utilizarlo en tu contra. Y Claire sabe de sobra lo mucho que me gusta que se ponga en plan guarrilla, algo que no pega para nada con su imagen de niña pija y estirada.

De hecho, las guarradas que está susurrándome al oído me la han puesto tan dura que estoy empezando a considerar dejar de lado el hecho de que me montará un pollo al terminar y me exigirá que «lo hagamos oficial», acceder a su propuesta y follármela contra el lavabo del baño de arriba.

Sí, la verdad es que suena bien.

Estoy decidido a aceptar, hasta que Claire entrelaza su mano libre con la mía, en plan parejita, y me corta el rollo por completo.

El calentón se me baja de golpe, literalmente, como si acabaran de echarme un cubo de agua helada, y siento la imperiosa necesidad de quitármela de encima y correr lo más lejos posible.

Sin importarme si soy sutil o no, me deslizo lentamente por el sofá hasta quedar fuera de su alcance. Luego, me pongo de pie y me coloco el paquete disimuladamente.

Claire se queda sentada, con las rodillas juntas y las manos entrelazadas en el regazo, fulminándome con la mirada. Al ver que no reacciono, eleva una ceja perfectamente depilada y se cruza de brazos, como instándome a decir algo.

En ese preciso instante, me doy cuenta de que la he cagado y de que la culpa es mía por dejarme enredar. Ahora tengo que devanarme los sesos para decir algo que no hiera demasiado sus sentimientos ni me haga quedar como un auténtico cabronazo.

Tras unos segundos de reflexión, en los cuales parece que ella se ha impacientado todavía más, llego a la conclusión de que diga lo que diga voy a sonar como un capullo.

Así que lo mejor es optar por la vía fácil.

—Necesito tomar el aire. Nos vemos luego —suelto rápidamente. Aunque, por supuesto, no tengo ninguna intención de verla luego.

Claire niega con la cabeza y deja escapar una risa irónica, cargada de incredulidad.

La observo mientras se levanta del sofá, aún con esa sonrisa agridulce en los labios, y acorta la poca distancia que nos separa.

Cuando está tan cerca que puedo olor su perfume de nuevo, eleva la barbilla y me atraviesa con la mirada. Me apuñala, mejor dicho. Si las miradas de verdad mataran, ahora mismo estaría muerto y enterrado a dos metros bajo tierra.

—¿Sabes qué, Easton? A tomar el aire no sé, pero a la mierda sí que te puedes ir —me espeta, furiosa—. Eres un capullo y un puto inmaduro, y no quiero volver a saber nada de ti —continúa, estirando el brazo para coger un vaso de plástico medio vacío que hay sobre la mesa. Antes de tirármelo por encima, añade—: Que te jodan.

Lo siguiente que sé es que estoy cubierto de un líquido negro y pegajoso que, por el olor, diría que es ron.

Claire se da la vuelta, golpeándome en la cara con su larga melena castaña, y desaparece entre la multitud, dejándome plantado en medio del salón.

Por suerte, las luces de la bola de discoteca que ilumina la estancia son tan pobres y la música está tan alta que nadie parece haber notado nuestro bochornoso espectáculo. Cosa que agradezco, porque estoy seguro de que los chicos del equipo me lo habrían recordado y habrían hecho bromas sobre ello durante al menos los dos próximos meses. Y no es por nada, pero ya tengo suficiente drama en mi vida. No necesito a los chavales cachondeándose de mis desgracias.

Maldita Claire.

«Aunque la culpa es mía por seguirle el rollo», me recuerdo.

Nota mental: buscarme un rollo nuevo.

Tratando de controlar mi mal humor, me limpio los restos de ron de la cara con el dorso de la mano y maldigo al ver cómo en mi camiseta se empiezan a formar dos enormes manchurrones negros. Menos mal que he traído la chaqueta del equipo, que tiene mi apellido, Caldwell, y mi número, el cuatro, grabados en la espalda.

Me la pongo rápidamente, me bebo lo que queda de mi vodka de un trago y salgo pitando hacia la salida.

Por el camino no me cruzo con ninguno de mis colegas, así que asumo que estarán por ahí con alguna tía o fumando hierba en el sótano. La fiesta está en

su máximo apogeo y la casa está tan llena que tengo que abrirme paso a codazos para salir de aquí.

Normalmente me gusta ser el anfitrión, es divertido y tiene sus privilegios, como elegir la música o a quién dejar entrar. Pero ahora que veo todo este caos y pienso en lo mucho que tendrán que limpiar mañana los que viven aquí, se me quitan las ganas de organizar ninguna fiesta.

Una corriente de aire helado me recibe en cuanto salgo al porche. Aunque aún estamos a principios de octubre, en Alaska ya hace el frío suficiente como para que se te hielen las pelotas si te da por ponerte a mear en el jardín.

Por suerte no voy tan borracho, porque con la rodilla totalmente jodida, lo último que necesito es que se me joda también el rabo.

Cierro los ojos y respiro hondo, permitiendo que el aire llene mis pulmones. Es reconfortante en cierto modo. E irónico, teniendo en cuenta que estoy a punto de fumarme un cigarro.

Mientras observo a un grupo de chavales que beben a lo lejos, junto a los coches aparcados en la entrada, saco un paquete de tabaco del bolsillo trasero de mis tejanos. Luego, rebusco en el bolsillo interior de la chaqueta hasta que encuentro el mechero que me regaló Theodore el año pasado por mi cumpleaños.

Sonrío cuando lo tengo en mis manos.

El mechero tiene la forma del cuerpo de una mujer, y justo donde sale la llama, están los pechos. De este modo, cuando acercas el cigarro para encenderlo, parece que se lo estás metiendo directamente entre las tetas.

Sí, lo sé, podría haberme regalado una sudadera de Nike o unas pesas, pero Theo pensó que esto y una borrachera eran mejor opción. No se equivocó, la verdad. Sudaderas de Nike tengo muchas, mecheros con tetas... Eso sí que es original.

Un fuerte pinchazo en la rodilla izquierda me trae de vuelta a la realidad, recordándome lo hecho polvo que estoy.

Aprieto los labios, ahogando un gruñido de dolor.

Entre la hora y media que pasé en el gimnasio hoy por la tarde y la fiesta, tengo la rodilla reventada. Sé que debería tomármelo con más calma, no forzarme tanto, pero estoy harto de sentirme inútil.

Harto de no ser yo.

O, al menos, el yo que era antes de la lesión.

Para que la dichosa rodilla deje de quejarse, decido sentarme en las escaleras del porche. Al hacerlo, me doy cuenta de que no estoy solo. Hay una chica sentada en el último escalón. Joder, ¿cómo no la he visto antes? Quizá por lo

pequeña que es. En serio, es diminuta. Al lado de mi metro noventa y mi cuerpo de atleta, parece una hormiguita.

No le veo la cara, pero sí la larga melena caoba recogida en una trenza que serpentea por su espalda. Está encogida, abrazándose a sí misma y temblando como un flan. Aunque no me extraña, con lo microscópica que es y llevando solo una minifalda y un top de tirantes, es normal que esté congelándose. Tengo frío hasta yo, y eso que soy un puto tanque.

Por alguna razón, me siento en el mismo escalón que ella, el más bajo, pero dejando cierta distancia entre nosotros. Aunque ella estaba aquí primero, a mí me urge más estar. Si vuelvo dentro y me cruzo con Claire, seguro que me la cortará en pedacitos y se los dará de comer a sus hermanas de la sororidad.

Un escalofrío me recorre la espalda y sacudo la cabeza, intentando alejar esa terrible imagen de mi mente.

Nota mental dos: en serio, buscarme un rollo nuevo.

Respiro hondo, tratando de calmarme, y doy una calada al cigarro, desesperado por meter algo de nicotina en mi sistema. Tras retener el humo unos segundos, lo expulso lentamente y veo cómo enseguida empieza a mezclarse con el vapor que sale de mi boca debido al frío, formando una pequeña nube densa y blanquecina.

De repente, una tos me sobresalta.

Me giro y descubro que la nube de humo ha ido a parar a la chica, provocándole un ataque de tos. Casi parece que se esté ahogando. La hostia, igual sí se está ahogando. No lo sé, pero empiezo a preocuparme cuando noto que le falta el aire.

—Oye, ¿estás bien? —pregunto inclinándome hacia ella. Asiente con dificultad—. ¿Seguro?

—Estoy bi-bien —jadea entrecortadamente, entre tos y tos, mientras agita una mano frente a su cara para dispersar el humo.

Hago lo mismo, y cuando mi mano entra en su campo de visión, gira la cabeza para mirarme. Y juro que, si no estuviera sentado, me habría caído de culo.

La chica es una belleza. Jodidamente preciosa.

Incluso bajo las tenues luces del porche, consigo distinguir el color de sus ojos. Son azules, pero no cualquier tono de azul. El suyo es una mezcla de varias tonalidades, desde los más claros hasta los más oscuros, entremezclados y difuminados en sus iris.

Jamás en mi vida he visto unos ojos como estos.

El resto de su cara también es bonita. Siendo sincero, toda ella lo es. Habría que estar ciego para no verlo.

Tiene los labios en forma de corazón, chiquititos, rosados y carnosos. Brillan, por lo que deduzco que debe llevar algún *gloss* de esos con purpurina y sabor a fresa que les flipan a las tías. Su nariz también es pequeña, respingona, y está salpicada de pecas. Aunque, en realidad, tiene pecas por todos lados. Sobre todo en las mejillas y en el puente de la nariz, pero también algunas dispersas por la frente y el cuello. Si la vieras de lejos seguramente no se notarían, pero a esta distancia se distinguen perfectamente.

Mierda, sin darme cuenta he acortado la distancia que nos separa y ahora mi cuerpo gigantesco la está acorralando contra la barandilla.

Va a pensar que soy un pervertido.

Rápidamente me recompongo y me echo hacia atrás, deslizándome sobre el escalón de madera hasta estar a una distancia prudencial. Una vez que dejo de invadir su espacio personal, la escucho soltar un pequeño suspiro de alivio.

Genial, sí que ha pensado que era un salido.

Cuando creo que está a punto de marcharse para huir lo más lejos posible de mí, su voz, suave y calmada, me llega a los oídos.

—¿Sabías que fumar reduce considerablemente la esperanza de vida? Se estima que, en promedio, fumar puede restar entre diez y quince años de vida a una persona —me informa, como si fuera mi puto médico de cabecera sermoneándome por mis malos hábitos—. Y, por supuesto, también es malo para tus pulmones. Especialmente si practicas deporte. —Con un leve gesto de cabeza señala mi chaqueta—. Deberías plantearte dejar de fumar si quieres tomarte en serio el hockey y...

¿Tomarme en serio el hockey? La muy sabelotodo no tiene ni idea de lo que está hablando.

—Escucha, listilla —la interrumpo bruscamente—. He tenido un día de mierda. Una semana de mierda, de hecho, y lo único que quiero es disfrutar de mi cigarro en paz. ¿Crees que es posible? ¿Podrías cerrar el pico y dejar que me destroce los pulmones tranquilamente?

Pasan varios segundos en los cuales ella no dice nada, simplemente se limita a mirarme con esos dos océanos que tiene por ojos. Después de lo que me parece una eternidad, aparta la mirada, y yo hago lo mismo.

Sin embargo, cuando la miro de reojo, no puedo evitar fijarme en lo mucho que tiembla. Su cuerpo entero se estremece. Y eso me hace preguntarme: ¿qué demonios está haciendo aquí afuera sola? ¿No tiene amigas o algún novio con el que enrollarse?

Apuro el cigarro y me paso una mano por la frente, tratando de ignorar esos pensamientos absurdos. Lo que esté haciendo aquí no es asunto mío. Quizá

está tomando el aire, o esperando a alguien, a saber. Lo que está claro es que no me incumbe.

La escucho toser de nuevo, pero esta vez no es culpa de mi cigarro, el cual remato y aplasto contra el suelo. Esta vez estoy seguro de que es por el frío.

«No te metas. Si tiene frío, que mueva su culo bonito y vuelva dentro».

De hecho, yo sí que debería volver dentro, pillarme un buen pedo y rezar porque a Claire se le haya pasado el cabreo y siga en pie lo de correrme en su cara.

Decidido, me levanto y subo los pocos escalones que me separan de la puerta de la entrada, pero antes de que pueda atravesarla, otro maldito estornudo me detiene. ¿Quién estornuda así? Parece un cachorrito abandonado bajo la lluvia.

«No es mi problema», me repito. Pero es inútil, porque sin ser consciente, ya estoy volviendo hacia ella.

—Toma, te vas a resfriar. —Me quito la chaqueta y se la paso por los hombros.

Ella da un respingo, sobresaltada, pero no se aparta al descubrir que soy yo.

—Gracias —murmura con la vista clavada en sus zapatos—. Aunque pensaba que querías que te dejara... —Se lleva una mano a la barbilla y finge pensar—. ¿Cómo era? Ah, sí, destrozarte los pulmones tranquilamente.

Me muerdo la lengua para no decir algo desagradable y, en su lugar, suelto un suspiro.

—Con un «gracias» habría bastado.

La chica levanta la cabeza y me mira con el ceño fruncido, pero antes de que pueda decir algo, la puerta se abre de golpe y dos personas salen caminando a trompicones, empujándome al pasar por mi lado.

Me tambaleo y me agarro a la barandilla de las escaleras, evitando una caída fatal casi de milagro.

—Ya la tengo, Hailee —dice un chico pelirrojo, bastante excéntrico, con una camisa casi tan roja como su pelo y unos pantalones a cuadros ridículos—. No te imaginas lo que me ha costado encontrarla.

Joder, si hasta lleva una pajarita. ¿Quién cojones lleva pajarita en una fiesta universitaria?

La chica de los ojos espectaculares, que ahora sé que se llama Hailee, se pone de pie y me regala unas vistas más que decentes de su culo y sus bonitas piernas.

No le quito el ojo de encima mientras corre hacia su amigo para ayudarle a sostener a una rubia medio inconsciente con pintas de haberse pasado con la bebida. Está apoyada contra el hombro del pelirrojo, con los ojos cerrados, y

tiene una enorme mancha en el vestido que, a juzgar por la textura y el color, deduzco que es vómito.

Probablemente suyo, espero.

—¡Ay, mi madre! —exclama Hailee, sujetando a su amiga por el otro brazo —. ¿Pero cómo ha acabado así?

El pelirrojo se encoge de hombros y la mira como diciendo: «¿Y yo qué sé?».

—Ni idea. La última vez que la vimos estaba bebiendo una cerveza, pero ya sabes que de ahí pasó al vodka, luego a los chupitos de tequila y luego... — Hace una pausa mientras echa un vistazo a la mancha en el vestido de su amiga —. Bueno, la encontré vomitando en una maceta del pasillo.

Hailee deja escapar un gemido.

—Ay, Dios... A ver quién la aguanta mañana con resaca —se lamenta.

—Por suerte, yo no —responde el pelirrojo con una risita—. Por cierto, ¿has pedido el Uber?

—Sí, estará al caer.

El pelirrojo asiente y pasa su brazo libre alrededor de la cintura de la rubia, recargando todo el peso de esta sobre él. Supongo que se ha dado cuenta de que Hailee es tan enclenque que no le estaba sirviendo de mucha ayuda.

De pronto, la borracha empieza a balbucear la letra de una canción que no conozco y a querer zafarse del agarre de su amigo.

—Vámonos de aquí —suplica él, arrastrándola por el camino empedrado que lleva hasta la carretera—. Antes de que le dé por ponerse a vomitar en el jardín.

Hailee mira a su amigo, luego a mí, y después a su amigo otra vez.

—¿No encontraste mi chaqueta? —le pregunta a gritos.

—Oh, sí la encontré —responde él en tono divertido, sin detenerse—. La tenía puesta una muñeca hinchable. Una que estaban usando, Hails —aclara—. No pensé que quisieras recuperarla.

Ella suelta un gemido de frustración y deja caer los hombros.

—Puedes quedártela —digo sin pensar, sorprendiéndome de mis propias palabras. Me mira con confusión, así que puntualizo—: Mi chaqueta, puedes quedártela. Yo no la necesito.

Entonces me atraviesa con la mirada, entre sorprendida y recelosa, antes de asentir. Después de unos segundos en silencio se da la vuelta, dispuesta a marcharse con sus amigos.

Pero algo la detiene.

—¿Te gusta el coco? —pregunta de repente, volviéndose para mirarme.

—¿Por qué? —Entrecierro los ojos y le lanzo una mirada dubitativa.

Una sonrisa divertida se forma en sus labios.

—Ya lo averiguarás.

Sin decir nada más, se marcha corriendo hacia su amigo, que está sentado en la acera esperando mientras la borracha duerme encogida a su lado.

A medida que la veo alejarse, solo puedo pensar en dos cosas: en el culo tan perfecto que tiene y en lo bien que le sienta la jodida chaqueta.

2
Hailee



—No vuelvo a beber —gimotea Montana entrando en la cocina con su pijama de satín rosa, el pelo revuelto y cara de resaca.

—Dijiste eso la última vez —le recuerdo antes de llevarme una cucharada de yogur a la boca—. Y la anterior a esa. Y la anterior de la anterior...

Mi amiga se deja caer en la silla a mi lado y me hace un gesto para indicarme que me calle.

—Esta vez lo digo en serio. —Se lleva las manos a la cabeza y suelta un gemido—. ¿Qué pasó anoche, Hails?

Sin que me lo pida, me levanto y empiezo a prepararle una infusión. Sé que la va a necesitar.

—¿Quieres la versión corta o la larga? —pregunto mientras dejo una aspirina y un vaso de agua a su lado.

—La menos bochornosa.

Cuando la tetera suelta un pitido, le sirvo una taza de té antes de sentarme y comenzar a contárselo todo. Al menos, todo lo que sé. Que gracias a nuestro amigo Alex y a su amplia red de contactos, es bastante.

—Al poco de llegar a la fiesta te encontraste con Owen Sanders y te invitó a una cerveza.

Montana asiente débilmente, pero se detiene de golpe, hace una mueca de dolor y se masajea la sien.

—Sí, de eso me acuerdo. —Da un trago a la infusión y me mira expectante —. ¿Qué pasó luego?

—Te fuiste con Sanders y otros chicos del equipo de baloncesto mientras Alex y yo fuimos al salón a bailar un rato. Pero ya sabes lo sociable que es Alex... —Asiente otra vez—. El caso es que se encontró con unos compañeros de su clase de Edición y Montaje y nos terminaron liando para que jugáramos al *beer pong* con ellos.

—Ya, pero ¿qué estaba haciendo yo?

De pronto, se gira con brusquedad, derramando parte de la bebida sobre la mesa, y me mira con una expresión de pánico.

—No me enrollé con Owen, ¿verdad? Por favor, dime que no me enrollé con él. Me juré a mí misma que no volvería a hacerlo, no después de aquella vez que iba tan borracho que casi me vomita encima.

—No te liaste con Sanders —la tranquilizo, y sus ojos marrones se llenan de alivio.

—Menos mal —exhala llevándose una mano al pecho—. Vale, puedes seguir.

Tomo otra cucharada de mi *bowl* de yogur con arándanos y avena antes de continuar.

—En algún momento de la noche, Caleb Martínez se unió a nuestra partida de *beer pong*.

—¿Caleb el compañero de apartamento de Owen? ¿El alero?

—Sí, ese. —Me pongo de pie y meto el bol, ya vacío, en el lavavajillas, que está lleno. Después de encenderlo, vuelvo a sentarme junto a Montana—. Nos contó que algunos chicos del equipo habían empezado a hacer comentarios sexistas sobre lo mal que aguantan las mujeres el alcohol, y tú, que ya te habías bebido unos tres vasos de vodka, te enfadaste y los retaste a ver quién podía beber más chupitos seguidos.

—Y ahí entró en juego el tequila —añade Montana, resignada, porque ya sabe la respuesta.

—Ahí entró en juego el tequila —confirmo, dándole unas palmaditas en la espalda.

Ella cierra los ojos e inspira hondo, como si estuviera tratando de encontrar las fuerzas para seguir.

—Vale, ¿y después de eso?

—En cuanto Caleb mencionó los chupitos de tequila, supimos que la cosa iba a acabar mal, así que Alex fue a buscarte mientras yo esperaba al Uber.

Hago una pausa momentánea, dándole tiempo suficiente para asimilarlo todo.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? —Me mira y sonríe complacida—. Pues no es para tanto, pensé que iba a ser mucho peor. Si lo más estúpido que hice fue una ridícula competición de tragos con el equipo de baloncesto, no puedo quejarme.

Agacho la cabeza y empiezo a juguetear nerviosa con un hilo de mi pijama.

—En realidad, hay más. Lo que te he contado es lo que Alex y yo sabíamos. Pero...

—Pero ¿qué? —me corta, visiblemente alterada.

—Ya sabes que Alex es muy sociable —repito—. Y que...

—Sí, sí —vuelve a interrumpirme—. Tiene muchos contactos. Al grano, Hails. ¿Qué hice?

—Bueno... —Levanto la cabeza y me encuentro con su mirada, horrorizada, que coincide con la mía, de lástima—. Mientras Alex estaba buscándote, que estuvo un buen rato, terminaste la competición de chupitos y decidiste bajar al sótano a... Para...

Montana abre los ojos de par en par y me sacude bruscamente por los hombros.

—¡¿Para hacer qué, Hailee?! —pregunta presa del pánico.

—¡Para fumar! —suelto de golpe—. Unas chicas del grupo de estudio de Alex te vieron y nos lo contaron mientras esperábamos al Uber.

—¿Fumar? —repite con incredulidad—. ¿Fumar qué?

La expresión en su mirada deja claro que sabe de qué se trata, pero sigue albergando una pequeña esperanza de no estar en lo cierto.

Ay, Montana...

Decido contestarle y no alargar más su sufrimiento. Al fin y al cabo, esto es como quitarse una tirita: mejor del tirón.

—Para fumar hierba.

Montana abre y cierra la boca varias veces, como si quisiera decir algo pero no encontrara las palabras adecuadas.

—Además, te enrollaste con Theodore Westfield —continúo, porque ya puestos a arrancar la tirita, mejor arrancarla del todo—. Sí, eso también nos lo contaron.

Por un momento, me da miedo que mi amiga esté sufriendo un ataque de pánico. ¿Puede alguien perder el habla temporalmente?

—¿Montana? —la llamo—. ¿Estás bien?

Nada, no reacciona. En su lugar, se queda un buen rato observando la pared, con la mirada perdida. Minutos después, sin decir una palabra, se levanta y sale de la cocina, dejando la taza de té a medias sobre la mesa. No puedo hacer otra cosa que seguirla hasta la sala de estar, donde las dos nos dejamos caer en el sofá.

—¿Has dicho Theodore Westfield? —pregunta después de un largo silencio —. ¿El jugador de hockey?

—Sí, el jugador de hockey.

Cuando confirmo su peor pesadilla, se cubre la cara con las manos, suelta un gemido lastimero y echa la cabeza hacia atrás. Parece derrotada, y estoy segura de que debe de sentirse fatal.

Por lo poco que sé, Montana tiene una historia con los jugadores de hockey. No conozco todos los detalles, ya que apenas habla del tema, pero en el

instituto tuvo un problema serio con uno de ellos. Algo que la marcó. Desde entonces, no los soporta. De hecho, suele evitar cualquier contacto con ellos.

—En serio, Hails, no vuelvo a beber.

Aunque Montana y yo solo llevamos dos años siendo amigas, la conozco lo suficiente como para saber que eso le va a durar un par de días, hasta la próxima fiesta. Sin embargo, decido no replicar y, en su lugar, la envuelvo en un abrazo reconfortante y dejo que apoye la cabeza sobre mi hombro.

No sé cuánto tiempo pasamos así, con mi mano acariciándole el pelo mientras le enumero las razones por las que no debería sentirse mal por haberse enrollado con Theodore Westfield, cuando, de repente, ella da un salto, como si su sitio tuviera un resorte, y me mira con los ojos y la boca completamente abiertos.

—Hablando de idiotas que juegan al hockey, ¿con cuál te liaste tú?

—¿Yo? ¿De qué hablas? —Estira el brazo y señala algo a mis espaldas.

Me doy la vuelta y miro en la dirección señalada, solo para darme cuenta de que ella ya se ha levantado del sofá y corre hacia la entrada.

—¿Me puedes explicar qué es esto? —pregunta descolgando la chaqueta del equipo de hockey del perchero. Al extenderla para verla mejor, ahoga una exclamación—. ¿Caldwell? ¿Te has tirado a Easton Caldwell?

Me pongo de pie de un salto y me acerco rápidamente a ella.

—Por supuesto que no —niego quitándole la chaqueta para volver a colgarla —. Me la prestó anoche porque tenía frío.

Mi amiga se cruza de brazos y me mira con las cejas levantadas.

—Te la prestó porque tenías frío —repite poco convencida—. ¿Y ya está? ¿Eso es todo?

Me encojo de hombros.

—¿Qué más iba a pasar?

—Pues, no sé... —Coloca las manos en sus caderas, como haría una madre esperando una respuesta—. ¿Que a lo mejor acabasteis en su cuarto y echasteis el mejor polvo de tu vida?

Antes de que pueda replicarle, una apresurada Mackenzie entra en el salón con el jersey a medio poner y el bolso de clase colgando del hombro, interrumpiéndonos.

—¿Quién va a echar el mejor polvo de su vida? —pregunta, uniéndose a la conversación.

Pero no se detiene a hablar con nosotras. En lugar de eso, atraviesa el salón a la velocidad de la luz, entra en la cocina y, unos segundos después, sale sujetando una manzana entre los dientes.

—Hailee —le responde Montana—. Con Easton Caldwell.

Mackenzie le da un bocado a la manzana, la deja sobre la mesita de café e intenta recolocarse el jersey.

—¿Con ese idiota?

—Eso mismo he pensado yo —comenta Montana, asintiendo—. Vale que el idiota en cuestión está buenísimo, pero si juega al hockey, no puede traer nada bueno.

Las escucho mientras se enzarzan en un debate sobre el hockey y mi vida sexual, como si yo no estuviera aquí, justo frente a sus narices.

—Dime al menos que usasteis protección —dice Mackenzie, agachándose a mi lado para ponerse las botas—. Con un Easton Caldwell en el campus es más que suficiente, no necesitamos una versión suya en miniatura correteando por ahí.

Me llevo las manos a la cabeza y resoplo. Estas dos van a acabar conmigo.

—Vamos a ver, solo para que quede claro, no me he acostado con Easton Caldwell.

—Te has... —comienza a decir Montana, pero la interrumpo.

—No, tampoco me he enrollado con él. Estaba fuera, esperando al dichoso Uber mientras Alex intentaba encontrarte. Sí, a ti, pedazo de borracha. —La señalo acusadoramente con el dedo y ella hace un puchero—. Mientras esperaba, Easton salió a fumar. Vio que tenía frío y me dejó su chaqueta, eso es todo —concluyo haciendo un gesto con las manos, como dando por zanjado el tema—. No os montéis películas, chicas.

Mis amigas se quedan en silencio e intercambian una mirada cómplice.

—Ya, bueno... —murmura Mackenzie mientras se mira en el espejo del mueble de la entrada. Con una mano, se peina hacia atrás unos mechones de pelo castaño que se han escapado de su perfecta coleta—. Que un chico del equipo de hockey te deje su chaqueta solo puede significar una cosa.

—¿Qué es amable? —propongo.

Montana deja escapar una risita.

—Que te la quiere meter, Hails —responde Mackenzie. Luego guarda las llaves de casa en su bolso, corre rápidamente al salón, recupera la manzana y sale a toda prisa por la puerta—. Por cierto, no contéis conmigo para ir al cine esta noche —nos grita desde el rellano mientras espera al ascensor—. Tengo clase todo el día hasta las cinco. Después, de seis a ocho, entrenamiento de patinaje. Y a las ocho y media he quedado con Sean para cenar. Se lo debo por dejarlo colgado la semana pasada.

Antes de entrar en el ascensor, se despide de nosotras y nos asegura que nos lo compensará.

—¿Cómo puede vivir con tanto estrés? —pregunta Montana después de cerrar la puerta y dirigirse hacia el salón.

—No lo sé. Pero creo que debería venir a mis clases de yoga —añado, siguiéndola de cerca—. En serio, le ayudarían a desconectar.

Una vez en la sala de estar, las dos nos acomodamos de nuevo en el sofá.

—Por cierto, ¿cómo fue hablar con Caldwell?

—Montana...

—Vamos, cuéntame los detalles —me pide, dándome un golpecito en el brazo.

Pongo los ojos en blanco mientras ella ríe, coge una manta de la cesta de mimbre junto al sofá y nos tapa con ella. Eso solo significa una cosa: toca sesión de cotilleos. Por suerte, Montana y yo no tenemos clase los viernes, lo que significa que podemos pasarnos el día vagueando en casa.

Sin perder más tiempo, empiezo a contarle todo sobre mi breve encuentro con Easton. Aunque, por supuesto, no menciono lo mucho que se me aceleró el pulso hablando con él.

Ah, ni el enorme chupetón que tiene ella en el cuello.

3
Easton



Me va a explotar la cabeza.

Así es como me siento cuando los rayos de sol que se cuelan a través de la ventana me obligan a abrir los ojos. Vuelvo a cerrarlos de inmediato, por cierto, porque me palpita tanto la sien que siento como si fuera a estallar. Joder, ¿cuánto bebí anoche?

Estiro los brazos y los llevo detrás de la cabeza, sin hacer movimientos bruscos, mientras intento recordar en qué momento exacto las cosas se descontrolaron. Creo que fue justo después de que la morena de los ojazos azules se fuera. Volví a la fiesta y me encontré con Finn Howard, delantero del equipo, igual que yo, y uno de mis cuatro compañeros de casa. Finn me convenció para que jugase a uno de esos estúpidos juegos de beber en los que si te niegas a responder o a hacer un reto, tienes que vaciar el vaso entero.

El transcurso del juego lo tengo bastante borroso, por no decir que no recuerdo una mierda, pero sí me acuerdo de que Claire estaba allí. Y de que me retaron a beber tequila de sus pechos. Y de que lo hice. Después de eso vuelvo a tener lagunas, y por mucho que me esfuerzo, no logro recordar cómo acabé en la cama con ella. Pero pasó, eso está claro. Los suaves ronquidos que escapan de su boca y el cosquilleo que me produce su pelo al rozarme el brazo me lo confirman.

Transcurrido un rato, cuando dejo de sentir como si me martillease la cabeza, abro los ojos y me incorporo con cuidado. Como imaginaba, Claire duerme a pierna suelta a mi lado, bocabajo, con la melena desparramada por su espalda.

Alargo el brazo para coger mi móvil de la mesilla de noche y compruebo la hora. Son las diez y cuarto de la mañana. Eso me deja un total de cuarenta y cinco minutos para arreglarme y volver a ser persona, porque a las once tengo clase de Análisis Financiero con el señor Sutton.

«Y fisioterapia a las tres, no lo olvides», me recuerda una vocecilla molesta en mi cabeza.

Como si pudiera olvidarlo, cuando lo único que he hecho estos últimos diez meses ha sido atiborrarme de pastillas para el dolor e ir a rehabilitación.

Bueno, y emborracharme para olvidarme de mi mierda de vida.

Intentando no hacer ruido para no despertar a Claire, me levanto de la cama, me pongo los calzoncillos, que están tirados en el suelo junto al envoltorio de un preservativo, y salgo de la habitación en dirección a la ducha.

Antes, cuando era el capitán del equipo, gozaba del privilegio de tener la que en casa llamamos «La Suite Magistral», con baño propio y bañera de hidromasaje. Pero cuando me quedé fuera de juego por la lesión y nombraron a Grayson Abbott, uno de mis mejores amigos, capitán, le cedí la habitación. Él insistió en que me la quedara, pero las reglas son las reglas: el capitán se queda con la suite. Al final, intercambiamos habitaciones. No puedo quejarme, la habitación de Grayson está pegada al jardín trasero y tiene un pequeño balcón privado. El único inconveniente es que está al final del pasillo, por lo que el baño queda a tomar por culo.

Quince minutos más tarde, estoy abajo preparando el desayuno. Todavía me duele la cabeza, los arañazos que me dejó Claire en la espalda escuecen y me siento como si me hubiera pasado un camión por encima.

Estoy hincándole el diente a mis huevos con tostadas cuando un adormilado Grayson entra en la cocina. No lleva más que unos pantalones de chándal grises y las zapatillas de estar por casa de abuelo que nunca se quita.

—¿Ya estás despierto? —pregunta, sorprendido, antes de abrir la nevera y servirse un vaso de zumo de naranja—. Pensé que la resaca te dejaría K.O. todo el día.

«Yo también».

—Tengo clase con Sutton a las once —respondo con la boca llena—. No puedo faltar.

Arthur Sutton es un cincuentón amante de los números y la tecnología que se toma sus clases muy en serio. Es buen profesor, aunque bastante estricto. No soporta la impuntualidad ni los alborotadores. Lo que, en pocas palabras, significa que no le gustan los jugadores de hockey. El año pasado casi suspendo su asignatura porque me cogió manía, y este semestre, no puedo evitar sentir que me tiene con la soga al cuello.

—¿No tenías clase hoy a las nueve? —le pregunto a Grayson cuando se sienta a mi lado en la isla de la cocina.

Él niega con la cabeza, pasándose una mano por el pelo.

—Mandaron un correo el lunes diciendo que se cancelaba —dice entre bostezos—. Van a cambiar las ventanas del aula.

—Ya era hora, tío. Tu facultad se cae a pedazos.

Grayson también está en cuarto, como yo, pero yo estudio Administración de Empresas, y él Derecho, lo que explica su falta de sueño constante.

—Por cierto, ¿sabes algo de Theo? —me pregunta dándole un mordisco a su sándwich de pavo—. Llevo llamándolo toda la mañana y no me contesta. Me da miedo que se haya vuelto a quedar dormido en un banco.

Me encojo de hombros y sacudo la cabeza. La verdad, no tengo ni idea de dónde puede estar ese desgraciado. Joder, ni siquiera recuerdo cómo volví yo a casa. En cuanto a anoche, mi mente es un gran agujero negro.

—Oye, G, ¿cómo volvimos a casa?

—¿Tú qué crees? Os traje a ti, a Claire y a McGarry.

En realidad, ya me lo imaginaba. Theodore, Grayson y yo nos conocemos desde la guardería, y desde siempre, Gray ha sido el más responsable de los tres. Se toma tan en serio el hockey y los estudios que apenas se desmadra. Yo estoy en un punto intermedio, y Theo... Bueno, es un caso aparte. En la fiesta de fin de curso de hace dos años, se emborrachó tanto que llamó al entrenador llorando para que lo fuera a buscar. Obviamente, después de semejante espectáculo, estuvo semanas relegado al banquillo.

Mientras Grayson mira algo en su móvil, termino mis huevos con tostadas y limpio los restos del plato con el pan. Luego me levanto y lo dejo en el fregadero, junto a la enorme montaña de platos que ya se acumulan allí. En serio, pocos lugares hay más sucios que una casa compartida por solo chicos.

—¿Claire sigue arriba? —pregunta Grayson.

Asiento.

—¿No la vas a despertar?

—*Noup*.

—Pero sabes que acabará despertándose, ¿verdad?

—Joder, eso espero. Tampoco se lo hice tan fuerte —digo con una risita, dándole un apretón en los hombros al pasar por su lado para salir de la cocina.

Cojo la mochila, que dejé apoyada en el mueble de la entrada, me echo un vistazo en el espejo y salgo por la puerta.

Antes de cerrarla, escucho a mi amigo gritar a mis espaldas.

—¡Eres un capullo, Caldwell!

Cinco minutos.

Ese es el tiempo que los médicos, Susan, la fisioterapeuta del equipo, y el entrenador Hotchner han acordado dejarme jugar el próximo sábado en el primer partido de la temporada.

Cinco. Putos. Minutos.

Cuando Susan me lo comunicó hoy después de la sesión, tuve que contenerme para no destrozar algo en la sala de máquinas. La rabia, la impotencia y la frustración se me pegaron a la piel, haciendo que me hirviera la sangre como nunca antes. Para un delantero estrella como yo, acostumbrado a jugar más de media hora por partido, cinco minutos es una broma de mal gusto.

No me quedé callado, por supuesto, pero expresar mi descontento sirvió de poco. Susan fue firme cuando dijo que eso era lo que habían acordado y que no había nada que yo pudiera hacer para cambiarlo. La decisión ya estaba tomada: cinco minutos o nada.

«O lo tomas o lo dejas, Easton», me dijo antes de que saliese de allí hecho una furia.

Joder, entendía que Hotchner y ella quisieran asegurarse de que estaba en buena forma antes de aumentar mi tiempo de juego, pero ¿cinco minutos? Es insultante. Aunque ni siquiera sé por qué me sorprendo, ya sabía que esto iba a pasar. Lo supe desde el segundo en que recibí aquel placaje. Mientras yacía en el hielo, agonizando y rodeado de paramédicos, no pensaba en el dolor. No lo sentía. Solo podía pensar en las horribles consecuencias que ese maldito placaje me iba a traer.

En la ambulancia, de camino al hospital, recé para que no fuera nada grave. Pero vaya, resultó ser aún peor de lo que esperaba. Rotura del ligamento cruzado anterior. Me operaron esa misma noche, el diecisiete de diciembre, y pasé las navidades tirado en una camilla de hospital.

Sin embargo, la auténtica pesadilla empezó después. Las pastillas, los médicos, la rehabilitación... Todo era una mierda. Y mientras yo no podía sentarme sin que la rodilla me palpitara de dolor, tenía que ver a mis compañeros lucirse en el hielo. Los vi clasificarse para los playoffs, sin mí. Perdí mi puesto de capitán, que tanto esfuerzo me había costado conseguir, y caí en una espiral de autodestrucción de la que todavía no he logrado salir.

Aunque tampoco es que lo esté intentando mucho.

—¡East, bloquéalo! —grita Theo, trayéndome de vuelta a la realidad.

Pero cuando reacciono, ya es demasiado tarde. El delantero de Grayson se desliza a toda velocidad sobre el hielo, sobrepasa mi defensa y marca gol, haciendo que el marcador de su equipo en la pantalla se ilumine.

—¡Buena jugada, Gray! —lo felicita Ronan McGarry, su compañero, un chaval de tercero que, junto con Finn Howard, de primero, ha empezado este año a compartir casa con nosotros.

Normalmente no compartimos con novatos, pero Theo nos convenció de que fichar a Howard tenía sus ventajas, como pedirle que haga las tareas de la casa o que limpie después de una fiesta.

Grayson sonríe con chulería y choca los puños con McGarry mientras Theo se cruza de brazos frente a la tele, lanzándome una mirada de desaprobación.

—¡Joder, East! Nos la han colado por tu culpa ¿En qué coño estabas pensando? —dice haciendo un gesto exagerado con las manos.

Tiro el mando de la Play al suelo y con un suspiro me hundo en el sofá.

—¿Revancha? —propone Ronan.

—Quizá en otra ocasión, McGarry.

—Como quieras, capi —responde poniéndose de pie y cogiendo su cerveza. Al pasar por mi lado para salir del salón, me rodea los hombros con un brazo y añade—: Y no te desanimes, cinco minutos no está tan mal.

Por supuesto, todos los muchachos del equipo están al tanto de esa mierda.

—Sí, para algunos cinco minutos es una eternidad —intenta bromear Theodore, pero al ver que no me hace gracia, la sonrisa se borra de su cara.

Nos despedimos de Ronan, y no se me pasa por alto que antes me ha llamado «capi». No me molesta, la verdad, muchos de los chicos todavía tienen la costumbre de llamarme así. Pero, al mismo tiempo, me hace sentir mal por Grayson. Aunque mi amigo se haga el duro y finja que no le importa, sé que en el fondo le fastidia. Y lo entiendo. Como capitán, esperas que te respeten y te vean como una figura de autoridad, no que todo el equipo siga llamando «capi» a tu predecesor.

—McGarry tiene razón —comenta Grayson, rompiendo el silencio—. Cinco minutos de juego para empezar no está nada mal. Además, vas a poder jugar ya en el primer partido de la temporada. Si sigues los consejos de Hotchner y Susan, a finales ya estarás jugando como antes.

—Claro, tío —coincide Theo—. Y para la Frozen Four estarás en plena forma. Volverás a ser la bestia sobre hielo de siempre.

Aunque las palabras de mis amigos intentan animarme, no logran deshacerme del miedo que me tiene agarrado por los huevos desde hace meses. ¿Y si nunca vuelvo a ser el de antes? ¿Y si el contrato que firmé con Vancouver se va al traste? ¿Y si todo lo que ha dado sentido a mi vida estos últimos dieciséis años se viene abajo?

La garganta se me cierra y siento que empiezo a quedarme sin aire. Me llevo una mano al pecho, tratando de calmar los latidos desenfrenados de mi

corazón, y en ese momento, suena el timbre.

—Voy yo. —Theo se levanta de un salto y corre hacia la puerta. A los pocos segundos, regresa con una sonrisa tonta plantada en los labios—. East, una tía buena pregunta por ti.

Me giro y lo miro con los ojos entrecerrados, intentando averiguar si habla en serio o si es otra de sus jugarretas. La última vez que me dijo algo así, eran unos pirados religiosos reclutando gente para una secta.

—Va en serio, colega —dice, como si me leyera el pensamiento—. Seguramente la tía más buena que ha preguntado por ti jamás.

Suspiro y me pongo frente a él, lanzándole una mirada de advertencia.

—Como sea una broma, te juro que te arranco los pelos del culo uno a uno.

Él sacude la cabeza y deja escapar una risita.

De camino a la entrada, escucho el sonido de la Play de fondo y los gritos de mis amigos insultándose mientras siguen jugando.

Abro la puerta con cautela, temeroso de lo que pueda haber al otro lado, pero cuando la veo, mis ojos se abren de golpe y dejo caer la mano.

—Hola —saluda la chica, mirándome fijamente con esos ojazos—. Soy la tía buena que pregunta por ti.

Me paso una mano por el pelo y respiro hondo.

—Hailee, ¿verdad? —digo, y ella asiente. Vale, recuerdo su nombre. Menos mal—. Mi amigo es un idiota —añado, soltando un pesado suspiro—. La mayoría de las veces solo dice tonterías, no se lo tengas en cuenta.

—Si es un idiota, como dices, entonces no se lo tendré en cuenta —murmura con una sonrisa divertida.

—¿Qué haces aquí? —Me cruzo de brazos, apoyándome en el marco de la puerta.

Ella parece sorprendida por mi tono tan directo. Se muerde el labio, nerviosa, y ese pequeño gesto provoca una descarga eléctrica que me recorre la entrepierna.

«Tranquilízate, hostia. Ni que nunca hubieras visto una tía buena».

—He venido a traerte esto —explica extendiendo el brazo para devolverme la chaqueta que le dejé anoche.

La agarro y me la cuelgo al hombro como si fuera una toalla.

—Gracias, ¿querías algo más? —pregunto al notar que no se va.

No dice nada, simplemente se queda ahí, observándome fijamente con sus dos pozos azules. Su mirada es tan intensa que, por un momento, me da miedo no poder sostenérsela.

Anoche no pude verla bien por la falta de luz, pero ahora, a plena luz del día, no puedo evitar fijarme en cada detalle de ella.

Hoy va más abrigada, con un jersey de lana rosa que la hace parecer un algodón de azúcar, unos vaqueros que se ajustan a sus piernas delgadas y se ensanchan en los tobillos, botas de invierno y una bufanda. No hace tanto frío ni de coña, pero está vestida como si fuera a escalar una montaña. El pelo lo lleva recogido, igual que anoche, pero esta vez en dos trenzas que enmarcan su rostro.

—Eso debió de doler —dice de repente.

Sigo la dirección de su mirada y me doy cuenta de que está clavada en mi rodilla. Solo llevo unos pantalones cortos de deporte, así que la cicatriz, fea e irregular, está más que a la vista.

—¿Hace cuánto te lesionaste? —pregunta casi con un interés genuino. Ahora soy yo el que se sorprende de lo directa que ha sido.

Inmediatamente, algo dentro de mí se agita.

El tema de la lesión es delicado, algo de lo que no me gusta hablar. Ni siquiera lo comparto con mi familia o con los chicos. Mucho menos voy a hacerlo con una completa desconocida.

—¿Qué te importa? —respondo más brusco de lo que pretendía—. ¿Te pregunto yo a ti por tu vida privada?

En lugar de enfadarse, como pensé que haría, me descoloca cuando sonríe de medio lado y me lanza una mirada de... ¿compasión? ¿Empatía?

Se humedece los labios con la lengua y comienza a explicarme:

—Marie Anne, una de las señoras a las que doy clases de yoga, tuvo un problema en la rótula. Desde que empezó las clases, ha notado una mejoría enorme. Podrías probar...

—¿Clases de yoga con octogenarias? —pregunto con desdén, arqueando una ceja—. Creo que paso.

—En el estudio necesitamos clientes nuevos —continúa como si nada, con ese tono de voz dulce que, por alguna razón, me saca de quicio y me pone al mismo tiempo—. Si no quieres clases grupales, quizá podría diseñar un plan personalizado para ti y...

—Escucha, no necesito tu ayuda. —Mi tono es tajante, y esta vez, sí leo la molestia en su mirada—. No sé qué es lo que crees que sabes, pero si quieres jugar a los médicos, búscate a otro. Y ahora, si no te importa, estoy ocupado.

Me sostiene la mirada unos segundos antes de negar con la cabeza y apartarla.

—Claro, no te molesto más—. Se da la vuelta y desaparece por el sendero de la entrada.

Al cerrar la puerta, apoyo la frente contra la madera y cierro los ojos. Sé que me he pasado y que he reaccionado como un capullo, pero odio hablar de la

lesión. Cada vez que alguien la menciona, es como un recordatorio agridulce de lo que fui y ya no soy.

Y no sé cómo lidiar con eso.

Simplemente, no puedo.

Dejo escapar un gruñido de frustración, inspiro hondo y, en ese momento, un olor que no identifico me golpea. Me toma unos segundos darme cuenta de que mi chaqueta huele a suavizante de coco.

A ella.

4

Easton



El lunes por la tarde después del entrenamiento, me cambio a toda prisa y salgo corriendo hacia el despacho del entrenado Hotchner.

Su voz suena amortiguada al otro lado de la puerta cuando me invita a entrar.

—¿Podemos hablar, entrenador? —pregunto, dejándome caer en la silla frente a su escritorio.

Hotchner se quita las gafas, levanta la vista de los papeles que está ojeando y suelta un suspiro.

—Si es por lo de los cinco minutos, no pienso discutirlo más. Ya está hablado.

—¡Pero llevo entrenando con el equipo desde la pretemporada! Me has visto en los entrenos, sabes que puedo aguantar más —replico.

—Precisamente porque te he visto en los entrenos, estoy de acuerdo con Susan en que cinco minutos para empezar son más que suficientes.

Me paso una mano por el pelo con frustración y resoplo. Estoy tan nervioso que siento que el corazón se me va a salir del pecho y no paran de temblarme las piernas.

—Dame quince —suplico.

Hotchner sacude la cabeza.

—Cinco o nada, ya lo sabes —sentencia.

—No puedo creer que me hagas esto, Hotch. Soy uno de tus mejores jugadores.

«Quizá el mejor».

—Y por eso me preocupo por ti. No quiero llevarte al límite, chico. —Me lanza una mirada que no logro identificar—. De eso parece que ya te estás encargando tú solito.

—Mira, no sé de qué hablas, pero te prometo que he estado tomándome las malditas pastillas antiinflamatorias, los relajantes musculares de los cojones, y no me he saltado ninguna sesión con Susan.

—También he visto que te has estado dejando la piel en el gimnasio.

—¿Y? —Me encojo de hombros restándole importancia—. Todos los chicos del equipo lo hacen.

—Pero no todos pasaron por quirófano hace menos de un año.

Me froto la cara con las manos, derrotado, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con caer. Son lágrimas de impotencia, de rabia.

—Sé que no es fácil, Easton. Yo también me lesioné a tu edad —dice, captando mi atención al instante—. Entiendo ese dolor, esa frustración al sentir que todo se desmorona y no puedes hacer nada para evitarlo. Pero créeme, machacarte físicamente no va a solucionar nada. No te daré más tiempo de juego hasta que vea un cambio en ti.

¿Un cambio en mí? ¿Y qué coño significa eso? Estoy bien así, lo tengo todo bajo control. Llevo meses lidiando con ello, conviviendo con las secuelas de la lesión a diario. Nadie mejor que yo sabe lo que mi cuerpo puede soportar.

—No te sigo, entrenador.

Hotchner apoya los codos sobre el escritorio y se inclina hacia delante, clavándome la mirada.

—Encuentra el equilibrio, Easton.

¿El equilibrio? ¿Qué es esto ahora, un puto circo?

—Hotch...

—No —me interrumpe con una mano en alto—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Tema zanjado.

—Pero...

—He dicho que no. —Está empezando a perder la paciencia—. Ahora, largo de aquí, Caldwell. Tengo mucho trabajo.

Aprieto los dientes y empujo la silla hacia atrás, provocando un desagradable chirrido al arrastrarla por el suelo.

Estoy a punto de salir del despacho cuando, como caída del cielo, una frase resuena en mi cabeza.

«Desde que empezó las clases, ha notado una mejoría enorme».

Y otra.

«Si no quieres clases grupales, quizá podría diseñar un plan personalizado para ti».

Atravieso el despacho como una bala y me planto frente al escritorio del entrenador, que me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—Si reduzco mi rutina de gimnasio de cinco días a tres, y los otros dos hago una actividad más relajada, como yoga o algo así, ¿sería eso encontrar el equilibrio? ¿Considerarías aumentar pronto mi tiempo de juego?

Hotchner se queda en silencio, con el ceño fruncido y la boca entreabierta, como si no supiera muy bien qué decir.

—Tú, Easton Caldwell. —Me señala con el dedo, arqueando una ceja—. ¿Practicando yoga?

—Sí, tengo una amiga que se ha ofrecido a ayudarme —miento, porque, aunque no es del todo mentira, tampoco es del todo verdad. Hailee no es mi amiga, y seguramente ahora me odie.

—Si con «amiga» te refieres a uno de tus ligues, y con «ofrecerse a ayudarte» te refieres a acostaros, déjame decirte que esas posturas no sirven.

—No, no —respondo rápidamente—. Lo digo en serio, entrenador. Es muy buena en lo que hace. Hasta da clases. —Decido ahorrarme lo de que son para ancianitas.

Hotchner me observa durante unos segundos, buscando algo que me delate, pero finalmente asiente, y parece conforme con lo que he dicho.

—Vale, chaval. Demuéstrame que serás capaz de encontrar el equilibrio y aumentaré tu tiempo de juego a principios de noviembre.

Estupendo, ahora solo tengo que convencer a Hailee de que no soy un capullo integral.

5
Hailee



—Hola, Hailee.

Easton Caldwell está apoyado en la pared del pasillo esperándome cuando salgo de mi clase de Psicología Cognitiva el martes por la tarde.

La sonrisa seductora desaparece de sus labios cuando paso de largo, ignorándolo.

«Adiós, idiota».

No he recorrido más que un par de metros cuando, de repente, unas manos se posan sobre mis hombros, obligándome a detenerme. Al darme la vuelta, los ojos marrones de Easton encuentran los míos.

—¿Acabas de ignorarme? —pregunta con una expresión entre la sorpresa y la indignación.

Pongo los ojos en blanco y me libero de su agarre.

—Eso he hecho, sí. Y ahora, si no te importa, estoy ocupada —respondo, utilizando las mismas palabras con las que él me despachó el viernes.

Easton parece genuinamente sorprendido, como si no hubiera imaginado ni por un segundo que podría reaccionar así. Tal vez mi apariencia dulce y tranquila le hizo pensar que soy de las que se quedan calladas, cuando, en realidad, soy todo lo contrario. Aunque es cierto que esos dos adjetivos forman parte de mi personalidad, también sé defenderme cuando algún idiota se pasa de la raya.

—Mira —comienza a decir con cautela—, sé que el otro día me porté como un imbécil contigo. Pero he venido a pedirte perdón. ¿Podemos hablar?

En sus ojos color caramelo alcanzo a distinguir un atisbo de remordimiento, pero apenas un parpadeo después se recompone y vuelve a exhibir esa sonrisa de *mojabragas* que parece tener ensayada. Debería sacarme de quicio, pero, sin

quererlo, me sorprendo fijándome en los dos hoyuelos que se le marcan junto a las comisuras de la boca.

—Uhm... —Levanto la cabeza, como si estuviera buscando una respuesta, antes de soltar un tajante «no».

Bajo su atónita mirada, giro sobre mis talones y empiezo a caminar hacia la salida sin mirar atrás.

—Vamos, Hailee. —Su mano se envuelve alrededor de mi brazo, obligándome a frenar otra vez en medio del pasillo—. Déjame explicarme.

Lo observo fijamente un momento, evaluando si merece la pena o no quedarme a escuchar sus disculpas. En su mirada leo desesperación, algo que no suele verse en un jugador de hockey. Su mano, grande y fuerte, me sujeta con tal fuerza que no tengo más opción que escuchar lo que tiene que decir.

—Vale, explícate —concedo.

Easton deja escapar un pequeño suspiro de alivio y relaja su agarre. Pero no me suelta, y, por algún motivo, incluso a través de la tela del jersey, siento que mi piel arde ahí donde me está tocando.

Antes de empezar a hablar, coge aire y se aclara la garganta.

—El otro día me porté mal contigo, y lo siento. —Parece sincero—. Tocaste un tema delicado para mí. No me gusta hablar de la lesión —explica, aunque eso ya lo sabía.

Y, aunque crea que no, lo entiendo. A mí me tomó años poder hablar sobre la mía sin venirme abajo.

Le hago un gesto con la cabeza, indicándole que continúe.

—El entrenador Hotchner cree que paso demasiado tiempo en el gimnasio y quiere que pruebe otras actividades más... —se detiene un momento, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Alternativas.

—Actividades alternativas —repito, enarcando una ceja.

—Sí, yo qué sé, dijo algo sobre encontrar el equilibrio y esas mierdas. —Se pasa una mano por el pelo con frustración, despeinándolo todavía más—. El caso es que he estado pensando en lo que me dijiste, lo del programa de entreno personalizado, y creo que podría ser una buena idea. ¿Qué opinas?

—¿Quieres probar mi programa?

—Bueno, dijiste que en el estudio necesitabais clientes nuevos. Tú ganas un cliente y yo tengo a Hotchner contento.

Me paro a pensarlo un momento. Es cierto que el estudio necesita más clientes. Aunque en el último mes un par de personas se han apuntado a mis clases de yoga de los miércoles y los sábados, sigue sin ser suficiente. Las clases de pilates de Ellen tampoco están yendo mucho mejor, y si no conseguimos clientes nuevos, se verá obligada a cerrar el estudio. Easton Caldwell puede

parecer un idiota arrogante con delirios de grandeza, pero su dinero es tan válido como el de cualquiera. Además, hay una pequeña parte de mí (por diminuta que sea) que quiere ayudarlo.

Porque sé lo que es estar en su lugar.

Sé lo que es sentirse completamente roto después de una lesión.

—Si acepto, ¿harás todo lo que yo diga?

Sus ojos se iluminan, haciendo que su atractivo sea aún más evidente.

—¿Entonces aceptas?

—Yo no he dicho eso. —Le doy un pequeño golpe en el pecho con el índice, sintiendo cómo sus músculos se tensan bajo mi toque.

—Y si digo que sí, que haré todo lo que tú digas, ¿aceptarás?

—Tal vez —respondo con indiferencia.

Desciendo mi mano lentamente, notando cada uno de sus abdominales bajo la tela de la camiseta. Sin darme cuenta, estamos tan cerca que puedo oler su colonia, fresca y varonil.

La respiración de Easton se vuelve irregular. Tiene la mandíbula apretada y la vista fija en mi mano.

—Vale —murmura con voz ronca—. Haré todo lo que tú digas.

Esas palabras recorren mi columna como una corriente eléctrica.

—Genial —digo con una sonrisa de satisfacción, retrocediendo para poner algo de distancia entre nosotros—. Mañana doy yoga de once a doce, así que te espero en el estudio sobre las doce y cuarto. ¿Te viene bien?

Él asiente, todavía algo perdido en la tensión del momento.

—Te enviaré un mensaje por Instagram con la dirección —comento antes de salir del edificio.



—Esto es una mierda —se queja Easton por tercera vez en los últimos quince minutos.

El miércoles por la mañana llegó mucho más rápido de lo que esperaba, pero la sesión no está yendo según lo planeado.

Ayer pasé toda la noche diseñando un plan de entrenamiento adecuado, pensado para mejorar la flexibilidad y el equilibrio de Easton y fortalecer su rodilla. También quise incluir algo de meditación para ayudarlo a lidiar con el estrés y la ansiedad que lo consumen, pero esto último no está funcionando.

—Tienes que relajarte —digo exhalando el aire lentamente por la nariz—. Déjate fluir.

Aunque tengo los ojos cerrados, no necesito verlo para saber que acaba de poner los suyos en blanco.

—Es difícil relajarse cuando tienes el culo hecho piedra. —Lo escucho moverse, visiblemente incómodo—. Estas alfombras son una puta tortura.

—Son esterillas, no alfombras —lo corrijo.

Inspiro hondo y vuelvo a expulsar el aire.

—¿De verdad te relaja hacer esto? —pregunta después de unos segundos, rompiendo la calma del momento.

Abro los ojos y no puedo evitar soltar una risita al verlo sentado sobre la esterilla rosa, con su piernas, largas y musculosas, sobresaliendo por los lados. El aspecto de Easton no encaja en absoluto con la estética del estudio. Él es grande y fuerte, con la espalda y los hombros anchos que caracterizan a los jugadores de hockey. Además, hace media hora que se quitó la camiseta, regalándome una vista perfecta de sus abdominales.

La garganta se me seca cuando me quedo mirándolo más tiempo del debido. Mi vista baja sin querer, recorriendo el sendero de vello oscuro que desciende desde su ombligo hasta la pelvis, perdiéndose en sus pantalones de chándal negros.

—¿Quieres una foto? —pregunta con una sonrisa juguetona—. Te la puedo regalar firmada.

Aunque me muero de vergüenza, no se lo demuestro. En su lugar, ruedo los ojos y dejo escapar un suspiro. Hacerse la indiferente es la mejor forma de lidiar con tipos como Easton, de lo contrario, no harás más que alimentar su ego.

—¿Todos los deportistas sois tan engreídos?

—Solo los que están tan buenos como yo —me provoca.

Decido no entrar en su juego y cierro los ojos nuevamente. Sin embargo, el calor que se ha instalado en mi bajo vientre empieza a nublar mi concentración.

—No sé cómo puedes relajarte con esto —masculla—. En serio, a mí me estresa.

Abro los ojos de golpe y lo fulmino con la mirada.

Parece que lo de la meditación no va a llevarnos a ninguna parte, así que decido rendirme. Me acomodo en mi esterilla, estiro las piernas y me apoyo sobre las palmas de las manos, adoptando una postura mucho más natural y relajada. Easton me imita, satisfecho al darse cuenta de que hemos terminado.

Sus piernas son tan largas que, al extenderlas, nuestros dedos de los pies se rozan sutilmente.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—A ver, Easton Caldwell —digo después de un breve silencio—. Si la meditación no es lo tuyo, ¿a ti qué te relaja?

Él se para a pensarlo un momento.

—El sexo —responde finalmente con una sonrisa pícara.

—¿Se puede ser más predecible?

Él se encoje de hombros.

—¿Qué? ¿A ti no te relaja follar? —Me lanza una mirada insinuante y me da un golpecito con el pie.

Un calor repentino sube a mis mejillas, que arden con intensidad, y siento cómo la sangre se acumula en mi rostro. Sin embargo, Easton parece disfrutar cada segundo de esta conversación, como si le divirtiera ponerme incómoda.

—Yo no he dicho eso —murmuro—. Solo he dicho que has sido muy predecible. Típico de los hombres, la verdad. Podrías haber dicho leer o correr, pero no, tuviste que decir sexo.

Easton me mira con esa estúpida sonrisa juguetona plantada en los labios. Sus ojos brillan con diversión.

—Correr también me relaja —comenta, y me pongo roja cuando pillo el doble sentido de sus palabras.

—Eres un guarro. —Esta vez soy yo la que le da un golpe con el pie.

Él suelta una carcajada y se echa hacia atrás, y yo no puedo evitar fijarme en cómo se contraen los músculos de su pecho cuando se ríe.

—Tranquila, que estoy de broma —dice, para luego inclinarse, acortando la distancia que nos separa, y susurrarme al oído—: Pero, si el sexo no te relaja, es porque no te lo han hecho bien.

Por un momento, olvido cómo respirar. Mi cuerpo se tensa por completo. La sensación de calor en mi abdomen se intensifica y aprieto los dientes, intentando frenar la oleada de deseo que me recorre. Dios, daría lo que fuera porque me tocara ahora mismo.

Movida por un impulso, giro la cabeza, lo que provoca que nuestros rostros queden cara a cara. Easton me mira fijamente con sus penetrantes ojos marrones, que ahora se han oscurecido, perdiendo su característico tono acaramelado. Tiene los puños apretados, respira con dificultad y su rostro refleja una expresión de dolor, como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme por contenerse.

Me acerco un poco más, hasta que nuestros labios prácticamente se rozan. Su aliento cálido me hace cosquillas en la mejilla. Cuando se inclina, creo que va a

besarme. Pero entonces... se va la luz.

Se va la maldita luz.

Noto cómo Easton se aparta de mi lado y lo escucho maldecir por lo bajo mientras, a tientas, busca su móvil. De repente, la luz de su linterna me golpea, deslumbrándome por unos segundos.

—¿Dónde está el cuadro eléctrico?

—En la entrada, detrás del mostrador.

—Vale, espera aquí. Voy a echar un vistazo. —Se levanta y corre hacia la salida.

Obedezco y me quedo en el sitio, todavía procesando lo que ha estado a punto de pasar. ¿Easton iba a besarme? ¿Realmente iba a hacerlo? Y, lo más desconcertante, ¿yo iba a dejar que lo hiciera? Es un desconocido, y sin embargo, no puedo ignorar lo mucho que se me acelera el pulso cuando lo tengo cerca ni las ganas locas que tenía de sentir sus labios sobre los míos solo unos minutos atrás.

Todavía sigo perdida en mis pensamientos cuando la luz regresa. Al poco, Easton se asoma por la puerta.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde? —pregunta.

Niego con la cabeza. Los miércoles mi única clase es de ocho a nueve de la mañana.

—Genial, pues te invito a comer.

Vale, eso sí que no me lo esperaba. Pero no seré yo la que diga que no a una comida gratis.

—¿Puedo escoger el sitio?

Me mira con desconfianza.

—Sí, pero nada de ensaladas ni *bowls* de esos con verduras. Necesito proteína, Hailee. Carne.

—Vale, proteína, lo pillo.

—Bien, te espero en el coche. —Se calza, coge su bolsa de deporte y sale del estudio—. ¡No tardes! —me grita desde el pasillo.

Madre mía, voy a ir a comer con Easton Caldwell.

Alex y las chicas van a flipar cuando se lo cuente.

6

Easton



—Entonces, ¿lo del yoga es más que un hobby? —pregunto después de darle un bocado a mi hamburguesa.

Al otro lado de la mesa, Hailee empieza a aliñar su ensalada.

Sí eligió un sitio en el que sirven carne, como le pedí, pero a pesar de todas las opciones de deliciosa comida basura que hay en el menú, ella prefirió una ensalada César.

—Empezó como un hobby —comenta distraída, llevándose un trozo de lechuga a la boca—. Pero con el tiempo se convirtió en mucho más. Igual piensas que es ridículo, pero el yoga me ayudó a salir adelante en el peor momento de vida.

—¿Cuándo empezaste? —pregunto movido por una curiosidad inesperada.

—A los dieciséis —responde con la mirada perdida, como si estuviera recordando algo que lleva tiempo olvidado—. Mi madre me obligó a ir con ella, y ya sabes cómo son las madres... —Se encoge hombros—. No pude negarme.

Asiento, aunque en realidad no, no sé cómo son las madres. Hace tiempo que la mía desapareció del mapa.

—¿Tu madre también es insistente hasta decir basta?

—No... —empiezo, pero me callo enseguida, porque ni siquiera sé qué cojones decir—. Lo cierto es que hace años que no la veo. Mis padres se separaron cuando era pequeño. Yo me quedé en Anchorage con mi padre y mi madre y mi hermana pequeña se fueron a Florida.

—¿Florida? —pregunta con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Sí que tenía ganas de marcharse de Alaska.

—Eso parece. —Doy otro bocado a mi hamburguesa, aunque de repente se me ha quitado el apetito.

Pasados unos segundos, Hailee vuelve a hablar. Su tono de voz muestra que ha notado mi cambio de humor.

—¿La echas de menos?

—A veces —confieso—. Pero a la que más echo de menos es a mi hermana.

Ella asiente con una sonrisa débil.

—Yo no podría imaginarme mi vida si me separaran de mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Sí, se llama Maxwell y tiene doce años. Ah, y le encanta el hockey —añade, lanzándome una miradita.

Sonrío.

—¿En serio?

—Es el mejor de su equipo.

—Vaya, entonces como yo —me pavoneo, lo que provoca que Hailee ponga los ojos en blanco, gesto que, cuando está conmigo, hace cada dos por tres. Y no sé si eso es bueno o malo, pero me gusta provocar cualquier tipo de reacción en ella.

En el poco tiempo que hemos pasado juntos, he descubierto que es complicada de leer. A primera vista parece una chica dulce e inocente, pero bajo esa fachada delicada se oculta una Hailee completamente diferente: más desafiante, más atrevida.

Y eso me gusta.

Joder, pero si antes en el estudio solo podía pensar en quitarle los *leggings* ajustados que lleva (que por cierto, le hacen un culo espectacular) y ponerla frente al espejo para que viera cómo me la follaba. Y me asusta pensar que, si no se hubiera ido la luz, eso es exactamente lo que habría hecho. Y sé que ella se habría dejado. Lo vi en su mirada, lo deseaba tanto como yo.

—Tengo que contestar. Ahora vengo —dice de pronto, sacándome de mis fantasías.

En lo que ella habla por teléfono, yo me quedo jugueteando sin ganas con las patatas fritas en mi plato. Aún tengo el estómago cerrado, como si no tuviera espacio para nada. Mencionar a mi madre todavía es un golpe bajo, algo que me afecta más de lo que me gustaría admitir. Aunque intento no darle demasiadas vueltas, y por suerte, lo tengo bastante superado, sigo sin sentirme cómodo hablando de ella.

Hailee regresa pocos minutos después, pero en lugar de sentarse, se inclina sobre el asiento y coje su abrigo.

—Lo siento, pero tengo que irme —se disculpa ligeramente avergonzada—. Había olvidado que le prometí a mi amiga Montana que la ayudaría con un trabajo de clase.

—Tranquila, por mí podemos irnos.

—¿Seguro? No quiero que te quedes con hambre por mi culpa.

—No te preocupes. —Me dirijo a la caja para pagar—. Espérame en el coche, te llevaré a casa.

—No, no —se apresura a decir ella—. No hace falta, en serio.

Guardo el ticket que la cajera me entrega en la cartera y la arrastro fuera del local.

—No me importa acercarte, vivimos en el mismo campus —le recuerdo.

Después de una ridícula discusión en mitad de la acera, finalmente accede. Aunque, en realidad, tampoco le dejo mucho margen de maniobra. La empujo dentro del coche y, sin pensarlo, le abrocho el cinturón a la fuerza mientras ella murmura algo que incluye las palabras «secuestro» e «idiota».

—Si quitas esa cara de culo, te dejo elegir la música —le digo mientras arranco el coche y salimos del estacionamiento.

Sigue de morros, con los brazos cruzados y mirando por la ventanilla. Sin embargo, antes de llegar al primer semáforo, ya ha activado el *bluetooth* del equipo y está vinculándolo con su móvil.

Al poco, empieza a sonar la melodía de una canción que no reconozco.

—¿Qué coño has puesto?

—«Style» —responde con tono de obviedad, como si fuera evidente. La miro inexpresivo, así que añade—: ¿Taylor Swift?

—Yo escucho The Weeknd, nena.

—Dios santo —resopla hundiéndose en el asiento—. Necesitas cultura musical.

7
Hailee



Escogí estudiar en la Universidad de Northbrook, a unas tres horas de Fairbanks, porque, además de que no queda tan lejos de casa como Anchorage, tiene un programa de estudios en psicología muy interesante. Mackenzie, que se crió conmigo en Fairbanks, también la eligió por su atractivo programa de Derecho.

El primer año, cuando comenzamos juntas la universidad y nos asignaron el apartamento 220 del bloque sur C, conocimos a Montana, nuestra compañera de piso. Nos contó que al igual que nosotras, escogió Northbrook porque no pudo resistirse a su maravilloso plan de estudios. Además, según ella, es la mejor universidad del estado para estudiar Bellas Artes. Yvonne Davis, su ilustradora favorita, se graduó aquí, y Montana aspira a ser como ella algún día.

Sin embargo, aunque ella es la artista de la casa, por alguna razón que desconozco siempre termino enredándome en sus proyectos y dedicándoles incluso más tiempo que a los míos propios. Y no es que mis trabajos me aburran, adoro la psicología y todo lo que tiene que ver con ella, es que los proyectos de Montana son más originales y entretenidos, van más allá de escribir un simple ensayo o contestar un cuestionario.

En esta ocasión, me ha hecho posar con una camiseta blanca que me llega hasta los muslos, completamente cubierta de pintura roja. La pintura, ya seca, me está picando y la camiseta se me pega incómodamente a la piel. Por lo menos, mi pelo, que he recogido en un moño alto, sigue intacto. Montana podía bañarme el cuerpo en pintura si quería, pero le dejé muy claro que ni de broma iba a echármela por la cabeza.

—¿Te falta mucho? Creo que estoy empezando a intoxicarme con los químicos de la pintura.

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, Montana no despega la vista de su cuaderno de dibujo.

—Ya casi está, no te muevas.

Menos mal que Mackenzie no está aquí, porque si viera el caos que hemos armado en el salón, seguro que le daría un infarto. Tuvimos que apartar la mesita de café, la alfombra y el sofá, y cubrir el suelo con un gran plástico para no manchar el parqué. También tapamos la tele con un sábana y abrimos las ventanas para que el olor a pintura no se quede pegado a las paredes ni a los muebles.

Si en lugar de estar de pie, estuviera tirada en el suelo, esto parecería la escena de un crimen.

—Montana, en serio, no aguanto más —lloriqueo, contrayendo los músculos todo lo que puedo para no moverme.

—Solo un último retoque... —Sus dedos se mueven con destreza sobre el cuaderno, completamente concentrada en lo que hace—. Vale, he terminado —anuncia finalmente.

Suelto un suspiro de alivio y me relajo. Tengo los brazos y las piernas entumecidos de haber pasado tanto tiempo sin moverme. Y el cuello, joder, el cuello está hecho un desastre. Lo noto rígido y me duele un montón. Con cuidado, lo estiro y lo masajeo con una mano, soltando un gemido de dolor.

Montana se pone de pie y también se estira. Al hacerlo, escucho cómo cruje su columna.

—Recuérdame que no vuelva a ayudarte con otro proyecto.

—Pero si te encanta —dice con una sonrisa divertida.

El timbre suena y ella corre a abrir la puerta.

—Pizza a domicilio —canturrea Alex entrando en el salón con dos enormes cajas de pizza en la mano. Al ver el panorama, se detiene de golpe y su expresión se congela—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Una matanza?

—Sí, artística —respondo señalando a la culpable con la cabeza.

Mientras Montana lleva a Alex a la cocina y empieza a explicarle el significado detrás de su proyecto, yo aprovecho para darme una merecida ducha.

Al terminar, me aseguro de limpiar bien los restos de pintura de la bañera, meto la camiseta en una bolsa de plástico y la arrojo al cesto de la ropa sucia.

Cuando regreso al salón con mi sudadera de Northbrook y unos pantalones de pijama, Montana y Alex ya han recogido todo y están en el sofá devorando la pizza mientras navegan por el catálogo de Netflix.

—¿Qué vamos a ver? —pregunto haciéndome un hueco entre ellos y cogiendo un trozo de pizza de jamón y queso.

Desde que empecé a tomarme en serio el yoga, decidí cambiar mi alimentación por una más saludable. Me volví fanática de los *bowls*. De cualquier tipo: con verduras, con arroz, con yogur. Casi no como otra cosa, pero, de vez en cuando, me gusta darme algún capricho. Y las noches de peli de los miércoles con Alex son la excusa perfecta.

Alex estudia Comunicación Audiovisual, también está en tercero y quiere ser camarógrafo de cine. Para él, una película que se precie debe tener una buena estética, buena iluminación y buenos planos. Por eso, cada miércoles es la misma historia: tardamos una eternidad en elegir una película.

—Yo quiero ver esta —comenta Montana, toda entusiasmada, señalando una comedia.

—Ni de coña —protesta Alex de inmediato.

—¿Hails? —Montana me mira con ojos suplicantes, haciendo un puchero como los niños pequeños. Sabe que no soy fan de las comedias (prefiero el terror), pero también sabe que esa carita me desarma.

—Venga, vale —concedo. Ella da un saltito y me abraza antes de pulsar el *play*.

—Traidora —me susurra Alex al oído.

Los primeros quince minutos de película dejan claro que no es una obra maestra del cine, pero es entretenida y el protagonista tiene un cuerpo de infarto.

«Como alguien que yo me sé...», se burla una vocecilla en mi cabeza.

No puedo evitar que se me venga a la mente la imagen de Easton en el estudio esta misma mañana, casi encima de mí, cubriéndome con su enorme cuerpo y a punto de besarme. Y, como si lo hubiera invocado, la pantalla de mi móvil se ilumina con una nueva notificación:

Northeastcaldwell te ha enviado un mensaje.

Miro a Montana y a Alex, solo para comprobar que no me están prestando atención, antes de entrar al chat.

Northeastcaldwell:

Gracias por la sesión de hoy, aunque creo que tendré agujetas en el culo el resto de la semana.

Me muerdo el labio inferior para contener la risa.

WinterHails:

Para ser un jugador de hockey, tienes menos resistencia de la que esperaba...

Northeastcaldwell:

Te sorprendería lo resistente que puedo llegar a ser.

Añade un *emoji* de una carita sugerente al final del mensaje y yo le envío el de la carita con los ojos en blanco.

Northeastcaldwell:

¿Vendrás al partido del sábado?

WinterHails:

¿Debería?

Northeastcaldwell:

Bueno, ahora eres algo así como mi entrenadora personal, estaría bien que vieras cómo me desenvuelvo en hielo. Puedo conseguirte asientos...

WinterHails:

Entonces me lo pensaré.

Northeastcaldwell:

Te encanta hacerte la interesante.

WinterHails:

Y a ti te encanta que lo haga.

Ahora es él el que manda el *emoji* de los ojos en blanco.

Northeastcaldwell:

Buenas noches, Hailee.

Me quedo un rato mirando la pantalla, y sin poder evitarlo, sonrío como una boba.

—¿Con quién te estás mandando mensajitos? —pregunta Alex dándome un codazo.

Su pregunta hace que Montana deje de prestar atención a la película y se gire hacia mí.

—Seguro que con Easton Caldwell. Desde que se siguen en Instagram y van a comer juntitos, se han hecho íntimos.

—¿Cómo de íntimos? —le sigue el rollo Alex, y los dos me miran con las cejas en alto.

Suelto un suspiro, cojo el cojín que tengo sobre las piernas y los golpeo a ambos mientras estallan en carcajadas.

—¡Sois idiotas! Si lo llego a saber no os cuento nada.

8

Easton



El viernes por la tarde cuando aparco mi coche delante del edificio de Hailee, ella ya está en la puerta esperándome.

Me hace un gesto con la mano en cuanto me ve y camina hacia el coche dando tumbos con una mochila casi tan grande como ella colgada a la espalda. Lleva puestas unas mallas rosas que le sientan fenomenal y una sudadera de la universidad. Yo también me he vestido para la ocasión, tal y como me dijo, con unos pantalones de chándal y una camiseta deportiva ajustada, aunque ni idea de cuál es el plan.

Hailee se negó a revelar nada sobre la sesión de hoy. Tampoco cedió cuando le pedí una pista. Por mucho que insistí e insistí, solo conseguí que me mandara a paseo y me bloqueara. Aunque eso duró unos diez minutos.

Desde el miércoles por la noche no hemos parado de enviarnos mensajes, y eso me gusta casi tanto como me preocupa. Yo no soy de los que se pasan el día pegado al móvil intercambiando mensajitos, y mucho menos con una chica. Cuando hablo con alguna, la conversación suele limitarse a cosas superficiales y ambos sabemos que no va a llevar a nada más que un revolcón.

Pero con Hailee es diferente. Hemos estado hablando todo el rato, sin parar, de un montón de cosas interesantes. Me ha contado que está en tercero de Psicología y que le fascina todo lo relacionado con el estudio de la mente. Que su madre es italiana y cocina la mejor pasta carbonara del mundo. Y que su hermano, Max, y su padre son fanáticos de los Titans de Vancouver. Le dije que cuando empezara a jugar con ellos les regalaría camisetas firmadas.

Hablar con Hailee es fácil. Sin darme cuenta, me he sorprendido compartiéndole pequeños detalles sobre mi vida, y emocionándome al descubrir más de la suya.

Una parte de mí se relaja cuando se trata de ella, pero la otra, la que más me atormenta, me dice que no me conviene. Que debo seguir mi plan, que no debo perder el foco. Y mi objetivo principal ahora es el hockey. El hockey es lo único que importa. Más que nunca. Necesito concentrarme y volver a la pista con fuerza.

No puedo permitirme ninguna distracción.

—¿Listo para nuestra segunda sesión de entrenamiento?

Hailee se deja caer en el asiento del copiloto, arroja la mochila, que debe pesar como unos trescientos kilos, al asiento trasero y se abrocha el cinturón.

—Mi culo todavía no se ha recuperado de la primera. —Enciendo el motor y salgo del campus.

—Por suerte para tu culo, hoy no he traído esterillas.

—Bueno, ¿y adónde vamos? —pregunto cuando nos detenemos en un semáforo.

—Tú sigue recto, yo te indico.

La miro y niego con la cabeza, divertido.

—A saber qué habrá pensado esa mente retorcida tuya.

Hailee pone los ojos en blanco, como ya es costumbre cuando estamos juntos, y luego desliza su dedo por la pantalla táctil en busca del *bluetooth* del coche.

—Usa el mío, ya está conectado —digo tendiéndole mi móvil.

Ella lo toma y comienza a revisar todas mis listas de Spotify.

—¿Y esto? —La sorpresa tiñe su rostro mientras ojea la lista más reciente.

—Dijiste que necesitaba cultura musical —le recuerdo.

—Sí, pero no pensé que fueras a hacerte fan de Taylor. ¡Ay, madre! —exclama sin poder contener la emoción—. ¡Si hasta tienes algunos de los primeros álbumes!

La miro de reojo.

Tiene los ojos tan abiertos que parecen a punto de salirse de su cara y no puede dejar de mirar la pantalla mientras desliza hacia abajo, ansiosa. Parece una niña pequeña abriendo los regalos la mañana de Navidad.

—Tengo que confesar que he hecho un pelín de trampa —comento—. Le pedí a mi hermana que me pasara algunos títulos.

Su expresión se apaga un poco, como si la emoción previa se desvaneciera.

—Entonces, ¿no las has escuchado?

—Pensé que podríamos hacerlo juntos.

Mi intento de animarla funciona y su rostro se ilumina de nuevo. Sus ojos azules brillan, como el mar cuando los rayos del sol se reflejan en su superficie.

—A ver qué te parece esta —dice mientras los primeros acordes de la canción empiezan a sonar a través de los altavoces.

—¿Cómo se llama?

—«Enchanted». Es de mis preferidas.

Asiento y me esfuerzo por prestar atención a la canción, que por ahora no suena mal, mientras ella la tararea en voz baja.

De vez en cuando, se gira para mirarme. La he pillado observándome un par de veces y, aunque no debería, me gusta despertar su interés. Soy muy consciente de cómo me ven las chicas. Estoy acostumbrado a entrar en una sala y sentir todas las miradas sobre mí, pero cuando Hailee me mira, algo distinto se enciende en mi interior.

—Gira aquí —me pide señalando hacia la derecha.

—Sabes que por ahí se sale de la ciudad, ¿verdad?

—Lo sé, tú gira.

Como no tengo más opción, hago lo que me pide.

Pronto dejamos atrás las animadas calles del centro y la carretera se estrecha, bordeada por filas interminables de abetos.

—Oye, Hails, no estarás planeando llevarme a un lugar apartado para hacerme cosas malas, ¿no? —bromeo.

—Bueno, yo nunca dije que no fueras a sufrir —dice con una sonrisa traviesa, atrapando su labio inferior entre los dientes.

«Joder...».

Definitivamente, estoy mal. Necesito ver a Claire y desahogarme con urgencia porque no es normal que me pongan cachondo unos putos labios. Por muy apetecibles que sean.

—¿Así que vas a hacerme sufrir, Ojos Bonitos?

Un destello cruza su mirada al escuchar el apodo que le he puesto, el cual, sinceramente, se me ha escapado sin pensarlo.

—Solo lo justo y necesario.



Hailee no bromeaba cuando dijo que iba a sufrir.

No tengo ni la menor idea de cuánto tiempo llevamos andando, pero entre las agujetas que tengo del gimnasio y el dolor de culo que arrastro desde el miércoles, me siento como si lleváramos varias horas.

Ella está unos cuantos metros por delante de mí, y me sorprende lo bien que lleva el ritmo con lo pequeña que es. Sus piernas tienen que hacer el doble de esfuerzo cada vez que nos cruzamos con una roca o montículo de tierra más elevados, pero lo sortea como si fuera una senderista experimentada. Al parecer, la subestimé. Aunque, claro, su sorprendente agilidad tiene mucho que ver con el hecho de que hace unos cinco kilómetros me encasquetó la dichosa mochila. Desde entonces, ha estado moviéndose de aquí para allá como si fuera un jodida ardillita saltando de rama en rama.

Cuando llegamos a lo alto de una peña gigantesca, la veo parar para beber agua de su botella mientras intenta recuperar el aliento.

—¡Mueve el culo, East! —me grita desde arriba—. ¡Mi abuela camina más rápido que tú!

Esquivando algunas raíces, maldigo el momento exacto en que le prometí a Hotchner que probaría actividades nuevas. Definitivamente, el senderismo no es lo mío.

—¿A tu abuela también la llevas a escalar montañas con una mochila de veinte kilos a cuestas? —mascullo entre jadeos cuando la alcanzo.

Ella me dedica una sonrisa traviesa y yo la fulmino con la mirada.

Ahora me arrepiento de haber accedido a cargar con la mochila. Debería devolvérsela y dejar que salga rodando ladera abajo.

—¿Falta mucho para llegar? —pregunto atándome los cordones, que no dejan de desatarse porque, por supuesto, mis deportivas no están hechas para la montaña.

—Ya casi estamos.

—Dijiste eso hace una hora.

—Pero esta vez va en serio.

Me da unas palmaditas en la espalda y gira sobre sus talones, pero al hacerlo, se tambalea y pierde el equilibrio.

Me levanto y la agarro rápidamente. Ella se aferra de forma inconsciente a mi brazo, y sus manos parecen diminutas junto a mi bíceps.

—Ten cuidado, como te abras la cabeza no pienso cargar contigo hasta el coche.

Más que nada, porque tampoco sé cómo volver. Hace horas que perdí el sentido de la orientación y que lo único que nos rodea son hectáreas y hectáreas de bosque.

Hailee me clava la mirada por un instante, luego se recompone y se aparta. Aunque no la suelto hasta asegurarme de que está completamente estabilizada.

—Gracias —murmura con una débil sonrisa antes de echar a andar por una cuesta descendente que tiene bastante mala pinta.

Apuro el paso y la sigo de cerca, ignorando los pinchazos en la rodilla. Si algo le pasara (o a mí), no creo que ni los equipos de rescate pudieran dar con este sitio. Hace kilómetros que nos desviamos de las rutas de senderismo señalizadas, para, según Hailee, llegar a un lugar mucho mejor.

—¿No te encanta estar en contacto con la naturaleza? —pregunta apartando una rama que por poco me golpea en la cara.

—Hails, la última vez que estuve entre tanto abeto tenía diez años, cuando mi padre y yo fuimos a escoger uno para Navidad.

—No son abetos, son píceas blancas —me corrige.

—¿Qué?

—La mayoría de la gente suele confundir los abetos con las píceas, pero son ligeramente diferentes.

—Eres una sabelotodo tocapelotas —digo en tono burlón.

Ella se hace la indignada, pero no puede ocultar la sonrisa que aparece en sus labios.

—Me gusta leer. A lo mejor podrías probarlo. —Se gira para mirarme—. Ah, espera, que los jugadores de hockey sois demasiado guays para eso.

La recorro de arriba abajo con los ojos entrecerrados, fingiendo enfado. Ella, en lugar de sentirse intimidada, enarca una ceja y se cruza de brazos, lanzándome una mirada desafiante.

—Lo que decía: sabelotodo tocapelotas.

La escucho soltar una carcajada.

Su risa resuena en el bosque, haciendo eco entre los troncos de los árboles. Es la primera vez que la escucho reír así, tan genuina, y me resulta agradable.

Después de lo que según Hailee fueron veinte minutos, pero a mí me pareció una eternidad, llegamos a la cima. Los abetos, pinos o lo que sean, nos bloquean el camino con su espeso follaje. Justo cuando creo que nos hemos equivocado y vamos a tener que dar la vuelta, Hailee me agarra de la mano y me guía entre las ramas. Me llevo un par de arañazos mientras intentamos abrirnos paso, y, finalmente, lo veo.

La ciudad entera está a mis pies.

Estamos en lo más alto, tan arriba que puedo ver hasta los tejados de las casas y las copas de los árboles. El sol del atardecer pinta el cielo con tonos anaranjados y sus rayos bañan la ciudad con una luz casi celestial.

Dejo la mochila en el suelo y exploro un poco el terreno, todavía hipnotizado por el paisaje.

—No está mal, Ojos Bonitos. Nada mal.

Ella sonríe como diciendo: «Te lo dije» y empieza a sacar un montón de cosas de la mochila. Lo siguiente que sé es que ha montado un pícnic improvisado. Y

ha pensado en todo. Ha traído un mantel de cuadros para poner en el suelo, una manta para taparnos, vasos y cubiertos de plástico, servilletas, bebida y varios túpers con comida.

Suelto un suspiro de alivio al darme cuenta de que no solo hay ensalada, también ha traído sándwiches de jamón y queso, dos bolsas de patatas y lo que parece un postre casero. Parece tan orgullosa de su pequeño pícnic que decido callarme el hecho de que con solo cinco sándwiches para los dos no llega ni de broma, porque podría devorarlos todos yo solo.

En su lugar, le doy las gracias y me siento a su lado.

Reprimo un gemido de dolor al agacharme. Aunque Hailee me dio una rodillera antes de empezar la caminata, no ha sido suficiente, y está claro que ya no estoy en las mismas condiciones de antes. Por mucho que me mate en el gimnasio y que lleve entrenando con el equipo desde septiembre, los meses que pasé sin poderme moverme me han pasado factura. Y mi cuerpo lo siente en cada movimiento.

Comemos en silencio, acompañados solo por el sonido de los animales y el de las hojas de los árboles moviéndose con el viento. Ha empezado a hacer frío, así que Hailee ya se ha tapado con la manta y se ha puesto una chaqueta que traía en la mochila.

No sé cuánto tiempo pasamos así, admirando el paisaje, pero por un momento, siento que este es el lugar exacto donde quiero estar.

—Atento, ahora empieza mi parte preferida.

Y entonces, en cuestión de segundos, el sol frente a nosotros empieza a esconderse lentamente tras el pico de una montaña. Al hacerlo, sus rayos se disparan en todas las direcciones, creando una de las imágenes más espectaculares que he visto nunca. Los rayos, brillantes como diamantes, cortan el cielo en estelas naranjas descontroladas.

—Cierra los ojos —me pide. Cuando la miro, ella ya los ha cerrado.

—Pero nos perderemos el espectáculo.

—Hazme caso. Merecerá la pena.

Me cuesta apartar la vista del panorama, pero finalmente, decido hacer lo que me pide.

—Respira hondo.

Y eso hago. Por primera vez en mucho tiempo, respiro.

Entonces, lo siento: paz. Aquí se respira paz, calma, tranquilidad. Y sea cual sea el sentimiento que me invade en estos momentos, no quiero que desaparezca.

Expulso el aire por la nariz y vuelvo a inspirar hondo de nuevo. El aire fresco de la montaña me llena los pulmones, enviando una corriente revitalizante por

todo mi cuerpo. Ya no me duele la rodilla ni me machacan mis pensamientos. Lo único que escucho es el susurro del bosque, sus habitantes y la respiración tranquila de la chica sentada a mi lado.

Pasamos varios minutos así, sumidos en nosotros mismos, hasta que noto la mano suave de Hailee sobre la mía. Un cosquilleo involuntario recorre mi piel ante el contacto.

—Abre los ojos, East —susurra en mi oído, su aliento cálido acariciándome la mejilla.

Hago lo que dice, y lentamente, los abro.

El sol se ha puesto por completo, dando paso a una luna que, aunque todavía algo difusa, comienza a bañarlo todo con su luz blanquecina. En el bosque los farolillos brillan, iluminando las rutas de senderismo, lo que las hace perfectamente visibles desde aquí. A nuestros pies, mucho más abajo, la ciudad resplandece, adornada con sus propias luces.

Clavo mis ojos en los de Hailee, que han adquirido un ligero brillo plateado.

—Esto es increíble.

—Te dije que valdría la pena.

9
Easton



Tengo miedo.

La última vez que sentí miedo antes de un partido fue... Bueno, probablemente nunca. Siempre supe que había nacido para jugar al hockey, que mi lugar estaba en la pista. No había espacio para dudas, solo ganas de enfrentarme al hielo, con todo lo que eso conlleva. El ruido de los patines, el sonido de los palos chocando, la energía vibrante de mis compañeros, la multitud rugiendo en las gradas... Todo eso me llenaba de una emoción difícil de describir. Al final, la ansiedad siempre se transformaba en adrenalina, en impulso, en confianza.

Pero ahora, por primera vez en mi vida, tengo miedo.

Estoy en el vestuario, rodeado de mis compañeros. El entrenador está dando su charla motivacional y repasando tácticas, pero no logro concentrarme en nada de eso. Estoy temblando, aunque trato de disimularlo. Mis manos están frías y sudorosas, como si el miedo se hubiera apoderado de cada rincón de mi cuerpo. Las palabras del entrenador se disuelven en un murmullo lejano mientras un sudor frío me recorre la espalda.

No sé exactamente qué me aterra. No es el hielo, eso está claro. El hielo lo sigo teniendo dominado. Lo que me da miedo es volver a enfrentarme a lo que sucedió la última vez: ese placaje brutal. No temo por el dolor físico, eso es pasajero, lo que de verdad me tiene al borde del colapso es pensar en la posibilidad de que vuelva a suceder, pero esta vez sea diferente.

¿Y si la próxima vez, en lugar de un simple golpe, me enfrento a algo fatal? Algo que destruya mi carrera antes siquiera de que haya despegado. Ese pensamiento me consume, y por un momento, siento que me ahogo.

Respiro hondo, tratando de calmar el torbellino en mi mente. Sé que debo salir ahí afuera, que debo demostrarles que estoy listo, pero el miedo sigue

acechando. Por mucho que me esfuerce en no dejarlo entrar, parece que ya está dentro de mí.

El entrenador Hotchner continúa dando indicaciones a los muchachos, aunque lo veo mirándome de reojo cada tanto, como si supiera exactamente lo que me pasa.

Aunque tampoco hay que ser un genio para darse cuenta de que algo ha cambiado. Mi humor en el autobús, mientras reíamos y bromeábamos sobre patearles el culo a los de Belmont, no tiene nada que ver con el de ahora. Parezco un crío acojonado a punto de jugar su primer partido.

—Harris va a jugar, no hagas ninguna estupidez —me advierte Hotchner, dándome un apretón en el hombro mientras el resto del equipo sale del vestuario.

Cuando salimos a la pista, el ruido de la multitud nos envuelve. Las gradas están a rebosar, llenas de aficionados tanto de Belmont como de Northbrook que han venido hasta aquí para vernos jugar. La rivalidad entre nuestras universidades siempre lo convierte en uno de los eventos más esperados, y se siente en el aire. Sin poder evitarlo, paseo la vista entre la multitud en busca de cierta morena.

Y ahí está, sentada en las gradas de enfrente con una sudadera de la universidad y un gorro que le cubre el cabello. En sus manos sujeta uno de esos pequeños banderines que reparten a todos al llegar. A su lado, reconozco al chico pelirrojo que estaba la noche que la conocí. Él también lleva los colores del equipo: azul y blanco.

Mi estómago da un vuelco cuando lo veo inclinarse hacia ella y susurrarle algo al oído. Una punzada de celos me atraviesa.

Pero no tengo mucho tiempo para quedarme pensando en ello, porque el entrenador Hotchner me hace una seña para indicarme que va a sacarme al hielo.

Cuando el cambio llega, me pongo rápidamente el protector bucal y el casco y choco los puños con mi compañero antes de que él salga y yo entre a la pista. Al instante, me lanzo como una bala. Por un momento, todo se apaga. No escucho nada, ni los vítores ni los gritos de la multitud. Solo los latidos acelerados de mi corazón, que retumban tan fuerte que opacan todo lo demás.

«Concéntrate, puedes hacerlo».

Me coloco en mi posición y enseguida me integro en el ritmo del partido. Sé que Hotchner no va a darme más de cinco minutos, así que mejor aprovecharlos al máximo.

Rápidamente me hago con el disco, sorteando a los oponentes casi sin esfuerzo, y me deslizo hacia la portería contraria para marcar un gol que nos

sitúa con ventaja en el marcador. Los seguidores de Northbrook estallan en vítores y mis compañeros me felicitan. Pero no perdemos tiempo, el hockey es rápido, dinámico, y ya estamos empezando la próxima jugada.

Grayson, que juega de centro, tiene el disco esta vez. Pero cuando está a punto de disparar, uno de los chicos del equipo rival lo derriba. Ambos caen al suelo y se deslizan por el hielo, aunque enseguida se levantan y siguen jugando como si nada hubiera pasado. Yo, sin darme cuenta, me quedo parado observándolos. Entonces, reconozco el número en su camiseta: el ochenta y tres de Harris.

Se me nubla todo. Los *flashbacks* de aquel día empiezan a invadirme la mente y me cuesta respirar. No veo nada, nada más que esa puta camiseta. Escucho al entrenador gritarme desde el banquillo, pero sus palabras se pierden en el aire. Antes de poder procesar siquiera algo más, ya estoy patinando a toda velocidad hacia mi objetivo. Lo tengo justo delante, y no me voy a detener.

Quiero que pague.

En un movimiento rápido, me abalanzo sobre Harris y lo derribo.

Ambos caemos al suelo y nos deslizamos por el hielo, deteniéndonos al chocar contra la valla. La multitud ahoga un grito de sorpresa antes de que estalle el caos.

Ajeno a todo lo que me rodea, agarro a Harris por el cuello de la camiseta y lo estampo contra el hielo con tanta fuerza que este se agrieta. En un descuido, él se zafa de mi agarre y se lanza sobre mí.

—Que rápido has vuelto al ruedo, Caldwell —se burla. Luego, su mirada se ensombrece—. Debería haberte placado más fuerte.

—¡Cállate! —le espeto dándole un puñetazo en la boca del estómago que lo derriba de nuevo.

Cuando estoy a punto de abalanzarme sobre él, unos brazos fuertes me sujetan por detrás y tiran de mí, apartándome de Harris.

Me revuelvo como un perro rabioso.

—¡Easton, para! —grita Grayson en mi oído.

—¡Suéltame, joder! —Le doy un codazo en las costillas que lo hace doblarse del dolor, pero no me suelta.

De pronto, unas manos se posan sobre mi pecho y me empujan hacia atrás, obligándome a retroceder. A través de las rejas del casco, mis ojos se cruzan con los de mi amigo.

—Tienes que calmarte, tío —me ordena Theodore.

Mientras el entrenador Hotchner discute algo con el árbitro, algunos jugadores de Belmont se acercan a ayudar a Harris a levantarse. Mi equipo también se ha reunido a mi alrededor, y de repente, en medio del caos, la

realidad me golpea. La he cagado. Y mucho. He metido la pata de una forma monumental.

Como era de esperarse, el árbitro me comunica mi expulsión. Me aparto un poco para que Grayson me deje ir, y esta vez, no me lo impide.

Salgo del hielo justo cuando se reanuda el partido, me quito el casco y el protector y los tiro al suelo con rabia. Pero no es rabia por la expulsión, sino por haberme dejado llevar, por haber perdido el control.

Mis compañeros me reciben dándome palmaditas en la espalda y murmurando cosas como que Harris es un gilipollas y que cualquiera puede tener un mal partido. El entrenador se acerca a mí, y aunque parece completamente furioso, no es ira lo que escucho en su voz cuando me habla, sino decepción.

Y, sinceramente, no sé qué es peor.

—Te dije que no hicieras ninguna estupidez. —Niega con la cabeza, dejando escapar un suspiro de frustración—. Ve a cambiarte.

—Entrenador...

—Sal de mi vista.

Ni siquiera replico, porque sé que nada de lo que diga funcionará. No tengo excusa.

Con la cabeza gacha, me encamino hacia el vestuario.

La ira que sentía hace unos minutos se ha desvanecido por completo y lo único que me queda ahora es una tristeza abrumadora y unas ganas enormes de llorar.

Antes de desaparecer por el túnel que lleva a los vestuarios, mis ojos recorren una última vez la multitud buscando desesperadamente a Hailee.

Pero ya no está ahí. Su asiento está vacío.

10
Hailee



No sé en qué estaba pensando cuando decidí seguir a Easton hasta los vestuarios. Solo sé que la necesidad incontrolable de asegurarme de que está bien me empujó a hacerlo.

Respiro hondo, tratando de calmar la tensión en mi pecho, y empujo la puerta con cautela. Al instante, un aire denso y cálido me golpea en la cara. El olor a sudor, desodorante y calor humano me envuelve de inmediato.

Me adentro lentamente. El vestuario no tiene nada de especial, es tan común como el de cualquier gimnasio: suelo de baldosas blancas, bancos de madera alineados en el centro, taquillas y una zona de duchas al fondo.

Avanzo un poco más. El eco de mis pasos llena la estancia, y, de repente, escucho la voz de Easton.

—Ya sé que lo he jodido todo, Hotch. Ahórrate el sermón.

Está sentado en un banco, de espaldas, por lo que todavía no me ha visto. Se ha quitado toda la equipación y solo lleva puestos unos pantalones cortos deportivos. Su cabello castaño está algo revuelto y mojado, seguramente por el sudor. Algunas gotas caen al aire cuando se pasa la mano por el pelo, revolviéndolo aún más.

Sin darme cuenta, me quedo mirando un poco más de lo necesario, observando cómo se le marcan los músculos de la espalda con cada movimiento. Sabía que era grande, pero al verlo así, tan cerca, me doy cuenta de que es verdaderamente enorme.

—Hola —balbuceo para captar su atención.

Easton se gira de inmediato y sus ojos no se despegan de mí mientras rodeo el banco y me planto frente a él.

—¿Hailee? —pregunta, claramente sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

Me quedo en silencio un momento, porque, sinceramente, ni yo sé qué hago aquí.

—¿Cómo estás? —termino preguntando.

Él resopla con fuerza y se lleva las manos a la cabeza.

—La he cagado, Hails. Pero bien. Hotchner no va a volver a confiar en mí.

—No digas eso, seguro que lo entiende.

—¿Entender qué? ¿Que perdí el control por una puta rabieta? No, esta vez la he liado de verdad.

Parece tan destrozado que se me encoje el corazón al verlo así.

Entonces, reparo en la bolsa de hielo que tiene sobre la rodilla.

—¿Puedo verla? —pregunto antes de darme cuenta, señalando su pierna con un gesto inconsciente.

Estoy casi convencida de que se va a negar, pero en lugar de eso, se encoge de hombros y asiente con rigidez, dándome permiso.

Me agacho entre sus piernas para quedar a la altura. Tiene la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y una expresión de dolor en el rostro, como si le estuviera costando compartir algo tan íntimo con una desconocida.

Con una mano temblorosa, retiro la bolsa de hielo y la dejo sobre el banco, a su lado, dejando al descubierto la cicatriz. Ya la había visto antes, aquella vez cuando fui a devolverle la chaqueta, pero no pude fijarme bien.

Es una cicatriz bastante visible, un poco descolorida, que cruza la rodilla de arriba abajo en línea recta. Debe medir unos diez centímetros, y ahora está completamente roja e inflamada, al igual que toda la zona alrededor.

No puedo evitarlo, y con cuidado, la recorro suavemente con los dedos.

—¿Te duele?

Easton no dice nada, solo deja escapar una especie de gruñido gutural que me da a entender que sí.

—Lo siento —murmuro con voz temblorosa, apartando la mano de inmediato.

—No. —Me detiene, agarrándome la muñeca—. Me gusta cuando me tocas. No pares.

—Pero te haré daño.

Sacude la cabeza, aún con los ojos cerrados.

—No lo harás.

Con un profundo suspiro, vuelvo a acariciar la cicatriz, pero esta vez por los bordes, evitando tocar el centro.

—¿Fue él, verdad? Él te hizo esto.

Noto cómo todo su cuerpo se tensa bajo mi toque, haciendo imposible disimular que he dado en el clavo. Aunque es obvio, la rabia con la que atacó a

ese jugador va más allá de una simple disputa en el hielo.

Cuando creo que no va a responder, inspira hondo, se aclara la garganta y empieza a hablar.

—Fue en diciembre del año pasado. Connor Harris y yo nunca nos hemos llevado bien y ya nos habíamos peleado antes en la pista, pero nada que otro jugador de hockey no haya hecho antes. —Hace una pausa y traga con dificultad—. Aquel día íbamos empatados y faltaba poco para que acabara el partido. Yo me hice con el disco y anoté, lo que nos dio la victoria. Pero, en cuanto el marcador cambió, Harris se abalanzó sobre mí. Fue un placaje improcedente, por su puesto, pero solo lo sancionaron dos partidos. Ya está, eso fue todo. Dos putos partidos fuera del hielo, mientras yo pasé meses. —Deja escapar un suspiro, como si cada palabra le costara—. Hoy, cuando lo vi en la pista, no sé... Fue como volver a revivirlo todo de nuevo. Se me nubló el juicio.

Toda esta revelación no me deja indiferente. Sin darme cuenta, me encuentro luchando por contener las lágrimas. Mis propios recuerdos intentan emerger, y sin querer, me descubro poniéndome de pie.

Si quieren salir, los dejaré salir.

Me doy la vuelta, aún entre las piernas de Easton, y empiezo a quitarme la sudadera.

—¿Qué haces? —pregunta cuando paso a la camiseta—. Mira, Hailee, en otra ocasión te habría dicho que sí, pero...

Se interrumpe cuando dejo caer la prenda, quedándome solo en sujetador.

Entonces se levanta. Estamos tan cerca que mis omóplatos rozan su pecho, fuerte y cálido, enviando una corriente de deseo por todo mi cuerpo. De repente, una de sus manos se posa en la parte baja de mi espalda. Sus dedos recorren la cicatriz con delicadeza, explorando lentamente la piel que la rodea.

—Tenía quince años —empiezo a explicar mientras él sigue acariciándome —. Luka, mi compañero, y yo competíamos ese año en el Grand Prix en la categoría de parejas. La rutina estaba yendo perfecta, pero entonces, justo en el último elemento... —La voz se me quiebra, y esta vez no puedo contener las lágrimas que caen descontroladas por mis mejillas—. Algo salió mal. Luka se resbaló, perdió el equilibrio y, sin querer, me soltó. Aún recuerdo su voz gritando mi nombre, ¿sabes? Cuando intentó agarrarme... —Sorbo por la nariz —. Después de ese grito, todo se volvió negro. A los dos días me desperté en el hospital. Los médicos dijeron que además de un traumatismo severo en la cabeza, había sufrido una lesión bastante grave. Hernia discal lumbar. Se me cayó el mundo encima, como te imaginarás.

—Sí, sé lo que se siente.

—Pasé el peor año de mi vida —continúo, todavía con un nudo en la garganta—. Todo eran médicos, rehabilitación... Empecé a ir a terapia cuando llegaron las pesadillas. Las tenía cada noche. Cada noche, Easton. Luego me apunté a yoga con mi madre, eso ya lo sabes. Con el yoga no sentía que volaba como con el patinaje, pero, a su manera, también me hacía sentir libre.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando sus manos suben lentamente por mis costados.

—¿No volviste a patinar?

—A nivel competitivo, no. Eso sería imposible. Por diversión sí, aunque me tomó casi tres años volver a ser capaz de ponerme unos patines.

—Siento mucho que te pasara eso, Hails —murmura con sus labios rozándome el cuello—. Pero flipo con lo valiente que eres. Si a mí me hubiera pasado algo así, probablemente no volvería a pisar una pista de hielo en mi vida.

—Yo también pensé que no sería capaz de volver a hacerlo, pero me di cuenta de que dejar que el miedo me controlara significaba vivir anclada en el pasado, recluida en el trauma. Y no quería eso para mí. —Me doy la vuelta entre sus brazos—. Y tampoco deberías quererlo para ti. Deberías soltarlo.

Easton clava su mirada en la mía y puedo sentir cómo su intensidad me atraviesa.

—No puedo —murmura con un gemido ahogado, apoyando su frente contra la mía—. De verdad que lo he intentado, pero no puedo.

—Yo te ayudaré.

Deslizo mi mano hasta su rostro, rozando el pequeño moratón que empieza a formarse en su pómulo derecho. Easton cierra los ojos y deja escapar un suspiro, claramente complacido por el contacto. Poco a poco, sigo el contorno de su nariz, sus labios, su mandíbula marcada...

A su vez, él posa sus manos en mis caderas y me atrae hacia él. Cuando deslizo mi mano por su torso desnudo, suelta gruñido y me clava los dedos con más fuerza.

—No hagas eso —murmura con la voz ronca y cargada de tensión.

—¿No te gusta?

—Joder, ya sabes que sí.

Sí, lo sé, lo noto claramente por el bulto que se marca en sus pantalones.

—Easton... —susurro a escasos centímetros de sus labios.

«Madre mía, ¿pero qué estoy haciendo?».

Él se inclina hacia mí, dejando escapar un gruñido cerca de mi cuello. Luego deposita un beso sobre mi piel sensible. Y otro, y otro... hasta llegar a mi clavícula. Sin poder evitarlo, se me escapa un gemido.

Me avergüenza admitirlo, pero estoy tan mojada y tan excitada que lo único que quiero es que me bese y me desnude aquí mismo.

—East... —La súplica escapa de mis labios antes de que pueda detenerla.

—No podemos, Hailee. —Aprieta la mandíbula cuando me froto contra él.

—¿No quieres?

—¿Que si no quiero? No te imaginas lo que te haría ahora mismo.

Me pongo de puntillas y coloco mis manos en su nuca.

—Entonces, hazlo —le pido, porque, por supuesto, parece que he perdido la cordura.

De repente, la puerta del vestuario se cierra con un golpe seco, interrumpiendo el momento.

—Vaya, veo que ya estás mejor. —La voz del entrenador llega alta y clara.

Me aparto de Easton de inmediato, como si su solo contacto quemara, y empiezo a ponerme la ropa mientras él me cubre con su cuerpo. Todavía estoy terminando de ponerme la sudadera cuando murmuro un «lo siento» y salgo corriendo del vestuario.

Tierra, trágame, escúpeme y vuelve a tragarme.

11
Easton



Esta semana ha sido una mierda.

Desde lo que pasó (o más bien no pasó) entre Hailee y yo el sábado pasado en los vestuarios, las cosas han estado un poco raras. Esta semana no hemos tenido ni la sesión del miércoles, que canceló porque estaba enferma, ni la del viernes, que canceló porque «le surgió un compromiso de última hora». Y una mierda. Supe en cuanto recibí el mensaje que estaba mintiendo, pero preferí no decir nada.

La cosa ya está bastante tensa, es mejor no echar más leña al fuego.

Toda mi semana se puede resumir en entrenar, ir al gimnasio, hacer un par de proyectos de mierda y dormir. También acabé anoche en la cama con Claire, cosa que en principio no estaba planeada, pero que después de que Hailee me cancelara, no me sonó tan mal. Por supuesto, me arrepentí al instante de mi decisión, porque ese sexo casual no hizo más que alimentar las ilusiones de Claire, que lleva escribiéndome sin parar desde esta mañana. Menos mal que no sabe que estoy en Northbrook, de lo contrario, estoy seguro de que se plantaría en mi puerta desnuda y con un bote de lubricante.

Se supone que tendría que estar en Ashfield Valley con el equipo, pero Hotchner me dejó muy claro que no iba a jugar este partido. Cuando le dije que quería ir a apoyar a los chicos, me dijo que todavía le costaba no cortarme las pelotas cada vez que me veía y que como se me ocurriese subir al autobús me tiraría de él en marcha. Sonaba bastante convencido, así que no insistí más.

Mi móvil vibra de nuevo, como ha estado haciendo sin parar los últimos diez minutos, y sé que no debería, pero cierro el libro de Finanzas Internacionales y lo desbloqueo.

ZORRITAS

Theo:
El entrenador ha obligado al conductor del bus a poner éxitos de su época, me sangran los oídos. SOS.

Theo:
East, por si no sobrevivo, que sepas te quiero, tío.

Gray:
Ponte los putos cascos y deja de lloriquear, pesado.

Theo:
Sí, mamá.

Easton:
¿Podéis dejar de petar el grupo a mensajes?
Intento estudiar.

Ronan Mc:
¡Hola, capi!

Theo:
¿McGarry? Creía que estabas dormido, tío.

Gray:
Solo fingió para que no te sentaras con él y no tener que aguantarte.

Theo:
¿Es eso cierto, McGarry? Porque me romperías el corazón.

Finn H:
Oye, ¿alguien sabe cuánto falta para llegar? No aguanto más sentado al lado de este.

Theo:
¡Howard! ¿Tú también estás despierto? Pensaba que te habías dormido hace rato.

Gray:
Es que eres insoportable, asúmelo.

Theo:

También me rompes el corazón, Howard.

Finn H:

Pero no escribas, ¡si me tienes al lado!

Theo:

¡Tú también estás escribiendo!

Easton:

¿Os queréis callar de una puta vez?

Theo:

East, eres el único amigo leal que me queda. Ojalá estuvieras aquí.

Easton:

Ni de coña, una hora y media en un bus contigo y no lo cuentas.

Theodore envía un *selfie* haciendo pucheros, a lo que respondo mandando uno haciéndole el corte de manga.

Me dejo caer sobre la cama y suspiro. Sin darme cuenta, entro en Instagram y empiezo a deslizar hacia abajo, hasta que encuentro su nombre y abro el chat. Lo último que hablamos fue ayer, cuando canceló la sesión. Mis dedos se mueven solos, y antes de que pueda lamentarlo, ya estoy enviándole un mensaje. Aunque me arrepiento en cuanto le doy a «enviar».

«¿Qué cojones estás haciendo?».

Lanzo el móvil a un lado y resoplo contra el cojín, pero, a los pocos segundos, lo escucho vibrar.

WinterHails:

Aburrida en casa, ¿y tú? Pensaba que estarías en Ashfield V.

Vale, bien, ha contestado. Hailee ha contestado a mi mensaje y yo me siento como si tuviera catorce años hablando por primer vez con la chica que me gusta.

Northeastcaldwell:

Hotchner me tiene en arresto domiciliario.

WinterHails:

Vaya, qué mal...

Northeastcaldwell:

Ya, bueno, supongo que me lo merezco. Fui un capullo el otro el día. Por cierto, tengo la casa libre... ¿Quieres pasarte y te enseño qué más se me da bien además del hockey?

Corro a eliminar el mensaje tan pronto como lo envío. Pero es demasiado tarde, Hailee ya lo ha leído. Y está escribiendo. Joder, me va a mandar a la mierda.

WinterHails:

Vale, me visto y voy. Pero más te vale que valga la pena, estoy dejando a medias un episodio de El verano en que me enamoré por ti.

No sé qué cojones es eso, pero veinte minutos más tarde, estoy abriéndole la puerta.

—Así que esta la *Hockey-cueva* —comenta echando un vistazo a su alrededor.

—Chula, ¿eh?

—Pero no muy limpia. —Arruga la nariz al ver un par de calcetines tirados al pie de la escalera—. ¿Dónde dejo esto? —pregunta mientras se quita el abrigo.

Para variar, está vestida como si fuera a ir a esquiar. Con guantes y gorro incluidos.

—Puedes dejar todo aquí. —Le señalo el perchero que está a rebosar de chaquetas y luego le pido que me siga.

La llevo hasta la cocina, que por suerte está más limpia que de costumbre, y le indico que se siente en uno de los taburetes junto a la isla.

—Bueno, ¿vas a enseñarme tu talento oculto? —pregunta cruzando las manos sobre la barra.

—¿Lo quieres suave o fuerte?

—Mmm... sorpréndeme —dice con picardía.



—¡Dios mío! —Hailee deja escapar un gemido—. Esto está buenísimo. —Un poco del líquido se escurre por su barbilla y ella lo limpia con el dedo para después llevárselo a la boca y chuparlo—. ¿Dónde aprendiste a hacerlo?

Me observa mientras le relleno el vaso. El cuarto o quinto de la tarde.

—Dos veranos trabajando en California en el bar de los tíos de Grayson. No te imaginas la de propinas que gané con este cóctel.

—¡No me extraña! Está increíble. En serio, podría beber solo esto durante días. ¿Qué decías que lleva?

—No te lo he dicho, es mi receta secreta.

—Sé guardar un secreto —murmura.

Apoyo un brazo sobre la isla y me inclino hacia ella, plenamente consciente de que la estoy acorralando contra la pared e invadiendo su espacio personal. El ritmo de mi corazón se altera al tenerla tan cerca, y por cómo le tiembla la respiración, sé que ella está sintiendo lo mismo que yo. En un movimiento deliberado, le coloco un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Te lo digo si tú me cuentas otro secreto —susurro en su oído, llenándome de satisfacción al notar cómo su cuerpo se estremece.

—¿Y por qué debería confiar en ti? —Sus labios rozan los míos, y con eso basta para ponerme duro como una piedra. Espero que no lo note a través de mis pantalones de pijama.

Joder, si esta faceta reemplaza a la Hailee dulce e inocente, quiero verla más a menudo.

—Porque a cambio te diré otro secreto además de la receta.

Hailee se muerde el labio inferior, pensativa, ajena a lo que ese simple gesto le hace a mi cuerpo. En serio, me pone tanto que podría correrme ahora mismo.

—De acuerdo —concede finalmente—. Pero tú empiezas.

Sin perder tiempo, le revelo los ingredientes de mi cóctel estrella: vodka, jugo de lima, moras, un poco de ron blanco y un chorrito de miel.

—Tu turno, Ojos Bonitos.

—Pregúntame lo que quieras, tengo poco que esconder. —Parece confiada.

—¿Segura? —Asiente, aunque noto cómo su confianza flaquea—. ¿Segura, segura?

Le doy otra oportunidad para echarse atrás, pero ella asiente aún con más energía. Lo cual es perfecto, porque sé exactamente lo que quiero preguntarle. Llevo queriendo preguntárselo desde el sábado pasado.

—Cuando estábamos en el vestuario, ¿qué era lo que querías que te hiciera?

Su fachada de chica dura se desvanece y veo que su rostro se queda pálido. ¿Dónde has dejado tu valentía, Hailee?

—Esa pregunta no vale —dice, intentando disimular el sutil temblor en su voz—. Piensa otra.

—Pero has dicho que podía preguntar lo que quisiera.

—Pues no —espeta molesta.

—Contesta, Hails. Creía que tenías poco que esconder —la provoco.

Mi sonrisa engreída parece terminar de irritarla por completo, porque veo cómo un pequeño destello de fastidio cruza su mirada.

—Está bien, ¿de verdad quieres saberlo? —Desliza su índice por mi pecho de forma sugerente, lanzándome una mirada desafiante.

—Sí, quiero saberlo —logro decir.

Hailee sonríe antes de acercase a mi oído y susurrar:

—Quería que me...

—¡Joder, East, montáoslo en tu habitación! —exclama una voz conocida desde la puerta.

Hailee se aparta y agacha la cabeza, muerta de vergüenza, y yo reúno todo el autocontrol del que dispongo para no arrancarle la cabeza a mi mejor amigo. ¡Mierda! ¿Es que no puedo estar a solas con ella sin que algún imbécil nos interrumpa?

—¿Qué coño haces aquí, Theo?

—Vivo aquí —dice al tiempo que coge un refresco de la nevera.

—Ya, ¿pero por qué no estás en Ashfield Valley?

Me lanza una mirada de desconcierto, pasándose una mano por la mata de pelo rubio.

—Tío, son las ocho y media. —Me enseña la pantalla de su móvil.

Por la expresión en el rostro de Hailee, deduzco que ella tampoco era consciente de que se había hecho tan tarde. Joder, llegó a mi casa sobre las cinco y algo. Es imposible que tres horas con ella se me hayan pasado como si nada.

—Hola, capi —saluda un alegre Ronan desde el pasillo. Le hago un gesto con la cabeza—. ¿Te ha dicho Theo que hemos ganado?

—Y por goleada. —Grayson entra en la cocina y coge otro refresco, energético, lo que indica que va a pasarse toda la noche hincando los codos—. Ah, hola, Hailee.

«¿Hola, Hailee?».

Ella le devuelve el saludo con una sonrisa tímida.

—¿Os conocéis?

—Estábamos en el mismo grupo de estudio el año pasado —explica, lo cual apacigua un poco mis estúpidos e injustificados celos.

Theo se aparta de la encimera, y con una actitud relajada, le pasa un brazo por los hombros a Grayson.

—No sabía que en tu grupo de estudio había chicas guapas. ¡Que calladito te lo tenías, Gray-Gray! —Le da un golpe en el pecho y deja escapar una risita. Grayson intenta quitárselo de encima, pero solo consigue hacerlo reír más fuerte.

—Quítate —gruñe.

—Ahora entiendo porque te pasabas las tardes estudiando —continúa provocándolo Theo—. Si hubiera sabido que iba estar tan bien acompañado, yo también me habría apuntado.

Grayson resopla.

—Tú no te apuntarías a un grupo de estudio ni aunque te pagaran.

—Cierto —reconozco.

Theodore se aparta justo antes de que Grayson le dé un codazo y se apoya en la isla, frente a Hailee.

—No les hagas caso, soy el más listo de la casa —comenta, arrancándole una sonrisa.

—Lo que eres es el más idiota —respondo sin pensarlo.

—Están celosos. En serio, totalmente celosos —continúa él, disfrutando del momento.

Grayson y yo ponemos los ojos en blanco.

—Oye, ¿quieres quedarte a cenar? —propone Theo, que parece que ya la tiene encandilada.

Hailee me mira, como si me estuviera preguntando qué hacer con la mirada.

—Como quieras —digo encogiéndome de hombros—. Pero no me hago cargo de ninguna intoxicación que puedas sufrir si Theodore cocina.

12
Hailee



Sexo sin compromiso.

Eso fue lo que dijo Montana cuando le conté lo que había estado a punto de pasar entre Easton y yo en los vestuarios después del partido. O la otra noche en su cocina, si no nos hubieran interrumpido. Porque sí, estaba tan cachonda que habría dejado que me hiciera lo que quisiera ahí mismo.

Easton me atrae, eso es innegable. Pero, por mucho que Montana insista, yo nunca he sido de las que se acuestan con alguien sin que haya algo más. Solo lo hice una vez, con Danny Stewart, mi segundo novio, y duró poco más de dos semanas antes de que empezara a sentirme incómoda y acabara pidiéndole salir. Después de eso me puso los cuernos, pero esa ya es otra historia.

«¿Y por qué no lo intentas? No tienes nada que perder».

Las palabras de Montana se me vienen otra vez a la cabeza, como lleva ocurriendo sin parar desde nuestra charla el domingo por la noche. Y tener a Easton sin camiseta, sudando y estirándose frente a mí, no está ayudando en nada.

—¿Qué tal voy? —pregunta mientras intenta tocarse la punta de los pies.

—Inclina más la espalda.

Me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Hailee, si inclino más la espalda, me parto en dos.

Como siempre, pongo los ojos en blanco.

En la sesión de hoy nos hemos enfocado en mejorar su flexibilidad y su equilibrio y, aunque lo segundo lo tiene bastante dominado (supongo que por estar siempre sobre el hielo), la flexibilidad le está costando muchísimo.

—No llego, me rindo —dice, agotado, dejándose caer hacia atrás sobre la esterilla.

—Eres un quejica —me burlo.

—Lo que quieras, pero no vuelvo a hacer ejercicios de flexibilidad en lo que queda de mes—. Comprueba la hora en su móvil y me lanza una mirada divertida—. ¿Quieres ir a comer?

Accedo sin pensarlo mucho. Esto de ir a comer los miércoles después de clase parece que va a convertirse en una rutina.

Y me gusta.

Media hora más tarde estamos en el mismo restaurante de la última vez. Easton ha vuelto a pedirse una hamburguesa, pero yo he preferido unos *tortellini* de espinacas.

—¿Este sábado después del partido irás a la fiesta de Halloween? —pregunta antes bañar una patata frita en kétchup y llevársela a la boca.

—¿La de la fraternidad Alpha Phi Theta? —Asiente—. Sí, Montana nos obliga a todos a ir. Y se ha empeñado en que vayamos disfrazados en grupo.

—¿Y de qué es el disfraz?

—Es sorpresa —canturreo—. Tendrás que esperar para verlo.

—Vamos, dame una pista —protesta.

—Es ajustado —digo en tono juguetón.

—¿Y sexy? —pregunta él provocativamente, siguiéndome el juego.

—Puede, todo depende de lo que consideres sexy.

Sus ojos color miel adquieren un brillo distinto mientras se me queda mirando fijamente, como si estuviera viendo algo que nadie más puede ver.

—¿Tú de qué te disfrazarás?

Mi pregunta lo saca del trance y lo trae de vuelta a la realidad. Por un instante parece desconcertado, pero enseguida se recompone y recobra la actitud relajada de hace unos minutos.

—Todavía no lo sé —responde encogiéndose de hombros con indiferencia.

—¿En serio? —pregunto levantando una ceja, sorprendida—. Faltan tres días.

—Theo, Gray y yo tenemos una especie de tradición —continúa, sonriendo de forma cómplice—. Cada año, en Halloween, sorteamos quién le comprará el disfraz a quién, y esa misma noche antes de salir nos lo enseñamos.

—Eso suena... interesante. —Dejo escapar una risita—. ¿Qué te tocó el año pasado?

—Theo escogió mi disfraz. Adivina qué era.

—Siendo Theodore me espero cualquier cosa —respondo mientras niego con la cabeza.

—Un pene diabólico —suelta Easton de repente—. Un jodido pene con cuernos, Hailee.

Su respuesta me toma tan por sorpresa que casi me atraganto con el zumo de naranja. Toso varias veces tratando de recuperar el aliento mientras miro alrededor, alarmada, para comprobar si alguien lo ha escuchado. Por suerte, nadie en las mesas cercanas parece haberse dado cuenta.

—¿Un pene diabólico? —susurro aún algo descolocada—. ¿Eso existe?

—Te sorprendería la cantidad de mierdas que hay en Internet.

Eso es cierto. Una vez, mientras buscaba una nueva esterilla de yoga, encontré todo tipo de sillones, sillas y otros aparatos sexuales... bastante inusuales. Y en serio, yo solo quería una esterilla.

—Bueno, debo admitir me gustaría haberte visto disfrazado de pene —bromeo, y se me escapa la risa al imaginármelo.

Easton eleva las cejas y sonríe con picardía.

—Aún puedes verlo si quieres.

Aunque ya estoy acostumbrada a este tipo de bromas, frunzo el ceño y tardo unos segundos en captar el doble sentido. En cuanto lo entiendo, le lanzo un *tortellini* a la cara.

—¡Idiota!

Easton estalla en carcajadas mientras esquiva otro *tortellini* volador, y esta vez, el local entero nos mira.



El sábado por la noche llegamos a Alpha Phi Theta vestidos de Los Cuatro Fantásticos. O, como Montana nos bautizó antes de salir: «Los Cuatro Borrachos».

El equipo de Northbrook ganó el partido contra Fairbanks, así que el ambiente en el campus está al rojo vivo. El ánimo está por las nubes y todo el mundo quiere desmadrarse y emborracharse hasta el amanecer.

En cuanto nos unimos a la fiesta, Montana corre a saludar a unas chicas de su clase vestidas de conejitas, Alex se une a un grupo de chicos que están jugando al *beer pong* en el salón, y Mackenzie me arrastra hasta la cocina para coger una bebida.

Después de varias copas de no sé muy bien qué y dos rondas de chupitos de vodka de fresa, Mackenzie me grita algo al oído para que la escuche por encima de la música.

—¡...Y vuelvo!

—¿Qué dices? —le grito de vuelta, porque no he entendido nada. En parte por la música, en parte porque ya estoy borracha.

—¡Que voy a contestar la llamada de Sean y vuelvo! —Agita su móvil frente a mi cara y en mi mente todo se mueve lento. Apenas alcanzo a leer el nombre borroso de «Sean» y el *emoji* de un corazón que parece bailar en la pantalla.

Levanto el pulgar para darle mi aprobación y la observo mientras sale al jardín por la puerta trasera de la cocina. No me da tiempo a echarla de menos porque, de pronto, unas manos enormes se posan sobre mis hombros y me giran de golpe. El movimiento es tan brusco y repentino que pierdo el equilibro y tengo que agarrarme al desconocido. Aunque en realidad deja de ser un desconocido cuando levanto la cabeza y me encuentro con sus ojos brillantes por la diversión y el alcohol.

—¿Estás bien, Hailee? —pregunta Theodore con la voz pastosa y la tiara de princesa casi cayéndosele de la cabeza.

Lo miro de arriba abajo. Su vestido de tul azul brillante casi me hace reír, pero me esfuerzo por mantenerme seria.

—¡Mírate, *Lady* Theo! ¿De qué vas vestido? —le pregunto alzando una ceja.

—Soy Cenicienta, obvio. ¿No se nota? —dice con una sonrisa boba mientras se ajusta la tiara con más orgullo que la propia princesa.

—¿Cenicienta? —repito, intentando no soltar una carcajada—. Te faltan el príncipe y un par de calabazas.

—¡Estoy esperando a mi príncipe! —responde poniéndose dramático y mirando alrededor como si estuviera buscando un carruaje—. Las calabazas ya me las han dado.

Asiento como si tuviera toda la razón y sonrío tontamente mientras siento el calor del alcohol en las mejillas.

—¿Dónde está East? —pregunto de repente, sin pensarlo mucho, y le arrebato el chupito que estaba a punto de beberse.

—¡Ey, ladrona! —exclama estirando el brazo para quitármelo. Pero en su intento, tropezamos el uno con el otro y el chupito cae al suelo, derramándose a nuestros pies.

—No... —murmuro llevándome una mano a la boca, horrorizada por el desperdicio de alcohol.

—¡Mira lo que has hecho, Hails! Ahora tendré que preparar otro. ¡Qué desastre más desastroso! —se lamenta con una expresión entre indignada y divertida.

Asiento rápidamente, como si fuera lo más lógico del mundo.

—Sí, totalmente de acuerdo. ¡Vamos, Theo! —lo animo, dando saltitos alrededor de él como una niña pequeña—. Prepara otro. ¡Prepara mil! ¡O un

millón! ¡Vamos!

—¡Prepararé un millón! —grita, levantando los brazos como si acabara de hacer un anuncio importante.

Sus manos se mueven torpemente de un lado a otro mientras llena los vasos de chupito que están en fila de cualquier manera, sin preocuparse en lo más mínimo. Casi todo el alcohol se derrama por fuera y empieza a escurrirse por la encimera, pero a ninguno de los dos nos importa en absoluto.

—¡Vamos, Theo, vamos! —sigo animándolo—. ¡Súper Theo en acción! —exclamo, eufórica, mientras hago un gesto exagerado con las manos y me parto de la risa.

—¡Listo! —anuncia de repente, con una sonrisa tonta, antes de darme uno de los vasitos y coger otro para él. Luego se inclina hacia mí, con cara de conspirador, y me susurra al oído—: Pero no le digas a Easton que te los he dado yo o me hará la polla picadillo. Será nuestro pequeño secreto, ¿vale?

—Vale —accedo entre risitas.

—Shhhh... Secreto, ¿eh? —susurra guiñándome un ojo y entrelazando su dedo meñique con el mío.

—Secreto —respondo asintiendo.

Luego echo la cabeza hacia atrás, vaciando el vasito de un trago y casi ahogándome de tanto reír mientras noto cómo el alcohol me quema al deslizarse por mi garganta.

13

Easton



Me he sentido violado.

En todos los aspectos.

Al parecer, Claire no entiende la palabra «no». A pesar de que se lo repetí como unas doces veces, terminó arrastrándome a uno de los baños de arriba e intentando bajarme los pantalones. Por suerte, Steve Jacobs, del equipo de fútbol, estaba buscando un lugar para vomitar y se coló en el baño salvándome de la sanguijuela pegajosa que es Claire.

No perdí ni un segundo. Eché a correr tan rápido como pude mientras ella maldecía y me insultaba de todas las formas posibles. Ahora mi única prioridad es encontrar a Hailee. Llevo enviándole mensajes desde hace más de una hora, pero no ha respondido a ninguno. Lo último que sé de ella es que al poco de llegar colgó una historia en Instagram con una de sus amigas.

Estaba guapísima, con el cabello recogido en una coleta alta, purpurina azul brillando en sus mejillas y mostrando una sonrisa radiante ante la cámara.

Atravesar la enorme sala de estar repleta de gente sin que me paren cada dos por tres para decirme lo bien que hemos jugado hoy o proponerme cosas guarras se está convirtiendo en una verdadera odisea. Ya estoy a punto de llegar al centro de la improvisada pista de baile cuando, de repente, la veo. Hailee está ahí, bailando como si no hubiera nadie a su alrededor, como si le diera igual el resto del mundo. Cuando me acerco y toco su hombro, se gira al instante y su rostro se ilumina. Tiene las mejillas sonrosadas, algunos mechones de pelo se le pegan a la frente por el sudor y la purpurina se le ha esparcido por toda la cara. Pero está guapísima.

—¡Easton! —exclama con una sonrisa, colgándose de mi cuello.

Tenía razón cuando dijo que su disfraz era ajustado. El traje de látex se pega a su cuerpo, acentuando la curva de sus pechos y de su culo, el cual me está

costando mucho no tocar teniéndola tan cerca.

—¿Cuánto has bebido? —le pregunto al oído.

Ella se gira, mira a Theo y los dos intercambian una mirada cómplice antes de echarse a reír.

—¿Qué coño le has dado? —Lanzo una mirada fulminante a mi amigo—. Espero que no...

—Shhhh... —Hailee me tapa la boca con las manos—. Es un secreto. No te lo podemos contar.

Las aparto y le alzo el mentón con firmeza, forzándola a mirarme. Como me temía, sus pupilas están completamente dilatadas, tanto, que el negro se traga todo el azul de sus ojos.

—Hailee, estás colocada —digo sin rodeos.

Ella no reacciona, solo me mira fijamente, como en trance.

—¿Estoy colocada? —pregunta de repente, frunciendo el ceño—. Theo, ¿has oído eso? ¡Estoy colocada!

—¡Entonces yo también! —grita él levantando los brazos como si estuviera celebrando algo—. ¡Estamos colocados!

Me paso una mano por el pelo con frustración mientras ellos se abrazan y empiezan a dar saltos de alegría.

Sin pensarlo, agarro a Theo por los volantes del vestido y tiro de él con fuerza, obligándolo a detenerse.

—¿Quién te dio la botella?

—¿Qué botella? —responde con voz pastosa.

—La botella que os habéis bebido.

—Ah... —Mira al techo, tratando de recordar—. Colin Murphy, creo.

—¿Y para qué aceptas nada suyo? —le espeto intentando no perder los estribos—. ¡Sabes que es un maldito yonki! ¡Y, aún por encima, vas y se lo das a Hailee!

El idiota de mi amigo se encoje de hombros.

—Yo qué sé, tío, sabía a melón. Y ya sabes que el melón es mi fruta favorita —dice con una sonrisa boba—. Además, Grayson también bebió. Ríñele a él.

Suelto un suspiro exasperado y aprieto los dientes.

—Si el colocón no te mata, te juro que lo haré yo. Y más vale que no se entere el entrenador, porque él sí te matará de verdad.

Theodore hace un gesto con la mano como restándole importancia antes de ponerse a saltar como un loco de nuevo.

—Baila conmigo, East —me pide Hailee mientras me da la espalda y empieza a restregarse contra mi cuerpo.

Joder, lo que me faltaba.

No me malinterpretéis, en cualquier otra circunstancia habría dicho que sí sin pensarlo, pero sé que ahora mismo no es plenamente consciente de lo que está haciendo y, por mucho que me encantaría que siguiera moviéndose así, la aparto sutilmente cuando noto que estoy empezando a ponerme duro.

—Te llevo a casa —le digo al oído.

Ella se aparta y me mira haciendo un puchero.

—No seas aguafiestas.

—Sí, no seas aguafiestas, East —la imita Theo, aunque no tiene ni puta idea de lo que estamos hablando.

—Tú cállate —gruño sin ni siquiera mirarlo. Luego, agarro a Hailee del brazo y empiezo a caminar hacia la salida.

Pero de repente, ella se detiene en seco.

—No puedo irme sin mis amigas. ¿Dónde están? —mira alrededor, visiblemente nerviosa—. ¿Dónde están mis amigas?

—No tengo ni idea, Hails. Pero déjame llevarte a casa. —Mi voz suena como una súplica.

—No voy a irme sin ellas.

—Te ayudaremos a encontrarlas —interrumpe Theo, que ha aparecido de la nada—. Y también necesitamos encontrar mi zapato.

—¿De qué cojones hablas, tío? El colocón te está afectando de verdad.

Él levanta los bajos de sus vestido y me muestra su pie descalzo.

—¡Mira! ¡Soy Cenicienta, joder!

—Sí, tenemos que ayudarle, East.

Resoplo, frustrado.

No sabía cómo acabaría mi noche de Halloween, pero jamás imaginé que tendría que hacerme cargo de dos borrachos colocados.

—Vale —digo a regañadientes—. Encontramos el zapato de Theo, a tus amigas, y luego nos vamos a casa.



Volver a casa con un grupo de borrachos cuando eres el único sobrio es exasperante.

Tardamos más de media hora en encontrar a Alex y Montana, hasta que finalmente los localizamos en el patio trasero. Estaban tirados en el césped, riendo a carcajadas y tratando de hacer una torre con botellas vacías de

cerveza, pero cada vez que ponían una nueva botella la torre se caía y tenían que volver a empezar. Mackenzie, por suerte, nos dijo que su novio iba a ir a recogerla, así que ella no supuso un problema.

Después de eso conduje hasta el dormitorio de las chicas. Theo se empeñó en ir de copiloto y se pasó todo el trayecto poniendo su música de mierda. En cuanto arrancó el primer tema, los demás decidieron que era una idea estupenda bajar las ventanillas y ponerse a cantar a todo pulmón, así que no es de extrañarse que nos dieran el alto los de seguridad del campus. Me acojoné, no lo voy a negar, pero al final todo quedó en una simple advertencia y nos dejaron marchar.

En cuanto llegamos, Alex y Montana arrastran a un Theo en pésimas condiciones hacia la cocina mientras se ríen y tropiezan con todo por el camino. Aunque no me importa, porque la única que me interesa ahora es Hailee, que está luchando con la puerta de su dormitorio mientras maldice en voz baja.

Me acerco y la ayudo a abrirla.

Es la primera vez que estoy en su habitación, y como todo está en penumbra, agradezco cuando enciende la luz de la mesilla de noche. El cuarto se ilumina entonces con una luz cálida, resaltando las paredes llenas de pósteres y fotografías.

Sin perder tiempo, Hailee empieza a desvestirse, arrojando la ropa al suelo sin ningún cuidado. Se está desnudando delante de mis narices, y no puedo evitar fijarme en el diminuto tanga de encaje blanco que lleva y que casi no le cubre nada.

«Contrólate».

Aparto la mirada y me recuerdo a mí mismo que no es momento de ponerme a pensar cosas guarras.

Cinco minutos y varios tropiezos después, Hailee consigue ponerse un ridículo pijama de gatitos que, sin quererlo, me arranca una sonrisa.

—Quédate, East —me pide en un susurro, desde la cama, justo cuando estoy a punto de salir.

Me quedo de pie frente a la puerta, completamente sorprendido por sus palabras, y valoro mis opciones. Puedo irme a casa y enfrentar otros veinte minutos de trayecto con Theo como copiloto, o puedo quedarme aquí, con ella. Con la chica de los ojos bonitos.

De repente, la idea de irme me parece mucho menos atractiva.

Antes de poder tomar una decisión, ya estoy quitándome el ridículo disfraz de Remy de *Ratatouille* y metiéndome bajo las sábanas junto a Hailee. Estar tan

cerca de ella, en su espacio, de una forma tan íntima, me hace sentir extraño. Como si todo estuviera fuera de lugar, pero a la vez no.

—Easton... Sexo —balbucea medio dormida.

Me congelo. ¿Qué acaba de decir? No sé si está bromeando o si está tan borracha que no sabe lo que dice. Pero, aun así, las palabras me golpean como un balde de agua fría.

—¿Qué? —pregunto sin poder creer lo que estoy escuchando.

—Que deberíamos tener sexo sin compromiso —dice otra vez, sin que sus ojos se abran del todo.

Mi mente se queda en blanco por un segundo. Esto no puede estar pasando. Es obvio que Hailee está fuera de sí, pero la idea de lo que sugiere, la forma en que me mira bajo esas espesas pestañas, me desconcierta.

—Duérmete, Hails —respondo finalmente, tratando de poner fin a lo que quiera que sea esto.

Pero ella no parece escucharme.

Sin previo aviso se sube encima de mí y mis manos van automáticamente a sus caderas. Ella echa la cabeza hacia atrás, su respiración se acelera y su boca deja escapar un pequeño gemido. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y por un momento no puedo pensar con claridad.

«Esto está mal, para».

—Hailee... —gruño cuando sus labios se deslizan por mi cuello en busca de algo más.

«Para».

Me cuesta controlarme. Quiero ceder, pero sé que no debería.

«Para, para, para».

Intentando hacerle caso a la poca cordura que me queda, la empujo hacia atrás con la esperanza de poner distancia entre los dos, pero ella sigue besándome y frotándose contra mi polla, lo cual está volviéndome completamente loco. Mierda, si no para ahora mismo voy a acabar follándomela hasta que no pueda más.

—Me pones mucho, East...

«No lo hagas».

—Duérmete. —La vuelvo a empujar con cuidado para que se caiga a mi lado en la cama.

Ella protesta, pero está tan cansada que desiste y con los ojos medio cerrados murmura:

—Sin compromiso seguro que funciona.

—Seguro —respondo respirando con dificultad mientras intento ignorar la tensión en la entrepierna—. Pero ahora, duérmete.

No dice nada más. En pocos segundos, sus ronquidos suaves llenan la habitación y el silencio se instala entre nosotros. Mi mente todavía sigue intentando procesar lo que acaba de ocurrir. Y joder, estoy tan cachondo que sé que no voy a ser capaz de dormirme en un buen rato.

Definitivamente, nunca pensé que terminaría Halloween en la cama con Hailee Winters.

14

Hailee



Definitivamente, nunca pensé que terminaría Halloween en la cama con Easton Caldwell.

Pero ahí está, roncando a mi lado como si fuéramos una pareja cualquiera que acaba de pasar la noche junta.

Lo peor de todo es que lo que sea que hice anoche se está colando en mi mente de manera confusa y borrosa. Lo único que sé es que mi cabeza late con fuerza y la resaca amenaza con no dejarme pensar con claridad. Mis labios están secos, tengo la boca pastosa, y me muero por un vaso de agua y doce aspirinas.

Me incorporo lentamente, mirando a Easton de reojo. Su cabello castaño está desordenado, pero incluso en su estado más desaliñado parece sacado de una película de Hollywood. No es justo. Yo, por otro lado, seguro que parezco un zombie con un nido de pájaros en la cabeza.

De repente, él se mueve y abre los ojos con lentitud, y, al pillarme mirándolo embobada, sonríe. Un destello de diversión cruza su rostro, como si supiera exactamente qué estoy pensando.

—Buenos días, Ojos Bonitos —dice con voz rasposa mientras se acomoda mejor en la cama, cruzando los brazos detrás de su cabeza—. ¿Qué tal has dormido?

Parpadeo, sintiendo cómo el dolor de cabeza se intensifica. La verdad es que no recuerdo mucho de lo que pasó anoche. Solo fragmentos. Estaba bebiendo con Mackenzie, la perdí de vista y luego... encontré a Theodore. Bueno, él me encontró a mí. Después de eso, todo se difumina.

—¿Qué pasó anoche? —Tengo la voz tan áspera que parezco un camionero.

Easton se ríe suavemente y se recuesta sobre el respaldo de la cama, adoptando una postura relajada. Sus ojos color caramelo brillan de diversión

mientras se cruza de brazos, y yo no puedo evitar fijarme en cómo se le marcan los pectorales del pecho.

—Te traje a la cama y te hice de todo —dice en tono juguetón.

Me avergüenzo al instante. Mi cara se pone roja como un tomate y el dolor de cabeza no hace más que empeorar.

—¡No te burles de mí! —grito buscando algo con lo que golpearlo. Le lanzo el primer cojín que encuentro, pero él lo esquiva con una agilidad asombrosa —. Lo digo en serio —insisto mientras me tapo la cara con las manos—. Dime que no hice ni dije nada vergonzoso.

Easton deja escapar una carcajada que no augura nada bueno.

—¿Vergonzoso? —repite con un brillo travieso en los ojos—. No sé si lo que hiciste fue exactamente vergonzoso, pero, bueno... digamos que te abalanzaste sobre mí y casi me suplicaste que te follara.

Siento como si mi estómago se hubiera encogido en una bola de nervios mientras el aire se me escapa de los pulmones.

—Estás mintiendo —respondo, aunque mi voz suena temblorosa, como si no estuviera completamente segura de que fuera mentira.

Easton ladea la cabeza y me mira con diversión.

—¿Por qué iba a mentir? —Se encoge de hombros—. Me dijiste algo sobre tener sexo sin compromiso. Y oye, me parece bien.

Mis dedos se enroscan en las sábanas, apretándolas con fuerza mientras mi mente trata de procesar lo que acaba de decir. No puede ser cierto. ¿Yo dije eso? No lo recuerdo. Mierda, todo está tan nublado...

—Es solo una tontería que se me escapó porque estaba borracha. Montana me lo dijo y...

—Te he dicho que me parece bien —me corta. Suena relajado, comentándolo como si no fuera nada del otro mundo.

—¿Te parece bien? —pregunto, incrédula.

Asiente con una sonrisa juguetona.

—¿Por qué no? Somos adultos y nos atraemos. Si ninguno de los dos se complica, ¿por qué no probar? No es tan raro, mucha gente tiene follamigos.

La idea me hace un nudo en el estómago. No sé si tengo miedo o si la posibilidad de algo tan arriesgado me resulta tentadora. Siempre he sido el tipo de chica que evita los riesgos emocionales. Y, además, las relaciones sin compromiso no son lo mío. Nunca han sido lo mío. Pero algo en la mirada de Easton, en su tono, hace que dude.

—¿Y si alguno de los dos se enamora?

Easton se despega de la almohada y se acerca un poco más. Con una sonrisa torcida, me lanza una pregunta inesperada.

—¿Te preocupa enamorarte de mí, Hailee?

Mi corazón late más rápido de lo normal, pero intento mantener la compostura. No voy a caer en su trampa.

—A lo mejor te enamoras tú de mí —replico, más para tranquilizarme a mí misma que para desafiarlo.

Él deja escapar una risita suave, casi imperceptible, pero lo suficientemente clara como para que sepa que no le resulta ni un poco convincente.

—No te ofendas, pero no me van las relaciones. No tengo interés en complicarme la vida con eso. —Su voz es tranquila, pero yo sé que esas palabras no son solo una afirmación, sino una advertencia. Easton no está buscando nada más allá de lo que está en el presente.

Y yo... ¿De verdad puedo hacer esto? ¿Puedo seguir adelante sin que me afecte?

El silencio se extiende entre nosotros por unos segundos. La tensión en el aire es palpable, pero finalmente, me doy cuenta de que no quiero quedarme con la incertidumbre, con esa sensación de que pude haber hecho algo y no lo hice.

—Podríamos probar —digo sin mucho entusiasmo, mordiéndome el labio—, pero no sé qué es lo que saldrá de todo esto.

Easton se acerca lentamente, con la mirada fija en mí, y sin previo aviso, se inclina hacia adelante y besa mis labios con una suavidad que me toma por sorpresa. Al principio, mis pensamientos se paralizan. Todo lo que puedo sentir son su calidez, su cercanía y su respiración entremezclándose con la mía. Es solo un beso corto, rápido, pero cuando se aparta, siento como si el aire hubiera cambiado. Me cuesta respirar. No sé qué pensar ni qué decir y las palabras se me atascan en la garganta.

—¿A qué ha venido eso? —consigo preguntar.

—¿Te has enamorado? ¿Has sentido mariposas en el estómago? —pregunta con una ligera burla.

«Sí».

—No —respondo rápidamente, aunque no sueno tan convincente como me gustaría. El calor en mis mejillas me traiciona, pero intento mantenerme firme.

Easton asiente, aparentemente satisfecho con mi respuesta, y se recuesta nuevamente sobre la almohada.

—Entonces funcionará.

15
Easton



En cuanto termina el entrenamiento, me doy una ducha rápida y corro a la oficina del entrenador Hotchner.

—¿Puedo pasar? —pregunto desde la puerta.

Él me hace un gesto con la mano y me pide que cierre al entrar.

—Déjame adivinar. —Se quita las gafas y las deja sobre el escritorio antes de cruzarse brazos—. Estás aquí para saber si voy a darte más tiempo de juego, ¿verdad?

—Correcto. —Para qué mentir.

—No iba a hacerlo —admite. A él tampoco le gusta andarse con rodeos—. Después del numerito que montaste en Belmont me planteé meterte el palo de hockey por el culo y mandarte al banquillo lo que queda de temporada, pero tu novia me hizo cambiar de opinión.

—¿Mi novia? —Frunzo el ceño.

—Sí, la chica con la que estuviste a punto de acostarte en los vestuarios. ¿Te acuerdas?

—¿Hailee? No es mi novia, solo somos amigos.

—Muy amigos, al parecer —ironiza—. El caso es que ayer por la mañana vino a hacerme una vista y me habló de lo mucho que te estás esforzando en las sesiones y de todas las actividades que habéis hecho. Dijo que merecía la pena darte una oportunidad.

—¿Ella dijo eso? —pregunto, y no puedo esconder la sorpresa que tiñe mi rostro.

—A mí también me sorprendió. —*Auch*, en todo el ego—. Pero, por alguna razón, decidí hacerle caso. Voy a darte más tiempo de juego, Caldwell. —Casi salto de la silla de la emoción.

—Gracias, Hotch. No te defraudaré.

—Eso espero, porque el palo de hockey es muy largo. Imagínate lo que debe doler si te lo meten por el culo.

Salgo del despacho tan contento que para cuando llego a la facultad de Turismo ya me he olvidado de las amenazas de Hotchner. Estoy atravesando el vestíbulo principal cuando mi móvil vibra en el bolsillo trasero de mis pantalones.

WinterHails:

¿Qué tal se te da la psicología?

Northeastcaldwell:

Depende...

WinterHails:

Estoy haciendo un trabajo sobre la rehabilitación psicológica en atletas lesionados y he pensado que igual te gustaría ayudarme... No tienes que hacerlo si no quieres.

No quiero. Bueno, normalmente no querría. Pero si es Hailee la que me lo propone, estoy dispuesto a aceptar sin problema. En las últimas sesiones ya hablamos un poco sobre mi lesión y todo lo que implica, y, sorprendentemente, me siento cómodo cuando lo hablo con ella. Hailee lo entiende.

Me entiende.

Northeastcaldwell:

Te ayudaré.

WinterHails:

¡Genial! Acabo de salir de clase, voy para casa. ¿Nos vemos en mi dormitorio en diez minutos?

Northeastcaldwell:

Guau, ninguna chica me había invitado a su dormitorio tan rápido.

Por supuesto, me manda el *emoji* de los ojos en blanco. Le respondo con uno de una carita sonriente mientras salgo del edificio y luego le envío un mensaje a Theo diciéndole que se busque otro compañero de estudio, que me ha surgido algo.

Theo:

Espero que lleves condones, soy muy joven para ser tío.

Easton:

Voy a hacer un trabajo, burro, no a follar.

Theo:

Vale.

Guardo el móvil, pero lo cojo enseguida cuando vuelve a vibrar.

Theo:

Por cierto, dale saludos a Hailee.

Theo:

Y en serio, no la dejes preñada.

Suelto un suspiro e ignoro sus mensajes mientras giro a la izquierda para ir al edificio de Hailee. Por suerte no queda muy lejos de la facultad de Historia, así que en pocos minutos me planto frente a la puerta de su dormitorio y llamo al timbre.

Escucho voces y pasos apresurados al otro lado. Hailee no tarda en abrir, y las pintas con las que me recibe casi consiguen que tenga una erección. Lleva la melena castaña recogida en un moño descuidado, como si se lo hubiera hecho deprisa y sin fijarse demasiado. Tiene un lápiz detrás de la oreja, en plan profesora sexy, y completa el *look* con una camiseta ancha que apenas le cubre los muslos y unos pantaloncitos de pijama tan pequeños que casi parecen bragas.

Cuando después de invitarme a pasar se da la vuelta para ir a su habitación, no puedo evitar pegarle un buen repaso a su culo. Sé que está mal que yo lo diga, pero es que tiene un culo increíble.

—Puedes sentarte ahí. —Estira el brazo para señalarme la silla de su escritorio.

Ella se sienta en un cojín en el suelo, a mis pies, y cuando se inclina hacia adelante para anotar algo en la libreta que tiene sobre las piernas, le veo las tetas a través de la apertura de la camiseta.

Se me tensa el abdomen, las pelotas, el pene y todos los músculos del cuerpo. Joder, son perfectas. Ni muy grandes ni muy pequeñas, redonditas y con los pezones de un tono rosa suave. Igual tendría que haberle hecho caso a Theo y haber pasado por casa a coger condones. Ahora que se supone que somos amigos con beneficios, nunca se sabe cómo puede acabar la cosa. Y, después

de haberle visto las tetas, cualquier situación me parece buena para acostarme con ella.

—¿Qué te parece? —pregunta, interrumpiendo la peli porno que estaba a punto de montarme en mi cabeza.

—Bien, supongo. —Me obligo a mantener los ojos sobre su rostro.

—No estabas escuchándome, ¿a que no?

—Que sí —miento descaradamente—. Venga, ¿qué hay que hacer? ¿En qué te ayudo?

Me pasa un cuestionario con un montón de preguntas, de las cuales no entiendo ni la mitad. Genial, no he empezado y ya estoy abrumado.

—Tienes que contestar de la forma más detallada posible las preguntas que están en negro. Ignora las azules, esas son para mí.

Vale, las mierdas técnicas que no entendía son para ella.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? —replica abriendo mucho los ojos—. Son veintiséis preguntas. Créeme, querrás tirarte de los pelos antes de llegar a la décima.



No me gusta la puta psicología.

Y Hailee tenía razón. Doce preguntas, ese es el total que he conseguido contestar antes de que me entraran ganas de pegarme un tiro.

—Necesito cafeína. —Me levanto y voy hacia la puerta, pero su voz me detiene.

—No tengo café. La única que lo bebe es Mackenzie, pero como se entere de que le has cogido algo nunca encontrarán tu cuerpo. —La miro boquiabierto —. Tengo infusiones, si quieres. Y creo que hay algún refresco en la nevera.

Me conformo con uno de esos y traigo otro para ella, aunque lo rechaza amablemente. En serio, esta chica no come nada que no sea verde o venga de una planta.

—No has contestado a la pregunta nueve —dice cuando me dejo caer en la cama a su lado.

—A lo mejor no la entendí. Había algunas que eran raras de cojones.

—¿Qué otra pasión o interés te motivaría si tuvieras que renunciar al deporte profesional debido a una lesión? —lee en voz alta—. Yo creo que está bastante clara.

—Ah, sí. —La recuerdo. Me la salté a propósito—. No tengo nada que decir.

Hailee deja el cuestionario a un lado y me mira con una expresión incrédula.

—¿Cómo no vas a tener nada que decir? —Ni siquiera se molesta en disimular la sorpresa—. Imagínate que no pudieras seguir jugando al hockey, ¿qué harías? —Me encojo de hombros—. Vamos —insiste—, tiene que haber algo que te guste.

—El hockey me gusta.

—Algo más, me refiero.

Sacudo la cabeza.

—No hay nada más. Llevo toda la vida jugando al hockey, y eso no va a cambiar —sentencio.

—No puedes estar tan seguro —repone—. Mírame a mí. —Se señala a sí misma—. Pensaba que el patinaje sería todo mi futuro y tuve que renunciar a ello. Fue una mierda, sí, pero gracias al yoga encontré una nueva pasión.

—Y me alegro por ti, pero para mí solo existe el hockey. —Sueno más borde de lo que pretendo, pero es que esa es la verdad.

—¿Y si no pudieras volver a jugar? —pregunta elevando el tono. Se está poniendo nerviosa, y yo estoy empezando a perder la paciencia.

—Esa no es una posibilidad —respondo irritado.

—Sí la es, mira lo que me pasó a...

—¡Yo no soy tú, joder! —estallo, y ella da un respingo, sobresaltada por mi inesperado arrebato. Nunca le había gritado—. Yo no soy tú, Hailee —repito más calmado, bajando la voz—. Lo que te pasó a ti no es lo que me pasó a mí. Lo mío sí tiene arreglo.

Enseguida veo la punzada de dolor que atraviesa su mirada y el nudo que se le forma en la garganta, impidiéndole tragar.

—Hails, yo...

—Creo que deberías irte —me corta bruscamente mientras echa un vistazo a su móvil—. Se está haciendo tarde.

—No he acabado el cuestionario.

—No importa. —Ya está abriéndome la puerta—. Seguiremos otro día.

Dejo la lata de refresco sin acabar sobre la mesilla de noche y recojo mis cosas antes de marcharme.

Esta vez no me despido, y ella tampoco lo hace.

16
Hailee

Quería que sufriera.

Quería verlo sudar sangre, sudor y lágrimas y que no pudiera moverse en las próximas tres semanas. Me había tratado fatal el martes, y yo había convertido nuestra sesión del miércoles en su infierno personal. De hecho, ahora que lo pienso, puede que me pasara un poco con la dificultad y la intensidad de los ejercicios, pero sin duda se lo merecía.

No me dio pena ninguna cuando me escribió hoy por la mañana para decirme que no sentía las piernas. Ni tampoco me ablandé cuando más tarde, al mediodía, me envió una foto del *bowl* de verduras con arroz que había preparado siguiendo una de mis recetas. Lo que sí que me pilló por sorpresa fueron Theodore y Ronan McGarry, que me abordaron a la salida de clase para intentar convencerme de que lo perdonara porque, según ellos, parecía un alma en pena deambulando por la casa.

No cedí.

—¿No crees que estás siendo un poco dura con él? —La voz de Montana me llega desde el cuarto de baño—. Seguro que no te lo dijo con mala intención. Además, ya sabes cómo son los tíos, primero hablan y luego piensan.

—Easton Caldwell no llega a la parte en la que se piensa, se queda en la de abrir su enorme bocaza —respondo, molesta, mientras pulso con rabia las teclas de mi ordenador. Mi redacción para la clase de Psicología del Deporte está siendo una mierda.

—Yo creo que deberías perdonarle ya. —Montana entra en el salón maquillada, con el pelo planchado y un vestido corto de lentejuelas que le sienta de maravilla. Da una vuelta sobre sí misma para enseñarme su modelito —. ¿Qué tal estoy?

—Pareces una bola de discoteca —bromeo.

—Y tú pareces una abuela con ese pijama. —Me saca la lengua mientras se pone el abrigo y guarda algunas cosas en su bolso—. ¿Seguro que no quieres ir a la fiesta?

—Paso.

—Como quieras —resopla—, pero deja ya el trabajo y relájate.

—Estoy relajada. —No lo estoy. Para nada—. La psicología me relaja.

—Te relajarías más si... —Lo que sea que Montana iba a decir muere en sus labios cuando abre la puerta y se encuentra de frente con Easton—. Vaya, ¿qué haces aquí, Romeo? —pregunta, divertida.

—He venido a ver a Hailee —responde él, y siento su mirada atravesándome en la distancia—. Y a disculparme —añade elevando el tono, pero finjo que no lo escucho.

—Pues mucha suerte, vas a necesitarla.

La puerta se cierra con un golpe seco cuando Montana se marcha, dejándonos solos. Los pasos de Easton resuenan en la sala de estar mientras se acerca.

—¿Podemos hablar? —Lo ignoro—. Te he traído la cena —dice balanceando una bolsa de comida frente a mí. —Continúo ignorándolo. Él resopla, frustrado—. Vamos, Hails, ya sé que el otro día la cagué. Y lo siento, de verdad. Déjame arreglarlo.

—Estoy ocupada —mascullo sin apartar la vista de la pantalla.

Como buen jugador de hockey, Easton no se da por vencido. Se quita la chaqueta, se acomoda en el sofá y empieza a sacar la comida, colocándola sobre la mesa de café.

—Ensalada de pasta y salmón, tu preferida.

Con eso consigue captar mi atención. Dejo el portátil a un lado y por fin lo miro a la cara.

El arrepentimiento se refleja en sus ojos marrones. Tiene los labios apretados y una expresión seria, pero incluso así, medio compungido, está guapísimo. Lleva el pelo mojado, seguramente porque acaba de salir de entrenar, y no puedo evitar que se me acelere el pulso cuando una gota resbala desde uno de sus mechones castaños hasta su cuello y se pierde bajo su camiseta.

Joder, ¿por qué tiene que ser tan guapo?

—¿Has ido a Benji's? —Lo miro sin expresión alguna, conteniendo la pequeña sacudida en el pecho que me ha provocado con ese gesto.

—Como no fuimos ayer, pensé que podríamos cenar hoy. Hay que mantener viva la tradición.

—Para una vez que piensas, y piensas mal. —Le doy la espalda, dispuesta a coger el portátil, pero él me agarra del hombro y me obliga a mirarlo.

—No puedes resistirte a la pasta con salmón —dice con una sonrisa entre juguetona y engreída que me dan ganas de borrarle de un bofetón.

—Ya he cenado —respondo cortante, intentando apartarlo, pero aprieta su agarre.

—Se te da fatal mentir, Ojos Bonitos.

Una chispazo de rabia me recorre por dentro. Me saca de quicio que me conozca tan bien.

—Rectifico, entonces. —Mirándolo muy seria, añado—: No quiero cenar contigo.

Nos quedamos mirándonos unos segundos y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no bajar la vista a sus labios, enmarcados por una barba incipiente de dos días.

—Pues te aguantas, porque yo sí quiero cenar contigo —dice rompiendo el contacto visual. Luego coge su hamburguesa y se recuesta en el sofá como si nada—. Además, tengo una propuesta que hacerte.

Llegados a este punto ya sé que no se va a largar, así que decido sacar provecho de la situación y agarro mi ensalada. Si tengo que aguantar a Easton, al menos que no sea con el estómago vacío.

—Te escucho —murmuro con fastidio.

—¿Qué te parecería pasar el fin de semana en Anchorage? Podríamos irnos mañana por la mañana después de mi clase y volver el domingo.

—¿Y por qué querría yo ir a Anchorage? —pregunto enarcando una ceja—. Ya tengo planeada la sesión de mañana. Además, ¿no tienes partido el sábado?

—No jugamos este finde. —Le da un mordisco a su hamburguesa, traga y sigue hablando—. Nunca te lo he dicho, pero mi padre es entrenador. Le prometió a los críos que iría a entrenar con ellos y a verlos jugar este sábado y... bueno, pensé que podrías venir tú. Ya sabes, enseñarles algo de tus habilidades sobre el hielo.

Lo miro con los ojos muy abiertos, totalmente incrédula.

—Ya, todo eso suena muy bien. ¿Pero dónde se supone que me voy a quedar?

—En mi casa, claro —responde como si fuera lo más lógico del mundo y yo una boba por no haberlo adivinado.

—¿En tu casa? ¿Con tu padre?

—Eh... sí.

Me quedo en silencio unos segundos, procesando lo que eso significa. Easton y yo. Juntos. Todo un fin de semana. En su casa. Con su padre. No estoy segura de que mi corazón sobreviva a tenerlo en la habitación de al lado por más de veinticuatro horas.

Sin embargo, para mi sorpresa, las palabras que salen de mi boca dicen otra cosa.

—Vale, ¿por qué no? Tendría que cambiar mi clase de yoga del sábado, pero no creo que haya problema.

Easton sonríe de lado y yo casi me atraganto con el salmón. En serio, ¿por qué tiene que ser tan condenadamente guapo?

—Va a ser un fin de semana increíble —dice con la misma emoción de un niño a punto de viajar a Disney. Después, señala el televisor con la barbilla—. Ahora, pon esa serie de la chica que se lía con los dos hermanos.

—¿*El verano en que me enamoré*? —pregunto, parpadeando como si no pudiera creer lo que acaba de decir. Esta sí que no me la esperaba.

—Sí, esa. Estoy enganchadísimo.

17

Easton



Los jueves son día de fiesta, así que conducir el viernes por la mañana por el campus a veces se convierte en un desfile bastante entretenido. Aunque a Hailee no le ha hecho ninguna gracia el borracho que estaba durmiendo en el portal de su edificio y que casi le vomita en los zapatos.

Cuando llegamos Anchorage, unas tres horas y media después, todavía sigue quejándose de eso y de que deberían implementar más medidas disciplinarias en la universidad.

—Pensé que íbamos a tu casa —dice cuando aparco en el estacionamiento de la Escuela Primaria Crestview.

—Sí, pero primero quiero enseñarte dónde vamos a estar esta tarde con los críos —le informo mientras salgo del coche y lo rodeo para abrirle la puerta.

—¿El colegio tiene su propia pista de hielo? —pregunta, sorprendida.

—Algo así. —Sonrío mientras nos dirigimos hacia la salida del aparcamiento. Hailee me sigue de cerca, atenta a todo lo que digo—. El colegio no tiene una pista en sus instalaciones, pero como el estadio está justo al lado, les dejan usarla.

Caminamos unos cinco minutos por la avenida principal antes de cruzar la carretera y detenernos frente al estadio, del que cuelgan dos enormes carteles dorados anunciando el partido de mañana.

Rápidamente, le muestro a Hailee el interior: la pista, los vestuarios y la cafetería de la planta superior. Para cuando terminamos el pequeño tour improvisado, ya le he contado varias anécdotas de mi infancia y adolescencia cuando jugaba aquí, lo que la ha hecho reír sin parar en varias ocasiones. Y me he arrepentido de contarle algunas cosas. Porque ahora, mientras conduzco de vuelta a casa con otra de sus canciones de Taylor Swift de fondo, lo único que escucho es el timbre suave de su risa. Es como una melodía maldita que no me

puedo sacar de la cabeza, y me asusta un poco el hecho de que su risa me haya alterado el sistema hasta tal punto que apenas puedo concentrarme en la carretera.

—Será mejor que te advierta —le digo cuando estamos frente a la puerta de la entrada—. Mi padre va a ofrecerse a enseñarte todos los álbumes familiares, especialmente aquellos en los que hay fotos en las que salgo desnudo. —La miro fijamente, y puedo ver un brillo divertido en su mirada—. Niégate, ¿vale? No quiero que me veas la polla. Aún —añado después de una breve pausa.

Hailee se pone tan roja como el jersey que lleva puesto, y a mí me encanta tener ese efecto sobre ella.



Hailee

Le he visto el pene a Easton Caldwell. Y no ha sido por voluntad propia.

Tenía razón cuando dijo que su padre se ofrecería a enseñarme todos los álbumes familiares. No pude negarme, la verdad, porque el señor Caldwell parecía tan entusiasmado por presumir a su único hijo que decir que no habría sido casi un acto de crueldad.

Y sí, Easton es una especie de copia más joven (y más malhumorada) de su padre.

Ambos tienen los mismos ojos color miel, aunque en los de su padre el brillo parece más tenue. También comparten el mismo cabello castaño, los hombros anchos y ese aire imponente de alguien que ha pasado media vida sobre una pista de hielo.

—Míralo, aquí tenía seis años. Fue el primer verano que pasamos fuera de Alaska —dice el señor Caldwell, mostrándome una foto con una sonrisa nostálgica.

En la imagen, un Easton pequeñito envuelto en una toalla sonríe a la cámara. Tiene el pelo mojado y alborotado y arena pegada hasta en las cejas, pero está adorable. Como para guardarlo en el fondo de una caja de recuerdos.

—Vaya, por fin eliges una en la que no se me ven las pelotas —murmura Easton con tono irónico desde el sofá—. Gracias, papá.

—No creo que Hailee quisiera seguir viendo tus pelotas —replica su padre sin perder ni un poco de compostura.

Y yo me vuelvo a poner roja, como si el rubor fuera una función automática de mi cuerpo desde que entré en esta casa.

Benjamin Caldwell no solo se parece físicamente a su hijo, también tiene el mismo sentido del humor y esa increíble habilidad para hablar de cosas incómodas sin sentir ni un poquito de vergüenza.

—Anda, guarda eso —suelta Easton mientras le quita el álbum con resignación y lo devuelve a la estantería—. Tenemos que irnos. El entrenamiento es a las cuatro, ¿no?

—Sí. —Ben asiente mientras se pone de pie—. Y por cierto, después hay una cena en la cafetería con los padres y los chicos. Podéis quedaros si queréis, aunque lo entiendo si preferís hacer otra cosa —añade con una sonrisa pícara.

Easton pone los ojos en blanco, cosa que nunca hace y que no ha parado de hacer desde que llegamos. A este paso, voy a empezar a preocuparme de que pueda convertirse en un tic.

—No le hagas caso —me dice por lo bajo, justo cuando su padre sale del salón entre risas. Ya en la puerta, mientras me pongo el abrigo, se gira hacia mí —. ¿Has traído tus patines? Si no, puedes coger unos prestados en la pista. Tienen un montón, aunque son un poco incómodos.

—He traído los míos. Están en una de mis bolsas, en tu coche —respondo ajustándome la bufanda. Aunque me guardo el detalle de que no son los que usaba cuando competía. Esos siguen guardados, intactos. Como si al sacarlos de su bolsa, todo lo demás también regresara con ellos.

—Genial, vamos. —Easton se detiene en el porche y me mira, mucho más serio esta vez—. Y gracias por venir. Por hacer esto. En serio, esos niños van a adorarte.

Siento un cosquilleo suave subiéndome por la espalda.

—No hay de qué. —Sonrío, ligeramente cohibida, y él me devuelve la sonrisa antes de darse la vuelta para ir hacia su coche.

Su padre ya está dentro, peleándose con el sistema de sonido del vehículo.

—¿Cómo demonios se conecta el móvil aquí? —refunfuña cuando me subo al asiento del copiloto. Aunque es el coche de su hijo, no se me pasa por alto el detalle de que me ha dejado el asiento delantero. Y lo aprecio.

—Hailee suele encargarse de la música —comenta Easton mientras pone el coche en marcha—. Dice que necesito cultura musical.

A través del espejo retrovisor veo cómo Benjamin frunce los labios, como si le acabaran de lanzar un reto. Luego se cuela entre el hueco de nuestros asientos y, bajo la mirada fulminante de Easton, empieza a tocar todos y cada uno de los botones en la pantalla.

—Os voy a enseñar lo que es cultura musical de verdad —anuncia cuando el sistema por fin se conecta.

Enseguida suenan los primeros acordes de «Billie Jean».

Mientras la canción llena el vehículo y el señor Caldwell la canta a todo pulmón, me doy cuenta de que me gusta estar aquí. La situación es rara, eso sin duda, y un poco incómoda a veces.

Pero es el tipo de incomodidad que poco a poco empieza a hacerte sentir bien.



Easton

Hailee tiene un don con los niños.

Le bastaron menos de quince minutos para ganarse a todos, y sinceramente, no me sorprende. Con esa forma de patinar, ¿quién no quedaría impresionado? Tuve que recordarme que ya no compite, que se retiró, porque por un momento lo olvidé por completo.

Ver a Hailee patinando se ha convertido en una de mis cosas favoritas. Hay algo en la forma en que se mueve, en su seguridad, que es imposible no admirar. Es como si el hielo fuera su lugar en el mundo, y verla ahí... bueno, es simplemente alucinante. Además de probablemente lo más sexy que he visto nunca.

—Me gusta para ti —comenta mi padre mientras le ayudo a recoger los conos después del entreno.

Echo un vistazo rápido a Hailee, que está ayudando a los niños a quitarse los patines.

—Somos amigos, papá.

—Yo también decía eso sobre tu madre y acabé casándome con ella.

—Sí, y luego te dejó, ¿recuerdas? —le digo medio riéndome. Hay que reírse hasta de las propias desgracias.

—Lo digo en serio —insiste, dándome un golpecito en la cabeza con uno de los conos. Suelto un quejido—. Esa chica tiene algo especial. No la cagues.

Me paso todo el trayecto de regreso a casa dándole vueltas a la dichosa conversación. Que Hailee es especial, dice. Bueno, eso está clarísimo. De lo contrario, jamás la habría traído aquí. Ni habría ido a comer con ella. Ni me

habría abierto tanto sobre mi lesión. Ni tampoco habría fantaseado casi cada noche desde que la conocí con estar entre sus piernas.

Definitivamente es especial. Y eso es un problema.

«Aunque solo si dejo que me afecte», me recuerdo. Mientras mantenga las distancias, en lo sentimental al menos, y me concentre en lo que importa (el hockey, mi recuperación y el equipo), todo irá bien.

O eso espero.

Estoy tan metido en mis propios pensamientos que no me doy cuenta de que he tomado el desvío equivocado hasta que Hailee me lo advierte. Pero sé exactamente adónde lleva. Aunque me digo que tiene que ser una coincidencia, algo que he hecho de forma inconsciente.

—¿Dónde vamos? No estarás planeando llevarme a un lugar apartado para hacerme cosas malas, ¿no? —bromea.

Su risa, esa maldita risa suya, vuelve a hacerme cosquillas por debajo de la piel. Pero lo que más me molesta es que ha usado las mismas palabras que usé yo cuando ella me llevó de excursión por las montañas poco después de conocernos. Me molesta porque no debería acordarme de eso. No debería ser tan importante como para que aún esté guardado en algún rincón de mi memoria. Pero lo está. Como cada jodido detalle de todo lo que pasa cuando estoy con ella.

—¿Te gusta la playa? —pregunto. Mi voz suena más baja de lo que esperaba, pero al menos digo algo.

—Sí, aunque normalmente la gente no suele ir en noviembre. ¿Tú sí?

Vuelve a reír. Y ahí está otra vez ese cosquilleo que se me instala en el pecho y no se va. Suelto un suspiro de frustración y subo el volumen de la música. Hailee me lanza una mirada de reojo, extrañada, pero junta las manos en su regazo y no dice nada más hasta que llegamos.

—Bienvenida a Kincaid Beach —anuncio tras detener el coche en lo alto de una cuesta.

Salgo para abrirle la puerta, pero se me ha adelantado. Ya está fuera, de pie junto al coche, con los ojos cerrados y respirando hondo. Huele a mar y a sal. El viento helado le revuelve el cabello castaño, que bajo los últimos rayos del atardecer casi parece rubio.

—Qué bonito —murmura admirando la playa que se extiende a nuestros pies.

—Solía venir aquí con mis padres cuando era pequeño —empiezo a explicarle mientras descendemos por un sendero. Para cuando llegamos abajo, el sol ya se ha escondido y una luna pálida y translúcida empieza a aparecer entre las nubes.

—¿Así que no volviste desde que se fue tu madre? —me pregunta sin dejar de mirar las huellas que vamos dejando sobre la arena húmeda.

—Sí volví, pero siempre solo. Solía venir cuando estaba estresado, cuando las cosas no iban bien en clase o en el hockey. —Me detengo para observar el horizonte, donde el cielo y el mar se confunden en la penumbra de la noche—. Me quedaba aquí de pie, justo como ahora, con los ojos cerrados. A veces perdía la noción del tiempo y no sabía ni cuánto había pasado, solo que por fin, después de una semana de mierda, todo estaba en silencio.

—En Fairbanks no tenemos playa —responde ella en voz baja—, pero yo también encontré mi rinconcito. Detrás de mi casa hay un bosque, y en medio hay un claro con un lago. En verano va bastante gente, pero en invierno siempre está vacío. Yo aprovechaba e iba siempre que podía, como tú, para olvidarme de todo por un instante. —Suena tan frágil que solo quiero abrazarla y no soltarla nunca—. El lago se congela todos los inviernos —continúa—, y alguna vez pensé en patinar sobre él... pero no me atreví. Todavía tenía miedo.

Las estrellas comienzan a brillar con más intensidad sobre nosotros y algo me recorre por dentro cuando mi mano roza la suya accidentalmente. Culpo al frío. Pero sé que no es por eso, porque llevo ardiendo desde que me subí al coche con ella.

—Es precioso, ¿no crees?

Sé que se refiere a las vistas, pero mientras Hailee mira las estrellas, yo solo la miro a ella.

—Sí, sí que lo es —respondo. Y antes de pensarlo demasiado, la cojo de la mano y la hago girar hacia mí—. ¿Sabes qué, Hails? —empiezo.

«Cállate. No lo digas».

—¿Qué? —pregunta, mirándome con esos ojos azules que nada tienen que envidiarle al océano que tenemos detrás. Está increíblemente guapa, y no sé si es por la luz de la luna, porque parece tener más pecas que ayer, porque hoy se ha puesto un brillo de labios nuevo o porque estoy perdiendo la cabeza. Pero lo está, joder. Está preciosa.

—Pues que... —«Cállate»—. Que... —«Me encantas». Algunos copos de nieve empiezan a caer a nuestro alrededor, flotando despacio mientras el viento los arrastra a su antojo—. Que está nevando —digo al fin.

Hailee parpadea varias veces, como si intentara salir del trance en el que estaba, y mira a su alrededor. Un copo de nieve se posa en la punta de su nariz y un cosquilleo recorre mi cuerpo cuando, casi por instinto, me acerco para quitárselo con el dedo. Ella se estremece. Está tan cerca que puedo oler su

característico aroma a coco, tan cerca que puedo escuchar su respiración, suave y entrecortada.

En un movimiento rápido, coloca su mano fría sobre mi mejilla, que está ardiendo por la proximidad, y tengo que contenerme para no hacer ningún sonido. Lo siguiente me sorprende: se pone de puntillas, rodea mi cuello con sus brazos y me besa.

Tardo unos segundos en procesar lo que está haciendo, pero cuando finalmente me doy cuenta, la agarro de la cintura y la acerco a mí, devolviéndole el beso con más intensidad. Y este beso no es como el que le di en su habitación el otro día, donde apenas la rocé. No. Este está cargado de desesperación, de deseo reprimido que por fin se libera.

Mientras la sostengo más fuerte deslizo mi lengua por sus labios, y ella responde sin dudarlo, abriendo la boca para dejarme entrar. Nuestras lenguas cálidas se encuentran, se entrelazan y se siguen el ritmo sin esfuerzo, como si esta no fuera la primera vez y ya se conocieran. Cuando profundizo aún más el beso, Hailee enreda los dedos en mi cabello y tira de él, haciendo que suelte un gruñido bajo, uno que esta vez no puedo contener. Ella parece disfrutarlo, parece que le excita, porque suelta un pequeño gemido que me pone completamente duro y tira de mi pelo con más fuerza, intensificándolo todo.

Mis manos se mueven con desesperación por su cuerpo. Por sus caderas, su cintura, su culo, su espalda... Como si necesitara saciarme por completo de ella. Entonces, cuando desliza sus manos y me clava las uñas en el pecho, tengo que recordarme que estamos bajo cero y que quitarle la ropa y hacérselo en la arena quizá no sea la mejor idea.

Continúo besándola, hasta que noto que le cuesta respirar y me veo obligado a romper el beso. A regañadientes, me aparto un poco y apoyo mi frente contra la suya mientras ambos intentamos recuperar el aliento.

—Me encantas. —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

Y entonces sé que estoy jodido.

18

Hailee



La sensación de las manos de Easton sobre mi cuerpo me acompaña todo el trayecto de vuelta. Todavía me siento ligera, desinhibida, como si estuviera borracha. Pero no es alcohol lo que llevo en la sangre, sino una sobredosis de sus besos.

Cuando llegamos a casa, las luces están apagadas y todo está en silencio. Solo entonces soy consciente de lo tarde que es.

—No hagas ruido, me sabría fatal despertar a tu padre —murmuro justo cuando Easton cierra la puerta con un golpe seco.

—Tranquila —dice, y hace un gesto con la mano como restándole importancia—. Mi padre duerme como un tronco. Podría explotar una bomba en el jardín y seguiría roncando.

—Qué suerte —comento mientras me quito el abrigo y empiezo a deshacerme de las otras cincuenta prendas de invierno que llevo encima.

Easton sacude la cabeza y deja escapar una risita, como si acabara de recordar algo gracioso.

—Sobre todo para el Easton de dieciséis y diecisiete años —dice mientras subimos las escaleras—. No sabes lo que es poder llegar borracho perdido, tropezarte con todo y que tu padre ni se entere. En serio, el sueño de cualquier adolescente.

—Así que fuiste un privilegiado —respondo, divertida, cuando se detiene frente a su dormitorio.

—Algo así. —Su sonrisa pícara me tensa el abdomen. Siento una descarga recorrerme e, involuntariamente, aprieto los muslos para aliviar la tensión—. ¿Recuerdas cuál es tu cuarto? —pregunta captando mi atención.

Asiento y señalo una de las puertas al final del pasillo.

—Al fondo a la derecha.

—Avísame si necesitas algo. Un vaso de...

—¿Y qué podría necesitar? —pregunto mordiéndome el labio inferior, siendo muy consciente de lo que mi tono y ese gesto provocan en él.

No sé qué me ha llevado a hacer esa pregunta. Ha sido un impulso tonto y repentino. Pero cuando veo una chispa de lujuria encenderse en sus ojos marrones, no me arrepiento en absoluto.

—No lo sé —responde dando un paso hacia mí—. ¿Qué podrías necesitar?

Me encojo de hombros y retrocedo un poco, con el corazón martilleándome en el pecho.

—¿Tienes alguna idea? —susurro, y me sorprende lo seguro y provocador que suena mi propio tono.

—Unas cuantas.

Da otro paso. Y otro más. Hasta que cruza el pasillo y mi espalda acaba pegada contra la pared de enfrente. Me tiene acorralada entre sus brazos, cubriéndome con su enorme cuerpo, lo que solo hace que la tensión entre mis piernas se multiplique.

—Dime alguna de esas ideas —gimo contra sus labios—. Dime lo que me harías.

Dios, ¿qué me pasa? Esta no soy yo. La versión tímida de Hailee está ahora mismo a kilómetros de distancia. Y la que queda... está completamente perdida por Easton Caldwell.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza cuando Easton roza mi brazo, recordándome que esto no es uno de mis sueños húmedos. Esto está pasando de verdad.

—Te lo voy a enseñar —dice con la voz ronca de deseo.

Lo siguiente pasa tan deprisa que a mi sobreestimulado cuerpo le cuesta procesarlo.

Easton me rodea la cintura y me levanta sin esfuerzo antes de estampar sus labios contra los míos. Entre besos y jadeos acabamos en su habitación, y de repente soy muy consciente de lo que estamos haciendo. De su mirada hambrienta y cargada de deseo mientras me posa sobre la cama y se coloca entre mis piernas.

El rastro de besos húmedos que empieza a dejar por mi cuello, por mi clavícula, por mi escote, antes de quitarme la camiseta, enciende algo en mi interior. Cuando me quita el sujetador y sus labios calientes cubren mi pezón, un gemido ahogado escapa de mi garganta y me aferro a las sábanas con fuerza.

—Joder —exhalo en un susurro, y arqueo la espalda para darle un mejor acceso.

Sus manos descienden a mis caderas y me agarran con fuerza, al tiempo que empieza a repartir besos desde mis pechos hasta mi abdomen. Cuando sus dedos rozan el elástico de mis bragas, me muerdo el labio para contener un chillido.

—¿Quieres que siga?

Asiento. Por supuesto que quiero que siga.

—Dilo —me pide con la voz ronca, demandante—. Dime lo que quieres.

En estos momentos no me queda ni un ápice de fuerza de voluntad para resistirme, ni tampoco tengo ganas, así que las palabras abandonan mis labios al instante.

—Tócame, Easton.

Como si mis deseos fueran órdenes para él, cuela una mano bajo mi ropa y con el índice acaricia mi punto más sensible. De repente, desliza dos dedos en mi interior y me mira con una sonrisa traviesa antes de empezar a moverlos.

Me llevo una mano a la boca para silenciar mis gemidos. Me moriría si por cualquier motivo su padre se despertara y nos escuchara.

—No te tapes —dice apartándome la mano—. Me gusta oírte.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, disfrutando del momento que me está regalando.

—Más rápido —exijo. Easton obedece y sus dedos empiezan a entrar y salir a un ritmo más acelerado. Más salvaje.

Gimo otra vez. Es asombroso lo que este hombre puede hacer con una sola mano.

—No te imaginas lo mucho que me pones —susurra en mi oído—. Ni lo mucho que me pone hacerte dedos. ¿Notas lo cachondo que estoy? —Se aprieta contra mí y noto su erección en el abdomen—. Estás tan mojada que podría meterte otro dedo sin problema. ¿Quieres que lo haga?

Como soy incapaz de articular palabra, simplemente asiento.

Mi afirmación es suficiente para que Easton introduzca un tercer dedo en mi interior. Sus movimientos se sienten tan bien que arqueo la espalda y elevo un poco las caderas para intensificar la sensación. Él aprovecha y agarra mi pezón izquierdo entre sus dientes, apretando con la fuerza necesaria para hacerme explotar de placer.

—Eres tan estrecha —jadea en mi cuello mientras sigue torturándome con sus dedos—. Me pregunto cómo se sentirá mi polla en tu interior. —Gimoteo y le clavo las uñas en la espalda, con tanta fuerza que, de no ser por la camiseta, seguro que le dejaría marca—. ¿Te gusta que te hable sucio, Hailee? ¿Te mojas cuando te digo guarradas? No sabía que eras así... —ronronea.

Mi cuerpo entero está en llamas y él es muy consciente de lo que está provocándome.

Me retuerzo cuando hace algo ahí abajo que no logro comprender, pero que está a punto de llevarme al orgasmo. En un impulso, le rodeo la nuca y lo atraigo hacia a mí. Easton entierra la cabeza en el hueco de mi cuello y me muerde el hombro mientras continúa susurrándome guarradas, las cuales no logro a escuchar porque tengo los sentidos completamente entumecidos.

—No pares... —lloriqueo cuando noto que estoy cerca. Muevo las caderas y me froto contra su mano con desesperación. Él acelera el ritmo.

—Córrete para mí, nena. Muéstrame lo mucho que te gusta.

Y eso es todo lo que necesito para estallar. Mi cuerpo se retuerce en contracciones y temblores y mi interior se aprieta alrededor de sus dedos. Cuando los retira, me clava la mirada antes de llevárselos a la boca y lamer toda la humedad que chorrea por ellos.

—Deliciosa. —Se inclina hacia mis labios y me besa, esta vez despacio, con ternura.

Mientras correspondo su beso llevo mi mano al botón de sus pantalones, pero me detiene antes de que pueda desabrocharlos.

—Todavía no —lo miro con el ceño fruncido, así que añade—: Por muchas ganas que tenga de follarte, y créeme que las tengo, cuando lo haga será porque me lo supliques. —La sonrisa arrogante en sus labios me da ganas de darle una bofetada.

En su lugar, lo aparato de un empujón, arrancándole una carcajada, y me tapo con las sábanas. No me gusta sentirme tan expuesta mientras él sigue completamente vestido, como si yo fuera la única vulnerable aquí.

—¿Quieres quedarte a dormir? —pregunta de repente.

—¿Te importaría? —respondo, intentando sonar indiferente, aunque el corazón acaba de darme un vuelco.

Niega con la cabeza, se levanta y saca una camiseta ancha del armario. Me la lanza, y cuando la atrapo, no puedo evitar respirar su aroma.

Huele a él. A su casa. A su vida. A todo lo que no debería importarme.

Easton se quita la camiseta y los pantalones antes de meterse en la cama. No decimos mucho más. La habitación está en penumbra y el silencio entre nosotros se siente más íntimo que cualquier palabra.

—Hailee —su voz me alcanza como un susurro.

—¿Qué?

—Sin compromisos, ¿verdad?

Me trago la punzada amarga que me atraviesa el pecho, porque sí, eso fue lo que acordamos, y asiento.

—Sí, sin compromisos.
Esa fue la regla desde el principio.

19
Easton



Ver a Hailee comiéndose las tortitas que le ha preparado mi padre después de haberla hecho temblar anoche con mis dedos es, cuanto menos, surrealista.

No sé si para ella también lo es, pero si le incomoda, no lo demuestra. Con una sonrisa de dientes perfectos se sirve otra tortita, la baña en sirope de arce y la devora casi tan rápido como la anterior.

Mi padre, encantado con su entusiasmo, le ofrece más.

Tengo que intervenir, porque empiezo a sospechar que ella solo sigue comiendo por cortesía, y que si sigue haciéndolo, acabará sintiéndose mal antes de que lleguemos a la pista.

—Creo que es suficiente, papá.

Él frunce el ceño.

—Nunca es suficiente, ¿verdad, Hailee?

Ella duda un segundo, claramente sin saber qué decir (lo cual confirma mis sospechas), y termina por asentir con una sonrisa suave.

—¿Lo ves? Hailee está de acuerdo. Además, después de lo de anoche, necesitáis recuperar energía.

Casi escupo el café. A mi lado, Hailee se atraganta y tiene que toser varias veces para recuperar el aliento.

—¿Pensabais que no me iba a enterar? —dice mi padre con una sonrisa cargada de picardía. Se me ha cerrado el estómago, y por cómo Hailee deja los cubiertos sobre el plato, parece que a ella también—. Hank me dijo que te vio tomar el desvío hacia Kincaid Beach, y cuando me fui a dormir, todavía no habíais vuelto.

Suelto un suspiro de alivio y relajo los hombros.

—Sí, estuvimos paseando un buen rato. No podía dejar que Hailee se fuera sin llevarla allí.

—De pequeño le encantaba ir —comenta mi padre girándose hacia ella. Y con eso, da pie a otra de sus historias interminables sobre mi infancia. Solo espero que esta vez no saque los álbumes.

Hailee lo escucha con atención, con una sonrisa genuina.

Esta mañana está guapísima. No sé si tiene algo que ver con el orgasmo que le di anoche, que sigue repitiéndose en bucle en mi cabeza, pero hay un brillo nuevo en su mirada. Siempre ha sido alegre, sí, pero nunca la había visto así.

Radiante.

Cuando se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, no puedo evitar que mi vista se deslice hacia su cuello. Ese mismo cuello que, hace solo unas horas, estaba cubriendo de besos.

Una parte de mí, la más primitiva e idiota, me dice que debería haberle dejado una marca. Un pequeño recordatorio visible. Algo que dijera «está cogida, es mía».

«Pero no lo es», me recuerdo.

Porque acordamos que esto solo sería algo casual, sin compromisos. Así que ella es libre. Libre de mirar a quien quiera. De irse con otro. De besarlo. De... dejar que la toque.

Aprieto la taza entre las manos con tanta fuerza que por un segundo tempo partirla. No debería pensar así, pero solo imaginarla con alguien más me revuelve el estómago. Me quema de rabia por dentro.

¿Así se sienten los celos? Porque si es así, no me gusta. Yo no soy ese tipo de tío. Nunca me he atado a nadie. Supongo que, desde que mi madre se largó y vi cómo se rompía el matrimonio de mis padres, algo en mí decidió no volver a depender de nadie. Nunca nadie me ha importado lo suficiente como para sentir esto. Pero, por primera vez, la cosa ha cambiado. Hailee sí me importa.

Y eso es un maldito problema.

No puedo creerme que fuera yo el que le propuso esta locura. El que dijo que no estaba hecho para nada serio, que quería mantenerlo fácil, sin complicaciones, y ahora sea yo el que quiere quedársela solo para él.

—Eres una patinadora excelente —escucho decir a mi padre.

Hailee se sonroja y baja la mirada. No parece acostumbrada a recibir cumplidos, algo que ya había notado. Y eso me molesta. Porque significa que no le han hecho los suficientes a lo largo de su vida.

Una vez mencionó que solo había tenido dos novios. Dos idiotas, por supuesto. Porque, ¿cómo tienes a una chica como ella de novia y no te pasas el día diciéndole lo preciosa e increíble que es?

Yo sí lo haría.

Me pasaría los días diciéndoselo.

«Te estás volviendo un cursi».

Cuando terminamos de desayunar, Hailee decide subir a darse una ducha. El partido es por la tarde, pero le he dicho que esta mañana quería enseñarle un poco la ciudad.

Media hora después, aparece en el salón con tantas capas de ropa y en tantos tonos de rosa que parece un algodón de azúcar.

—Ya estoy. ¿Nos vamos?

Me levanto del sofá y me pongo el abrigo mientras ella ya va en dirección al coche, haciendo malabares para sortear la gruesa capa de nieve que cubre el camino de la entrada.

Justo cuando estoy por salir, la voz de mi padre me llega desde la cocina.

—Si llego a saber que ibais a dormir juntos, no me habría molestado en preparar la habitación de invitados.

Suelto un par de maldiciones por lo bajo y lo último que escucho antes de cerrar la puerta son sus carcajadas resonando por toda la casa.



El equipo ha ganado.

Han jugado de maravilla, aplicando algunos de los consejos de patinaje que aprendieron ayer con Hailee, y mientras volvemos a casa, ella no deja de parlotear sobre lo orgullosa que está de ellos. La escucho desde el asiento del conductor con una sonrisa que simplemente soy incapaz de disimular.

—Han estado genial. Se merecían esa victoria —dice mientras navega por mi lista de Spotify buscando la siguiente canción.

Mi padre se ha quedado a la salida de la pista hablando con algunos padres, y además, hoy ha cogido su coche, así que ella vuelve a ser la encargada de la música.

—Sí que se la merecían. ¿Has visto lo contento que estaba Tommy White?

—Pensé que se iba a quedar sin voz de tanto gritar —responde entre risas.

—Aunque han tenido una entrenadora excelente, así que no me extraña que hayan ganado.

Por el rabillo del ojo veo cómo se sonroja. Se muerde el labio inferior, fingiendo que está concentrada en la pantalla del móvil, pero no puede ocultarlo del todo. Y no me importa. Al contrario, me gusta. Va a tener que acostumbrarse, porque desde está mañana tomé la decisión de empezar a

hacerle más cumplidos. Se los merece, y una parte de mí cree que es lo justo. Qué menos para la chica que lleva semanas aguantándome

Cuando llegamos a casa, aparco el coche sobre los surcos de nieve frente a la entrada, dejando suficiente espacio para el de mi padre. Antes de que a Hailee le dé tiempo a abrir la puerta, una idea me cruza la mente como un relámpago.

—Sígueme —le pido antes de bajarme y abrírsela yo.

Ella me lanza una mirada entre confundida y divertida, pero no pregunta.

La guío hacia la valla lateral que da al jardín trasero. Nadie ha pisado la nieve aún, así que está blanca, impoluta, extendiéndose como un lienzo virgen bajo las luces tenues del atardecer. Es como si nos invitara a romperla, a dejar nuestra huella y convertir esa calma perfecta en nuestro campo de batalla.

Aprovechando que Hailee está distraída observando el bosque que se extiende más allá del jardín, me agacho a su lado y agarro un puñado de nieve.

—¡Piensa rápido! —le grito antes de lanzarle la bola directa al rostro.

Impacta de lleno. La nieve se estrella contra su cara, se desliza por su melena y se queda pegada a su bufanda. Hailee se queda congelada (literalmente) durante unos segundos, con la boca abierta y la mirada clavada en mí, incrédula. Pero entonces veo cómo sus bonitos ojos se oscurecen y esa incredulidad da paso a una promesa de venganza que hace que me crepite todo el cuerpo.

—Prepárate, Caldwell, porque vas a comer nieve.

Doy un paso hacia ella y mis botas crujen sobre la superficie helada. Al mismo tiempo, ella retrocede entre risas contenidas y con un brillo divertido en la mirada.

—Me encantaría comer otra cosa —la provoco, acercándome aún más—. Como anoche, por ejemplo. Me encantaría haber probado tu...

No termino la frase porque una bola de nieve impacta directamente en mi cara. Me la limpio con el dorso de la mano justo a tiempo para esquivar otro proyectil.

Hailee ya está corriendo hacia el otro lado del jardín, gritando de la risa. Pero no puede huir de mí para siempre. Lanzo una nueva bola que le da en la espalda. Ella chilla y se esconde detrás de unos abetos. Yo aprovecho para esconderme también, recargo mi munición y vuelvo a la carga. Y así pasamos la siguiente hora: corriendo, gritando y esquivando nieve como si fuéramos niños otra vez.

Cuando la batalla termina, porque, por supuesto, dejé que ganara solo para ver esa radiante sonrisa suya, Hailee me obliga a hacer un muñeco de nieve. Le pone su gorro y su bufanda, y hasta se inventa un nombre para él.

—Se llama Bolita —anuncia orgullosa.

—Parece el nombre que le pondrías a tu gato gordo cuando no quieres aceptar que está gordo. —Me gano otra bola de nieve en la cara por el comentario.

De repente, mi padre aparece desde la puerta trasera de la cocina con varias cajas de pizza en las manos.

—Espera —me detiene Hailee, sujetándome del brazo cuando ya tenía intención de entrar en casa.

—¿Qué pasa?

—Hagámonos una foto con Bolita. Para el recuerdo.

La miro con una ceja arqueada, pero hay algo en cómo se ve, en su sonrisa, en sus mejillas sonrojadas por el frío, en su pelo revuelto por la nieve, que hace que no pueda decirle que no.

Nos colocamos a cada lado del muñeco de nieve. Ella sostiene el móvil con una mano y posa. El *flash* se dispara y el momento queda congelado, literal y figuradamente.

Segundos después, mientras entramos en casa y nos recibe el aroma a pizza, mi móvil vibra. Es un mensaje de ella; me ha enviado la foto.

Y cuando la abro, lo sé. Estoy jodido.

Esa imagen acaba de convertirse en mi favorita de toda la galería.

20

Hailee



—¿La tenía grande? Seguro que la tenía grande.

Ruedo los ojos ante el comentario de Alex.

—Ya os he dicho que no lo sé, no se la vi. —Bueno, técnicamente sí, pero no creo que cuente si tenía dos semanas de vida y le estaban dando su primer baño.

—Pero al menos notarías algo, ¿no? —insiste mi amigo.

—Pues... —Sí, la había notado. Y mucho. Y el solo recuerdo de lo excitado que estaba Easton dándome placer hace que me palpite el centro de los muslos de nuevo.

—Vamos, danos una aproximación —dice Montana, dándome un empujoncito en el hombro.

Resoplo y me hundo más en el sofá.

—De verdad que no lo sé, no estaba pendiente de eso.

Alex, que está tirado en el suelo frente a nosotras, se recuesta contra la mesita de café y deja escapar una risita.

—Claro, estabas muy ocupada intentando no gemir su nombre a gritos —se burla con una sonrisa divertida.

—Sí, seguro que te estabas conteniendo para no soltar algo como: ¡sí, Easton, más rápido! —interviene Montana, dramatizando mientras se acaricia el cuerpo con exageración y pone voz de película porno barata.

Alex se une al instante.

—¡Sí, Easton, méteme los dedos hasta el fon...!

Antes de que acabe la frase, les lanzo un cojín directo a la cara y los dos estallan en carcajadas.

—¡Sois idiotas! —grito roja como un tomate—. ¡No vuelvo a contaros nada!

Siguen riéndose hasta que les cuesta respirar. Montana incluso tiene lágrimas en los ojos de tanto reírse. Pero el momento se corta en seco cuando un portazo retumba por todo el apartamento.

Los tres nos giramos al instante hacia la entrada. Allí está Mackenzie, que se quita el abrigo y los zapatos apresuradamente y apenas nos dirige una mirada antes de desaparecer por el pasillo y encerrarse en su cuarto. Sus ojos enrojecidos indican que ha estado llorando hace poco.

—¿Habrá discutido con Sean? —pregunta Alex después de unos segundos de silencio.

—Está mañana estaban bien —responde Montana—. Tiene que haber sido otra cosa.

No me molesto en ponerme a especular. Me levanto sin decir nada y camino directamente hacia la habitación de Mackenzie. Llamo a la puerta suavemente con los nudillos, pero no responde. Estoy a punto de darme la vuelta cuando su voz, apenas un susurro ahogado, me invita a pasar.

—¿Quieres hablar? —pregunto con una sonrisa triste.

Ella niega con la cabeza, así que me siento a su lado, sobre la cama, y la rodeo con los brazos. Apoya la cabeza en mi hombro, temblando entera, como un cervatillo asustado que no sabe dónde esconderse.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? —Asiente débilmente mientras acaricio su pelo caoba con dulzura—. ¿Has discutido con Sean? —pruebo. No dice nada, pero el sollozo que escapa de sus labios me dice que no voy desencaminada.

—Menos mal —comenta Montana desde la puerta—. Porque como te haga algo, lo mato.

Alex y ella se sientan al otro lado de Mackenzie, y entre los tres la envolvemos en un abrazo de oso. No hablamos. Solo la abrazamos, le damos el espacio que necesita para sentirse segura, para abrirse sin miedo. No sé cuánto tiempo pasamos así, hasta que su voz quebrada corta el silencio.

—Hice algo la noche de Halloween. Algo malo.

Montana, Alex y yo intercambiamos miradas.

—¿Algo malo? —repito—. ¿A qué te refieres?

Mackenzie sorbe por la nariz y se limpia las lágrimas con la manga del jersey.

—A algo muy, muy malo —susurra—. No sé cómo pasó. De verdad que no.

—Mackenzie, tranquila —dice Alex tomándola de las manos—. Seguro que sea lo que sea tiene solución.

—Sí, tía. Yo he hecho cada estupidez de fiesta que ni te cuento —añade Montana—. Y ninguna fue tan terrible como para no poder arreglarla.

—Esta sí que lo es.

Las lágrimas no paran de caer, pero los ojos de Mackenzie están perdidos en algún punto fijo de la pared, como si estuviera intentando recordar algo que no logra entender del todo.

—Me acosté con alguien —murmura de pronto, y se me corta la respiración por un segundo—. Alguien que no es Sean.

El silencio que sigue a sus palabras es pesado, denso.

—¿Con quién? —logro preguntar, aunque con la voz más baja de lo que esperaba.

Mackenzie me mira. Y en sus ojos marrones veo cómo se rompe cuando dice:

—Con Grayson Abbott.

—¿El jugador de hockey? —pregunta Montana.

Mackenzie asiente sin decir nada.

—¿No estuvo el año pasado en un grupo de estudio contigo y con Hailee? —dice Alex. Ella asiente de nuevo—. Creía que no lo soportabas.

—Y no lo soporto. Es un imbécil engreído —responde apretando los puños sobre las sábanas—. No entiendo cómo pasó.

Le acaricio la espalda, tratando de aliviar un poco el temblor constante que le recorre el cuerpo.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —pregunto.

Mackenzie sacude la cabeza, confundida.

—No recuerdo casi nada —admite—. Cuando me dijisteis que os ibais, llamé a Sean para que fuera a buscarme. Se suponía que íbamos a dormir juntos. Pero me dijo que ya era tarde, que estaba muy cansado. Discutimos —solloza —. Luego empecé a beber. Mucho. Y después fui al baño, creo. —Frunce el ceño, insegura de sus propias palabras—. Entonces me tropecé con Grayson. No recuerdo mucho de lo que hablamos, solo que estaba mareado y se quería ir a casa. Cogimos un Uber juntos... y lo siguiente que recuerdo es despertarme en su cama.

—¿Con...? —empieza Montana.

—Sin ropa —completa Mackenzie—. Solo con una camiseta suya.

Sin quererlo se me escapa un suspiro.

—¿Has hablado con él?

—Sí, acabamos de hablar.

—¿Y?

—Tampoco se acuerda de nada. ¡Todo esto es una mierda! —lloriquea—. Para colmo, no me acuerdo de si usamos condón o no y la pastilla del día después que me tomé me sentó fatal. Las hormonas me están matando, me salté dos clases el viernes porque me dolía tanto el pecho que no podía ni

moverme y el patinaje es un infierno porque Sean es mi compañero. ¡No puedo ni mirarlo! Y si se entera... me va a dejar. Va a pensar que soy una zorra. —La voz se le quiebra—. Y si mis padres se enteran de que Sean me deja...

Tomo sus manos entre las mías y la obligo a mirarme.

—Eh, eh, respira hondo —le digo, respirando yo con ella—. Primero, no eres una zorra. Segundo, eres la mejor de la clase. Faltar a dos no va a cambiar eso. Y tercero, cálmate. Espera que pasen unos días. Date tiempo para asimilarlo, y cuando estés mejor y te sientas con fuerzas, hablas con Sean. Pero no tomes decisiones ahora.

Mackenzie asiente.

—Sí... Eso haré. Todo va a ir bien. Seguro que todo va a ir bien —repite, como un mantra, como si intentara convencerse a sí misma.

—Exacto. Y recuerda, nos tienes a nosotros. Siempre.



Easton

—Howard, el lunes. McGarry, el jueves. Y tú... —balbucea Theo mientras hojea su libreta, una negra con pegatinas de nuestras caras que, sinceramente, no sé cómo cojones ha conseguido—. Tío, tú hace una eternidad que no follas. Seguro que estás matándote a pajas.

—Seguro que me hago menos que tú —me burlo—. Y no puedo creer que lleves la cuenta de todas las veces que follamos.

—Sí, tío, estás enfermo —murmura Howard sin apartar la vista de la pantalla del móvil—. Pero en plan de camisa de fuerza, eh.

Theo se encoge de hombros y cierra la libreta con calma, como si lo que acabara de leer fuera lo más normal del mundo.

—Alguien tiene que preocuparse por vuestra vida sexual —dice con tono solemne.

—Mejor preocúpate por la tuya.

—Mi vida sexual es más que satisfactoria. —Me planta la libreta en la cara—. Mira esto.

Garabateado con boli negro y subrayado en amarillo fluorescente, pone: «Theo, sábado seis de noviembre. Trío».

—¿Ayer? —pregunto sin poder contener la risa.

—Ayer mismo —dice orgulloso, con esa sonrisa idiota que lo delata cada vez que intenta hacerse el machito.

—¿Y te gustó que te dieran por detrás? —bromeo.

Finn y Ronan deja escapar una carcajada. Theo se hace el ofendido.

—¡Con dos tías, gilipollas! —responde, y yo no puedo evitar reírme aún más.

Por supuesto, no le he contado a nadie lo que pasó en Anchorage con Hailee. Cuando vives con otros jugadores de hockey en un alojamiento universitario, aprendes que hay cosas que es mejor guardarse. Yo lo descubrí en primero, cuando se me ocurrió airear que Molly Strauss tenía un *piercing* ahí abajo. Resultó que no, que simplemente tenía el clítoris grande. Y cuando se enteró, me soltó una bofetada que me dejó la cara roja y ardiendo durante dos días. En mi defensa, diré que la noche que nos acostamos iba tan borracho que apenas podía distinguir mi propio reflejo. Después de eso, decidí no hablar nunca más de mis líos. Ni con detalles, ni sin ellos.

Y ahora que sé que Theo tiene una maldita libreta donde anota nuestras conquistas como si fuera un entrenador Pokémon, menos todavía. No pienso dejar que escriba ni una palabra sobre Hailee.

Un portazo me saca de mis pensamientos. Se escucha el tintineo de unas llaves y el sonido de alguien quitándose la ropa. En segundos, Grayson cruza el pasillo sin siquiera mirarnos.

—¡Oye, Gray! —lo llama Theo, libreta en mano—. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste? Casi no tengo datos sobre ti.

Grayson se pasa la mano por el pelo negro, desordenándolo, y algunos copos de nieve caen al suelo.

—¿Hacer qué? —pregunta, dejando escapar un suspiro de cansancio.

—Follar.

Él frunce el ceño y sus puños se tensan a ambos lados de su cuerpo.

—¿Y a ti qué coño te importa? —ruge antes de girarse bruscamente y perderse por las escaleras.

Nos miramos en silencio. Theo deja la libreta sobre la mesa y se desploma en el sofá.

—Parece que alguien está de peor humor que de costumbre —comenta mientras se estira.

Me levanto sin pensarlo.

—Voy a ver qué le pasa.

Theodore me sigue.

Llegamos al dormitorio de Gray, pero esperamos a que nos deje pasar. Normalmente entramos en los cuartos de los otros sin pedir permiso, aquí somos así. Pero con Grayson siempre hemos sido más cautelosos. La única vez

que abrí su puerta sin avisar fue cuando llegaba tarde a clase y necesitaba que me devolviera mi portátil. Lo que no esperaba era encontrarlo al teléfono, con la voz quebrada, mandando a la mierda a su padre. Lo conozco desde que llevamos pañales, y nunca antes lo había visto así de vulnerable.

—Tengo mucho que estudiar, en serio. No tengo tiempo para lo que sea que estéis haciendo —dice sin levantar la vista de sus apuntes. Sus ojos se clavan brevemente en Theo antes de añadir—: Y perdón.

—No te preocupes, Gray-Gray —responde Theodore, dejándose caer sobre los cojines perfectamente colocados de la cama. Grayson quiere decirle algo, pero se muerde la lengua—. Sabes que me encanta tu mal humor.

—Oye, ¿a qué ha venido lo de antes? —pregunto con cierto tono de preocupación.

Gray suspira profundamente y desvía la vista hacia la ventana. Fuera, la nieve cae pesada y la luz anaranjada de las farolas se mezcla con la oscuridad de la noche que envuelve el campus.

—Estoy estresado, nada más. Tengo mucho que estudiar. Carver me está dando por culo con las prácticas del semestre que viene, y encima estoy rindiendo menos en la pista.

—Carver puede irse a la mierda. Si no te da esas prácticas es porque está ciego. —Murphy Carver, uno de los mejores abogados del país, y Grayson aspirar a hacer sus prácticas con él—. En cuanto al hockey...

—Déjalo —me corta levantando una mano. Su voz suena cansada—. No quiero hablar de eso ahora. Tengo mucho que hacer.

Vuelve a sumergirse en sus apuntes, colocándose los cascos, una señal clara de que la conversación ha terminado. Theodore también lo sabe y ya me espera junto a la puerta.

—¿Estrés? No me lo trago —dice cuando entramos en la cocina—. Grayson es el rey del estrés, nadie lo maneja mejor que él. Le tiene que haber pasado algo chungo.

—Lo mismo pienso.

—Seguro que ha sido su padre. Ese capullo siempre está jodiéndolo.

Me encojo de hombros y abro la nevera en busca de algo para beber. Cuando regresamos al salón, Finn y Ronan están enganchados a la consola, así que decidimos unirnos a ellos.

Es inútil intentar descifrar lo que pasa por la cabeza de Grayson. Llevamos tanto tiempo siendo amigos que ya me he acostumbrado a que nunca comparta sus sentimientos. Y no es que Theo y yo seamos de llorar en el hombro del otro, pero cuando estamos mal, hablamos de ello. Gray no. Él se lo guarda todo, lo ignora y sigue adelante como si nada. Los pocos retazos de

su vida que conocemos son aquellos que, inevitablemente, escapan a su control. Como el hecho de que su padre sí es un capullo.

Y que, de alguna manera, él siempre termina decepcionándolo.

21
Hailee



—Vamos, ¿con cuántos chicos has estado?

—Con dos, ya lo sabes —respondo mientras hundo la cuchara en mi cremoso *bowl* de yogur con fresas.

Easton suelta una exhalación y apoya los codos sobre la mesa, mirándome como si no me creyera ni un poquito.

—Sí, sé que has tenido dos novios, pero no es eso lo que te he preguntado.

—Para mí es lo mismo. —Me encojo de hombros—. ¿Qué pasa? —pregunto al notar su mirada fija en mí.

—¿De verdad solo te has acostado con dos tíos en toda tu vida?

—¿Cuál es el problema?

—No, ninguno, es solo que... —Me mira otra vez de arriba abajo, deteniéndose descaradamente en mis labios. Luego pestañea, como si necesitara resetear sus pensamientos, y sacude la cabeza—. Da igual, olvídalo.

—Concéntrate, anda —le digo con una sonrisa, señalando el cuestionario junto a su lata de refresco—. Dijiste que hoy lo terminabas.

Easton resopla y se lleva un trozo de pollo a la boca. Por primera vez desde que venimos a Benji's, he conseguido que pida algo que no sea una hamburguesa.

—Iba a hacerlo, pero es que me has dado tanta caña en la sesión que apenas siento las manos —dramatiza. Pongo los ojos en blanco. Hemos hecho meditación, ha sido una clase de lo más tranquila—. Además, hablar de tu vida sexual inexistente es mucho más entretenido.

—Mi vida sexual no es inexistente —replico cruzándome de brazos.

Mala idea. Muy mala idea. Porque en cuanto lo digo, veo cómo aparece esa sonrisa arrogante tan suya.

—Cierto, dejó de serlo el otro día.

Le doy una patada por debajo de la mesa y él se ríe con ganas.

—¿Por qué no hablamos mejor de ti? Venga, ¿con cuántas has estado?

Easton se queda pensativo, como si estuviera haciendo cálculos. Frunzo el ceño y le doy un manotazo.

—¡Estoy pensando! —se ríe mientras alza las manos.

—¿Pero cuánto tienes que pensar?

—Han sido unas cuántas, Hails. Era bastante popular en el instituto, ¿sabes?

—Vaya sorpresa —digo con sarcasmo, como si no lo viera cada vez que salimos. Como antes, nada más llegar, cuando las chicas de la mesa de la entrada no paraban de mirarlo como si fuera el menú completo.

Aunque no puedo culparlas. Easton siempre está guapo, pero hoy me lo parece aún más. Tiene el pelo castaño revuelto, dándole ese aire descuidado que hace que el corazón se me dispare. Lleva una camiseta de deporte que se le ajusta como una segunda piel, marcando cada músculo trabajado de su cuerpo. Y sus ojos... Siempre pensé que eran color miel, pero hace poco descubrí que tienen un aro verde, casi imperceptible, alrededor. Y cuando te mira así, con tanta intensidad, te cuesta respirar.

—No sé darte un número exacto —dice finalmente, sacándome de mis pensamientos.

—Si fueras una chica, ya estarían hablando de ti.

—Tranquila, mis amigos también creen que soy un zorrón. Aunque el auténtico zorrón es Theo. No puede resistirse a una rubia con cara bonita. Y créeme, conoce muchas rubias.

—Supongo que por eso se lió con Montana —suelto antes de poder frenarme.

Y en cuanto veo la expresión de Easton, sé que debería haberme mordido la lengua.

—¿Qué?

—Nada, olvida que te lo he dicho, ¿vale? Montana no se alegra mucho de que pasara.

Él me lanza una mirada confusa, pero acaba asintiendo sin insistir.

—¿Y novias? —me sorprendo preguntando. Cuando no responde, aclaro—: ¿Nunca has tenido una?

—Nunca tuve tiempo. Si no estaba ocupado estudiando, estaba entrenando. Y eso no ha cambiado.

Algo dentro de mí se encoge.

—¿Y no te gustaría? Ya sabes, tener a alguien con quien compartirlo todo. Lo bueno, lo malo... Alguien que esté ahí cuando todo se va a la mierda. Que te entienda.

Easton se queda en silencio, observándome. Su mirada se clava en la mía, tan intensa que tengo que recordar cómo se respira.

—Creo que ya he encontrado a alguien así.

—¿Sí? ¿Quién? —No aparto la vista de sus ojos.

«Tú».

—Mi padre —murmura desviando la mirada

—Tu padre —repito, esforzándome por sonar natural, aunque la decepción me arda por dentro—. Claro.

Easton engulle su último trozo de pollo y se pone el abrigo.

—¿Te marchas?

—Tengo fisio en media hora. Susan quiere ver cómo voy. —Coge el cuestionario y se lo guarda en la mochila—. Nos vemos el viernes. Adiós, Hails.

Se levanta, va directo a la caja a pagar y sale del local sin mirar atrás.

Dejo escapar un suspiro y saco el portátil. Mi postre se queda a medio comer; el apetito se me ha ido por completo.

Paso la siguiente hora escribiendo, sumergida en aquello que he mantenido en secreto durante tanto tiempo, pero que sueño con compartir algún día: mi libro. Fue el año pasado, durante una charla sobre la importancia de la salud mental, cuando decidí que quería escribirlo. Un libro en el que contar mi historia. Cómo lo había tenido todo con el patinaje, y cómo, de pronto, me quedé sin nada.

Sin el sueño de mi vida.

En esas páginas hablo de todo. De la rabia, la frustración, el dolor. De la terapia, la superación... y, por encima de todo, de la resiliencia. Quiero que llegue a alguien. A quien lo necesite. Que inspire, que consuele. Que demuestre que, aunque la vida no siempre siga el guion que escribimos, siempre hay otra salida.

En el fondo, también espero que Easton lo lea algún día.

Cuando termino, guardo mis cosas y salgo del local. El aire helado de noviembre me golpea la nariz y me subo la bufanda para protegerla. Camino por la acera, con las botas hundiéndose en la nieve fresca, cuando me choco de frente con alguien.

La chica suelta un quejido y me fulmina con la mirada.

—¿Es que estás ciega? —me espeta.

—Lo siento —murmuro dando un pasto atrás.

Ella resopla, aún con los ojos fijos en los míos. Marrones, intensos, llenos de enfado. Hasta que de pronto, su expresión se suaviza y me doy cuenta de que tiene unos rasgos muy bonitos.

—No, lo siento yo. Soy una despistada —dice en un tono mucho más amable —. Hailee, ¿verdad? Easton me ha hablado de ti. Soy Claire, encantada. —Me tiende la mano, pero como no se la estrecho, la retira enseguida. Su sonrisa se tambalea un poco—. Bueno... ya nos veremos por ahí. Adiós.

—Adiós —respondo mientras la veo marcharse contoneando las caderas.

Claire.

¿Easton le ha hablado de mí? Porque a mí nunca me ha hablado de ella. Una vez vi cómo se iluminaba la pantalla de su móvil con un mensaje suyo, pero no llegué a leer lo que ponía. Solo alcancé a ver que era largo.

Y ahora, de repente, la idea me golpea: Easton tiene algo con ella.

Algo como lo que tiene conmigo.

Sin compromisos.

Los celos me queman por dentro mientras sigo andando, perdida en mis propios pensamientos. Sé que no debería molestarme. Somos libres, podemos estar con quien queramos. Pero una parte de mí se encoje al imaginar que le dice a Claire las mismas cosas que me dice a mí. Que también se ríe con ella. Que charla con ella. Que bromea con ella. Que se acuesta con ella...

O que también le dice lo bonitos que son sus ojos.

Dios, me da un vuelco el estómago.

22

Easton



—¿Me has traído a patinar? —pregunto echando un vistazo a la abarrotada pista de hielo.

La plaza del centro de Northbrook está llena hasta los topes. Familias, parejas, estudiantes... Todos han venido para la inauguración de la pista que montan cada año por estas fechas y que se queda hasta principios de enero. Las lucecitas colgadas de los árboles lanzan reflejos cálidos sobre la nieve mientras el aroma a canela y chocolate caliente flota en el aire, cortesía de los puestos de comida que bordean la plaza. La estampa es digna de una postal navideña.

—Pensé que podría ser divertido. Practicas tus habilidades sobre el hielo, pero de forma alternativa —dice Hailee, uniéndose a la cola para alquilar los patines—. Además, tengo la impresión de que nunca patinas solo por diversión.

—El hockey es divertido —replico.

Ella pone los ojos en blanco.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Se gira y me lanza una mirada que, si no fuera por el frío, me derretiría—. ¿Cuándo fue la última vez que patinaste por el simple placer de deslizarte sobre el hielo? Sin pensar en meter un gol.

Me quedo callado. Hace mucho. Demasiado. Probablemente desde que era un crío.

—¿Lo ves? —dice sonriendo—. Además, no te quejes. La alternativa para esta sesión era irnos de senderismo otra vez.

Abro mucho los ojos.

—¿Con toda esta nieve? Estás mal de la cabeza.

Ella deja escapar una carcajada.

—Deberías pasar un invierno en Fairbanks con mis padres. Si los vieras despertarse a las siete de la mañana para ir a escalar y ver el amanecer en diciembre, entenderías de dónde me viene la locura.

Llegamos al puesto de alquiler y pedimos nuestros números. Luego nos sentamos en uno de los bancos dentro de la zona destinada a calzarse.

—Estos patines son una mierda —murmuro mientras me peleo con los cordones—. Y me aprietan. Si me hubieras dicho que vendríamos aquí, habría traído los míos.

—Entonces no tendría gracia. Seguro que si te los pones te transformas, como Iron Man con su armadura o algo así —responde riéndose.

No sé cómo, pero logro ponerme los dichosos patines. Aunque una niña de no más de ocho años se ríe en mi cara de camino hacia la pista cuando se fija en cómo ando. Los patines son tan incómodos que sé que mañana tendré alguna rozadura, pero todo vale la pena por ver a Hailee sobre el hielo.

—¡Vamos! —me grita desde el centro de la pista.

Entro y me deslizo rápidamente hasta ella. Bueno, todo lo rápido que me permiten estas cuchillas, que sin duda deben haber visto días mejores.

Cuando la alcanzo y su mano agarra la mía, dejo de quejarme. En su lugar, me permito disfrutar del momento mientras ella me guía entre la gente, y aunque en cualquier otra situación, con cualquier otra persona, me habría apartado, con Hailee es distinto. Lo único que me molesta es que los guantes me impiden sentir el calor de su piel.

Y que la pista no está vacía.

Porque entonces le pediría que patinara solo para mí.

—Enséñame algo —le digo sin pensarlo demasiado.

Hailee frena en seco. La escarcha se levanta bajo sus patines y salpica a unos niños que nos pasan por al lado.

—¿Algo como qué?

—No lo sé, lo que quieras. Lo que más te guste.

Su expresión se apaga por un segundo, y temo haberla cagado, pero enseguida recobra la sonrisa.

—Lo que más me gustaba era saltar, aunque ya no puedo hacerlo. —Se coloca en posición, y yo no puedo apartar la mirada. Sus movimientos son casi hipnóticos—. Pero puedo girar.

Se impulsa suavemente, deslizándose sobre el hielo, y comienza a girar con las piernas cruzadas y los brazos elevados. Parece una peonza. Cuando se detiene, no entiendo cómo no está mareada. Yo habría vomitado hasta mi primera papilla.

—*Scratch Spin*. Es uno de mis giros favoritos.

—Enséñame a hacerlo.

Hailee me lanza una mirada divertida, arqueando las cejas.

—¿Qué? ¿Crees que no puedo? Subestimas mis habilidades sobre el hielo, Ojos Bonitos.

—Y tú las sobreestimas. —Me saca la lengua, pero accede.

Tardo un poco en pillarle el truco. Es más complicado de lo que pensaba. Hay que controlar el centro de gravedad, mantener la postura, equilibrar la velocidad... Pero aunque empiezo a entenderlo, finjo que sigo necesitando ayuda solo para sentir sus manos sobre mi cuerpo corrigiendo mi postura. No sé qué tiene su tacto, pero me enciende por dentro.

—Vale, creo que estoy listo.

Ella asiente y se aparta para darme espacio. Tras asegurarme de que no viene nadie, ejecuto el giro. Al principio me siento bastante bien, pero después de las dos primeras vueltas todo empieza a volverse borroso y me voy al suelo de culo.

Hailee se muerde el labio para no reírse.

—No ha estado mal para ser tu primer intento. Aunque la niña no piense lo mismo —dice, señalando a la mocosa que se rio de mí antes y que ahora lo vuelve a hacer mientras ejecuta el mismo giro con una gracia insultante.

—Genial. Es un giro básico, ¿verdad? Hasta los niños saben hacerlo.

—Sí... —responde divertida. Luego me tiende la mano para ayudarme a levantarme. La acepto, pero por un momento olvido nuestra notable diferencia de peso y, al tirar de ella, la arrastro al suelo conmigo.

Hailee cae sobre mí, y aunque amortiguo su golpe, mi espalda se queja. Mañana tendré rozaduras, moretones y un dolor de culo de la hostia. Pero habrá valido la pena. Porque Hailee está tumbada sobre mí, riendo y disfrutando como una niña.

Tiene la nariz y las mejillas sonrojadas por el frío, el gorro cubierto de nieve y el cabello suelto enredándose en la bufanda. Está preciosa.

Y no sé por qué, pero tengo la sensación de que hacía tiempo que ella tampoco se divertía así.

Nos quedamos un rato más sobre el hielo, patinando sin rumbo, simplemente dejándonos llevar.

Cuando salimos de la pista, compramos chocolate caliente y unas rosquillas glaseadas absurdamente buenas. Hailee quería probar unos *muffins* veganos, pero le dije que ni de coña.

Aparco frente a su residencia casi una hora más tarde y, por alguna razón, me encuentro a mí mismo siguiéndola hasta arriba. Como si fuera lo más normal del mundo. Como si su dormitorio también fuera el mío.

Me quito el abrigo en la entrada y lo cuelgo junto al suyo. Después los guantes, el gorro y la bufanda. Por último, me descalzo y dejo mis zapatillas al lado de sus botas.

—¿Te fue útil? —pregunto al entrar en su cuarto. El cuestionario que le entregué anoche está sobre el escritorio, completo, junto a una pila de papeles garabateados.

—Mucho, creo que voy a tener buen material para el trabajo —dice pasando la mano distraídamente por la superficie del escritorio—. Gracias.

—No hay de qué.

Cuando me doy cuenta, ya estoy junto a ella. Sin quererlo, la tengo atrapada entre el escritorio y mi cuerpo.

Mi mano se apoya en su cadera. La camiseta de manga larga se le ajusta como si se la hubieran hecho a medida. Cada curva, cada línea marcada bajo la tela, envía un cosquilleo por todo mi cuerpo. El olor a coco de su piel me golpea, suave, familiar, y me dan ganas de enterrar la cara en su cuello y no salir jamás.

—Y gracias a ti —susurro con la voz más ronca de lo que esperaba—. Por hoy. Por hacerme desconectar. Tenías razón, hacía demasiado que no patinaba solo por placer.

Ella esboza una sonrisa tímida.

Mis ojos caen en sus labios. Son carnosos, resplandecientes por el brillo de labios, y con una adorable forma de corazón. Me tientan. Demasiado.

A la mierda.

Cedo por completo. Y la beso.

Más que besarla, la busco con urgencia, como si llevara días aguantando las ganas. Que así es. Ella no duda. Suspira contra mi boca y al segundo sus brazos están alrededor de mi cuello. Me besa de vuelta, profundo, mostrándome que ha estado esperando esto tanto como yo.

Mis manos se mueven solas, bajando por su cintura, subiendo por su espalda. La sostengo con fuerza y la acerco más. Su cuerpo encaja contra el mío, y cuando se restriega justo ahí, contra mi entrepierna, soy yo el que deja escapar un gruñido bajo.

Nos separamos solo un segundo, los dos jadeando como si acabáramos de correr una maratón. Apoyo mi frente contra la suya.

—Dime que pare —murmuro.

Pero no dice nada. Solo me mira. Después se quita el suéter con un movimiento rápido y lo deja caer al suelo.

Debajo lleva una camiseta interior que apenas cubre lo justo, y mi polla palpita de deseo.

—Vale, ahora sí que no pienso parar —digo sin apartar los ojos de ella.

La subo al escritorio sin esfuerzo y me coloco entre sus piernas. Nuestros cuerpos se presionan de nuevo, más cerca que antes. Mis labios encuentran su cuello y los suyos se entreabren en un suspiro. La beso ahí, justo debajo de la oreja, y sus uñas se clavan en mi espalda.

Le levanto la camiseta despacio, rozando con los dedos la piel caliente de su cintura. La quiero tocar entera. Memorizar cada marca, cada peca, cada lunar.

—Joder, Hailee... —susurro contra su clavícula.

Ella tira de mi camiseta también. Sus manos se deslizan por mis hombros y bajan por mi pecho, por mi abdomen, con la misma necesidad que yo la toco a ella. Su piel está encendida, al igual que la mía.

La beso sin contenerme y empiezo a desabrochar sus vaqueros.

—¿Estás segura? —Ella asiente—. Entonces pídemelo —digo colando una mano por debajo de su ropa interior.

La toco justo donde sé que lo necesita, en esa zona que tanto me reclama y que ya está mojada, preparada para mí.

Hailee echa la cabeza hacia atrás cuando mi pulgar roza su punto más sensible. Dos de mis dedos se deslizan en su interior, pero el gemido que escapa de su garganta queda opacado por el sonido de una puerta cerrándose al otro lado del pasillo. Luego se escucha una voz masculina, seguida de una risa de mujer.

—Mierda —murmura Hailee, aunque no me aparta—. Deberías irte. Montana ha traído a un chico. Y es... muy escandalosa cuando está con uno. Ya me entiendes.

—¿De verdad quieres que me vaya? —le susurro al oído, sin dejar de sacar y meter mis dedos en su interior. Ella se estremece y se aferra a mis brazos—. Te aseguro que puedo hacerte gemir más fuerte. Solo tienes que pedírmelo.

La provoco un poco más, hasta que siento que sus paredes se contraen a mi alrededor. Y entonces, retiro la mano.

Hailee me lanza una mirada fulminante.

—¿Por qué paras?

—Porque quiero que me lo pidas —repito, sonriendo con arrogancia.

En lugar de suplicarme que le haga de todo, baja del escritorio de un salto y, sin decir una palabra, se arrodilla delante de mí.

«Santo cielo».

Con un movimiento ágil, desabrocha mis pantalones y los desliza hasta mis tobillos. Luego libera mi erección, grande y palpitante, y se la lleva a la boca.

Gruño mientras un temblor me recorre todo el cuerpo. Con una mano me aferro al borde del escritorio, con tanta fuerza que los nudillos se me vuelven

blancos, y la otra mano la enredo en su pelo mientras me chupa y me succiona con una maldita habilidad que no sabía que tenía.

Tiro de su cabello suavemente, marcándole el ritmo, enseñándole cómo me gusta. Ella lo pilla enseguida.

—Así... —jadeo entrecortadamente. Pero entonces, se detiene—. ¿Por qué paras? —pregunto, desesperado.

—Quiero que me lo pidas —dice con una sonrisa maliciosa, usando mis propias palabras en mi contra.

Podría hacerme el orgulloso. Podría intentar resistirme. Pero estoy demasiado duro, demasiado cachondo para fingir otra cosa que no sea lo obvio. Así que rápidamente la levanto, la hago girar y la subo de nuevo al escritorio. Ella me rodea con las piernas, como hizo antes.

—Déjame follarte, Hailee —murmuro contra su cuello mientras mis dedos se clavan en sus caderas.

Asiente, con la mirada nublada de deseo. Sin perder más tiempo, me deshago de su sujetador y sus vaqueros en segundos. Cuando va a quitarse las bragas, la detengo.

—No, déjatelas puestas. Me pone.

Ella se muerde el labio y aparta la mano. Echo a un lado el encaje fino y, cuando eleva las caderas buscándome, le doy justo lo que quiere. Me empujo en su interior de una sola vez. Joder, está tan estrecha que me cuesta metérsela entera.

—¿Seguro que no eres virgen? —pregunto apretando los dientes mientras empujo un poco más profundo.

—Más rápido —exige con la voz ronca, urgente, mientras me clava las uñas en la espalda.

Dudo un segundo, pero cedo. Me aferro a sus caderas y empiezo a moverme dentro de ella con más ritmo, más intensidad. Cada gemido que escapa de sus labios me acelera. Me hace sentir en control. Me hace sentir deseado. Me gusta saber que está así por mí y no por nadie más.

—East... más fuerte.

La tumbo sobre el escritorio sin pensarlo. Los papeles caen al suelo y se desperdigan por todos lados, pero no podría importarme menos.

La follo más fuerte, justo como me ha pedido, y tengo que concentrarme para no correrme al ver cómo sus preciosas tetas botan y se balancean con cada embestida.

—Sí, así... —gime, arqueando la espalda, completamente rendida al placer.

Agarro su mano y la llevo hasta donde nuestros cuerpos se unen.

—Tócate —le digo sin aliento—. Tócate para mí.

Ella obedece y se acaricia mientras yo la penetro. Mis movimientos se vuelven más torpes, más erráticos, indicándome que estoy cerca. Lo siento. Y ella también.

—Easton... Me voy a...

—Córrete —susurro sin pudor, sabiendo lo mucho que le gusta que le hable sucio.

—No pares...

Un par de embestidas más y veo cómo se derrite. Se retuerce de placer, se agarra con fuerza a mis muñecas y su cuerpo convulsiona en espasmos que me hacen perder la cabeza. Sentirla llegar al clímax conmigo dentro es lo más caliente que he vivido nunca.

Su orgasmo lanza una descarga que me recorre entero. Sus paredes se aprietan alrededor de mi pene y no puedo contenerme más. Me inclino sobre ella, la beso y sigo moviéndome para alcanzar mi propia liberación.

—No sabes lo bien que te sientes —jadeo contra su boca.

—Pues demuéstramelo. Córrete tú también.

—Donde quieras.

—Dentro, quiero sentirte dentro.

Y con eso, exploto en su interior.

Las piernas me tiemblan y me cuesta mantenerme de pie. Cuando me doy cuenta de que la estoy aplastando, me aparto con cuidado. Hailee se incorpora, sentada sobre el escritorio, con mi fluido deslizándose por sus muslos.

Está guapísima. Desordenada. Sonrojada. Y tremendamente sexy. Tremendamente mía.

Una gota blanquecina cae al suelo, emborronando la tinta del cuestionario bajo mis pies.

—Tendrás que volver a responder esa pregunta —murmura con una sonrisa satisfecha.

Pero a mí otra idea me asalta, como una realización.

—Mierda, me he olvidado del condón. Siempre me lo pongo.

—Tranquilo, tomo la píldora. Y estoy limpia.

—Yo también —respondo de inmediato. Siempre he sido cuidadoso con esas cosas—. Por cierto, ¿has escuchado a Montana? —Niega despacio. La tomo del mentón y clavo mi mirada en la suya—. Pues seguro que ella a ti sí.

23

Hailee



El sábado por la mañana salgo de mi clase de yoga sintiéndome realizada.

—Que tengas un buen fin de semana, cielo —se despide la señora Lancaster al pasar por mi lado con su moño bien apretado y su esterilla de yoga bajo el brazo.

—Igualmente, Nora —le contesto mientras meto la toalla en la bolsa de deporte.

Después de guardar el resto de mis cosas, me dirijo hacia la recepción. Ellen me espera detrás del mostrador, concentrada en su tarea. Sus ojos verdes se apartan de la pantalla del ordenador para mirarme y las arruguitas que los rodean se hacen más notables cuando sonríe.

—Es increíble. Desde que Easton empezó a dar clases contigo la clientela y los ingresos se han multiplicado.

—¿En serio? No sabía que era para tanto.

—Venga ya. ¡Hizo que casi todo el equipo de hockey se apuntara a mis clases de pilates!

Casi escupo el agua que estaba bebiendo.

—¿Estás de broma? —Ella niega con la cabeza, divertida—. Pero, ¿por qué no me lo ha contado?

—Tendrás que preguntárselo tú misma.

Y eso hago.

Poco después estoy plantada delante de la fraternidad de Easton, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras miro el panorama. En uno de los bancos del porche, cubierta de escarcha, hay una absurda colchoneta hinchable con forma de cactus. Además, varios vasos rojos de plástico decoran el suelo como si fueran parte del mobiliario habitual.

Cuando Theo abre la puerta (después de que haya tenido que llamar al timbre más veces de las que deberían ser necesarias), me recibe sin camiseta, con el pelo rubio alborotado, confeti pegado al cuerpo y unos calzoncillos estampados de corazoncitos que me hacen desviar la mirada.

—Ey, hola —dice con la voz pastosa, rascándose la nuca—. ¿Buscas a East?

Asiento mientras intento no perder la compostura. Tiene varios arañazos rojos en el pecho y la tentación de hacer algún comentario es demasiado fuerte.

—Parece que anoche os lo pasasteis bien —digo alzando las cejas.

—¿Esto? —Se señala el torso, como si acabara de darse cuenta de los arañazos—. Ojalá fuera por lo que tú crees. En realidad, me atacó una ardilla.

Parpadeo.

—¿Una ardilla?

—Una jodida ardilla, como lo oyes. Me dejé la ventana abierta y cuando fui a dormir... ¡Bum! Ataque sorpresa —explica, gesticulando dramáticamente para mostrarme cómo fue ese «ataque».

Esta vez no puedo evitarlo y se me escapa una carcajada.

—No te rías de mis desgracias, Hails. Podría haber muerto.

—No creo que las cifras de muerte por ataque de ardilla sean muy elevadas —comento entre risitas mientras él me invita a pasar.

—East está en su cuarto, aunque no sé si está despierto. Anoche se pilló una buena.

Tomo nota y subo las escaleras tras esquivar el cuerpo de un chico pelirrojo que duerme en mitad del pasillo como si fuera lo más normal del mundo. Al llegar a la habitación de Easton, llamo con suavidad. Su voz suena apagada desde dentro.

—¡Un segundo!

Escucho pasos rápidos, seguidos de un golpe sordo y un «joder» que me hace sonreír. Un momento después, la puerta se abre y él aparece despeinado, con cara de haberse despertado hace poco y sin camiseta. En serio, ¿qué problema tienen estos chicos con las camisetas?

Me mira sorprendido.

—¿Hailee? ¿Qué haces aquí?

Cierra la puerta tras de sí con rapidez y clava sus ojos en los míos.

—Quería hablar contigo. Ellen me ha contado lo de las clases de pilates.

Se pasa una mano por el pelo y suelta un bufido.

—Mira que le dije que se quedara calladita. No puedo confiarle nada.

—¿Pero por qué? ¿Por qué no me lo contaste? No sé cómo de contento estará el equipo, pero ha sido una gran ayuda para Ellen. Ya ha reunido todo el

dinero que necesitaba para pagar el préstamo que solicitó para el estudio.

Por primera vez desde que he llegado, una sonrisa se dibuja en su rostro. Al hacerlo se le forma un hoyuelo en la comisura derecha, y sí, mi cerebro se queda un segundo ahí colgado.

—Gracias, en serio. Significa mucho para mí —digo finalmente.

—No hay de qué —responde con un guiño.

Luego nos quedamos en silencio, observándonos. El pasillo huele a colonia mezclada con sudor y restos de alcohol, pero en este momento no podría importarme menos.

Easton da un paso al frente. Su mano se mueve con cuidado, casi con timidez, y me aparta un mechón de pelo de la cara.

Entonces, sin quererlo, me asalta el recuerdo de lo que pasó anoche. Su tacto, sus besos, sus caricias sobre mi piel... Si cierro los ojos, casi puedo sentir que estoy allí de nuevo.

—Sobre lo de anoche...

—¿Qué pasa? —me corta en un susurro—. ¿Ya te estás arrepintiendo?

—No, no es eso. —Inspiro hondo cuando sus dedos rozan mi mejilla—. De hecho, estuvo bien. Muy bien.

—Estuvo de puta madre.

Está tan cerca que puedo sentir su respiración, cálida e irregular, y sus labios sobre los míos. Entonces, me besa. Un beso suave, dulce, que poco a poco va ganando intensidad. En cuestión de segundos, sus manos me recorren el cuerpo con una urgencia que conozco demasiado bien. Se me escapa un gemido cuando me aprieta contra él con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer.

—Echaba de menos tus besos —jadea sin aliento.

Quiero decirle que yo también. Que no he hecho más que pensar en él desde que se fue anoche. Que me muero por volver a tocarlo. Porque él me toque a mí.

Pero, en lugar de eso, me aparto. Me obligo a poner algo de distancia entre nosotros porque, de lo contrario, sé que no podré parar.

—Tengo que irme, le prometí a Alex que comeríamos juntos.

Puede leer en su mirada lo mucho que le cuesta dejarme ir. Sus ojos se desvían un segundo hacia la puerta cerrada de su cuarto, pero después, suspira y asiente.

—Sí, claro. Yo también tengo cosas que hacer antes del partido.

El partido, claro. Hoy juegan cerca de casa.

—Mucha suerte —digo con una sonrisa sincera.

—¿Nos vemos después? ¿Esta noche? Podríamos ver una peli y te preparo mi famoso cóctel estrella. —Duda un instante antes de añadir—: Si quieres, claro. Si estás liada...

—Esta noche es perfecto.

Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla antes de marcharme.

Mientras camino por el sendero de la entrada, ni siquiera el frío es capaz de aplacar el calor intenso que me sube por el cuello hasta las mejillas. Y mierda, hablando de cuellos... acabo de darme cuenta de que no tengo la bufanda. Seguramente se me cayó en el pasillo mientras nos enrollábamos.

Rápidamente doy media vuelta y subo los escalones del porche de dos en dos, con la adrenalina todavía a flor de piel. Estoy a punto de llamar a la puerta cuando esta se abre. Y lo que veo me deja clavada en el sitio.

Claire.

Claire con su preciosa melena castaña despeinada, el abrigo a medio abrochar y la falda torcida.

Y justo detrás de ella, Easton, sujetándole la puerta.

Nuestras miradas se cruzan solo un segundo, lo suficiente para que sus ojos se abran como si acabara de darse cuenta de lo que significa esta escena. En ese instante, Claire se inclina y le planta un beso en la mejilla, justo como acabo de hacer yo, y luego, con la tranquilidad de quien no sabe que está rompiendo algo, me lanza un saludo con la mano antes de desaparecer calle abajo.

—Hailee... —empieza a decir Easton con la voz cargada de alarma.

Lo corto de inmediato. No quiero escucharlo. No puedo.

—Me he olvidado la bufanda —murmuro casi sin voz—. Pero no importa, ya me la darás. O no. Tengo muchas.

Me doy la vuelta y bajo los escalones a toda prisa, como si huir pudiera arreglar algo. Sin embargo, siento que a cada paso que doy, el corazón se me rompe un poquito más. Y sí, estoy llorando. Las lágrimas bajan sin permiso por mis mejillas heladas mientras intento mantenerme entera.

Qué estúpida.

—Hailee, por favor. Déjame explicártelo. —La voz de Easton suena desesperada cuando me corta el paso y se coloca frente a mí.

Está descalzo en la nieve, todavía sin camiseta y tiritando. Pero no parece sentir el frío.

—No tienes que explicarme nada. Me ha quedado claro —respondo con la voz tensa y los ojos ardiendo.

Los celos me muerden por dentro. Sé que no tengo derecho a sentirlos, que no somos nada. Pero aun así, me destrozan.

—No es lo que piensas, de verdad que no —dice dando un paso hacia mí—. Vamos dentro y te lo explico.

Me agarra la mano, pero la aparto de un tirón.

—¡No! —grito, sorprendida de la fuerza de mi propia voz—. No necesito ninguna explicación. Anoche estuviste conmigo, Easton, y luego viniste aquí, te emborrachaste y te acostaste con Claire. No hay nada más que explicar.

—Hailee, no, no es eso.

—¿Ah, no? ¿No ha pasado la noche contigo?

Se pasa las manos por la cara con un gesto desesperado. Parece al borde del colapso.

—Sí. Pero no hemos hecho nada. Te lo juro.

—Ya, claro —respondo con una risa amarga que me quema la garganta—. Y yo me lo creo.

—Hails...

—Escucha —lo interrumpo, y esta vez mi voz suena más firme, menos rota —. No me tomes por tonta, ¿vale? Sé muy bien que podemos hacer lo que queramos. Precisamente por eso no me debes ninguna explicación. Pero pensé, ilusa de mí, que al menos esperarías veinticuatro horas antes de tirarte a otra. —Las últimas palabras se me quiebran. Me arde todo. La garganta, los ojos, el pecho—. Ya veo que no. Veo que para ti no soy más que un polvo. Alguien con quien follar cuando se te presenta la ocasión.

—Eso no es...

—Creía que éramos amigos. —Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, aunque apenas puedo ver a través del llanto—. Que te importaba. Al menos un poco.

—Y me importas. Me importas mucho. Muchísimo.

Sacudo la cabeza. No puedo más.

—Ni veinticuatro horas, Easton —susurro—. No tienes respeto por nada.

Lo empujo con el hombro para apartarlo de mi camino y echo a andar. Cuanto más me alejo, más grande se vuelve la presión en el pecho.

Ya no me importa la bufanda. Ni los gritos de Easton al fondo ni la comida con Alex, que ahora solo quiero cancelar.

Lo único que me importa es este dolor insoportable que no me deja respirar mientras cruzo el campus hecha un mar de lágrimas.

24

Easton



Hemos perdido el partido.

Y por primera vez en mi vida, me da igual.

De hecho, ni siquiera me molesto en fingir lo contrario.

—¿Dónde cojones tenías la cabeza, Rogers? Porque en la pista no estaba. ¡A lo mejor te la olvidaste anoche en la maldita fiesta! —ruge el entrenador. Damien Rogers, uno de nuestros delanteros, se encoge en su sitio como si quisiera desaparecer—. ¿Y tú, Abbott? Eres el capitán, joder. ¡Céntrate! ¡Necesito que dirijas al equipo!

A mi lado, Grayson se tensa. Tiene la cabeza gacha, los hombros caídos, y parece como si lo envolviera un aire de decepción. Como a todos, en realidad.

Mientras el entrenador continúa echándonos la bronca por la mierda de partido que acabamos de jugar, mi cabeza está en otra parte. Lejos del vestuario. Lejos de esta derrota.

Está con Hailee.

No puedo parar de pensar en la mirada rota que me lanzó antes de marcharse, en lo frágil que parecía con las lágrimas rodando por sus mejillas. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por no limpiárselas con el pulgar. Y todavía un esfuerzo mayor para no detenerla cuando se fue. Para no abrazarla. Para no susurrarle que todo está bien, que no pasó nada con Claire. Que no tiene que preocuparse porque, joder, a estas alturas ni siquiera me planteo estar con otra que no sea ella. Y mucho menos después de lo de anoche. Después de lo de anoche, de tenerla solo para mí, la idea de estar con otra chica ni se me pasa por la cabeza.

Sí, acabo de admitirlo. Eso solo confirma lo jodido que estoy, pero ya me da igual. Lo único que quiero ahora es verla y aclarar este puto malentendido.

Necesito contarle que sí, que me emborraché, pero solo porque mi fuerza de voluntad desaparece cuando Theo me mete en sus planes de mierda. También que se me fue la mano con el tequila e hice el imbécil con los chicos del equipo. Pero que eso fue todo.

No estuve con Claire.

Sí, durmió en mi cama, pero fue después de que la rechazara. Por supuesto, se lo tomó fatal, y tras soltarme unos cuantos insultos se quedó frita babeando sobre mi almohada. ¿Qué iba a hacer? ¿Dejarla tirada fuera en una casa llena de universitarios borrachos? Puede que Claire esté algo desequilibrada y tenga una obsesión nada sana conmigo, pero yo no soy tan capullo.

El caso es que no pasó nada entre nosotros. Y Hailee tiene que saberlo, aunque diga que no le debo explicaciones. Porque total, ya se las he dado. A lo largo del día le he enviado como unos treinta mensajes, los cuales, por supuesto, no ha leído. Y en serio, daría lo que fuera porque los leyera. O porque contestara a alguna de mis llamadas, incluso aunque solo fuera para gritarme. Me conformaría con eso si así pudiera oír su voz.

—¿Entendido, Caldwell?

La voz del entrenador me arranca de golpe de mis pensamientos. Y la realidad a la que me devuelve no es mucho mejor: una derrota y un equipo deshecho.

—Eh... sí, entendido.

Hotchner se pasa una mano por el pelo con frustración y suelta un suspiro.

—Todos a las duchas —ordena haciendo aspavientos con las manos—. ¡Vamos, dispersaos! He visto a abuelitos en geriátricos moverse más rápido que vosotros.

Poco a poco los chicos se levantan y desaparecen al fondo del vestuario. En cuestión de segundos, solo quedamos el entrenador y yo.

Me sobresalto cuando me pone una mano en el hombro.

—No sé qué coño te pasa, Caldwell... pero llámala. ¡Arrástrate si hace falta! Pero arréglalo, pedazo de idiota.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo sabes...?

—Porque yo también fui joven. Y también estuve enamorado, chico.

—No estoy enamo...

—Arréglalo —repite con firmeza, dándome una palmada en el hombro antes de alejarse.



Hailee

Nunca me han gustado las fiestas de las sororidades.

La última vez que fui a una, terminé sintiéndome como un trofeo expuesto para atraer a la fauna masculina del campus. Muy cavernícola, lo sé. Para colmo, una rubia oxigenada con voz de chihuahua histérico me llamó arpía e intentó soltarme una bofetada porque, según ella, «le había intentado robar a su chico». *Spoiler*: el chico en cuestión era gay, por eso no le hacía caso. Ni estaba interesado en mí, obviamente. Solo se nos acercó porque quería ligar con Alex.

Y a pesar de todo, estoy otra vez en una fiesta de sororidad. *All In Pink*, la llaman. La temática es sencilla: todo el mundo va de rosa. Da igual si es fucsia, rosa pastel o chillón. Si no llevas algo rosa, no entras.

Esta mañana me crucé con Claire después de mi discusión con Easton. Me dijo que suponía lo que había pasado entre nosotros después de que ella se fuera, que los tíos son idiotas y que me invitaba a su fiesta. Me negué, pero al final me convenció con su lógica de «beber + tíos buenos + vestidos monos = olvido exprés». Tampoco le costó demasiado que aceptara. La bronca con Easton me dejó tan emocionalmente hecha polvo que cualquier plan que me distrajera de mis pensamientos parecía mejor que quedarme toda la noche llorando sola.

Así que aquí me hallo, sosteniendo un daiquiri de fresa en un vaso de plástico rosa con brillantina y enfundada en uno de los vestidos más escandalosos de Montana. Es corto, demasiado ajustado y escotado, y está cubierto de lentejuelas que reflejan la luz como si fuera una bola de discoteca andante. A juego llevo unos tacones que me hacen parecer más alta (y menos estable), y el maquillaje que Montana me ha hecho resalta mis labios y mis ojos con un acabado tan perfecto que no sería capaz de reproducir ni en sueños.

Mi amiga es una artista en todos los aspectos.

La casa está hasta arriba de gente. La música retumba desde los altavoces colocados en cada esquina del salón y una bola de luces rosa neón gira en el techo. Todo parece sacado de una película adolescente: globos metalizados, chicas con diademas de corazones, purpurina por todas partes y deportistas musculosos con camisetas sin mangas y tragos en la mano.

—Hailee, quiero presentarte a alguien —dice Claire cogiéndome de la muñeca y arrastrándome entre la multitud hasta la cocina, donde el volumen

baja lo suficiente como para poder hablar sin gritar—. Este es Connor, un amigo. Es hermano de Angie —añade, señalando con la cabeza a una chica con una sudadera de la sororidad que ríe con un grupo de chicos en el salón.

El tal Connor se gira al oír su nombre.

Es alto, fácilmente metro noventa, y tiene el tipo de físico que se nota incluso con ropa: hombros anchos y brazos bien marcados. Además, irradia esa seguridad propia de los que saben que llaman la atención. Lleva una camiseta rosa palo que se ajusta a sus músculos y unos vaqueros oscuros. Y me sorprende lo azules que son sus ojos, casi tanto como los míos.

Cuando se acerca para darme dos besos, su aroma a menta y a colonia masculina me envuelve. La piel se me eriza al instante.

—Connor Harris —dice con voz grave y ligeramente seductora—. Un placer, Hailee.

—Connor ha venido desde Belmont a pasar el fin de semana —me explica Claire. Después se sirve una copa en otro vaso rosa y me lanza una mirada cómplice—. Bueno, os dejo para que os conozcáis —dice guiñándome un ojo antes de desaparecer—. Y trátala bien, Harris. Hoy le han roto el corazón.

Connor Harris, que por cierto, estoy segura de que me suena de algo, me observa con una ceja alzada sin perder esa sonrisa medio divertida medio peligrosa.

—¿De verdad? ¿Corazón roto?

—Digamos que ha sido un mal día —respondo dando un sorbo a mi daiquiri.

Él asiente despacio mientras sus ojos me evalúan.

—Por suerte para ti, soy bastante bueno arreglando días malos —dice bajando la voz un poco mientras se apoya en la encimera—. Y también tengo bastante experiencia reparando corazones rotos.



—¡Has hecho trampa! —exclama Connor cuando mi pelotita entra en su último vaso.

Levanto los brazos con una sonrisa triunfal mientras él termina su trago de mala gana. No sabía que era tan buena en el *beer pong*.

—Acepta la derrota, Harris —le digo divertida.

—A los deportistas no se nos da bien perder, encanto —responde mientras rodea la mesa hasta colocarse a mi lado. Su tono sigue siendo juguetón, pero algo en su mirada ha cambiado. Es más intensa. Más... insistente.

—¿Eres deportista? —Frunzo el ceño—. ¿Y a qué juegas?

Connor apoya ambas manos sobre la mesa, una a cada lado de mi cuerpo, encerrándome sin llegar a tocarme. Se inclina apenas hacia mí, bajando la voz en un intento claro de crear tensión.

—Adivina.

Lo estudio con más detenimiento. Lo que más resalta es su altura, pero no es delgaducho como un jugador de baloncesto. Es más compacto, más fuerte. Me recuerda a Easton, y ese pensamiento me incomoda.

—¿Baloncesto?

—Hockey —responde con una sonrisa lenta y segura.

Cómo no. Pues claro que tenía que ser hockey.

Antes de que pueda reaccionar, Connor se inclina más y sus labios rozan mi cuello. El contacto es apenas un susurro sobre mi piel, pero lo suficiente para que se me erice el vello de los brazos. Los daiquiris y la emoción del juego me tienen algo mareada y mi cabeza da un ligero vuelco.

Las manos de Connor ascienden lentamente por mi cintura, y aunque mi cuerpo reacciona, mi mente se queda atrás, atrapada en una sensación que no logro identificar del todo.

Una alarma sorda que no termina de encenderse.

—Estás guapísima esta noche. ¿Siempre te vistes así? —susurra, y noto su aliento cálido en mi oído.

Entonces, sus labios rozan los míos, y antes de que pueda decidir si esto es lo que quiero o no, ya me está besando. Feroz. Impaciente. Por puro instinto le respondo, enredando las manos en su pelo, pero todo se precipita demasiado rápido. Sus manos bajan a mis caderas, me aprieta contra su cuerpo y me empuja contra el borde de la mesa. Me hago daño en la espalda, suelto un gemido y coloco las manos en su pecho para marcar distancia.

Pero no se detiene.

Y en ese momento, me golpea el recuerdo. El vestuario. El dolor de Easton. El nombre de Connor Harris saliendo de sus labios...

De repente, todo cobra sentido en mi cabeza: él es el jugador de Belmont que lo lesionó.

Ahora Connor ya no me parece encantador, ni atractivo. Su olor a colonia se transforma en alcohol barato y su cercanía se siente sofocante.

Intento apartarlo de nuevo, pero como apenas se mueve giro la cara y rompo el beso.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio? —pregunta, jadeando, presionándose contra mí.

Siento su erección a través de los vaqueros y me recorre un escalofrío de asco. Lo que quiero es desaparecer. Quiero que me suelte. Quiero a Easton.

Sin embargo, aunque estoy al borde de un ataque de pánico, respiro hondo e intento mantener la calma.

—En realidad... me voy a casa. Es tarde y mañana tengo...

—Te llevo —me corta de inmediato—. No deberías andar sola por el campus un sábado por la noche. Hay demasiado borracho suelto.

—No hace falta, en serio —me escabullo entre sus brazos, pero vuelve a adelantarse para bloquearme el paso.

—Insisto.

—De verdad que no es necesario. No quiero que te pierdas la fiesta por mi culpa.

Da un paso más y ahora su sombra me cubre por completo. Me siento pequeña atrapada bajo su enorme figura.

—Déjame llevarte a casa, Hailee. —Me agarra del brazo con fuerza—. ¿O no te fías de mí?

—N-no es eso, es que...

Trato de mantener la compostura, pero el nudo en mi garganta me delata. Cuando vuelvo a intentar liberarme, su agarre se endurece.

—¿Me besas y ahora te largas? ¿De coño qué vas?

—Yo... yo... lo siento, no debería...

—No pensaba que fueras de esas. Ya sabes, una calienta braguetas. —Su mirada se oscurece—. Déjame llevarte a casa y acabas lo que empezaste.

—Connor, por favor...

—¿Sabes qué? Si hay algo que odio más que perder, es que me digan que no.



Easton

Llevo dos horas intentando estudiar algo, pero es inútil.

Cada vez que mi móvil vibra con una nueva notificación, cierro el portátil como un resorte y corro a mirar la pantalla. Esta vez es un mensaje de Ronan McGarry, lo cual me sorprende, porque casi siempre hablamos por el grupo de casa o por el del equipo.

Ronan Mc:

¡Ey, capi! Menos mal que no viniste a la fiesta, porque creo que tu novia se ha cambiado de equipo. ¿Quieres que intervenga?

Frunzo el ceño sin entender a qué se refiere, hasta que deslizo el dedo por la pantalla y veo la foto que me ha enviado.

Es como una patada en el estómago.

La imagen está borrosa, llena de cabezas entre medias y con un iluminación terrible, pero no hay lugar a dudas: es Hailee.

Y no está sola.

El puto Connor Harris está con ella. Besándola. Tiene las manos sobre su cuerpo, enredadas con una confianza asquerosa, y, para colmo, el vestido de Hailee es tan corto que si él deslizara los dedos apenas un centímetro más abajo...

La rabia me explota en el pecho. Siento la presión, la sangre hirviendo, la falta de aire. Lo siento todo. Aprieto el móvil con tanta fuerza que me extraña no haber reventado la pantalla.

Y entonces, antes de darme cuenta, ya estoy en el coche.

Conducir bajo un ataque de ira, con puntitos negros bailándome frente a los ojos y la carretera cubierta de nieve, es probablemente una de las peores ideas que he tenido. Pero no me da tiempo a pensar en los límites de velocidad ni en las infracciones de tráfico, solo sé que cuando piso el freno las ruedas chirrían con fuerza y estoy frente a la sororidad. Por suerte, la puerta está abierta.

No me molesto en ocultar mi cabreo mientras me abro paso a empujones entre la gente. Algunos me saludan dándome palmaditas en la espalda o levantando la mano para chocarla, pero la bajan de inmediato cuando ven mi expresión asesina. Otros me lanzan miraditas curiosas. Aunque no me extraña. Salí de casa tan rápido que sigo en pijama, con una camiseta de manga corta negra que desentona con la temática de la fiesta y un par de deportivas mal calzadas.

En cuanto llego al salón, distingo la cabellera pelirroja de Ronan McGarry. Si él está aquí, Hailee no puede andar muy lejos.

Miro alrededor, con los músculos en tensión y la desesperación bullendo en mi interior. Entonces, la veo.

Está en una esquina oscura y apartada, donde apenas llegan las luces de neón. Su cuerpo está rígido, y a pesar de las capas de maquillaje, veo lo pálida que está. Por lo que alcanzo a distinguir, parece que intenta librarse de Harris, pero él la sujeta con fuerza. Hailee tiene la expresión desencajada, los ojos abiertos

como platos y está temblando. Parece a punto de echarse a llorar mientras se retuerce para quitárselo de encima.

Mis pies se mueven solos, alimentados por la ira que me corre por las venas. Cuando estoy solo a unos metros y veo cómo él la agarra por la cintura y vuelve a intentar besarla, todo se vuelve rojo.

Lo siguiente que sé es que estoy empujando a ese gilipollas con todas mis fuerzas.

El golpe lo pilla desprevenido y trastabilla hacia atrás. Cuando se recompone y su mirada choca con la mía, se le abren los ojos por la sorpresa.

—¿Caldwell? Acabas de joderme la diversión —masculla con una sonrisa torcida, señalando a Hailee con la cabeza.

Ella me mira, desconcertada, igual que los pocos curiosos que dejan de bailar y empieza a formar un círculo a nuestro alrededor.

Doy un paso hacia adelante, con los puños cerrados y la mandíbula apretada. En un movimiento rápido, agarro a Harris del cuello de la camiseta y lo estampo contra la pared. El sonido del impacto es seco y la mueca de dolor que le cruza el rostro me resulta jodidamente satisfactoria.

Pero el subidón me dura poco.

El cabrón reacciona más rápido de lo que esperaba y me lanza una patada directa a la rodilla. El dolor me atraviesa como una cuchillada. Me doblo, soltando un alarido.

—Uy, perdona, ¿te he dado en la mala? —se burla con ese tono de imbécil engreído que siempre ha tenido.

—Easton... —Escucho la voz de Hailee, distorsionada, como si llegara desde lejos.

Respirando con dificultad, me obligo a enderezarme.

—Easton. —Esta vez su voz me alcanza con más fuerza y siento su mano aferrándose a mi muñeca. Está temblando—. Vámonos, no vale la pena.

Empieza a tirar de mí, suplicando en silencio, y estoy a punto de ceder... hasta que la voz de Harris me atraviesa por la espalda.

—Ya veo... Ahora entiendo lo que pasa. —Se cruza de brazos en una actitud chulesca—. Hazle caso a tu noviecita y largaos de aquí. Aunque, solo para que lo sepas, si no hubieras aparecido, me la habría follado.

Y entonces mi puño se estrella contra su boca. El sonido es brutal. Satisfactorio.

Connor retrocede y se limpia la sangre que le cae por la barbilla antes de responder con una embestida. Sin saber cómo, pronto estamos enzarzados en una pelea de puñetazos, codazos y patadas. Me da un derechazo en las costillas, pero yo se lo devuelvo en el pómulo.

En cuestión de segundos la pelea escala. Sus amigos de Belmont se unen al ruedo, y también algunos chicos de Northbrook que reconozco del equipo de fútbol y baloncesto.

En mitad de todo el caos, no me doy cuenta de que la música se ha detenido ni de que varias personas están intentando separarnos.

—¡Capi, para! —grita McGarry, pero lo ignoro.

Sigo golpeando una y otra vez. Harris está en el suelo, cubriéndose el rostro con los brazos mientras yo lo tengo inmovilizado.

—¡Capi!

Cuando McGarry por fin consigue alejarme de él, soy todo furia. Mi respiración es un jadeo violento. Tengo los nudillos ensangrentados, y aunque sé que he recibido varios golpes, la adrenalina no me deja sentir el dolor. Eso vendrá mañana, con los moretones y las consecuencias.

—Como vuelvas a acercarte a ella —escupo entre dientes, mirando a Harris fijamente—, te juro que te daré tal paliza que no volverás a pisar una pista de hielo en tu puta vida.

Antes de que vuelva a empezar otra pelea, McGarry y algunos chicos más me sacan del salón a rastras. Hailee nos sigue en silencio.

En el pasillo nos cruzamos con Claire, que baja corriendo las escaleras.

—¿Easton? ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo...?

—Escucha, Claire —la corto sin miramientos—. No sé qué coño pretendías, pero deja a Hailee en paz. Y a mí también. No sé cuántas veces tengo que decírtelo.

—Oye, que yo no he hecho nada —se defiende, pero su tono no suena convincente.

—Lo digo en serio. Mantén tu veneno lejos de nosotros.

Mi expresión debe decir más que mis palabras, porque baja la cabeza y se aparta.

Al salir, el frío me golpea como un bálsamo. Un alivio helado para mi piel ardiente.

—¿Estás bien? —le pregunto a Hailee cuando la alcanzo y me coloco a su lado.

Ella se limita a asentir, abrazándose a sí misma.

Mierda, con ese vestido diminuto debe estar congelada. Y esta vez no tengo ninguna chaqueta para prestarle.

25
Hailee



Es la primera vez que estoy en el cuarto de Easton.

La habitación huele a él. A madera, a ropa limpia y a ese aroma fresco que siempre queda en el aire después de sus entrenamientos. Todo está ligeramente desordenado: una camiseta colgada del respaldo de la silla, su *stick* apoyado contra la pared y una sudadera arrugada al pie de la cama. Es su mundo. Y, de alguna forma, ahora yo también estoy dentro de él.

Easton se sienta en la cama, conteniendo el aliento al mover la pierna. Un quejido áspero se le escapa de entre los labios cuando intenta doblar la rodilla.

Me duele escucharlo.

—¿Puedo verla? —pregunto casi en un susurro.

Sus ojos, aunque ensombrecidos por el dolor, se clavan en los míos con una intensidad que me desarma. No sé lo que busca en mi cara, pero parece encontrarlo, porque asiente sin decir nada.

Con cuidado, se arremanga el pantalón mientras yo me quito los tacones y cruzo la habitación en silencio. Cuando me arrodillo entre sus piernas, el calor de su cuerpo me envuelve y la cercanía entre nosotros hace que todo mi sistema nervioso se despierte.

La rodilla, como ya me suponía, está bastante inflamada. El moratón es feo, de un tono púrpura que amenaza con tornarse negro. Al posar los dedos con suavidad sobre la piel, siento cómo Easton se tensa. Un estremecimiento leve, como si el simple contacto le doliera.

—Necesita hielo —murmuro. Mi mano se desliza hacia su rostro y con la yema de los dedos acaricio su labio partido—. Y esto también. Déjame que...

—¿Qué hacías con Harris? —me interrumpe.

Su voz suena cortante, pero no es enfado lo que detecto. Es algo más íntimo. Más roto.

—No sabía quién era —respondo tras un segundo, intentando tragar el nudo que se ha formado en mi garganta—. Claire me lo presentó. Al principio fue amable, pero luego todo se salió de control. Nunca imaginé que acabaría así.

Easton no dice nada, solo me observa con una quietud que me resulta casi peor que cualquier grito.

Aprovecho para ponerme de pie y bajo rápidamente a la cocina. Después de rebuscar en el congelador, encuentro una bolsa de guisantes y la envuelvo en un paño. Al volver, él sigue en la misma posición, inmóvil y con la mirada perdida, como si todo su cuerpo estuviera conteniéndose.

Coloco con cuidado el frío sobre su rodilla.

—Esto ayudará con la hinchazón —le digo suavemente—. Y lo siento.

Inmediatamente, gira el rostro hacia mí.

—¿Lo sientes?

—Por esto. —Señalo la herida con el mentón—. Es culpa mía. No debería haber ido a esa fiesta. Ni haberme dejado llevar con Connor. Ni...

—Espera —interrumpe alzando la voz—. ¿De verdad crees que ahora mismo me importa la rodilla? —Lo miro confundida—. Hailee, ese imbécil te puso las manos encima. ¿Sabes lo que sentí cuando te vi con él? No fueron celos. Fue miedo. Y rabia, mucha rabia. Joder, tú eres lo que me importa.

Sus palabras me atraviesan.

—Entonces, ¿no estás enfadado? —pregunto con un hilo de voz.

—Sí, estoy enfadado. Pero no contigo. Estoy furioso con Harris, con Claire y con todos los gilipollas de esa fiesta que no fueron capaces de ayudarte. Pero contigo... Contigo no.

Siento que algo se rompe dentro de mí. Algo que he estado conteniendo con fuerza para que no saliera. Pero ya no puedo más.

—Fui una estúpida. No sé por qué lo hice. Ni siquiera me gusta Connor, en serio.

—¿No?

—Claro que no, solo... —Trago saliva—. Después de nuestra discusión, me sentí tan mal que pensé que si estaba con alguien más, me dolería menos lo de Claire. Que me distraería, se me pasaría. Pero fue peor. Fue patético.

De repente, Easton se mueve. Me toma por la cintura con una firmeza inesperada y me alza en su regazo hasta que quedo sentada a horcajadas sobre él. La bolsa de guisantes cae al suelo, olvidada. Su cuerpo está tenso bajo el mío. La rabia, la preocupación, el deseo... Lo siento todo mezclado.

Intento levantarme, pero sus manos me sujetan con fuerza, clavándome a su torso como si fuera su ancla.

—No pasó nada con Claire —dice con voz grave—. Durmió en mi cama porque estaba muy borracha y no iba a dejarla sola, nada más. Ni siquiera la toqué. ¡Joder, incluso puse un cojín entre los dos por si acaso! Hailee, no sabes lo mal que me sentí al verte pensar lo peor de mí.

—No tienes que explicarme nada...

—Sí, sí que tengo. Porque no quiero que creas que solo eres un polvo más. No lo eres. Tú... Tú eres la jodida excepción.

Me quedo inmóvil, con el corazón latiéndome con tanta fuerza que me retumban los oídos.

—Easton...

—Cuando te vi con Connor, me volví loco. No porque te besara, que también —su voz se quiebra ligeramente—, sino porque pensé que ibas a dejarme atrás. Que esto —nos señala a ambos— se había ido a la mierda.

—Eso no suena a sexo sin compromiso.

Él suelta una risa amarga.

—Lo sé, pero es la verdad. Y me jode sentirlo, porque no debería.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo permitirme esto ahora. No cuando tengo que estar al cien por cien en la pista. Si no rindo después de la lesión, ya puedo ir olvidándome de mi contrato con Vancouver. ¿Y qué me queda entonces? Nada. Solo seré otro jugador prometedor que lo perdió todo por una maldita rodilla. No quiero que me recuerden eso.

—Eso no es todo lo que eres. —Él me mira, como si mis palabras fueran lo único que le sostienen—. Tú eres Easton Caldwell. El chico que me hace reír hasta que me duele la barriga. El que se ha aprendido casi todas las canciones de Taylor Swift por mí. El que se muere por sus amigos. El que me escucha. —Hago una pausa e inspiro hondo—. No eres solo un jugador de hockey, eres mucho más.

Sus ojos miel brillan en la penumbra.

—¿Y eso te gusta?

—Me gustas tú, Easton. Lesionado o no. Jugador de hockey o no. Simplemente, tú.

—Y tú me gustas a mí. Más de lo que debería, y sin duda, más de lo que puedo manejar. Pero tengo miedo, Hailee. Miedo de que todo se vaya por la borda.

Apoyo mi frente en la suya.

—No tenemos que prometernos nada. Solo... estar aquí. Ahora. Dejarnos llevar.

Y él lo hace.

Me besa con una urgencia feroz, como si le faltara el aire y yo fuera su única salvación. Sus fuertes manos se deslizan bajo mi vestido. El contacto me sacude, me enciende, pero lo detengo antes de que sea demasiado.

—¿Qué pasa? —pregunta con la respiración entrecortada.

—¿Podemos dormir? Solo dormir.

Easton sonríe y, por primera vez en la noche, su expresión se suaviza.

—Claro que sí, pero antes hay que arreglar una cosa.

Me alza sin esfuerzo y yo me aferro a su cintura, riendo en silencio mientras camina hasta el armario. Como buenamente puede, saca una camiseta que huele a él y me ayuda a ponérmela. Cuando mi vestido cae al suelo, no me mira con deseo, sino con ternura.

—Mucho mejor —dice, satisfecho, al verme enfundada en su enorme camiseta.

Cuando me meto en la cama, Easton se tumba detrás de mí, con su pecho pegado a mi espalda. Su brazo se enrosca alrededor de mi cintura y siento su respiración cálida en la nuca cuando susurra:

—Voy a intentar dejarme llevar.

26

Easton



Algo me taladra los oídos.

Una mezcla agresiva de música electrónica y golpes contra la puerta me sacude el cerebro. Por supuesto, solo puede ser Theo.

—¡Despierta, bella durmiente! —grita por encima del volumen atronador—. ¡Reunión en la cocina en cinco minutos!

—¿Qué demonios...? —murmura Hailee entre bostezos.

Apenas ha abierto los ojos y ya tengo que morderme la lengua para no soltar una carcajada. Tiene el pelo hecho un desastre y marcas de la sábana en la mejilla, y aun así se ve ridículamente guapa. Sigue pegada a mí, con una pierna por encima de las mías y un brazo abrazando mi torso. Es ahora, al tenerla tan cerca, que me doy cuenta de lo pequeña que es en realidad.

—Otra genial idea de Theodore. A saber qué quiere esta vez —digo arrastrando las palabras.

Cuando Hailee se incorpora para estirarse, su camiseta sube justo lo suficiente como para que mi entrepierna reaccione. No es ninguna novedad, es una de esas cosas que nos pasan a los tíos al despertar, pero que ella esté aquí no ayuda en absoluto.

—¿Deberíamos bajar antes de que suba con un megáfono? —bromea cuando Theo vuelve a pegar otro grito desde el pasillo.

—Sí, vamos antes de que tire la puerta abajo.

Me pongo unos pantalones de chándal y le lanzo otros a Hailee. Ella los recoge con una ceja levantada, como si fueran una ofensa personal. En el pasillo, no puedo evitar reírme cuando la veo enrollar varias veces la cinturilla para que no se le caigan. Parece un dibujo animado enfurruñado.

Ya en la cocina, el comité matutino nos espera. McGarry está haciendo tortitas con la concentración de un cirujano, Howard parece medio dormido y

Grayson directamente tiene cara de estar replanteándose su existencia. El domingo es un día sagrado, el único que nos permitimos dormir hasta tarde, y Theo acaba de profanarlo con sus altavoces de discoteca.

—Bien —digo apoyándome en el marco de la puerta—. ¿Qué es eso tan urgente que no podía esperar a una hora civilizada?

No se me escapan las miradas que le lanzan a Hailee. Es obvio que están haciendo conjeturas, y ella también lo nota, porque se pone roja como un semáforo y se oculta detrás de mi metro noventa.

Theodor carraspea, muy digno, como si fuera a dar una rueda de prensa.

—Como sabéis, mi cumpleaños es este viernes —anuncia mientras nos reparte una invitación a cada uno como si fueran *flyers* de la próxima gran fiesta del año. Cada una tiene su cara impresa en primer plano con una expresión absolutamente ridícula—. Y como manda la tradición, lo celebraremos el fin de semana en Snow Crest. Estáis todos invitados. Incluso tú, Howard, y eso que eres de primero. Mira qué generoso soy.

—Vaya, me siento halagado —ironiza nuestro compañero—. Pensé que aún estaba en periodo de prueba.

—*Nah* —responde Theo dándole una palmadita en el hombro—. Después de todos los platos que te hemos hecho fregar, ya eres parte de la plantilla.

De pronto, Grayson da un paso al frente con cara de pocos amigos.

—Un momento, ¿has estado usando mi impresora para esto? —Levanta su invitación como si fuera la prueba de un crimen.

Theo se encoge de hombros.

—¿Puede? Solo un poco. Para las invitaciones... y, bueno, igual también para un trabajo que tenía que entregar. Pero te juro que para nada más.

Grayson lanza un gruñido y se abalanza sobre él, pero Theo ya está escabulléndose al otro lado de la isla de la cocina, lejos de su alcance.

—Yo me apunto, tío —dice McGarry sin levantar la vista de sus tortitas mientras las inunda con sirope.

Hailee sigue mirando su invitación (la única decorada con purpurina rosa), claramente sin saber qué decir.

—Cada año por el cumple de Theo hacemos un viaje a Snow Crest —le explico para que no se quede fuera de contexto—. La estación de esquí que está cerca de Fairbanks. Seguro que la conoces.

Ella asiente.

—Sí, aunque nunca he ido. Mis padres no son mucho de esquiar.

—Pues es un clásico para nosotros en su cumpleaños. El tercer viernes de noviembre es festivo, así que el fin de semana no hay partidos. Es por esa

excusa rara que puso el estado para conmemorar a los alces. ¿Cómo se llamaba? ¿Día del Gran Alce?

—Día del Alce Errante —me corrige Grayson desde la cafetera—. Nadie sabe muy bien qué se supone que celebramos, pero nos dan vacaciones, así que tampoco nadie se queja.

—Exactamente —continúo—. El caso es que siempre alargamos el fin de semana: viernes libre, sábado también y, de ahí, directo hasta el domingo. Una escapada que se ha convertido en una tradición. Cuando éramos pequeños solíamos ir con los abuelos de Theo.

—Suena bien —dice Hailee, sonriente—. Este sábado el estudio cierra, así que me viene perfecto.

—Sí, pero tendrás que aguantar sus chistes malos todo el trayecto.

—Mis chistes son un clásico, bebé —comenta Theo guiñándole un ojo.

—Lamentablemente —resopla Grayson.

Él lo ignora, se vuelve hacia Hailee y saca otra invitación, esta vez adornada con corazoncitos dibujados a mano.

—Es para tu amiga Montana —dice con voz melosa—. Ya sabes que me tiene loquito. Dile que si viene, no se arrepentirá.

Hailee suelta una risita y niega con la cabeza.

—Veré qué puedo hacer.

Cuando ella se escabulle hacia el pasillo para ir a ducharse, uno a uno los demás comienzan a dispersarse, arrastrando los pies con sueño. Justo cuando Theo va a salir de la cocina, lo agarro del brazo y lo detengo.

—Eh, espera un segundo. —Lo miro enarcando una ceja—. ¿Por qué tenías una invitación para Hailee?

Él me mira con una sonrisa divertida y un brillo travieso bailándole en los ojos.

—Vamos, tío. No iba a dejar fuera a la chica de mi colega.

27
Hailee



—Ni de coña pienso compartir espacio contigo durante tres horas.

La frase de Montana retumba en el aire helado de la mañana. Somos siete en total, así que decidimos dividirnos en dos coches para el viaje. La idea original era que Montana y yo fuéramos con Easton, mientras los demás viajaban con Grayson. Pero llevamos casi diez minutos parados porque Theodore, en su eterna campaña por conquistar el corazón de mi amiga, insiste en colarse en nuestro coche.

Desde el asiento del copiloto, la observo por el retrovisor. Está sentada atrás, con una pierna fuera del coche y una mano firmemente agarrada a la puerta, como si temiera que en cualquier momento Theo fuera a colarse por algún resquicio.

—¿Sabes leer, Theodore? —pregunta sin apartar la mirada de él—. Pues lee mis labios. —Con un movimiento teatral, vocaliza un «no» bien marcado y, sin dudarlo, le da un manotazo en los dedos cuando él intenta abrir la puerta.

—Vamos, rubita, deja de hacerte la difícil. Sé que en el fondo te gusto —dice Theo desplegando una sonrisa de idiota encantador que normalmente intuyo que le funciona.

Pero en este caso no.

—Si por gustarme te refieres a provocarme urticaria cada vez que te miro, entonces sí, me gustas —responde Montana en tono mordaz.

—Pero si en Halloween me compartiste tus pensamientos más profundos...

Ella pone los ojos en blanco tan fuerte que me sorprende que no se le queden mirando para dentro.

—Comimos cereales tirados en el suelo de la cocina. No te flipes.

—Ya, pero...

—Tío —interviene Easton asomándose por el hueco entre nuestros asientos —, ¿te importaría mover el culo y subir al coche de Gray? Estamos perdiendo el tiempo. Y la paciencia —añade, mascullando esa última parte con un suspiro.

Theo se limita a negar con la cabeza, sin moverse ni un centímetro.

—Nos iremos cuando la rubita me acepte como acompañante.

—Ni muerta —salta Montana—. Y vuelve a llamarme rubita y te corto las pelotas.

—No querrías hacer eso, las voy a necesitar —responde él, descarado, guiñándole un ojo.

Easton resopla. Montana también. Y yo, aunque me muerdo el labio, no puedo evitar que se me escape una risita.

—Por favor, deja que suba —suplica East—. O te juro que yo mismo le corto las pelotas.

Montana se cruza de brazos, visiblemente tensa, como si no quisiera ceder por orgullo. Pero la expresión derrotada de Easton, y probablemente la miradita que le lanzo yo a través del espejo, la hacen rendirse.

—De acuerdo, pero...

No llega a terminar la frase. Theo ya está rodeando el coche, y lo hace tan rápido que, en cuestión de segundos, ya se ha deslizado por la puerta del otro lado.

—Presiento que este va a ser un viaje inolvidable —anuncia con una sonrisa triunfal mientras se acomoda junto a Montana.

Ella se hunde en su asiento con un suspiro dramático y me lanza una mirada cargada de significado: «Me debes una. Y bien grande».

Easton arranca el motor con resignación y nos ponemos en marcha. A su vez, Grayson nos sigue de cerca en su camioneta negra. A medida que nos alejamos de Northbrook, el paisaje se transforma. Todo lo que veo son laderas cubiertas de abetos, nieve acumulada en las ramas y una neblina suave que flota en la carretera. El sol comienza a asomarse en el horizonte, tiñendo el cielo con pinceladas de rosa y violeta. Salimos antes del amanecer para aprovechar el día al máximo y ahora todo parece sacado de una postal invernal perfecta.

Aguanto despierta durante la primera media hora, atrapada entre el espectáculo del paisaje y el tortuoso gusto musical de Theo (que al parecer tiene una *playlist* dedicada exclusivamente a los éxitos musicales más cuestionables de los dos mil). Poco a poco, los párpados empiezan a pesarme, y la última imagen que retengo antes de quedarme dormida es la nieve cayendo en espirales espesas, golpeando suavemente el parabrisas.

—Conduce con cuidado —murmuro más dormida que despierta.

—Contigo siempre —responde Easton.

Su voz es un susurro cálido que se cuela en mis sueños antes de que todo se vuelva negro.



En cuanto llegamos a Snow Crest, lo primero que hacemos es dirigirnos al hotel y descargar el equipaje. Al parecer, no somos los únicos que decidieron aprovechar el viernes festivo para escaparse a la montaña, porque la estación de esquí está hasta los topes; familias, grupos de amigos, esquiadores expertos y esquiadores principiantes (con más ilusión que equilibrio) llenan cada rincón del complejo.

El hotel se alza en lo alto de una pequeña cuesta, rodeado de pinos cubiertos de nieve. Es una construcción de madera con varios pisos, balcones que se asoman al valle y una fachada adornada con guirnaldas de luces cálidas. La nieve se acumula en los aleros como nata sobre un pastel y el ambiente huele a leña, café recién hecho y frío limpio de montaña.

Dentro, todo es acogedor y rústico. Hay varios sofás mullidos repartidos por la entrada, y todos ellos cuentan con un par de mantas de cuadros y cojines tejidos a mano. También hay una gran alfombra roja bajo nuestros pies y una enorme chimenea de piedra ocupa el centro del vestíbulo. Maderas talladas, lámparas de hierro forjado y un árbol de Navidad decorado con piñas y cintas rojas completan el cuadro. Parece sacado de una película navideña.

Después de comer algo rápido en la cafetería, repartimos las habitaciones y Montana y yo subimos a la nuestra. Apenas cruzamos la puerta, dejamos caer las maletas y corremos hacia el ventanal.

—Guau... —susurro.

Desde nuestro balcón se ve toda la estación. Las pistas serpentean montaña abajo como cintas blancas entre los árboles, y más allá, el bosque de abetos se extiende hasta perderse de vista. El sol del invierno asoma tímidamente entre las nubes, y enseguida me imagino cómo será la vista del atardecer, cuando el cielo se tiña de tonos anaranjados.

—Deberías haber compartido habitación con Easton —dice Montana mientras nos ponemos los trajes de esquí.

—¿Y dejar a Theo contigo? —bromeo alzando un ceja.

Ella se congela un segundo y me mira con una expresión horrorizada.

—Vale, no. Tienes razón. Mejor así.

Me río mientras empiezo a abrochar mi traje de esquí, azul claro con detalles blancos. Por su parte, Montana ya se está poniendo las botas. En cuanto acaba, se recoge la melena en una trenza y la esconde bajo un gorro de lana blanco con pompón.

—¿De verdad no te gusta? ¿Ni un poquito? —pregunto sin mirarla, aparentando indiferencia.

—Ni un poquito —responde demasiado rápido.

—Pero en el coche te vi aguantándote la risa con sus chistes.

—Sí, pero de lo malos que eran. En serio, Theodore Westfield no es mi tipo. Es jugador de hockey, no puede serlo —afirma muy segura de sí misma.

Mentirosa.

—Ya, claro —digo poco convencida.

Cuando bajamos al vestíbulo para reunirnos con los demás, mis ojos se van directos a Easton. Lleva puesto un traje de esquiar verde militar que le sienta peligrosamente bien. Incluso con todas esas capas, su espalda ancha y su físico de atleta se notan a la legua. El gorro gris le cubre parte de la frente y del cabello castaño, y aun así, algunas chicas giran la cabeza al pasar. No las culpo. Es difícil ignorar a cinco jugadores con físicos que parecen sacados de un anuncio de ropa térmica.

—Rubita, vamos a juego —dice Theo al vernos mientras señala su propia traje rojo, idéntico al de Montana—. Yo diría que es el destino.

Montana se detiene en seco, frunce el ceño al mirar su reflejo en uno de los espejos y resopla.

—Mierda, si lo llego a saber bajo desnuda.

El brillo que aparece en los ojos de Theo es casi instantáneo.

Lentamente se inclina hacia ella, y mucho, porque mide al menos treinta centímetros más, y le susurra algo al oído, bajito, lo justo para que solo ella y yo podamos oírlo.

—No es que me moleste la idea de verte sin ropa, pero que te vean los demás... Eso no podría permitirlo.

Montana tropieza con una esquina de la alfombra y casi pierde el equilibrio, y aunque se recompone enseguida, no puede evitar que el rubor se le suba hasta las orejas. El rojo de su traje compite ahora con el de sus mejillas.

—Eres un idiota, Theodore Westfield —murmura sin atreverse a mirarlo.

—Y tú estás coladita por mí —responde él con una sonrisa de medio lado antes de adelantarse con los demás.

Montana y yo nos quedamos atrás, y cuando me giro para mirarla, ella me lanza una advertencia silenciosa con sus ojos color chocolate.

—No digas nada.

—Pero es que estás *tan* coladita por...

—Nada —me corta con un bufido, ajustándose los guantes—. Ni una palabra.

Salimos tras los demás. El aire helado nos da la bienvenida con una bofetada de frescura y las montañas blancas se alzan majestuosas ante nosotros. El viaje no ha hecho más que empezar, pero si algo tengo claro es que esta escapada va a estar muy lejos de ser tranquila.



Easton

Pasar tiempo con Hailee es fácil. Tanto, que asusta.

Después de un día entero en la nieve, acabamos cenando en un bar-karaoke cerca del complejo. El lugar es exactamente lo que esperarías encontrar en Fairbanks: paredes de madera envejecida, luces cálidas y tenues que apenas iluminan las esquinas, una pequeña tarima para cantar y una pista de baile cubierta de huellas de botas mojadas.

Para cenar pedimos salchichas de reno con puré de patata y salsa, el especial de la casa. Calórico, contundente y perfecto para combatir el frío que llevábamos metido en los huesos. Ahora, el grupo se ha dispersado. Finn y Ronan desaparecieron después de ir a por cervezas y todavía no han vuelto. Grayson está en la barra sonriéndole sin mucho entusiasmo a una chica que parece dispuesta a llevárselo a casa. Y Theo y Montana... bueno, están muy borrachos. Lo cual explica que estén desgañitándose en el escenario cantando una versión bastante creativa de «I Say A Little Prayer». Lo hacen fatal, pero el desastre tiene su encanto.

Hailee y yo por fin nos hemos quedado solos en el reservado del fondo, y lo agradezco, porque durante todo el día no hemos tenido ni un segundo para nosotros.

Llevamos ya un buen rato hablando sin parar. Bueno, ella habla y yo escucho. Me cuenta cómo va su libro, lo mucho que le emociona volcar en palabras todo lo que siente y cómo tiene cada vez más claro que su camino es la psicología. La forma en que lo dice, con esa mezcla de ilusión y nerviosismo,

con los ojos brillándole bajo el reflejo ámbar de las luces, me deja completamente embobado.

Y eso me acojona más que cualquier lesión en la pista.

—Perdón, te estoy aburriendo —dice de pronto con una sonrisa tímida que apenas alza las comisuras de sus labios—. Si quieres, puedes ir con los demás.

Sin pensarlo, le tomo la mano. La calidez de su piel contra la mía envía una corriente eléctrica por todo mi sistema. Ella se sobresalta, sorprendiéndose con el gesto, y clava la mirada en nuestras manos entrelazadas. Alza una ceja, pero no se aparta.

—Hailee, no me estás aburriendo. De hecho —me aclaro la garganta, un poco avergonzado por lo que estoy a punto de decir—, podrías pasarte la noche entera hablando y yo seguiría escuchando. Joder, si tuvieras un podcast, me lo pondría hasta para dormir.

Y lo peor es que no es solo un cumplido, es la verdad. Su voz me relaja más que cualquier pastilla para el dolor. Que por cierto, me he olvidado las pastillas en Northbrook. Aunque no las he necesitado. Estar con Hailee es como un puto bálsamo, no solo para el cuerpo, también para la mente.

—¿Leerás mi libro? —pregunta en voz baja, casi como si no quisiera romper el momento, mientras se recoge un mechón castaño tras la oreja.

—Solo si me lo firmas primero. —Le guiño un ojo—. «Para Easton, el mejor follamigo de la historia. Con cariño, Hails».

Ella pone los ojos en blanco y me da un manotazo en el brazo.

—¿Eso es lo que seguimos siendo? ¿Amigos que se acuestan?

Me encojo de hombros para aparentar que no sé la respuesta. Pero sí la sé. Ojalá pudiera decirle lo que quiero, lo que realmente siento.

—Nos estamos dejando llevar, ¿no? Eso dijiste tú. —Asiente, pero hay algo en su expresión que cambia.

—Sí, tienes razón. Mejor no nos pongamos etiquetas —responde con voz apagada.

Le doy un pequeño empujón con el hombro, intentando aligerar el ambiente, aunque por dentro me esté deshaciendo.

—Vamos, sigue hablándome de ese libro.

28

Hailee



Creo que a Milo le gusto.

—A mí ni siquiera me huele —protesta Easton con fingida indignación mientras el husky vuelve a ignorarlo por completo. Solo cuando ya está instalado entre mis piernas le permite una caricia distraída detrás de las orejas —. ¿Será porque soy más de gatos?

—Creo que es porque yo soy mucho más simpática —respondo, encogiéndome de hombros mientras le lanzo una sonrisa inocente—. Además, tú llevas desde que salimos del hotel con cara de pepinillo agrio.

Easton resopla profundamente antes de coger un puñado de nieve y lanzármelo. La bola se enreda en mi pelo con un golpe suave y frío. Milo ladra emocionado, como si pensara que se trata de un juego entre los tres.

—¿Pepinillo agrio? ¿En serio?

Asiento, mordiéndome el labio inferior para contener la risa que me arde en la garganta.

—Échale la culpa a Theo. No he pegado ojo. ¿Tú sabes lo que es dormir con una motosierra humana? De verdad, no sé cómo no despertó a todo el complejo con esos ronquidos.

Echo un vistazo hacia donde está Theo, tirado en la nieve, riendo a carcajadas mientras uno de los huskies le lame la cara como si fuera una piruleta humana. Su risa es fuerte, contagiosa, de esas que te hacen sonreír sin darte cuenta. No me cuesta imaginar la intensidad de sus ronquidos si pone la misma pasión en dormir que en vivir.

—Ven —digo, agarrando la mano de Easton con decisión. Su guante está frío, pero su palma se siente cálida al otro lado del tejido. Lo arrastro conmigo hacia donde estoy sentada y lo obligo a agacharse a mi lado. Al principio, Milo

lo mira con cierta desconfianza, pero luego se acerca con cautela, olisquea sus guantes y le da una lengüetada rápida en la muñeca.

—Buen chico —lo felicito acariciándole el lomo, y él mueve la cola como un motor desbocado.

—En serio, está enamorado de ti, Hailee.

—¿Me lo parece a mí o Easton Caldwell está celoso? —canturreo, levantando una ceja.

—¿De un perro? Venga ya —replica, pero su tono lo traiciona. Baja un poco la voz y añade—: Bueno... puede. Yo te conocí primero.

Me giro para mirarlo. Sus ojos, entre miel y avellana, me devuelven la mirada con una intensidad que me revuelve por dentro. Quiero decir algo, cualquier cosa, pero justo en ese momento regresa Álek, el monitor de la actividad.

En cuanto los perros lo reconocen corren hacia él, excitados, y le saltan encima como si llevaran siete horas sin verlo. Aunque en realidad solo se había alejado un momento al puesto de información.

Durante los siguientes minutos, Álek nos explica la ruta, la duración del recorrido y las normas básicas. Habla con un acento muy marcado, pero su entusiasmo es contagioso. La emoción comienza a burbujear en mi interior mientras nos asigna los trineos de dos personas y nuestros respectivos huskies.

El cielo comienza a teñirse de un suave violeta, anunciando el comienzo de la mañana. Todo parece sacado de una postal navideña: el vapor que sale de nuestras bocas, el crujido de las botas sobre la nieve, los ladridos emocionados de los perros. Me siento dentro de una historia, de esas que uno no olvida jamás.

La travesía campo a través es mágica. El crujido rítmico de la nieve bajo el trineo, el aire helado golpeando mi rostro, y el sonido sincronizado de los huskies al correr crean una melodía perfecta. No quiero que se acabe.

Easton, sentado detrás de mí, lleva el control del trineo. Sus manos firmes sujetan las correas, y puedo sentir la fuerza contenida en cada movimiento. Su presencia detrás de mí es tan constante y sólida que por un momento me olvido de todo lo demás.

—Estás temblando —murmura cerca de mi oído, inclinándose un poco hacia delante.

—No estoy acostumbrada a estar quieta a no sé cuántos grados bajo cero —respondo, frotándome las manos.

Sin decir nada, Easton abre su abrigo y me envuelve con un lado, acurrucándome contra su pecho. El calor que desprende es inmediato y casi me hace suspirar. No lo había notado tan cerca hasta ahora, tan tangible. Tan presente.

Al llegar al punto acordado, el cielo estalla en un amanecer dorado que corta el aliento. Los rayos de sol se filtran entre los árboles y bañan todo el paisaje con una luz cálida y casi irreal.

Saco el móvil sin pensarlo y capturo la escena: Easton, arrodillado en la nieve, acariciando a una de las hembras mientras la luz matinal lo envuelve. Parece un personaje de cuento. Uno de esos que no sabes si existen de verdad o si te los has inventado en un sueño.

—Creo que a esta sí que le gustas —digo mientras reviso las fotos.

Él sonríe, una de esas sonrisas auténticas que le iluminan la cara desde dentro, y mi sistema colapsa un poco.

—¿Celosa, Winters?

Una risita se me escapa antes de poder contenerla. Estoy empezando a acostumbrarme a esta versión de Easton, la que bromea, sonríe, y me mira como si siempre supiera algo que yo no.

Después de muchas más fotos (algunas grupales, otras robadas), regresamos al complejo justo a tiempo para cambiarnos y dirigirnos al restaurante donde comeremos.

Mientras camino junto a Easton, me doy cuenta de que Grayson está solo, observando a los perros mientras beben agua de los cubos metálicos.

—¿Te gustan los perros, Gray? —le pregunto, al recordar lo cómodo que parecía esta mañana con ellos. Es tan alto que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para verlo bien.

Grayson carraspea y se ajusta el gorro de lana con gesto incómodo.

—En mi casa siempre hubo perros. Cuando era pequeño, sentía que me entendían. Eran mis mejores amigos allí.

El tono grave y distante con el que pronuncia cada palabra me basta para saber que no quiere hablar más del tema, así que no insisto.

—Qué suerte. En la mía nunca hemos tenido animales. Mi hermano es alérgico. A todo, básicamente. Al polvo, a los gatos, al sentido del humor...

—¿Y sabes qué es genial para la alergia, Hails? —interviene Theo, apareciendo de la nada y me pasándome un brazo por los hombros.

—Ni se te ocurra contar otro chiste malo —le advierte Easton mientras lo aparta con una facilidad pasmosa, rodeándome él con su brazo en su lugar.

Casi me congelo. No sé cómo mis piernas siguen respondiendo.

El gesto es casual, desenfadado, como si lo hubiera hecho sin pensarlo. Pero se siente diferente. Demasiado íntimo. Demasiado familiar. Como algo que haría alguien que ya tiene un lugar en tu vida.

Algo que haría una pareja.

«Pero Easton y yo no somos eso», me recuerdo. Aunque, en realidad, no tengo claro qué somos. Lo único que sé es que mi corazón ya ha tomado partido y que las mariposas que revolotean en mi estómago parecen celebrar cada centímetro de cercanía que hay entre nosotros.

Y eso, por mucho que me pese, es un problema. Porque Easton Caldwell tiene una prioridad clara.

Y esa prioridad no soy yo.

—Ven a mi habitación después de comer —me susurra de pronto al oído, con una voz baja y rasposa que me recorre la columna como una descarga.

—¿Qué...?

—Sin ropa —añade, y algo dentro de mí se agita como si el núcleo de la tierra acabara de moverse—. No repliques, Ojos bonitos. Solo obedece.

Boom.

Adiós, sistema nervioso.



Ir desnuda por el hotel (aunque sea con el albornoz por encima), no es exactamente mi idea de comodidad, así que, por si acaso, me he puesto una camiseta interior fina y unos pantaloncitos de pijama. Técnicamente, no llevo nada debajo de eso, por lo que supongo que, técnicamente, estoy cumpliendo.

Cuando Easton abre la puerta de su habitación, también aparece con el albornoz blanco del hotel. Una sonrisa de niño travieso le adorna los labios.

—¿Lista?

—¿Lista para qué, exactamente? —Frunzo el ceño mirando alrededor—. ¿Esto es alguna fantasía rara tuya o...?

—No, tranquila. Mis fantasías no incluyen sitios públicos. El exhibicionista es Theo, no yo. —Su sonrisa se amplía, divertida, y un brillo malicioso se instala en sus ojos color miel—. Pero hay otra fantasía que sí vamos a cumplir. ¿Alguna vez lo has hecho en un *spa*?

Antes de que pueda replicar, me toma de la mano y me arrastra con él por los pasillos silenciosos del hotel. Caminamos entre alfombras mullidas y paredes forradas de madera mientras mis pensamientos intentan alcanzar el ritmo frenético de mi corazón.

Finalmente, llegamos a una puerta robusta con una cristalera opaca. Al cruzarla, una ráfaga de vapor cálido y un aroma dulce y envolvente me golpean

como una ola.

El lugar es simplemente espectacular.

Estamos en lo que parece un baño termal. Dos piscinas, cuyos bordes están formados por rocas naturales, dominan el centro de la estancia. Una de ellas exhala nubes de vapor; la otra brilla bajo la luz tenue, congelada como un lago de invierno. A un lado hay dos duchas amplias con suelo empedrado (una de agua caliente y otra de agua fría), y más allá una sauna de cristal. También hay dos jacuzzis borboteando en silencio, tumbonas cubiertas con toallas suaves y paneles de madera y cañas de bambú que completan la decoración zen. Pero, sin duda, lo más impresionante es el enorme ventanal panorámico.

Al otro lado del cristal, el balcón cubierto de nieve alberga otras dos pozas de agua caliente al aire libre. Desde allí, se despliega una vista invernal que me deja cautivada. Lo primero que veo es el bosque de pinos blancos. Después, las montañas elevándose al fondo, y por último, el cielo cargado de copos suaves, que caen como si alguien agitara una bola de cristal.

—¿Qué es todo esto? —pregunto en un susurro, procurando no romper el encanto del momento.

—He reservado una hora para nosotros —responde Easton—. Pensé que debía compensarte por mi humor de pepinillo amargado esta mañana.

—¿Y lo de venir sin ropa? —pregunto divertida.

—Eso fue una ocurrencia brillante de último momento —dice con picardía —. ¿Por cuál quieres empezar? —Señala las piscinas con un gesto amplio.

—Me gustaría ir afuera.

—Afuera, entonces.

En cuanto abrimos la puerta del balcón, el aire gélido nos muerde la piel. Está nevando, aunque suavemente, pero aun así me subo el cuello del albornoz envolviéndome en él todo lo que puedo.

—Quizá ha sido una mala idea —musito entre castañeteos de dientes—. Volvamos dentro. Esa ducha al lado del bambú tenía buena pinta.

Easton se ríe por lo bajo y me sujeta antes de que pueda darme la vuelta. Luego me guía hasta una esquina del balcón, donde escondida tras un par de mamparas de madera hay una ducha exterior con suelo empedrado, un banco también de piedra y un cubo con hielos.

—Creo que te sobra ropa —dice con voz grave, al tiempo que desata el cinturón de mi albornoz y lo desliza por mis hombros. Cuando ve lo que llevo debajo alza una ceja, medio divertido, medio exasperado—. Hails, «desnuda» significa sin nada. Como Dios te trajo al mundo, nena.

—Ya, pero no quería arriesgarme a que se me abriera el albornoz en mitad de la recepción y todos me vieran las tetas.

—Yo soy el único que va a verte las tetas —replica mientras atrapa el dobladillo de mi camiseta y me la quita por la cabeza. Después, desliza los pantaloncitos por mis piernas con una eficacia que me deja temblando. El albornoz desaparece de su cuerpo a los pocos segundos.

Hace demasiado frío. Me abrazo a mí misma, tiritando, pero la corriente que me recorre cuando Easton pasa el pulgar por mi pezón endurecido es suficiente para calentarme entera. Es como fuego líquido. Pura electricidad.

—Ven aquí.

Me atrae hacia su cuerpo ardiente al tiempo que abre la ducha. Una cascada de agua caliente nos envuelve. El vapor sube a nuestro alrededor, creando una burbuja íntima e irreal, casi mágica. El contraste entre el frío brutal del exterior y el calor del agua es tan intenso que se me escapa un gemido suave, mezcla de alivio y asombro.

Jamás había sentido algo así. Todo mi cuerpo vibra, y no solo por la temperatura.

Es por él.

Por cómo me mira.

Por cómo me toca.

Por lo que está a punto de pasar.

Las manos de Easton se deslizan con firmeza por mi cintura, recorriendo mi piel húmeda con devoción. El agua caliente cae sobre nosotros, colándose entre nuestros cuerpos, envolviéndonos en una atmosfera de calor y deseo ajena al mundo exterior.

Sin previo aviso, sus labios atrapan los míos en un beso fugaz, hambriento, antes de abandonar mi boca para bajar por mi mandíbula y luego por mi cuello, hasta detenerse entre mis pechos. Cada beso suyo es una descarga que estremece mis músculos, que me hace cerrar los ojos y abandonarme por completo a él.

Entonces, de repente, lo tengo de rodillas frente a mí.

El vapor dibuja formas etéreas alrededor de su cuerpo. El agua resbala por sus hombros anchos y por sus brazos tensos mientras flexiona uno para rodear mi muslo.

—No tienes que hacer eso —susurro con la voz entrecortada por la anticipación.

—No puedo no hacerlo. Necesito tocarte. Tenerte así. Justo así. —Sus dedos se aferran a mi piel mientras me guía con delicadeza—. Levanta la pierna —ordena con la voz cargada de deseo mientras me hace apoyarla sobre su hombro

El frío del aire choca con el calor abrasador de su aliento justo antes de que se hunda entre mis muslos.

Un gemido se me escapa al instante, agudo, casi roto, y tengo que apoyar las manos en la pared de piedra para no perder el equilibrio. Su lengua se mueve con una precisión devastadora, como si hubiera nacido sabiendo exactamente lo que me desarma.

—Dios... Easton...

—Eso es, déjate llevar. Quiero escucharte.

Mi espalda se arquea sin que yo lo controle. El placer se acumula en mi vientre y mis dedos se enredan en su pelo mojado, tirando de él con fuerza mientras los sonidos que escapan de mi garganta se confunden con el rumor constante del agua.

Siento que no puedo con tanto. El calor. El vapor que me nubla la visión. Él.

Y entonces, hace algo que no me espero.

Sin dejar de tocarme, estira la mano hacia el pequeño cubo metálico que hay sobre el banco de la ducha. Luego, toma uno de los cubitos de hielo transparentes y resbaladizos que probablemente estaban destinados a enfriar bebidas. Lo sostiene con los dedos mojados apenas un segundo, mirándome desde abajo con esa media sonrisa suya que lo dice todo.

—Confía en mí.

Al instante, siento el toque del hielo cuando lo pasa sobre mi piel, llevándolo hasta donde su boca estaba segundos antes. El contraste es abrumador: el frío absoluto contra la calidez de su boca, que regresa enseguida, creando una explosión sensorial que me hace gemir sin pudor.

—Estás temblando —susurra contra mi piel.

—No pares... por favor —suplico aferrándome a su cabeza, a sus hombros, a lo que sea que me mantenga anclada mientras el mundo se me va de las manos.

Cuando sus dedos se unen a su lengua, explorando y acariciando dentro de mí con ese mismo ritmo devastador, no tengo opción. Me deshago. Me derramo en su boca, en el vapor que nos envuelve.

Mi respiración es un caos. Mi cuerpo, todavía más.

—Ahora tú —digo entre jadeos.

Easton se incorpora sin decir palabra y pega su cuerpo cálido al mío. Me pongo de puntillas para besarlo, pero entonces me gira hasta dejarme de espaldas a él, con las palmas apoyadas en la pared. Me toma del mentón y me obliga a mirarlo por encima del hombro.

—Estás preciosa así. —Deposita un beso hambriento sobre mis labios—. Toda mía.

Siento su pecho pegado a mi espalda y el calor de su piel abrasando todas mis terminaciones nerviosas. Y entonces, entra. Despacio. Profundo. Con una precisión que me arranca el aire de los pulmones.

—East...

—Dímelo. Lo que estás pesando.

—Que no quiero que pares nunca.

Él se mueve con una cadencia que me rompe y me recompone al mismo tiempo. Cada embestida es firme, controlada, pero también desesperada.

—¿Te gusta que te folle así, Hailee?

—Sí... —lloriqueo, muerta de placer, mientras apoyo la frente contra la pared.

—Joder, eres perfecta —murmura en mi oído. —Sus dedos se entierran en la carne de mis caderas—. Me vuelves loco. Contigo todo es tan diferente... Cuando estás así, tan entregada a mí... —Las embestidas se vuelven más intensas, más profundas—. Podría vivir aquí, dentro de ti, y aún no sería suficiente.

El agua sigue cayendo sobre nosotros, ajenos al frío, al mundo y al tiempo. Ahora mismo solo existen sus movimientos, su respiración agitada contra mi cuello y su nombre escapando de mis labios cada vez que me empuja un poco más hacia el límite.

Al final, solo puedo dejarme ir. Una vez más. Esta vez, junto a él.

29
Hailee



Me siento afortunada de vivir en Alaska.

Puede que aquí el frío cale hasta los huesos, que la nieve nunca dé tregua y que la falta de sol haga imposible conseguir siquiera un leve bronceado, pero todo eso desaparece cuando levantas la vista y te encuentras con un espectáculo como este.

La Aurora Boreal rasga el cielo nocturno justo encima de nosotros, en mitad del bosque. Los colores verdes y azules se entrelazan como pinceladas de una obra de arte viva, danzando en el firmamento con una elegancia magnética que hace imposible apartar la mirada. Es como si el cielo estuviera respirando. Como si alguien allá arriba hubiera decidido regalarle a la tierra un poco de magia.

Después de cenar (otra vez en el bar-karaoke del otro día, donde Theodore volvió a hacer el ridículo con su versión borracha de «Livin' on a Prayer»), vinimos en coche hasta esta zona, una de las mejores para ver las luces del norte. Theodore insistió en traer una botella de tequila de dudosa procedencia que compró en una licorería bastante sospechosa porque, según él, no piensa pasar ni una sola noche sobrio durante la celebración de su cumpleaños. El resto del grupo no tardó en sumarse a la locura. Llevan ya un buen rato lanzándose bolas de nieve y pasándose la botella de unos a otros entre carcajadas, mientras bailan al ritmo de una *playlist* de reguetón navideño que sale desde uno de los móviles conectados al coche.

Easton y yo nos alejamos un poco del bullicio. Solo unos metros bosque adentro, lo justo para dejar atrás el ruido sin perdernos la vista. Los faros del coche siguen iluminando la nieve, creando sombras alargadas entre los troncos. La aurora brilla sobre nuestras cabezas, imponente, misteriosa, como un hechizo flotando en el aire.

—Cuando era pequeño, mi madre solía decirme que las auroras eran pintura que se le había caído a los ángeles —murmura Easton a mi lado. Su voz es baja, casi un susurro que parece no querer romper la quietud del momento—. Eso fue... ya sabes, antes de desaparecer.

Me giro para mirarlo. Su expresión es tranquila, sin rastro de rabia ni tristeza. Solo una calma extraña, como si hubiera aprendido a vivir con la ausencia de su madre. Sus ojos siguen fijos en el cielo, el cuello ligeramente alzado. El gorro de lana le cubre parte de la frente, y el abrigo (en el que fácilmente cabrían cinco como yo), le envuelve el cuerpo como una coraza. Está guapísimo. Lo pienso todo el tiempo, y esta vez me cuesta no decírselo. De hecho, debería ser ilegal ser tan atractivo. Y encima ser tan... Easton. No es solo la cara o los hombros anchos. Es cómo te escucha, cómo te mira como si fueras interesante incluso cuando hablas de cualquier tontería.

Un copo de nieve cae lentamente y se posa en sus pestañas. Mis dedos se mueven solos, como si tuvieran vida propia. Me pongo de puntillas y, con cuidado, le rozo el párpado con el pulgar.

Easton se estremece bajo mi contacto, pero no se aparta.

—Mis padres decían que podías pedir un deseo cuando veías la aurora —susurro—. Que cuanto más brillante fuera, más probabilidades había de que se cumpliera.

—¿Y tú los pedías?

—Claro —respondo con una pequeña sonrisa—. Deseaba cosas todo el tiempo. Como que nevara lo suficiente para cancelar las clases, o que los renos del desfile del centro vinieran volando de verdad.

—¿Y funcionó?

—A veces. Pero otras... no tanto.

Él se gira hacia mí de golpe, desestabilizándome. Me tambaleo hacia atrás, pero sus brazos, fuertes y cálidos, me sujetan por la cintura. Durante un segundo me sostiene así, pegada a él, y la cercanía me hace olvidar el frío.

—¿Y se cumplieron tus deseos grandes? —pregunta mientras me quita un copo de nieve de la punta de la nariz con una dulzura que me derrite por dentro.

—Bueno, conseguí estudiar la carrera que quería en la universidad que quería —respondo, ajustándome la capucha del abrigo—. Pero lo del unicornio no. Ese deseo sigue pendiente.

Easton suelta una risa suave, grave, que me eriza la piel.

—Y tampoco se cumplió lo de la historia de amor —añado, más bajito.

—¿Historia de amor? —repite con una ceja arqueada.

—Sí, de esas en la que te enamoras como un idiota y haces locuras por la otra persona. Como cerrar un cine entero solo para ver mi película favorita, o dedicarme un touchdown durante un partido y después correr hacia mí para besarme frente a todo el instituto. Y eso que Austin, mi primer novio, era el quarterback del equipo... Pero nunca lo hizo.

Easton hace un gesto como si le doliera el orgullo ajeno.

—Mal jugado, Austin —dice—. Yo habría corrido hasta el otro estado si eso significaba besarte delante de todos.

La forma en que lo dice es ligera, pero también sincera. Me da un vuelco el corazón.

—Quieres uno de esos amores de película. Uno bien ñoño —añade, con una sonrisa torcida.

—Oye, no te burles —replico dándole un empujoncito en el hombro—. No tiene nada de malo querer eso.

—No he dicho que lo tenga. Solo digo que no necesitas una historia perfecta para tener algo real.

Guardo silencio. Tal vez porque no sé qué decir, o porque, visto así, creo que tiene toda la razón.

—Vamos, pide un deseo —dice él de pronto.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Un deseo, Hailee. Pídelo.

—Vale, pero solo si tú pides uno también.

Asiente con gravedad fingida, como si estuviéramos firmando un pacto sagrado. Ambos alzamos la mirada hacia el cielo. La aurora sigue danzando entre las estrellas.

—¿Lo tienes? —pregunta.

—Sí.

—Bien. Pues a la de tres. Uno... dos... tres.

Cierro los ojos, y sin necesidad de pensarlo demasiado, mi deseo se forma solo en mi mente. Un deseo sencillo. Silencioso. Pero potente.

Cuando los abro de nuevo, Easton ya me está mirando.

—Espero que se cumpla —digo, y el corazón me tamborilea en las costillas.

—Yo también espero que el mío se cumpla —susurra.

Entonces, sin previo aviso, se inclina y me besa.

Es un beso breve, rápido, pero real. Cálido, a pesar del frío. El tipo de beso que no necesita ser perfecto para quedarse grabado.

Cuando se separa, no digo nada. Tampoco lo hace él. Solo nos quedamos ahí, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo espacio bajo el cielo más hermoso del mundo.

Miro hacia arriba una vez más. Las auroras son intensas, tan luminosas que casi resultan cegadoras.

Y espero que eso sea suficiente.

Espero que esta vez, de verdad, los deseos se cumplan.

30

Easton



—¡Cierra los ojos!

—¡Están cerrados! —respondo entre risas sentado en una de las esterillas del estudio.

El ambiente está impregnado de olor a incienso suave y a sudor fresco. La clase ha terminado hace unos minutos y aún siento el calor corporal de la práctica en cada músculo. Las luces cálidas, el suelo de madera pulido y la quietud del lugar contrastan con la chispa eléctrica que Hailee ha provocado con esa orden repentina.

Escucho cómo sus pasos descalzos se alejan por el estudio. Después el sonido de una cremallera, quizás de su mochila, y luego otra vez sus pasos, más cercanos.

—Ábrelos —dice finalmente.

Lo hago. Y ella está ahí, frente a mí, con las mejillas ligeramente sonrojadas. Aunque no sé si por el esfuerzo o por lo que tiene entre las manos.

Sostiene un peluche. Un maldito peluche. Un disco de hockey, para ser exactos. Gris, blandito, con una carita sonriente y dos pequeñas piernas de felpa con patines. Es infantil, pero ridículamente adorable.

Parpadeo, procesando la escena, y luego río.

—¿Y esto? ¿Mi regalo de Navidad por adelantado?

Ella se encoge de hombros y baja un poco la mirada. Hailee nunca ha sabido ocultar el rubor, y ahora le sube desde el cuello hasta las orejas.

—Es para que te dé suerte en los partidos.

La miro, sorprendido, sintiendo algo tibio revolverse en mi pecho. No sé por qué, pero este pequeño gesto me sacude. Tal vez porque nadie se había molestado nunca en darme suerte con algo tan tonto... y tan sincero.

—Gracias, Hails. Lo pondré en mi cama. Y pensaré un nombre para él.

Ella alza una ceja, divertida.

—¿Pensarás un nombre?

—Pues claro, todo peluche necesita un nombre. Es la norma —contesto mientras nos ponemos las sudaderas y recogemos nuestras cosas para salir del estudio.

Caminamos por la acera hasta Benji´s, que está justo al final de la calle, con las mochilas colgadas al hombro y los músculos todavía cansados por el entrenamiento. El cielo está encapotado, con esa luz azul grisácea típica del invierno.

—¿Qué tal Ice? —propone de repente—. Es un buen nombre, ¿no?

—Demasiado genérico. Tiene que ser algo más personal. Algo con historia —le digo sosteniéndole la puerta al entrar.

El calor del local nos envuelve de inmediato. Las paredes decoradas con luces tenues y el aroma a comida recién hecha hacen que el cambio de ambiente sea reconfortante. Tomamos asiento en nuestra mesa habitual junto a la ventana.

Mientras debatimos los nombres más absurdos, entre ellos «Disquín» o «Mr. Power Play», no puedo evitar mirarla cuando se ríe. Se ve tan libre. Tan Hailee.

Y entonces me golpea otra vez. Esa sensación extraña de estar exactamente donde quiero estar, con quien quiero estar. Pero también esa maldita certeza de que no puede ser.

No podemos ser una pareja.

Joder.

—¿Qué harás en Acción de Gracias? —pregunta de pronto, hojeando el menú aunque ya sabe perfectamente qué va a pedir. Siempre pide una de las cuatro ensaladas que hay.

—Lo pasaré en Anchorage con mi padre, Theo y sus abuelos, como cada año. Salimos esta tarde. Deséame suerte. Cuatro horas de viaje con Theo y su *playlist* de tesoros sin descubrir de los noventa.

Hailee suelta una carcajada suave y apoya los codos sobre la mesa.

—¿Tú qué harás? ¿Vuelves a Fairbanks?

—Sí. También me marcho esta tarde. Voy con Alex y Mackenzie —dice, y sus ojos se suavizan—. Mi hermano está como loco por verme. Cree que le llevaré un autógrafo tuyo o algo así.

—¿Y por qué no? —Rebusco en mi mochila hasta que encuentro el estuche debajo de una toalla. Con un boli negro, firmo una servilleta del local con trazo rápido y decidido—. Toma. Y dile que no me he olvidado. El año que viene, cuando juegue para los Titans, le conseguiré una camiseta firmada. Oficial. Con su nombre si quiere.

Hailee toma la servilleta con una sonrisa, pero no dice nada. La dobla y la guarda con cuidado, como si fuera algo más que un simple trozo de papel.

—Le va a encantar. Lo va a enmarcar, seguro. Y eso que aún no estás en el equipo.

—Pero lo estaré —afirmo, más para convencerme a mí que a ella. Un silencio breve se instala entre nosotros—. Oye, que tengo un contrato firmado —añado, cruzando los brazos, un poco a la defensiva.

Ella lo nota. Siempre lo nota.

—Pronto estarás jugando en Vancouver —dice con dulzura—. No pretendía...

—Lo sé —la corto antes de que se disculpe—. Tranquila, ya sabes que me vuelvo un capullo cuando se trata de mi futuro en el hockey.

La camarera llega con nuestra comida. Para Hailee, una ensalada de espinacas y queso de cabra. Para mí, una hamburguesa completa y unas patatas que me hacen la boca agua. Hoy no he desayunado, y tampoco cené bien anoche, así que ahora tengo el hambre acumulada de un oso saliendo de su hibernación.

—Deberías venir a verme jugar —comento con la boca medio llena—. Ven al primer partido después de Acción de Gracias.

—¿El próximo sábado?

Asiento.

—Jugamos contra Míchigan. En casa. No tienes excusa.

—La última vez que fui terminaste peleándote en el hielo con un idiota.

Harris. Solo con pensar en él se me sube la sangre a la cabeza. Aprieto la hamburguesa con más fuerza de la debida y el kétchup se desparrama por los lados.

—Esta vez prometo no pelearme con ningún imbécil —digo con una sonrisa ladeada—. Además, imagina lo sexy que estarías con mi camiseta puesta.

—¿Y quién ha dicho que voy a llevar tu camiseta? —suelta, alzando una ceja con picardía—. Podría llevar otro número.

—No vas a llevar la de otro. —Me inclino sobre la mesa—. Ni lo sueñes.

Porque solo la idea me pone de mal humor. No me importa que los celos hagan acto de presencia ahora mismo. He aprendido que, cuando se trata de Hailee, son inevitables. Así que sí, llevará mi camiseta. Y será mi nombre el que grite cuando se la quite.

—Podría llevar la de Grayson. El número veinte es mi preferido —responde con descaro mientras su pie roza el mío por debajo de la mesa.

Mi polla reacciona al instante. Menos mal que llevo pantalones flojos, porque si no, no creo que pudiera soportar la presión.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—Muchísimo —reconoce mordiéndose el labio inferior.

Me inclino hacia ella, bajando la voz, con los ojos fijos en los suyos.

—Hailee, escúchame bien —digo en tono grave, apenas un susurro—. El único número que vas a llevar es el mío. Porque ni de coña voy a dejar que vayas a verme jugar y otro que te mire desde el hielo crea que estás ahí por él.

—Vaya... ¿Siempre te pones tan gruñón cuando estás celoso?

—No estoy celoso. —Silencio. Me encojo de hombros—. Vale, tal vez un poco. Pero con razón, ¿no crees?

—Aún no he dicho que vaya a ponerme tu camiseta —me provoca otra vez.

—Entonces igual tengo que llevarte a casa y hacerte cambiar de opinión —respondo mientras empujo el plato, ya olvidado por completo, hacia un lado.

—Igual sí —murmura ella tragando saliva.

La tensión entre nosotros crece, el aire se espesa y ambos sabemos lo que va a pasar antes de que suceda.

No terminamos de comer. Apenas dejo dinero sobre la mesa mientras ella se pone el abrigo a toda prisa. El trayecto hasta su dormitorio es un borrón de miradas, manos impacientes y respiraciones contenidas.

Cuando cierro la puerta tras de mí, ya sé que será mi número el que lleve.

Y es satisfactorio escuchárselo decir mientras hago que se corra en mi boca.

31
Hailee



—¿Es tu novio? ¿Os dais besitos con lengua? —pregunta mi hermano con esa voz infantil, burlona y chillona que siempre usa cuando sabe que me está fastidiando.

Pongo los ojos en blanco mientras me echo un último vistazo en el espejo del baño. Al otro lado de la pantalla, Max suelta una risita tan contagiosa como irritante.

—Pásame a mamá —le pido mientras me ajusto la coleta alta en la que me he recogido el pelo. También me he pintado un corazón blanco en la mejilla derecha y otro azul en la izquierda, en honor a los colores del equipo. Para rematar el *look*, llevo la dichosa camiseta con el número cuatro en la espalda: Caldwell.

—Seguro que os dais besos así —insiste Max, acercándose tanto a la cámara que solo veo sus labios en primer plano mientras empieza a besuquear el móvil haciendo ruidos exagerados como si estuviera en una película cursi.

Por un instante, casi deseo que el teléfono, que he apoyado de forma precaria contra el vaso del cepillo de dientes, se caiga al váter.

—Max, no seas bobo. Ya te he dicho que solo somos amigos. Dile a mamá que se ponga —le ordeno mientras me limpio una manchita de brillo del mentón.

Él se aparta de la cámara, ahora medio empañada por sus babas y un poco de vaho. La limpia con la manga de su camiseta, manchada de salsa de tomate, y me sonríe con esos ojos de un azul tan intenso como los míos, brillando de diversión.

—Mamá y papá también creen que sois novios —dice entre risitas—. No pasa nada por tener novio, ¿sabes? Yo tengo novia. Lisa Smith, de sexto curso.

Además, me gusta Easton. Va a jugar con los Titans y es guay. Danny era un capullo.

—¡Max! —lo reprendo con tono severo, aunque no puedo evitar que se me escape una sonrisa. Qué ironía que un niño pequeño diga en voz alta lo que yo aún no me atrevo a aceptar del todo: que mi ex era, en efecto, un capullo. Un capullo infiel, para ser precisa.

—¿Qué? Es verdad. Papá lo dice siempre.

—Papá no tiene doce años.

—Mi profesora de lengua dice que debemos explorar todas las facetas del lenguaje —responde poniéndose en modo «listillo». Pero su pose intelectual pierde fuerza cuando me fijo en que se le ha pegado una migaja de pan en la comisura de la boca.

—Y la directora dice que como vuelvas a meterte en líos te quedas en el banquillo el próximo partido —interviene mi madre apareciendo de fondo.

Lleva el cabello castaño recogido en un moño deshecho del que escapan algunos mechones que le caen sobre la frente. Tiene puesto un jersey color café, oscuro como sus ojos, y la cara salpicada de pecas y de esas arruguitas suaves que se le forman cuando sonríe.

—¿Qué ha hecho esta vez? —pregunto, esperándome cualquier cosa. Mi hermano tiene una habilidad asombrosa para meterse en problemas. No es un mal chico, pero su vena traviesa es... persistente.

Mi madre resopla y empieza a sacar ingredientes para la cena. Sobre la encimera caen una cebolla, un manojo de zanahorias y un paquete de pasta.

—No lo sé bien. Algo con los pinceles de la clase de arte.

—¡Fue idea de Hunter! —se defiende Max de inmediato.

—¿Y tú para que le sigues? —replico usando mi tono de hermana mayor, ese que mezcla indignación con resignación.

—¡Porque me llamó gallina!

—Idiota. ¿Y si te expulsan o te dejan sin jugar, qué?

—No pueden dejarme sin jugar —dice con una seguridad sorprendente para un niño de su edad—. Soy el mejor del equipo.

Ahí está. Confirmado: el egocentrismo parece venir de serie en los jugadores de hockey.

—Algún día te atragantarás con tanto ego —me burlo. Él me saca la lengua.

—Soy el mejor, Hails.

—Y estás castigado —dice mamá, tajante, y la sonrisa adornada con *brackets* de Max desaparece—. Así que deja los aires de grandeza y recoge tu cuarto, que parece una leonera.

—Me gusta mi leonera...

—A recoger —advierte mi madre al tiempo que alza una zanahoria como si fuera una espada. Su tono no da lugar a discusiones—. O ya puedes olvidarte de ir a casa de Hunter esta noche.

Max salta del taburete como si le hubieran prendido fuego bajo los pies y sale corriendo por el pasillo. Un instante después, asoma de nuevo la cabeza por la puerta, corre hasta el móvil y le planta un beso a la pantalla.

—¡Adiós, Hailee! ¡Tu novio mola un montón! —grita, y desaparece como un rayo.

—Adiós, enano —le grito también, sin poder evitar reírme. Luego fijo mi atención en mi madre, que ya está cortando la cebolla con una precisión casi militar—. ¿Hunter Langley? Es una mala influencia y tú dejas que Max siga juntándose con él.

Mamá sacude la cabeza y me lanza una mirada elocuente.

—Créeme, cielo, estoy bastante segura de que la mala influencia es mi hijo —dice con una mezcla de resignación y cariño—. ¿Cuándo te marchas al partido?

—Ya, de hecho. Si no salgo ahora, llegaré tarde.

—¿Vas sola?

—Con Alex.

—Vale, pásalo bien y sácale muchas fotos a tu bomboncito.

—Eres peor que Max —respondo, sonriente, mientras finalizo la videollamada.

Antes de salir, me miro otra vez en el espejo. Me gusta cómo me queda el número de Easton. Me gusta cómo me hace sentir.

Y no puedo esperar a verlo de nuevo en la pista.



Después de varias asistencias brillantes, Easton marca el gol que iguala el marcador. Faltan apenas unos minutos para el final y Northbrook necesita ganar. El ambiente en las gradas es pura adrenalina.

—Como se mueva igual de bien en la cama, no lo dejes ir —dice Alex a mi lado, dándome un codazo cómplice.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero no logro contener la sonrisa. Al igual que yo, se ha pintado las mejillas con los colores del equipo y una gorra de la universidad esconde parte de sus rizos naranjas.

—¿En serio, Alex? ¿Tú también vas a empezar? —pregunto con la vista fija en la pista—. ¿Qué os ha dado a todos hoy con Easton y conmigo?

—No empiezo, bebé, solo observo. Y Caldwell... —hace una pausa dramática, llevándose una mano al pecho— es como ver a Apolo descendiendo sobre el hielo. Sexy, fuerte y con pinta de que hace maravillas con esas manos.

—¡Es un partido, no un desfile de dioses griegos!

—Todo en esta vida es un desfile, Hails. Hay que saber mirar. —Se ríe mientras aplaude una jugada—. Solo te digo una cosa, y es que si ese chico besa como juega, no lo sueltes. Ni por todo el dinero del mundo.

—¿Esta es tu manera de decirme que apruebas a Easton?

—No del todo. Todavía tiene que pasar el filtro de mejores amigos, y eso implica una exhaustiva ronda de preguntas, una observación intensiva y al menos dos fiestas más —comenta con una sonrisa angelical—. Pero si sigue dándote orgasmos, ya tiene un punto ganado.

—Qué generoso.

—Lo sé. Es mi naturaleza —dice guiñándome un ojo—. Ahora céntrate, que tu noviecito está a punto de salvar el partido.

El reloj sigue avanzando y la tensión en el estadio se vuelve insoportable. Las gradas, divididas en una marea azul y blanca y otra azul y amarilla, rugen con cada pase, cada golpe y cada intento de gol.

Mis ojos no se despegan del número cuatro. Easton se mueve como si el hielo le obedeciera a él y no al revés. Rápido, ágil, con determinación. Recibe el pase de su compañero con una precisión milimétrica, esquiva a dos defensores rivales como si fueran conos y se lanza al ataque. En el último segundo, toma impulso hacia atrás y dispara.

Gol.

La sirena suena justo después y la multitud estalla en gritos y aplausos mientras ondean sus banderines en el aire.

—¡Ay, Dios! ¡Hemos ganado! —chillo saltando sin control. Alex me abraza y damos vueltas en nuestro pequeño rincón.

Los jugadores celebran brevemente antes de abandonar la pista y dirigirse hacia los vestuarios. Al poco, Alex se despide entre risas y besos al aire; tiene una cita con el ayudante de la biblioteca. Yo, en cambio, me quedo a esperar a Easton.

Cuando por fin aparece, con el pelo húmedo y el cuello de la camiseta mojado pegado a su piel, estoy a punto de felicitarlo, pero no llego a hacerlo.

Rápidamente, me atrapa por la cintura y estampa sus labios sobre los míos.

Es un beso voraz, demandante, de esos que arrasan con cualquier pensamiento lógico. Abro la boca y su lengua se encuentra con la mía en un ritmo que ya me resulta familiar. Mis manos se enredan en su pelo, y un gemido ronco escapa del fondo de su garganta.

En cuanto nos separamos, respiro su olor a colonia y gel de baño.

—Tus compañeros van a pensar lo que no es —murmuro entre jadeos, con una sonrisa torcida, mirando por encima de su hombro.

Easton gira la cabeza. Al ver a Theo, Grayson y otros del equipo observándonos con los brazos cruzados y expresión de: «Sabemos lo que hacéis, tortolitos», sonríe con descaro.

—Que piensen lo que quieran. Mejor, así se enteran de que estás vetada.

—¿Vetada? ¿Perdón? ¿Qué soy, un personaje bloqueado en un videojuego?

—Exacto. Modo imposible de desbloquear —dice acercándose de nuevo. —Los chicos pueden ser unos idiotas cuando hay una chica guapa cerca. Y aunque no estemos saliendo, no quiero que te molesten.

—¿Vas a amenazarlos a todos? —bromeo.

—Tendría que dejar a algún que otro convaleciente, sí —replica, siguiéndome el juego—. Pero preferiría no hacerlo, el equipo los necesita.

—Eres un exagerado. Nadie me mira nunca, especialmente los chicos.

Él frunce el ceño.

—Eso lo dices porque no te ves como yo te veo. Hailee, entras en una habitación y haces que todo se detenga. ¿Crees que no se nota? Yo no soy el único que te mira. Solo soy el que no puede dejar de hacerlo.

Me ruborizo de inmediato y rezo para que la pintura en mi cara lo disimule. Pero Easton me están mirando como si fuera la única persona en el mundo.

—He estado a punto de venir sin la camiseta —digo, con fingida inocencia, para aliviar la tensión. Es mentira, claro, pero me divierte provocarlo.

Su sonrisa se ladea, adquiriendo un matiz juguetón y peligroso.

—¿Ah, sí? —Tira suavemente del dobladillo, atrayéndome hacia él—. Y yo que pensaba que la otra noche te había convencido de lo contrario. Tendremos que repetirlo hoy para que en el próximo partido no te queden dudas.

—Asegúrate bien, entonces —susurro antes de que sus labios encuentren los míos otra vez.

—¿Vienes a cenar? —pregunta cuando nos separamos—. Podemos pedir comida china y seguir viendo la serie. Necesito saber si al final se queda con el hermano bueno.

Le doy un beso en la mejilla, notando que el entrenador nos observa con diversión.

—Me parece un plan perfecto.

32

Easton



Es increíble lo rápido que todo se puede ir a la mierda. Así. En un instante.

Debería estar contento. El entrenador por fin me ha devuelto todo mi tiempo de juego. Incluso me ha dicho que puedo cambiar una de las sesiones con Hailee por el gimnasio, que mi rodilla ya está en condiciones. Son las palabras que llevo esperando escuchar desde hace dos meses. La frase que había repetido en mi cabeza en cada sesión de rehabilitación, en cada noche sin dormir, en cada maldito partido desde el banquillo. Y sin embargo, ahora que lo he conseguido, no siento nada. O peor, siento un vacío del tamaño de un agujero negro, justo en el centro del pecho. Como si me hubieran vaciado por dentro y dejado solo la cáscara.

Intento distraerme entrenando, pero no puedo concentrarme. La barra con discos me tiembla entre las manos. Cien kilos no deberían ser un problema, he levantado eso montones de veces. Pero hoy mis brazos flaquean. La barra cae hacia mí con una fuerza sorprendente, y si no fuera por las manos rápidas de Theo, me habría aplastado las costillas.

—¿Necesitas que te releve, princesa? —se burla mientras acomoda la barra en el soporte con facilidad, aunque su tono tiene más de preocupación que de chiste.

Me incorporo con un gruñido frustrado, sentándome en el banco, y me paso a toalla por la frente para secarme el sudor. Completamente desconectado, me quedo mirando al suelo mientras intento recobrar el aliento.

Es tarde, por lo que el gimnasio está casi vacío. Solo quedan un par de chicos más entrenando en silencio. Y me parece perfecto. Lo último que necesito es público para mi espectáculo de autodestrucción.

—Ojalá hubieras dejado que me aplastara —murmuro levantándome y haciéndole un gesto a Theo para que se acueste él en el banco.

—¿Y tener que limpiar luego tu sangre del suelo? Ni de coña —contesta mientras se acomoda y se prepara para su serie. Cuando vuelve a hablar, su tono ya no es burlón—. ¿Es por Hailee? —No le contesto. No hace falta. La pregunta flota entre nosotros y él ni siquiera espera una respuesta—. Es una chica increíble, tío —añade con suavidad. Luego coge aire para comenzar las repeticiones.

—Lo sé —respondo, por fin, con la voz rasposa—. Pero no puede ser. Ella no... Yo no... —Me detengo. Las palabras se deshacen antes de salir, como si mi boca las rechazara.

Theodore no insiste. Y eso lo agradezco más de lo que puedo decir, porque si ahora mismo alguien intentara meterse en mis pensamientos, probablemente me rompería.

Mientras él levanta la barra una y otra vez, yo me concentro en no pensar. Pero es inútil. Cada vez que cierro los ojos, la veo. Su sonrisa. Sus piernas enredadas en las mías. El calor de su cuerpo bajo las sábanas.

Pasamos el fin de semana entero juntos. Después del partido vino a casa, cenamos y vimos nuestra serie. Y sí, lo hicimos. Varias veces. Y cada maldito segundo fue perfecto. No solo por lo físico, sino por lo que vino después. Por cómo se quedó dormida sobre mi pecho, por cómo encajaba en mi cama como si siempre hubiera pertenecido allí.

El domingo fue aún mejor. Desayunamos fuera y pasamos la tarde en el mercado navideño, patinando un rato. Le compré un chocolate caliente y un gorrito con pompones que odió y amó al mismo tiempo. Por supuesto, me obligó a comprarme uno a juego. Se rio tanto cuando me vio con él que me dolía el pecho de solo mirarla.

Esa noche volvió a quedarse a dormir, y el lunes por la mañana, cuando se marchó a clase, me quedé en la cama con su olor impregnado en las sábanas. Ese maldito olor a coco que la acompaña allá donde vaya.

Y entonces, todo se jodió.

El entrenador me llamó a su despacho el lunes después del entrenamiento y me dijo lo que siempre había querido oír. Me dijo que me enfocara. Y mientras asentía, con una sonrisa que no me llegaba a los ojos, me di cuenta de que Hailee se había convertido en un riesgo. En una debilidad.

Lo de dejarme llevar se me ha ido de las manos, y me acojona no saber cómo frenarlo.

—¿Qué vas a hacer, tío? —pregunta Theo, todavía sin aliento después de su última serie.

Buena pregunta.

Lo pienso. Lo pienso demasiado.

—No lo sé. Tomar distancia, supongo —respondo finalmente, con la lengua pastosa porque cada palabra parece pesar una tonelada.

Theo se sienta en el banco y me mira. De verdad. De esa forma en que solo un amigo que te conoce desde hace años puede mirarte.

—¿Estás seguro?

—No —resoplo, y me froto la cara con ambas manos—. Pero creo que es lo correcto. Lo que toca ahora.

—Tu sabrás, pero a veces lo correcto no es lo que más te conviene. Ni lo que te hace feliz.

No contesto. No puedo. Porque en el fondo sé que tiene razón. Pero también sé que si dejo que esto siga, si dejo que ella continúe ocupando tanto espacio en mi vida, voy a acabar jodiéndolo todo.

Y no puedo permitírmelo. No ahora que estoy tan cerca de volver a lo más alto. Que puedo rozar mi sueño con la punta de los dedos.

Entrenamos un poco más, pero yo no estoy en la sala de musculación. Mi cabeza va a otro ritmo. Mis músculos responden por reflejo y mi cuerpo se mueve en piloto automático. Cuando terminamos, dejo a Theo en el vestuario con una palmada en la espalda.

—Gracias por la charla.

—Para eso estamos. —Me dedica una sonrisa cansada pero genuina—. No la cagues, East. Sea lo que sea que decidas hacer... hazlo bien.

Asiento sin prometer nada.

Al salir del gimnasio, el aire frío de la noche me golpea en la cara como un puñetazo. El campus está casi desierto. Camino rápido, como si así pudiera dejar atrás el torbellino en mi cabeza. Pero no. Sigue ahí, aplastándome

Me detengo debajo de una farola. La luz tiñe de un tono amarillento la acera y proyecta mi sombra alargada.

Saco el móvil y me quedo mirando la pantalla durante largos segundos. Entonces, con el estómago en un puño, escribo el mensaje. El que no quiero mandar. El que me cuesta más que cualquier entrenamiento o cualquier lesión.

Pulso «enviar».

Y me quedo ahí, quieto, viendo cómo, salvo el hockey, la única otra cosa que me importa se desmorona.

33
Hailee



Soy incapaz de concentrarme.

Montana está absorta entre sus acuarelas, con los pinceles desperdigados como soldados caídos sobre el suelo del salón. Alex, con la nariz enterrada en su libro, no ha pestañeado en la última media hora. Yo, sin embargo, llevo veinte minutos mirando las mismas tres líneas sin entender una sola palabra. Las letras bailan ante mis ojos, borrosas por la frustración.

Resoplo, me aparto un mechón rebelde de la cara con la mano temblorosa y dejo los apuntes a un lado. Me hundo más en el sofá, atrapada entre los cojines, mientras deslizo el dedo por la pantalla de mi móvil como si esperara un milagro.

Ahí sigue el mensaje. Frío. Cortante. Irremediablemente igual desde el martes por la noche.

East:

¿Podemos cancelar las dos clases de esta semana? Estoy ocupado.

Ni una disculpa ni una explicación, solo un adiós implícito que me perfora el pecho.

Esta mañana, venciendo el orgullo, le escribí para desearle suerte en el partido. El mensaje quedó «en visto». Después de eso, silencio. Como si yo ya no existiera.

Y aun así, aquí estoy. Buscando respuestas donde solo hay vacío.

Me levanto de golpe, como si mis piernas se movieran por cuenta propia, me calzo las botas sin atarme bien los cordones, me pongo el abrigo y salgo del apartamento ignorando las preguntas de Montana. No tengo la cabeza para excusas.

El aire invernal me corta las mejillas cuando salgo a la calle. Camino deprisa, casi corriendo, con los pensamientos tan revueltos como el viento que me azota el rostro. El suelo resbala debido a las placas de hielo, pero ni eso me detiene. El corazón me retumba en el pecho con cada paso, señal clara de que presiente lo que está por venir.

Cuando llego a casa de Easton, el nudo en mi estómago se ha vuelto insoportable.

Al llamar al timbre, Ronan McGarry me abre la puerta con una amplia sonrisa.

—¿Está Easton? —pregunto. Mi voz suena más brusca de lo que pretendía, pero no tengo tiempo para andarme con rodeos.

—Sí, está en su cuarto —responde haciéndose a un lado.

Subo las escaleras de dos en dos, tan rápido que parece que los escalones desaparecen bajo mis pies. Ni siquiera me detengo a recuperar el aliento antes de golpear su puerta con insistencia.

—Joder, Theo, te he dicho que me des cinco minu...

Easton se interrumpe al verme entrar sin esperar una respuesta.

—¿Hailee?

Está frente a mí, con el pelo húmedo y la toalla todavía colgada de su cuello. Lleva unos vaqueros claros, una camiseta blanca y una sudadera color caqui que resalta el marrón de sus ojos. Huele a colonia recién aplicada y se ha afeitado. Está impecable.

—¿Vas a salir?

—Un rato. Voy a celebrar la victoria con los chicos del equipo —responde sin mirarme del todo, dándome la espalda, como si mi presencia le incomodara.

—Entonces, ¿tienes tiempo para salir de fiesta pero no para contestar mis mensajes en una semana? —Mi voz se rompe, y lo cierto es que no hago ningún esfuerzo por disimular el dolor que me atraviesa como un disparo.

Easton suspira, tira la toalla sobre la cama deshecha y se sienta en el borde.

Me fijo en que el peluche que le regalé todavía está ahí, medio sepultado bajo un cojín. Un detalle minúsculo, pero me aferro a él como a un clavo ardiendo.

—Lo siento, Hailee. He estado muy liado. Entre los entrenos y los estudios...

—No viniste a entrenar conmigo, pero Alex te vio en el gimnasio —lo interrumpo, acusándolo con cada palabra.

Él se lleva una mano al pero, revuelto por la humedad.

—El entrenador cree que ya puedo volver a la rutina que tenía antes... —El silencio que sigue habla por sí solo. Él no quiere decirlo, pero yo lo escucho

igual: antes de mí. Antes de esto. A eso se refiere—. Gracias por todo, Hails, pero creo que ya no será necesario seguir con las sesiones.

Mi corazón se detiene.

—¿Esto es por el hockey? ¿Por tu contrato con Vancouver? ¿Crees que...?

—Es por ti —me interrumpe. Su voz es apenas un susurro lleno de grietas —. No puedo... No podemos seguir con esto.

—¿Esto?

—Tú. Yo. Nosotros —dice, y hace un gesto vago con la mano, como si le costara nombrarlo.

—¿Por qué?

Cierra los ojos y exhala con fuerza. Luego se levanta y se acerca a mí. Su altura me envuelve, su presencia me sacude. Alza la mano con cuidado, como si fuera acariciarme la mejilla, pero se detiene a medio camino. Con un gruñido, la convierte en un puño que baja hasta su costado.

—Lo siento, de verdad. Pero ahora más que nunca necesito estar enfocado. No puedo permitirme ninguna distracción.

Crack. Así suena mi corazón al romperse.

—¿Una distracción? —balbuceo—. ¿Eso soy para ti?

Él sacude la cabeza con frustración.

—Mierda —masculla entre dientes—. No es eso, Hailee. No quería decirlo así. Es solo que... no sé qué me pasa. Nunca había sentido esto por nadie, y ahora que lo siento... no sé qué hacer con ello. ¡Joder! Tenía que pillarme por ti justo en el peor momento.

La vulnerabilidad en su voz me desarma.

—¿Así que tu solución es alejarme?

Me atraviesa con la mirada, y en sus ojos, por fin, veo la verdad: no quiere hacer esto, pero lo hará igual.

—Lo mejor será que te vayas —murmura sin convicción.

Nos quedamos quietos, rodeados por el peso de lo que no decimos. Las lágrimas resbalan por mis mejillas, y juraría que él lucha por contener las suyas.

De pronto, da un paso hacia mí. Me toma por los hombros, como si en el fondo necesitara tocarme una vez más, pero yo retrocedo. Su contacto ahora mismo duele demasiado.

—Diviértete en la fiesta —digo con la voz hecha trizas.

Me doy media vuelta y salgo sin mirar atrás.

En el pasillo me choco con Theo, que apenas tiene tiempo de apartarse. Balbuceo algo que podría ser un «lo siento», pero no estoy segura. Las lágrimas me nublan la vista, el pulso me late demasiado rápido y solo una idea me cruza la mente mientras bajo las escaleras:

He perdido a Easton.

34

Easton



¿Cuánto alcohol necesita una persona para perder el conocimiento? No tengo una respuesta exacta, pero si me guío por lo que estoy sintiendo ahora mismo, diría que no me falta demasiado.

Creo que han pasado tres horas desde que llegué a esta maldita fiesta. Tres horas desde que empecé a beberme todo el alcohol que encontraba a mi paso. Sin embargo, no estoy disfrutando nada. Ni la música, ni las luces parpadeantes, ni la chica que no me ha soltado el brazo desde hace al menos veinte minutos.

Creo que se llama Miriam. O Melissa. O algo que empieza por M. Es rubia, con piernas infinitas, y lleva un vestido rojo exageradamente diminuto. Cualquier otro en esta casa mataría por su atención. Yo, en cambio, solo puedo pensar en largarme y vomitar en paz.

Mientras ella me grita algo al oído sobre la granja de sus abuelos en Wyoming, me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo sigo en pie. Cada paso es una apuesta contra la gravedad. Estoy sudando, mareado, y mi equilibrio depende más de las paredes que me rodean que de mis propias piernas.

Cuando la rubia me da un golpecito en el pecho con su manicura perfecta y se inclina hacia mí, mi espalda choca contra la pared del pasillo. Ella lo interpreta como una invitación y, sin previo aviso, se me abalanza. Sus labios están demasiado cerca, su aliento caliente me cosquillea en la oreja.

—¿Nos vamos de aquí? —susurra, convencida de que va a obtener un sí como respuesta.

El Easton de hace unos meses habría accedido encantado, pero el de ahora solo siente rechazo.

—¿Caldwell? —insiste Mónica cuando no respondo.

Levanto la mirada. Sus ojos son marrones. Bonitos, oscuros, pero marrones. Su piel es tersa, sin una sola peca o imperfección. Es guapa, sería estúpido negarlo. Pero no me provoca absolutamente nada. Ni un cosquilleo, ni una jodida chipa... Nada. Solo vacío.

En cuanto siento que sus labios se posan sobre mi cuello y su mano se desliza hacia mi entrepierna con intenciones evidentes, la agarro por las muñecas y la detengo. Con más delicadeza de la que me creía capaz, la aparto a un lado.

—No te ofendas, Mary...

—Mandy —me corrige.

¡Sabía que empezaba por M!

—Mandy, claro. No te ofendas, de verdad, es solo que... estoy pillado. Casi casado, podría decir. —Hago el gesto más ridículo de la noche y señalo un anillo invisible en mi dedo—. Eres guapísima, en serio, pero creo que será mejor que le enseñes tus encantos a otro. Que no estoy insinuando que tú...

—Déjalo —me corta con un bufido resignado—. Me van las chicas. Solo estaba haciendo esto porque perdí una apuesta con una amiga y me retó a besar a un chico esta noche.

—¡Entonces genial! —exclamo tambaleándome hacia atrás—. Disfruta de la noche, Martha.

—¡Mandy! —me grita mientras desaparezco por el pasillo.

Caminar hacia atrás en una fiesta universitaria abarrotada y borracho como una cuba no es precisamente lo más inteligente que he hecho esta noche. Pero bueno, tampoco es lo más estúpido. Ese premio se lo lleva beberme la famosa mezcla fosforescente de Theo.

—¡Joder, Caldwell! —gruñe una voz familiar.

Me doy la vuelta a trompicones. Jason Turner, mi compañero de equipo, me lanza una mirada asesina mientras se sacude la camiseta empapada. A su lado, como salido de un catálogo de fiestas temáticas, aparece Theo con unas gafas de sol con forma de flamenco, una camisa hawaiana con piñas estampadas y una copa en la mano.

—¡Theooo! —grito rodeándolo con un brazo—. Theo. Theodore Westfield. Mi amigo. ¡Mi hermano! ¿A que somos como hermanos, tío?

Theo me mira con los ojos entrecerrados y una sonrisa torcida.

—Por primera vez en la historia estás más borracho que yo. Esto hay que documentarlo —dice girándose hacia Jason—. Sácanos una foto.

Él obedece sin rechistar y el *flash* del móvil nos ilumina por un segundo. Cuando nos muestra la imagen, solo veo un borrón de rostros sudados y ojos

rojos. Ah, y por algún motivo absurdo, yo también llevo una camiseta con piñas. ¿Estaban regalándolas o qué?

—¿De dónde ha salido esto? —pregunto estirando la tela.

—Te la puse yo, ¿no te acuerdas? —responde Theo.

Sin pensar, le arrebato la copa justo antes de que se la lleve a los labios y la vacío de un trago.

—Ya no sabe a pis de gato. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Por fin has aprendido a apreciar mis mezclas?

—Que estoy tan borracho que podría beber ambientador —digo con voz pastosa—. ¡Deberíamos llamar a Grayson!

—Os va a mandar a la mierda —comenta Jason con una risita, alejándose entre la multitud.

—Ni caso —replico dándole un codazo a Theo—. Móvil. Ahora.

Después de unos segundos de pelea con la pantalla, logramos hacer una videollamada. Grayson contesta con el ceño fruncido y cara de querer meternos en la lavadora y ponerla a centrifugar.

—¿Sabéis qué hora es? —gruñe mientras se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz—. Estaba estudiando.

—Con esas gafas pareces todo un intelectual, G.

—Sí, totalmente —añade Theo arrastrando las palabras.

Grayson deja escapar un bufido.

—¿Queréis algo importante o puedo mandaros a la mierda ya?

Intentamos contener la risa, pero es imposible.

—Deja de empollar y ven a la fiesta —le pido, acercándome tanto a la cámara que solo se ve mi frente—. Los cubatas de Theodore ya no saben a mierda. ¡Lo juro por mi hígado!

—No voy a ir. Y dejad de beber, par de idiotas.

—¡No seas aburrido, Gray-Gray! —protesta Theo como un niño pequeño.

—Eso, deja de actuar en plan abuelo —me burlo—. Vamos, ven. Grayson. Grayson. Grayson...

—Tío, Easton está fatal. Lo de Hailee lo tiene jodido. Esto requiere una reunión urgente.

—Vale, voy —cede Grayson con un suspiro—. Pero solo un rato. Y porque sois imbéciles.

—¡Eres el mejor! —gritamos los dos mientras levantamos los brazos como si acabáramos de ganar un campeonato.

—¡Trae patatas! —añado antes de que cuelgue.

La pantalla se apaga y Theo me da una palmadita en la espalda.

—Sabía que vendría. Gray no puede resistirse a nuestras caras de borrachos en apuros.

—Yo tampoco podría resistirme a ti con esos flamencos en la cabeza —respondo echándole un vistazo a las gafas, y ambos rompemos a reír.



—Creo que la quiero.

La frase sale de mi boca sin filtro, sin anestesia, como si necesitara soltarla para que deje de apretarme el pecho.

—¿En plan de verdad? —pregunta Theo llevándose una patata de jamón a la boca. La mastica con lentitud, observándome de reojo mientras evalúa mi expresión.

—En plan para siempre —respondo sin dudar. Me apoyo en los codos, con la mirada perdida en el cielo negro salpicado de estrellas—. Es que en serio, me flipa, tíos. Me vuelve completamente loco. Nunca me había pasado esto con ninguna chica.

Estamos los tres tumbados en la azotea del edificio de Administración, sobre la nieve, congelándonos el culo como idiotas mientras devoramos las bolsas de *snacks* que trajo Grayson.

Acabamos aquí después de salir de la fiesta con la brillante idea de comprar un kebab a las tres de la mañana. No preguntéis cómo terminamos subidos a un tejado, lo más probable es que haya sido culpa de Theo.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no lo intentas? —dice Grayson con su tono de voz sereno que siempre arroja algo de lógica en los peores momentos.

Me giro hacia él. Está tumbado a mi izquierda, con las manos bajo la cabeza y la bufanda subida hasta casi la nariz. Parece tranquilo, pero sé que está analizando la conversación como si esto fuera un debate académico.

—No saldría bien, G —respondo en voz baja al cabo de unos segundos—. Todo ese rollo de novios, de compromiso... Solo terminaría haciéndole daño. Yo tengo que estar centrado en el hockey, y Hailee merece algo más que migajas. Se merece a alguien que le dé su lugar.

—¿Y crees que podrías verla con ese «alguien»? —La pregunta me cae como una bomba en el estómago—. ¿Podrías verla por el campus con otro tío? ¿Riéndose con él? ¿Besándolo?

Me remuevo en el sitio. El simple hecho de imaginarlo me retuerce algo por dentro.

—Ni de coña lo soportaría —reconozco. Me paso una mano por la cara, frustrado—. Solo pensar en que otro la bese me da escalofríos.

—Estás bien jodido, tío —murmura Theo antes de meterse otra patata en la boca.

—Gracias por el diagnóstico, doctor Westfield —ironizo.

La verdad es que sí, estoy muy jodido.

Sobre nosotros, los copos de nieve empiezan a caer. Uno aterriza sobre mi párpado, pero ni siquiera me molesto en pestañear. Puede que sea el alcohol todavía corriendo por mis venas, pero no siento frío. Solo un hueco enorme en el pecho.

—Sinceramente —empieza Grayson—, creo que esto no es solo por el hockey. Es por lo de tu madre. Creo que te aterra perder a Hailee también.

Frunzo el ceño mientras me paro un momento a reflexionar. Nunca lo había visto de ese modo, pero puede que Gray tenga razón. Puede que, inconscientemente, haya intentado utilizar el hockey como excusa para alejar a Hailee. Es cierto que me falta el aire solo de pensar que mi carrera puede irse al traste por una chica, pero siempre he tenido la sensación de que había algo más.

Algo mucho más profundo y doloroso.

—Igual tienes razón, G —admito—. Cuando mi madre se largó, no solo se llevó sus cosas. Se llevó la idea de que el amor dura. Desde entonces, no sé... creo que me convencí de que estar solo era más seguro, más fácil. Si no me ataba a nadie, nadie podía irse. Nadie podía volver a romperme, ¿sabéis? Y ahora llega Hailee y lo desarma todo. Me jode, porque no quiero cagarla con ella. Pero también me jode querer algo que podría hacerme polvo si saliera mal.

Theo deja la bolsa a un lado.

—¿Y si sale bien?

—¿Y si no? ¿Y si me arriesgo, lo doy todo, y luego ella se da cuenta de que en realidad no soy suficiente? ¿O me voy a pique con el hockey y lo pierdo todo de golpe?

—No eres tu padre, East —dice Grayson—. Y Hailee no es tu madre. Lo que ellos vivieron no tiene por qué repetirse contigo. No estás condenado a eso.

—Además —añade Theodore—, el hockey no se irá a la mierda. Eres el mejor delantero que ha tenido este equipo en años, eso no cambia porque te

enamores de una chica. Iremos juntos a Vancouver, colega. Y Hailee estará allí, en primera fila, chillando como una loca por ti.

«Como debe ser».

—Sabéis que os quiero, ¿verdad, capullos?

—¿Ahora es cuando intercambiamos las pulseras de la amistad? —pregunta el muy idiota llevándose una mano al pecho—. Porque juraría que he olvidado las mías en casa. La de Gray-Gray es mi favorita. Negra como su alma.

Grayson resopla y, sin mediar palabra, se incorpora para lanzarle un puñado de nieve a la cara.

—¡Hijo de...! —Theo se levanta de un salto, riéndose como un crío—. ¿Has visto eso, Easton? ¡Agresión premeditada, tío!

Sin pensárselo dos veces, echa a correr por la azotea entre risas y resbalones mientras Grayson va detrás con un nuevo proyectil de nieve en las manos.

Los observo desde el suelo. Theo patina torpemente entre la nieve, y Gray le lanza insultos entre dientes que ni el viento logra arrastrar. Sus carcajadas se mezclan con el crujido de los pasos mal dados y el silencio de la noche.

Cierro los ojos por un instante, dejando que el aire frío me llene los pulmones y me despeje un poco la cabeza.

Quizá mis amigos tengan razón.

Quizá debería intentarlo.

Quizá debería dejar de esconderme y decirle a Hailee todo lo que grita mi cabeza cada vez que la veo. Que la necesito. Que la echo de menos incluso cuando estoy con ella. Que si no está en las gradas, no sé cómo coño voy a tener fuerzas para salir a jugar.

Que la quiero a mi lado. Siempre.

Cada maldito segundo del resto de mi vida.

35

Hailee



—No nos queda chocolate.

El niño al otro lado del mostrador me lanza una mirada fulminante, con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos, antes de coger su *crêpe* con aire ofendido y marcharse como si acabara de arruinarle la infancia.

Suspiro.

Definitivamente, no me imaginaba pasar el lunes por la tarde metida en una caseta de madera, con olor a aceite caliente y azúcar quemada, reemplazando a Mackenzie en el puesto del mercado navideño. Y mucho menos lidiando con mocosos con complejo de crítico gastronómico.

—Un gofre con nata —dice de repente una voz que se me cuela por la espalda, sube como una corriente eléctrica y me golpea el pecho.

Me quedo paralizada. Porque esta vez no es un niño. Porque esa voz la reconocería incluso si el mundo se cayera a pedazos.

Levanto la cabeza y ahí está: Easton.

Primero en la fila. Con el gorro que compramos juntos el fin de semana anterior. La nieve le cae suavemente sobre los hombros y las luces cálidas del mercadillo le dan un brillo casi celestial. Y eso me enfurece. Casi tanto como que me mire como si no hubiera pasado nada.

—¿Algo más? —logro decir, aunque mi voz flaquea un segundo. Desesperada, intento aferrarme a la compostura para salvar mi dignidad.

La poca que me queda.

Después de pasarme toda la noche de ayer llorando, pensaba que lo tenía bajo control. Ilusa de mí. Easton podría decir tres palabras más y seguramente rompería a llorar aquí mismo.

—Sí, una charla. Cuando termines.

Y lo suelta como si nada. Como si esto fuera un reencuentro casual entre dos viejos amigos y él no fuera el chico que me destrozó en pedacitos.

Me doy la vuelta sin decir nada y vierto la mezcla en la gofrera con movimientos medidos.

—Creía que no tenías tiempo para distracciones —murmuro amargamente.

—De eso precisamente me gustaría hablar. Me he dado cuenta de que perdí algo importante por mis miedos, por pensar así.

Me río por lo bajo. Una risa hueca, sin sentimiento.

—Vaya, te iluminaste. ¿Fue una epifanía o te lo explicó algún amigo con más cerebro?

—No tienes por qué ponerte a la defensiva, Hailee.

—¿A la defensiva? —Lo encaro—. ¿Tú crees? ¿Después de cómo me echaste la otra noche? ¿Después de cómo te quedaste ahí de pie mientras me marchaba llorando?

Me giro bruscamente para recuperar el gofre, se lo entrego en un cartón y, al añadir la nata, me tiemblan los dedos. Me dan ganas de lanzárselo a la cara.

—Fui un gilipollas. No supe cómo reaccionar. Me sentí... —suspira—. Me sentí entre dos mundos. Como si tuviera que elegir entre algo que siempre he querido... y tú.

—No se trata de elegir, Easton, Y aun así, lo hiciste. Elegiste el hockey.

Él agacha la mirada.

—En ese momento me pareció lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? ¿Para ti?

—Para ti, Hails. Lo mejor para no hacerte daño.

—Pues ya es tarde para eso —sentencio. Me está sacando de quicio y al mismo tiempo me está rompiendo por dentro.

—Solo quiero que me escuches —dice en voz baja—. Por favor.

Mis ojos arden, pero no permito que las lágrimas caigan. No aquí. No ahora.

Martin, mi relevo, aparece por la puerta trasera, ajeno al drama.

—Hola, Hailee. Gracias por cubrir a Mackenzie. ¿Todo bien?

—Perfecto —miento con una sonrisa tirante mientras noto cómo Easton me observa en silencio—. Bueno, me voy —añado quitándome el delantal. Luego me pongo el abrigo con torpeza porque aún sigo temblando.

Salgo de la caseta y camino deprisa, pero no doy ni cinco pasos cuando una mano se aferra a mi brazo.

—Te llevo al campus.

Me suelto con brusquedad.

—No hace falta, cogeré el bus.

—Hailee...

—No, en serio. Estoy bien. Estoy perfecta. —Intento alejarme, pero él se cruza en mi camino—. Easton, déjalo.

—No quiero.

—Pues yo sí.

—Entonces dime que no quieres hablar, que no quieres escuchar lo que tengo que decir. Dímelo y me iré. —Me quedo muda—. ¿Lo ves? Déjame explicártelo.

—¡No tienes que explicarme nada! Ya lo entendí. Soy una idiota, ¿vale? —grito por encima de la música festiva y del bullicio de la gente—. Soy una idiota por pillarme de ti. Por pensar que... que tú también me elegirías a mí. No a cambio del hockey, sino contigo. A tu lado. Pero está claro que no fue así.

—¡Pero ahora lo es!

—¡Entonces dilo! —exploto. La voz se me rompe, pero las lágrimas no salen —. Dime que sientes lo mismo que yo. Dime que tú también me eliges a mí.

La ausencia de palabras es brutal, atronadora.

Esta vez, cuando me pierdo entre la multitud, él no me sigue.

Y por fin, lloro. Rodeada de luces, de extraños y de copos de nieve que no logran apagar el incendio en mi pecho.

36

Easton



No dije nada.

Quería decirle muchas cosas, pero cuando me preguntó, me quedé en silencio. Absolutamente mudo.

Muy cobarde por mi parte.

Pero si algo comparten todos los jugadores de hockey, es la tenacidad. Así que no voy a rendirme tan rápido. Quiero que Hailee esté a mi lado, que sea parte de mi futuro. Pase lo que pase. Y no pienso a parar hasta hacérselo entender.

Por eso estoy aquí, plantado como un idiota frente a la puerta de su dormitorio. Llevo más de quince minutos repasando mentalmente cada palabra del discurso que preparé ayer. Cada maldita frase, porque esta vez no me voy a quedar en blanco. Ni de coña.

Acabo de salir de entrenar y no vengo con mis mejores pintas (aún llevo la sudadera del equipo empapada de sudor y el pelo revuelto por el casco), pero me da igual. No podía esperar. Necesitaba verla y, sobre todo, necesito que me escuche.

Trago saliva y llamo al timbre. Los pasos amortiguados al otro lado de la puerta me aceleran el pulso. Me preparo para verla, para decírselo todo, pero cuando la puerta se abre, no es Hailee quien está ahí. Es Mackenzie.

Las ojeras oscuras bajo sus ojos destacan incluso sobre su piel morena y su coleta deshecha y el lápiz detrás de la oreja delatan que estaba estudiando. Me lanza una mirada de arriba a abajo, escéptica, y no puedo evitar sentirme ridículamente intimidado por una chica a la que le saco dos cabezas y probablemente unos treinta kilos.

—Supongo que vienes a ver a Hailee —dice, sin molestarse en ocultar la frialdad en su voz.

Asiento.

—¿Puedo pasar?

Ella entrecierra los ojos, valorándome como si fuera una ecuación difícil de resolver.

—No creo que sea buena idea —declara al fin, cruzándose de brazos—. Todavía no se ha recuperado del numerito de ayer en el mercadillo.

Suspiro.

—Por favor, Mackenzie. He venido para arreglarlo. Para hacer las cosas bien esta vez.

Ella arquea una ceja y vuelve a lanzarme la misma mirada cargada de escepticismo. Sin embargo, veo un atisbo de algo distinto brillándole en los ojos. No confianza, pero sí duda. Como si, por un segundo, pensara que tal vez no soy un completo imbécil.

—¿Te vas a disculpar?

—Joder, claro. Le besaré los pies si hace falta.

—¿Y estás seguro de que esta conversación lo solucionará todo?

—Todo.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Me aguanta la mirada firmemente, sin vacilar, hasta que, finalmente, se aparta de la puerta.

—Ni se te ocurra hacerle más daño —me advierte antes de meterse en su cuarto.

Con el corazón en un puño y los nervios pisándome los talones, avanzo hasta la habitación de Hailee. Llamo a la puerta varias veces, pero no obtengo respuesta. Al final, con el pulso desbocado, giro el pomo y entro.

Hailee está sentada junto a la ventana sobre una esterilla de yoga. Lleva unas mallas blancas y una sudadera gris enorme que le cae por un hombro. Tiene los ojos cerrados y los cascos puestos. Medita. O al menos, intenta hacerlo.

Me acerco con cautela y le toco el hombro con suavidad. Ella da un respingo y abre los ojos, sobresaltada.

—Me has asustado —dice quitándose los cascos—. ¿Qué haces aquí?

—Mackenzie me dejó pasar.

—¿Y qué quieres? —Su voz es tensa, a la defensiva, pero sé que es solo una fachada—. Si vienes otra vez a hablar sobre...

—Cuando mi madre se fue —la interrumpo, sin creerme aún que esté diciendo esto, que por fin lo esté soltando—, me quedé hecho mierda. El hockey fue lo único que me salvó. Me refugié en él, en el hielo. Me convertí en uno con la pista, porque cuando patinaba... el dolor desaparecía. Y entonces lo decidí: si eso me hacía sentir vivo, si eso se llevaba el sufrimiento, dedicaría mi

vida al hockey. Sería profesional. Era un crío roto, y en ese momento, eso fue lo único que tuvo sentido.

No me atrevo a mirarla, pero la siento moverse. Por el rabillo del ojo veo cómo se sienta a mi lado, en silencio. Su hombro roza el mío, cálido, presente, y sé que esa es su manera de pedirme que continúe.

Y lo hago. Aunque el discurso que tanto practiqué se evapora por completo. Simplemente, me dejo fluir.

—Pensar que estar contigo podría hacerme perder el hockey, me acojonó. —Tomo aire, tratando de aliviar la sensación de ardor en mis pulmones—. Los diez meses que estuve fuera del hielo por la lesión, mi cabeza se convirtió en un puto infierno. Todo el rato. No podía callarla, Hailee. Volví a pensar en ella, en mi madre, en que ni siquiera vino a verme al hospital. De repente, todo dolía otra vez. Me sentí de nuevo como ese niño de diez años abandonado, solo y sin rumbo. —Me paso una mano por la nuca, luchando por sacar a flote las palabras que vienen ahora—. Y creo que, en el fondo, también me dio miedo que tú hicieras lo mismo. Que algún día te fueras y me dejaras tirado como hizo ella. —Por fin me obligo a mirarla—. El hockey es más que una pasión, Hails. Es lo que me salvó. Pero tú... también lo hiciste. Tú también haces que se desaparezca el dolor. Y no quiero perderte. Así que sí, te elijo. Pero no en lugar del hockey, sino conmigo. A mi lado.

Sus ojos, esos ojos azules que a veces parecen el cielo y otras el mar más profundo, brillan con emoción contenida. Y ella está preciosa. Incluso ahora, cuando acabo de romperme frente a ella, en todo lo que puedo pensar es en lo guapa que está.

—Di algo, Ojos bonitos —susurro con la voz hecha un nudo.

Pero Hailee no dice nada, solo se inclina hacia mí y me besa.

Es un beso lento, tierno, tembloroso. Parece que ha decidido poner en él todo lo que no se atreve a decir. Pero de pronto, esa dulzura se convierte en necesidad. El beso se vuelve más salvaje, más atropellado. Sus dedos se enredan en mi sudadera y acerca su cuerpo al mío, como si intentara fundirse conmigo.

Y yo me dejo arrastrar.

Cuando me doy cuenta, la tengo tumbada debajo de mí, con los labios hinchados y la respiración entrecortada por la intensidad del momento. La deseo. Con todo lo que soy. Y soy plenamente consciente de lo mucho que echaba de menos este calor, esta conexión que solo siento con ella. Echaba de menos verla estremecerse por mi tacto, con la piel erizada y los latidos al mismo ritmo que los míos.

Sigo besándola con un hambre voraz. Me alejo de sus labios solo para bajar por su cuello, dejando un rastro de besos lentos y ardientes. También aprovecho y aspiro su aroma, esa mezcla de coco con algo dulce que ya solo puedo asociar a ella. Y bajó más, hasta su clavícula, donde dejo otro beso cálido, marcándola con mi boca como si pudiera reclamarla.

Pero entonces, lo noto. Mi mejilla roza la suya y siento algo húmedo. Una lágrima. Y luego otra. Y otra.

Me detengo de golpe, con el corazón encogido, y me aparto apenas unos centímetros, lo justo para poder verla bien.

Está llorando. Pero no de emoción. Llora como si estuviera desmoronándose por dentro.

—¿Qué pasa, Hails? —pregunto en voz baja, acariciando su mejilla con el pulgar mientras le seco una lágrima.

Ella niega con la cabeza, pero no dice nada. Me rodea con las piernas y tira de mí, intentando atraerme de nuevo hacia sus labios. Sé lo que quiere, pero también sé que no es lo que necesita. No cuando su cuerpo me busca, pero su corazón está pidiendo ayuda a gritos.

—Bésame —susurra.

Y joder, me cuesta decir que no, porque la necesito tanto como ella a mí. Pero no puedo hacerle esto. No puedo aprovecharme de su dolor para calmar el mío.

—No hasta que me digas qué te pasa.

Ella traga saliva. El temblor de sus labios delata que está a punto de romperse del todo. Y justo como me esperaba, estalla, con las emociones desbordándosele por los ojos.

—¡No es justo! —grita empujándome con fuerza. Me aparto sin oponer resistencia, aunque el vacío entre nosotros me duela—. No es justo que vengas aquí y hagas esto.

—¿El qué, nena? ¿Pedirte perdón? ¿Decirte que te elijo?

—¡Sí! —exclama, frustrada—. Porque... ¿hasta cuándo, Easton? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que vuelvas a tener miedo de nosotros? ¿Hasta que pienses que estar conmigo perjudicará tu futuro profesional? ¿Cuánto tendría que pasar hasta que sintieras que haberme elegido fue un error?

—Hailee...

—No quiero que vuelvas a hacerme daño. —Su voz se quiebra, y esa última palabra se queda colgando en el aire, pesada y cruda—. No podría soportarlo otra vez.

Me acero a ella, desesperado, con la garganta en carne viva.

—No voy a hacerlo. Todo eso que dices, no va a pasar. Mierda, Hails, yo jamás sentiría que haberte elegido fue un error. Tú eres una de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

Ella sacude la cabeza, negando con fuerza.

—Sigue con tu sueño, Easton. Céntrate en el hielo. En el hockey. En Vancouver. El año que viene, cuando estés jugando con los Titans, te darás cuenta de que todo esto fue lo correcto.

—No. —Mi voz suena tan rota como honesta—. Jugar para los Titans no significará nada si tú no estás en las gradas. Si no estás conmigo.

Veo cómo ella se muerde el labio, intentando no llorar más. Pero sus ojos lo dicen todo; está hecha polvo. Y yo lo estoy aún más.

—No quiero que me apartes de tu vida la próxima vez que tengas miedo. No quiero quedarme vacía de nuevo.

—Tú eres parte de mi futuro. Maldita sea, Hailee, tú eres lo único que quiero tener claro.

—Lo siento —susurra casi sin voz. Y entonces me rompe del todo, porque ya está abriéndome la puerta—. Espero que te vaya bien, Easton. De verdad. Te lo mereces.

Camino hacia la salida con el pecho desgarrado, sintiendo que no me dolía tanto el corazón desde lo de mi madre.

Antes de que cierre, me detengo. Me obligo a girarme, a clavar mi mirada en la suya una última vez. Solo por si acaso. Por si acaso ya no puedo volver a perderme en el azul tan único de sus ojos.

—Hailee... —«Te quiero»—. Que te vaya bien.

Ella se queda en silencio. Parpadea un par de veces, como si necesitara borrar mi imagen, antes de que la puerta se cierre.

Cuando me quedo solo en el pasillo, con el eco de su adiós quemándome por dentro, sé con absoluta certeza que no puedo dejar que esto termine aquí.

Hailee es mi hogar.

Y voy a pelear para recuperarlo.

37
Hailee



Pensaba que ya no le tenía miedo a nada.

Después de ver cómo mi sueño se desvanecía en cuestión de segundos, después de tocar fondo y encontrar la manera de salir de ahí, había empezado a considerarme una persona fuerte, resiliente. Y estoy orgullosa de ello. Sobreviví a lo que pensé que me rompería para siempre. Pero no todos los miedos desaparecen con la fuerza. Algunos se esconden en el rincón más oscuro de la mente, silenciosos, esperando el momento oportuno para resurgir.

Pero hoy, por fin, voy a enfrentar *ese* miedo. El primero, al menos. El segundo puede que no tenga remedio.

El lago está completamente congelado y sobre su superficie, lisa como un espejo, se reflejan los tímidos rayos del sol invernal. Son las diez de la mañana, pero en Fairbanks el veinticinco de diciembre es casi una noche eterna, por lo que apenas está amaneciendo.

Esta mañana, después del desayuno, mientras todos seguían entre papeles de regalo rotos y chocolate caliente, subí a mi habitación y supe lo que tenía que hacer. La bolsa estaba allí, enterrada al fondo del armario, como si llevara todos estos años esperándome.

Ahora los patines cuelgan de mi mano como un recuerdo pesado.

Me siento sobre una roca cubierta de escarcha, junto a la orilla del lago. Al quitarme las botas, el frío me muerde los dedos, pero no me importa. Me pongo uno de los patines, ajusto los cordones con manos temblorosas, y en cuanto tiro del último, lo siento. Esa presión familiar en el tobillo. Esa rigidez conocida en el empeine. El ajuste es firme, casi protector. Los patines me abrazan como si nunca los hubiera abandonado.

Inspiro profundamente e intento tranquilizarme. El aire es puro y helado y arde en los pulmones. Retiro las guardas de los patines con un clic metálico y

camino. Un paso, luego otro. La nieve cruje bajo las cuchillas hasta que llego al borde.

«Puedes hacerlo», me digo.

La superficie del lago brilla bajo la tenue luz del amanecer. Es cristalina, perfecta, pero también traicionera.

Doy el primer paso y el hielo me recibe. Por un instante, el miedo me golpea con fuerza. Las piernas me tiemblan, el corazón se me acelera y los *flashbacks* de ese día empiezan a invadirme.

Pero no retrocedo.

Avanzo, deslizando una cuchilla, luego la otra. No con seguridad, sino con una vulnerabilidad valiente. El centro del lago está más despejado, así que me dejo llevar hacia allí. A lo lejos, entre los árboles, un ciervo me observa. Si me caigo, será mi único testigo.

Cuando llego al centro, freno suavemente y cierro los ojos. Intento concentrarme. No en el golpe. No en el silencio del público ni en el dolor. Me aferro al presente. Al sonido lejano de la nieve cayendo sobre las ramas, al olor a pino, al viento que me acaricia la cara... Y entonces, como un reflejo de otra vida, empiezo a moverme.

Una melodía aparece en mi cabeza, la misma con la que solía entrenar cuando soñaba a lo grande, cuando creía que nada podía romperme. El miedo se queda atrás, y sin darme cuenta empiezo a girar, a deslizarme, y mis movimientos se vuelven más rápidos y fluidos. Los patines me responden como si también hubieran ansiado este momento. Y por primera vez en años... vuelvo a sentir que vuelo. No hay jueces, ni aplausos, ni medallas. Pero hay algo más importante: libertad. Superación.

No puedo creerme que lo esté haciendo, que esté cerrando esa herida.

«Estás sanando, Hailee».

Ahora solo me queda un miedo por vencer. Pero ese no se cura con valentía o fuerza de voluntad, se cura saltando al vacío. Arriesgándome.

Y creo que estoy dispuesta a arriesgarme por él.



Cruzo las puertas de la pista de hielo con una energía renovada. El aire está impregnado de ese frío seco que arde un poco en la nariz, pero que también despierta los sentidos. Hay ajetreo por todas partes: grupos de niños patinando

con torpeza, adolescentes riendo a carcajadas, parejas tomadas de la mano deslizándose acaramelados. Las luces blancas que cuelgan del techo titilan como estrellas diminutas, y la música navideña suena de fondo, lo justo para acompañar sin molestar.

Pero esta vez no he venido a patinar.

Subo directamente a la planta de arriba, donde está la cafetería. El calor me envuelve apenas entro, junto con el inconfundible aroma a café recién hecho y a dulces especiados. Canela, jengibre, vainilla... Las cristaleras enormes ofrecen una vista perfecta de la pista de hielo. Desde aquí, todo parece más tranquilo, más pequeño. La gente charla animadamente, las voces se mezclan con los villancicos y el vapor que sale de las tazas empaña los ventanales.

Y ahí está él.

Detrás de la barra, con un delantal marrón manchado de harina, el pelo rubio cayéndole ligeramente sobre la frente y una sonrisa despampanante entregándole a una señora su chocolate caliente.

—Un latte, por favor —digo desde la barra, alzando apenas la voz para hacerme oír.

Luka levanta la cabeza y su sonrisa se ensancha en cuanto me ve.

—¡Hails! Por fin te dejas ver. Pensaba que ibas a pasar las navidades sin venir a saludar a tu compi de hielo favorito.

—¿Y privarte del privilegio de mi presencia? Va a ser que no —bromeo, apoyando los codos en la barra.

—Dame un minuto, que enseguida me relevan. Quiero oírlo todo —dice mientras se da media vuelta para preparar mi latte.

Justo en ese momento, un chico más joven con un gorro de reno y actitud relajada, aparece por la puerta del almacén y se coloca tras la barra.

—Te toca, tío —le dice Luka, y le choca la mano antes de quitarse el delantal.

Un par de minutos después, estamos sentados junto al ventanal, cada uno con una taza humeante entre las manos. Luka me ofrece una galleta de jengibre en forma de copo de nieve, y por supuesto, la acepto sin dudar.

—Bueno, ¿qué te cuentas, Hailee Winters? —pregunta con esa media sonrisa suya, ladeando la cabeza.

—Lo he hecho, Luka —suelto de golpe, directa—. Esta mañana fui al lago y me puse los patines... Los de entonces —le digo, mirando mi taza—. Patiné un buen rato. Y no fue perfecto, pero fue justo lo que necesitaba.

—¿Y cómo te sentiste?

—Libre. Como si por fin pudiera respirar después de muchos años.

Él asiente, y en sus ojos hay algo parecido al orgullo. No dice nada al principio, solo toma un sorbo de su café y luego añade:

—Yo sigo como siempre, patinando en el club. No en pareja, claro. No desde... desde aquello.

—Ya... —respondo con suavidad—. Pero sigues siendo increíble en la pista.

—Gracias. Me costó volver, no te voy a mentir. Me sentía culpable. Durante mucho tiempo pensé que no me lo merecía.

—Yo también lo pensé —digo con una honestidad que me sorprende. Luka no aparta la mirada, y tampoco lo hago yo—. Pero ya no.

El silencio se instala entre nosotros. Es un silencio cómodo, de esos que solo tienes con personas que conocieron tus momentos más vulnerables.

—¿Y qué tal las fiestas? —pregunta finalmente—. Supongo que necesitabas un respiro de la uni.

—Sí, sobre todo para ordenar un poco la cabeza —respondo. Vacilo un segundo, pero luego decido soltarlo—. Por cierto, creo que estoy enamorada, Luka. De verdad.

Sus cejas se arquean, curioso, y su rostro se tiñe de sorpresa.

—¿De alguien de la universidad?

Asiento, con una sonrisa algo tímida.

—Quiero arriesgarme. Te prometo que quiero. Pero... me aterra que me rompa el corazón. Que me pase como con el hielo, ¿sabes? Que me caiga y esta vez no haya red.

Luka deja la taza a un lado y se inclina un poco hacia mí.

—Hails, si yo no me hubiera arriesgado hace años, si no me hubiese obligado a volver al hielo... jamás habría recuperado lo que amo. Y tú lo sabes mejor que nadie. Te he visto enfrentarte al peor momento de tu vida y salir de él. No solo salir... volver a brillar.

Me quedo callada. Sus palabras me calan hondo, como el frío que se siente antes de una tormenta de nieve, pero que también anuncia algo nuevo.

—Ese chico... ¿vale la pena? —pregunta.

—Sí. Cada segundo que paso con él.

Luka sonríe.

—Entonces, salta. Y si te caes, levántate. Ya sabes cómo hacerlo.

38
Hailee



—Perfecto, estira un poco más —le indico a la señora Pembrook, que me lanza una mirada cargada de reproche, aunque adornada con esa media sonrisa que ya me conozco.

Después suspira y se estira con esfuerzo para adoptar la postura que le he indicado Al hacerlo, uno de sus rizos grises cae sobre su frente. Lo aparta con un soplido y yo sacudo la cabeza, divertida, mientras recorro la sala con la mirada.

Las vacaciones estuvieron bien. Me ayudaron a desconectar, a pensar en mis cosas, en lo que quiero para mí. Pero tengo que admitir que echaba de menos esto. Mi rutina en Northbrook. Mis clases. A la gente.

Como si el universo escuchara mis pensamientos y decidiera lanzarme una señal en carne y hueso, la puerta del estudio se abre con un suave chirrido. Y ahí está.

Easton.

Lleva unos pantalones de chándal, cubiertos con pequeñas manchas de nieve derretida, y un jersey de lana rojo con un pingüino enorme bordado en el centro. Las mejillas y la punta de la nariz están rojas por el frío y aún tiene copos de nieve enredados en su pelo castaño.

Mi corazón se salta un latido. Me quedo paralizada, como si el mundo entero hubiera entrado en pausa menos él.

Las señoras comienzan a girarse, una tras otra, como fichas de dominó, y los murmullos no tardan en llenar la sala.

—Te dije que lo arreglarían —susurra Frida Leroux, aunque no puedo confirmar a quién se lo está diciendo, porque tengo toda mi atención puesta en él.

Easton me mira como si no existiera nada más aparte de nosotros dos. Y entonces, empieza a caminar hacia mí.

Cada paso suyo parece retumbar en el suelo de madera. Mis piernas tiemblan, aunque no sé si por el yoga o por su mera presencia, que llena el espacio como si la habitación le perteneciera. Recordaba lo guapo que era, y no voy a mentir, más de una vez en Navidad me torturé revisando sus redes sociales. Pero tenerlo frene a mí, tan real, tan vivo... es otra cosa.

Cuando se detiene a escasos centímetros de mí, su voz baja y entrecortada hace vibrar cada rincón de mi cuerpo.

—No tengo mucho tiempo —dice mirando a su alrededor. Las señoras están completamente embelesadas. Una incluso ha sacado un paquetito de galletas y se lo ofrece a las demás sin apartar la vista.

Trago saliva, mi voz sale más ronca de lo normal.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar de camino al partido?

Sé perfectamente que el partido es fuera de casa, bastante lejos esta vez (he seguido hasta el último *post* de la cuenta del equipo), así que debería estar ya en la carretera.

Él se encoge de hombros.

—Sí, pero tal vez me pierda el partido. Y no me importa. No puedo volver al hielo sin arreglar lo nuestro, Hailee. En serio, ni siquiera el hockey me calma ya. No cuando se trata de ti. —Quiero interrumpirlo, decirle que se detenga, que no me diga todo esto cuando me cuesta mantenerme de pie, pero continúa, atropelladamente, como si las palabras le quemaran por dentro, desesperadas por salir—. Sé que me pediste que me concentrara en el hockey, que te dejara ir, pero no puedo hacerlo. No quiero. Y también sé que este discurso probablemente no tenga ningún sentido y que estoy ridículo —dice señalando su suéter con una sonrisa torcida—. Ni siquiera estoy vestido como una persona seria, pero tenía que intentarlo. Tenía que venir. —Hace una pausa e inspira profundamente—. Leí tu libro, Hails.

Mierda.

El corazón me da un vuelco. Por supuesto que lo leyó. ¿En qué estaba pensando cuando le mandé ese borrador?

—No creí que fueras a leerlo —logro decir, con la garganta tan seca que apenas me sale la voz.

Él se ríe bajito, como si la idea misma fuera absurda.

—¿Estás de broma? Soy tu fan número uno. Claro que lo leí, cada maldita palabra. Y hubo una parte que se me quedó marcada. Esa en la que hablas de tu madre, de cómo ella fue tu «persona faro». Pues tú eres mi faro, Hailee. La que me sacó de la oscuridad en mi peor momento —confiesa—. Conocerte

aquella noche fue lo mejor que me ha pasado. Que me hablaras, que te fijaras en mí... fue mi mayor victoria. Tú me diste un motivo para ser feliz fuera del hielo.

—East...

Mi vista se nubla sin que me dé cuenta. Las lágrimas caen sin permiso, y al parecer no soy la única llorando como una magdalena. Varias señoras están visiblemente emocionadas. Frida, que es una romántica empedernida, saca su inseparable pañuelo floreado y se suena la nariz en silencio.

—No voy a alejarte otra vez. Ni por miedo, ni por el hockey, ni por nada —continúa Easton con la voz cargada de emoción—. Al contrario. Tú has hecho posible todo esto, y quiero compartirlo contigo. Todo. Mi futuro, Vancouver, tu libro... Joder, ¿sabes lo genial que sería decir que tengo una novia escritora? Quiero que sigas siendo mi faro, Hails. Y yo seré el tuyo siempre que lo necesites.

Me cuesta respirar. No sé qué decir. Tengo mil palabras agolpadas en la garganta. Quiero decirle que lo quiero, que ya no tengo miedo y que quiero arriesgarme, que no me imagino un futuro sin él. Quiero decirlo todo. Pero las emociones me aplastan, y lo único que puedo hacer es actuar.

Así que me lanzo hacia él, le rodeo el cuello con los brazos y lo beso. Con fuerza. Con todo lo que tengo. Y él me devuelve el beso como si su vida dependiera de ello.

No soy consciente de nada más hasta que estallan los aplausos. Las señoras, sin ninguna vergüenza, celebran a viva voz.

—¡Vivan los finales felices! —grita una.

—¡Esto me recuerda a cuando se me declaró mi George! —exclama otra entre sollozos.

Me río contra los labios de Easton sin poder evitarlo. Después me separo apenas unos centímetros, lo justo para poder mirarlo a los ojos, para verlo de verdad.

—En el hockey no hay touchdowns —murmura—, y los del cine me mandaron a la mierda cuando les pedí que cerraran el lugar. Pero creo que esto ha estado a la altura, ¿no? ¿Se ha cumplido tu deseo?

Asiento, emocionada.

—Joder, el mío también —dice antes de besarme una vez más. Luego, sin alejarse, susurrando sobre mis labios, añade—: Te quiero, Hailee.

Y entonces, lo suelto. Y se siente tremendamente bien.

—Te quiero, Easton. Muchísimo.

—Lo sé, nena —responde acariciándome el rostro con ternura—. Yo también te quiero muchísimo. Estoy jodidamente enamorado de ti.



Aunque Easton volvió a Northbrook a las diez de la noche y completamente agotado, insistió en venir a buscarme.

La sonrisa (la que ya sabía que tendría porque han ganado) se le ensancha apenas subo al coche. Coloco la mochila con mis cosas entre mis pies, me abrocho el cinturón y me giro para mirarlo.

—¿Tantas ganas tenías de verme que no podías esperar a mañana? —me burlo, divertida.

Espero que me devuelva la broma con uno de esos comentarios suyos que siempre consiguen hacerme sonrojar, pero en lugar de eso, se inclina hacia mí y me besa.

—No sabes cuántas. No habría aguantado hasta mañana —murmura. Una corriente eléctrica me eriza la piel y me sacude por dentro—. Además —ronronea rozándome la piel sensible del cuello—, hay otra cosa de la que también tengo muchas ganas.

Madre mía. Y yo. Demasiadas. Solo de pensarlo me palmita ese punto entre los muslos que no debería activarse con solo su voz.

—Deberías descansar —jadeo mientras intento mantener la compostura—. No vaya a ser que no rindas...

Easton me lanza una mirada ladeada, provocativa, con una ceja alzada.

—Yo siempre rindo, te lo aseguro. De hecho, podría hacértelo aquí mismo. Seguro que solo de imaginártelo ya estás mojada, ¿a que sí?

El calor me sube a las mejillas como un incendio expandiéndose y aparto la mirada.

—Arranca, anda —mascullo, atacada a medias por la vergüenza y los nervios.

Él suelta una risa baja, pero no pone el coche en marcha.

Lo miro, desconcertada.

—Tengo algo para ti —dice de pronto—. Cierra los ojos. —Aunque no tengo ni idea de que se trae entre manos, obedezco. Oigo cómo rebusca en sus bolsillos—. Vale, ya puedes abrirlos. —Lo primero que veo es una cajita blanca con un lazo dorado. El corazón se me acelera—. Feliz Navidad, Ojos bonitos.

Tomo la cajita con cuidado, como si pudiera romperla con solo mirarla. Al abrirla, descubro una pulsera plateada de la que cuelgan tres pequeñas figuritas: un patín, un corazón y una letra «E». Mis dedos tiemblan tanto que no consigo ponérmela, así que Easton me la quita y me la ajusta él mismo. Encaja a la perfección en mi muñeca.

—Gracias, es preciosa. ¿Fue idea tuya?

—Cassie me ayudó a elegirla.

Mis ojos se abren por la sorpresa.

—¿Tu hermana? ¿Cuándo la viste?

—En Navidad, vino desde Florida sin decirnos nada.

—¡Eso es genial!

—Sí... salvo porque es un puto grano en el culo. Y porque se pasó todos los días diciéndome lo mucho que la había cagado contigo y que más me valía arreglarlo.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Creo que me cae bien. Me gustaría conocerla. —Dudo un segundo antes de seguir—. Ya sabes... quizá algún día.

Easton pone una mano sobre mi muslo y aprieta suavemente antes de arrancar el motor.

—La conocerás. Pero no te asustes, está un poco chiflada. En plan Theo, pero más dramática y con peor genio. No te rías —dice cuando me escucha reír—, que lo digo en serio. Seguro que va a querer planear hasta el último detalle de nuestra boda. Te atosigará para que el color de las servilletas combine con el de los manteles.

Mi cerebro tarda un instante en procesar lo que acaba de decir.

—¿Boda?

—Boda —repite, tan tranquilo—. ¿Qué? ¿Pensabas que no iba a casarme con la chica de mis sueños? Si ella quiere, claro. ¿Te gustaría ser la señora Caldwell?

La verdad es que no necesito pensarlo.

—Me encantaría.

—¿Incluso después de verme con estas pintas?

Por primera vez desde que subí al coche, reparo en que lleva el mismo jersey de esta mañana. También me doy cuenta de que el pingüino tiene un ojo más grande que el otro y está torcido.

—¿De dónde lo has sacado? Parece hecho a mano.

—La abuela de Theo nos regala uno cada año. Este año me ha tocado pingüino, a él reno, y a Grayson, Santa Claus.

Se me derrite el corazón.

—¡Eso es adorable!

—Sí, lo que tú digas. Pero pica como el demonio y el punto nunca ha sido su fuerte. Aun así, tenemos que ponérnoslos al menos un día. Si no, Theo se ofende.

—Me sigue pareciendo adorable.

—Tú sí que eres adorable —dice, y con eso acelera todas las mariposas de mi estómago—. Eres mi novia adorable. Toda mía. Mi chica.

Su chica. Sí. Me gusta cómo suena.

39

Easton



—Tienes unas tetas preciosas.

Hailee me clava las uñas en el pecho y sé que está a punto de correrse. Mis manos se aferran a sus caderas mientras se mueve con desesperación, rápida y entregada, buscando su orgasmo. Y no tarda en alcanzarlo. Unos segundos después se derrite sobre mí, temblorosa, exhausta, y deja caer su cuerpo contra el mío.

—Aún no hemos acabado, nena.

La giro con suavidad hasta quedar sobre ella. Sus piernas me rodean automáticamente, atrayéndome con fuerza. Me hundo en su cuello, embriagado por su olor y su calor, mientras me empujo dentro de ella una vez más, en esta ocasión buscando mi propia liberación. Cuando llega, un calor denso e irrefrenable me recorre desde dentro hacia afuera, dejándome sin aliento.

—Me estás aplastando —se queja entre risas, jadeante.

Respiro hondo, y con las últimas fuerzas que me quedan, me apoyo sobre los brazos y me quito de encima. Hailee se gira para mirarme, con el pecho aún agitado. Tiene el pelo revuelto, las mejillas encendidas y la frente perlada de sudor. Y joder, juro que nunca ha estado tan guapa.

—Estás increíblemente guapa —le digo sin pensarlo.

—Estoy sudada —repone con una mueca divertida, cubriéndose la cara.

—Entonces será mejor que nos duchemos. —Le doy un golpecito en la punta de la nariz y le susurro con complicidad—: Grayson no está, y me ha dado permiso para usar su bañera de hidromasaje.

—No pienso invadir el baño de Gray —responde poniéndose aún más roja.

—¿Por qué no? Técnicamente, antes de ser de él, era mío. Además, seguro que ya ha follado ahí. No creo que se escandalice por lo que hagamos

nosotros.

—¡Easton!

Lo siguiente que siento es un cojín golpeándome en el costado. Me incorporo entre carcajadas, esquivando el siguiente ataque, y me abalanzo sobre ella.

—Te vas a arrepentir de eso, Hails.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer? —responde con tono retador.

—¡Esto! —exclamo, y empiezo a hacerle cosquillas sin piedad.

Hailee se retuerce entre risas y sus carcajadas llenan la habitación. Se ríe tanto que le caen lágrimas por las mejillas.

—¡Pa-para! —jadea—. East...

—No sé, no sé... —la provoco al tiempo que intensifico el ataque.

Cuando noto que casi no puede respirar y está al borde del colapso de tanto reír, le libero las manos. Ella se queda tumbada, intentando recuperar el aliento, y estoy a punto de empezar otra ronda cuando el sonido de mi móvil nos interrumpe.

Ruedo hacia mi lado de la cama y estiro el brazo para cogerlo. Al ver quién está llamando, me quedo congelado.

—¿Quién es? —pregunta Hailee asomándose sobre mi hombro.

No sé por qué, pero pongo el móvil boca abajo enseguida.

—Nada importante, pero tengo que contestar. ¿Me esperas en el baño?

—Eh... claro —dice mientras se viste con una camiseta mía. Luego agarra una toalla del cajón de la cómoda—. ¿Seguro que no pasa nada?

—Todo bien, lo prometo. Ahora voy.

Me lanza una mirada que no sé si es desconfianza, intuición o simple curiosidad, pero no dice nada más y sale del cuarto.

Cuando por fin estoy solo, me dejo caer sobre la almohada, exhalo con fuerza y contesto la llamada.

—Hola, mamá.

—Easton —saluda. Su voz me revuelve el estómago. Suena igual que la última vez que hablamos, hace casi dos años—. ¿Qué tal?

¿En serio? ¿Eso es lo único que se le ocurre preguntar?

Aprieto la mandíbula antes de contestar.

—Como siempre.

—Entonces supongo que bien —dice con cautela.

—¿Qué quieres? —No estoy para sus jueguecitos.

Silencio. Luego un suspiro. Me preparo para que cuelgue, como ya ha hecho otras veces, pero esta vez habla, con un tono más bajo, más roto.

—Solo quería saber cómo estabas. Cassie me ha dicho que tienes novia y que te va bien con el hockey. Has firmado con Vancouver, ¿verdad?

—Hace más de un año ya. Y sí, tengo novia.

—¿Cómo se llama?

«¿Qué coño te importa?».

—Hailee.

Otro silencio.

—Me alegro, cariño.

Casi lanzo el móvil contra la pared.

—¿Quieres algo más?

—En realidad, sí. —Traga saliva—. Quería pedirte perdón. Sé que no he sido una buena madre. No estuve contigo cuando te lesionaste y...

—Llevas años sin estar, mamá. No hace falta que te justifiques ahora. Tú aprendiste a vivir solo con una hija, y yo aprendí a vivir sin madre. Ya está.

Se escucha un sollozo ahogado. Su voz tiembla cuando vuelve a hablar.

—Ojalá entendieras por qué me fui. Tu padre y yo... El divorcio fue una mierda y...

—Y yo me quedaba con papá y Cassie contigo, ese fue el acuerdo. Ya lo sé. Me lo has dicho muchas veces.

—Sí, pero yo no debería haber desaparecido. Y lo hice. Me alejé porque te parecías demasiado a él, y yo... estaba tan rota... Luego pasó el tiempo y...

—Y era más fácil dejarlo estar. Lo pillo. Has sido una buena madre para Cassidy, en serio, pero no intentes serlo para mí ahora. Llegas tarde.

Ella rompe a llorar. Y yo... yo no siento nada. Solo una extraña sensación de paz.

—Lo siento, hijo. Lo siento muchísimo. Ojalá algún día puedas perdonarme.

—Ojalá algún día pueda.

Respira hondo, tratando de calmar el llanto.

—Esa chica... Hailee. ¿Te hace feliz?

—El hombre más feliz del mundo.

—Pues con saber eso me basta. Cuídate, East.

—Y tú, mamá.

Una parte de mí se queda un momento esperando... algo. Un «te quiero», quizá. Pero no llega. Finalmente, cuelgo. Me quedo unos segundos mirando al techo, sintiendo que respiro por primera vez en años.

Cuando llego al baño, el vapor lo inunda todo. Hailee está metida en la bañera, rodeada de espuma. En cuanto me ve, su mirada se tiñe de preocupación.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Quién era? Dime algo...

Niego con la cabeza, dejo caer la toalla y me meto con ella. El agua caliente alivia la tensión en mis músculos. Hailee, que en comparación conmigo apenas

ocupa espacio, queda recogida entre mis piernas con total naturalidad. Sus manos, llenas de jabón, se posan en mis mejillas y apoya su frente contra la mía.

—¿Es por el hockey? ¿Ha pasado algo con el contrato?

—No. Era mi madre —respondo al fin.

—¿Habéis discutido?

—Se ha disculpado por haber sido una madre de mierda.

—Eso es bueno, ¿no?

—Supongo. —Le acaricio la espalda con movimientos lentos—. Llevaba años esperando una disculpa, y ahora que ha pasado... no me siento ni mejor ni peor. Me siento libre. Ya sé que nunca voy a recuperar a mi madre, pero tampoco la necesito. Ya soy grande, Hails.

Ella enreda los dedos en mi pelo y apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Crees que podríais tener algo... distinto? No perfecto, pero algo.

—Tal vez. No una relación madre-hijo como la gente tiene, para eso ya es tarde. Pero al menos, no ser dos desconocidos. También me gustaría que te conociera, así vería lo increíble que eres.

Esa frase le arranca una sonrisa, y antes de que pueda decir algo más, se coloca a horcajadas sobre mí. La espuma se arremolina a nuestro alrededor y su cuerpo mojado se desliza con una sensualidad que me vuelve loco.

La miro, embobado. Las gotas de agua resbalan por su cuello, se mezclan con la espuma de su clavícula y desaparecen entre sus pechos. Podría quedarme horas observándola, pero sus manos se aferran a mis hombros y su cadera se mueve sutilmente sobre la mía, activándome al instante.

Suelto un gruñido cuando me toma del mentón y me obliga a mirarla.

—No vamos a montárnoslo en el baño de Grayson.

—¿Segura? Porque yo estoy muy, muy tentado.

La chispa en sus ojos la delata. No dice nada, pero su cuerpo habla por ella. La acerco a mí, dejo un rastro de besos por su cuello, y cuando cierro los labios y succiono su piel húmeda, suelta un gemido que me enciende por completo.

Lentamente eleva un poco sus caderas, para luego deslizarse sobre mi polla, despacio, sin prisa, como si quisiera sentirme en cada parte de su interior.

Mis manos la sostienen con firmeza, marcado un ritmo que se vuelve cada vez más desordenado. Sus gemidos, el vapor, el agua salpicando contra la porcelana... Todo se mezcla.

—Hails... —jadeo con la voz grave, cargada de urgencia.

Ella apoya su frente contra la mía. Nuestros labios se rozan con cada respiración mientras se mueve como si fuera parte de mí, como si me

conociera de memoria. Y yo solo puedo seguirla, seguir ese ritmo que crece hasta volvernos torpes, salvajes y necesitados.

—Mírame —le pido—. Quiero verte cuando te corras.

Sus ojos me miran, brillantes, nublados por el placer. Se muerde el labio para no gemir, pero no lo consigue. La beso, más con rabia que con ternura, tragándome cada sonido que se les escapa.

—Easton...

—Estás tan jodidamente apretada... —suelto entre dientes, sintiendo que estoy a punto de perder el control—. Vas a hacer que me corra si sigues moviéndote así.

Ella niega con la cabeza, pero sus caderas no paran.

—East... —susurra, quebrada, en un gemido apenas audible.

—Lo sé, nena —respondo, jadeando—. Déjate llevar.

Y lo hace. La siento estremecerse, morderme el hombro para no gritar. Su cuerpo se encoge contra el mío mientras el orgasmo la sacude una última vez. La levanto apenas, empujándome dentro, obligándola a sentirme más hondo. Entonces se le escapa un gemido ronco, precioso, que me arrastra hasta hacerme terminar dentro de ella.

Nos quedamos quietos, sin hablar. Solo el sonido del agua burbujeando y nuestras respiraciones descompasadas llenan el espacio.

—Te quiero, Easton.

Le acaricio la mejilla con el pulgar y sonrío contra su boca.

—Y yo a ti, Ojos Bonitos.

40

Easton



La multitud estalla en aplausos y gritos que rebotan por las paredes del estadio. El sonido es ensordecedor, vibrante, como un latido colectivo. Una lluvia de confeti digital cae sobre la pantalla del marcador, adornando nuestra victoria, pero a mí lo único que me importa es lo que siento en este momento: el hielo temblando, la respiración acelerada, el zumbido eufórico en los oídos.

Un segundo después, mis compañeros me embisten con una fuerza brutal. Me derriban y me aplastan contra el hielo en una montaña humana de alegría, sudor y adrenalina. Mis costillas protestan bajo el peso, pero no podría ser más feliz ahora mismo.

Hemos clasificado para el maldito Torneo Nacional.

Con esfuerzo, me arrastro fuera de la masa de cuerpos y levanto la mirada.

Hailee está detrás de la valla, saltando, con las mejillas coloradas por el frío y los ojos brillando de emoción, como si ella también hubiera ganado algo esta noche. Mi pecho se comprime. Sin pensarlo dos veces, me deslizo por la pista y corro hacia ella, esquivando abrazos, felicitaciones y palmadas en la espalda.

—¡Enhorabuena! —exclama justo cuando me acerco hasta donde está, aunque apenas la oigo con todo el estruendo de alrededor.

Sin frenar del todo, me quito el caso y lo dejo caer al suelo. Mi inclino sobre la valla, la rodeo con los brazos y la levanto como si no pesara nada. Su risa vibra contra mi pecho antes de que la bese. No es un beso apresurado, sino un beso lento, de celebración. Es el beso de alguien que ha ganado en más de un sentido.

Cuando la dejo de nuevo en el suelo, nuestras respiraciones están entrecortadas.

—Nos hemos clasificado —le digo con una sonrisa, la misma que soy incapaz de borrar desde hace unos minutos—. ¿Estás un poquito orgullosa de

tu novio?

—Muy orgullosa. Lo haréis genial. Estoy segura de que llegaréis a la Frozen Four.

—¿Llegar? —repito con una ceja alzada—. Vamos a ganarla, nena.

—Había olvidado lo desmesurado que tienes el ego —responde burlona.

—Y yo lo guapa que estás con mi camiseta —le digo, tirando suavemente de ella para acercarla otra vez.

Hailee vuelve a reír, y esa risa suya me atraviesa como una corriente eléctrica. Desde que empezamos a salir hace unos meses, no se ha perdido ni un solo partido. Siempre está ahí, en las gradas, con su gorra del equipo, mordiéndose los labios de los nervios y, lo más importante, con los ojos fijos en mí. Hacía mucho que no jugaba para alguien, no desde que me fui a la universidad y mi padre dejó de venir a verme. Ahora la tengo a ella. Y eso lo cambia todo.

—¿Has recibido alguna respuesta? —le pregunto mientras jugamos con nuestros dedos.

Sé que envió su manuscrito a varias editoriales especializadas en psicología y autoayuda, y también sé cuánto ha puesto de sí misma en ese libro, cuánto le importa, y aunque intento no atosigarla, no puedo evitar preguntarle casi todos los días.

Ella desvía la mirada un segundo y su sonrisa se curva mientras una ráfaga de duda la golpea.

—No, todavía no. Pero esas cosas suelen tardar. Es un proceso bastante largo —responde con tono tranquilo, pero sé que le cuesta.

—Oye, mírame —le pido tomándola de la barbilla con cuidado. Normalmente ya soy más alto que ella, pero con los centímetros extra de los patines, tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para sostenerme la mirada—. Te aceptarán. ¡Qué coño! Se van a pelear por publicarlo. Has escrito algo increíble, Hails. Ese libro va a ayudar a un montón de gente. Igual que tú me ayudaste a mí.

Me regala una sonrisa pequeña, de esas que parecen tímidas pero que esconde un sol entero detrás. No puedo resistirme y me inclino para besarla otra vez, pero antes de que pueda hacerlo, unas manos me agarran por el cuello de la camiseta y me tiran hacia atrás.

—Perdón por interrumpir el momento Romeo y Julieta, pero Easton, tío, hueles a perro mojado y a sudor. Se desmayará si te acercas más —dice Theo, haciendo que Hailee suelte una carcajada.

—¿Por qué siempre tienes que interrumpirnos? —respondo entre risas—. Voy a empezar a pensar que te gusta mi novia, capullo.

—No te ofendas, Hails —comenta él alzando las manos—, pero me van las rubias. Aunque seguro que eres el sueño húmedo de la mitad del equipo.

Sin pensarlo me lanzo hacia el bocazas de mi amigo, pero, para mi sorpresa, me esquiva como un condenado ninja sobre el hielo y corre hacia los vestuarios.

—Voy a ir tras él, a ver si lo pillo antes de que se meta en la ducha y lo ahogo ahí dentro.

—¿Crees que tiene razón? —pregunta Hailee de repente, con esa mirada atrevida que solo saca cuando está conmigo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre que huelo a perro mojado? —bromeo.

—Sobre lo de ser el sueño húmedo de medio equipo.

Sonrío como un idiota.

—Eres un sueño húmedo, eso sin duda. Pero solo el mío. Le cortaría las pelotas a cualquiera que se atreviera a imaginarte desnuda.

Su risa me acaricia los oídos antes de que se ponga de puntillas y se incline sobre la valla para darme un beso suave.

—Voy a ver cómo está Alex —dice después—. Creo que el chico de los perritos calientes lo estaba acosando para que le diera su número.

—¿Vendrás esta noche a la fiesta? —pregunto, reteniéndola por el brazo.

—No sé, puede... Pero tú deberías ir. Todos los chicos quieren celebrarlo.

—No quiero ir si tú no vas. A lo mejor podemos quedarnos en tu dormitorio y... hacer otra cosa —murmuro contra la piel cálida de su cuello.

Noto cómo contiene el aliento, peor luego me pone las manos en el pecho y me aparta con suavidad.

—Ve a la fiesta, en serio.

—Pues ven conmigo —insisto—. Ella no va a estar. Y si está, la ignoramos. No se te acercará.

Desde el incidente en su sororidad, Claire se ha mantenido alejada. Pero eso no ha impedido que nos lance dagas con la mirada cada vez que nos la cruzamos por el campus o coincidimos en alguna fiesta. Y sé que a Hailee no le gustan los conflictos.

—Vale —cede al fin—. Iré. Pero solo si luego... aprovechamos bien el tiempo —añade con una sonrisa pícara.

—¿Te he dicho ya que me encanta tu lado sucio, Hails? —susurro justo antes de besarla una última vez.



No recordaba lo graciosa que puede ser Hailee cuando bebe. Ni lo cariñosa que se vuelve.

Lleva un buen rato con las piernas estiradas sobre las mías, acurrucada contra mi pecho repartiendo besos por mi cuello como si no hubiera nadie más en la fiesta. Y yo estoy al borde de perder el control. Si no estuviéramos rodeados de gente ya le habría subido la minifalda y me la habría follado aquí mismo, en este maldito sofá. Pero acabamos de llegar y aún hay demasiadas miradas alrededor. Aunque, si me dejara llevar por la tentación, la arrastraría escaleras arriba, la metería en la primera habitación libre que encontrara y le haría todo lo que me lleva provocando con esa falda desde que salió del coche. ¿En qué estaba pensando al ponérsela, joder?

Ya he tenido que matar con la mirada a más de uno que se ha quedado demasiado tiempo mirándole las piernas. De hecho, quiero quitarme la chaqueta y ponérsela por encima para cubrirla, pero eso me haría parecer un celoso obsesivo. Aunque puede que lo sea un poco. No lo sé. Cuando se trata de Hailee, mi autocontrol siempre peligra.

—Felicidades, chicos —dice una voz que apenas distingo por encima del ruido de la música.

Cuando levanto la vista me encuentro con Mackenzie, que se acaba de unir al grupo. Theo le hace un hueco, y ella se sienta sobre un par de cajas de cartón a su lado, como si el asiento improvisado fuera lo más cómodo del mundo. No la veía en una fiesta desde Halloween. Aunque por lo que me ha contado Hailee, no es de las que salen mucho.

—Gracias, encanto —responde mi amigo con su sonrisa de galán activada—. No creo que nos hayan presentado oficialmente. ¿Mackenzie, cierto?

—La misma —dice ella con una sonrisa tímida. Sin alcohol en el sistema, parece mucho más introvertida—. Y tú debes de ser Theodore.

—¿Cómo lo has adivinado? ¿Por mi pelo rubio, por mi irresistible encanto o porque soy objetivamente el más guapo de esta habitación?

Mackenzie suelta una risa breve y juguetea con el borde de su vestido.

—Montana me ha hablado de ti.

Los ojos de Theo se iluminan como los de un niño al entrar en una heladería.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Que está perdidamente enamorada? ¿Que no puede sacarme de su cabeza? ¿Que soy el tío más atractivo con el que se ha liado en su vida?

Mackenzie niega entre risas.

—Más bien que no te soporta. —La sonrisa de Theo se desvanece al instante, pero ella se apresura a añadir—: Aunque sí dijo que eres el tío más atractivo con el que ha estado.

Theodore da una palmada, satisfecho, y se lleva la lata de cerveza a los labios.

—¡Lo sabía!

De repente, la expresión de Mackenzie cambia. La chispa tímida y juguetona desaparece de sus ojos y se queda mirando algo, o más bien a alguien, al otro lado del salón. Sigo la dirección de su mirada y la encuentro clavada en Grayson, que está riendo con McGarry y algunos chicos más del equipo.

—Ahora vuelvo —murmura antes de levantarse y desaparecer entre la multitud.

—Esos dos están follando fijo —suelta Theo con total seguridad.

Hailee, que hasta ese momento estaba concentrada en mi cuello, levanta la cabeza de golpe.

—Mackenzie tiene novio.

—Ya, pero apuesto a que no es como Gray. ¿A tu amiga le van las emociones fuertes?

Hailee se queda pensativa. Un segundo después abre la boca, pero no llega a contestar. En ese instante, Montana pasa junto a nosotros enganchada del brazo de Alex y Theo se pone de pie como si su silla tuviera un resorte.

—Deseadme suerte —dice antes de acabarse la cerveza de un trago.

—Te va a denunciar por acoso, tío.

—Te vas a tragar tus palabras el día de nuestra boda.

Y sin más, sale disparado tras ella.

A mi lado, Hailee se acurruca aún más contra mi cuerpo y se aferra a mi camiseta con una sonrisa traviesa en los labios.

—Como sigas con los besos no voy a poder aguantarme —le susurro al oído, en tono de advertencia juguetona.

—A lo mejor no quiero que lo hagas.

Joder, esta chica va a acabar conmigo.

—Podría acostumbrarme a esta versión tuya. —Le aparto un mechón rebelde de la cara—. A la Hailee atrevida y descarada que no deja de provocarme.

—Vas a tener que hacerlo. Vas a vivir con ella el resto de tu vida. Porque ese es el plan, ¿no?

Le tomo la cara entre las manos. Sus ojos brillan bajo las luces de colores de la sala, pero lo único que veo reflejado en ellos soy yo. Igual que la noche en que nos conocimos. En otra fiesta, en otras circunstancias, cuando era una desconocida con la mirada más increíble que había visto nunca.

Ahora es mi persona favorita en el mundo.

—Ese es el sueño —la corrijo—. Tú y yo para siempre, Hails.

EPÍLOGO

Vancouver, Canadá
Seis años después

—Ha sido todo un éxito —dice Glenda cerrando la puerta con una sonrisa cuando la última persona sale de la librería.

—Sí, pero estoy agotada. No pensé que fueran a venir tantos —respondo mientras dejo escapar una carcajada suave, casi vencida por el cansancio. Me dejo caer sobre la silla detrás de la mesa de firmas y estiro los brazos con un suspiro. Me crujen los huesos, las piernas me pesan y hasta los dedos me duelen un poco de tanto escribir dedicatorias.

—Siempre vienen muchos —me recuerda Glenda con tono sabio mientras se encamina hacia el almacén—. Cada año más.

Me lanza un guiño cómplice antes de desaparecer tras las cortinas color vino que separan el salón principal del fondo de la tienda.

Por primera vez en horas, me permito relajarme de verdad. La librería ha quedado en silencio, teñida con ese eco leve que dejan las conversaciones recientes. Afuera, las farolas proyectan sombras alargadas sobre la acera, y el escaparate emite una luz tenue y cálida gracias a las dos lámparas colgantes estilo retro que penden del techo. El aire huele a papel envejecido, a tinta y a la mezcla dulce del té de manzana con canela que Glenda siempre prepara para los eventos.

Me encanta esta librería.

No solo por su carácter acogedor, con las estanterías desordenadas, los sillones de terciopelo gastado y las plantas que crecen desbocadas en cada esquina. También porque fue la primera en la que vi expuesto uno de mis libros cuando nos mudamos a Canadá. De eso hace ya casi seis años, y desde entonces, no he dejado de escribir.

Acabo de publicar mi quinto libro, y no podría estar más orgullosa. Por otra parte, el estudio de yoga que abrimos el año pasado también va viento en popa. Todo parece estar en su sitio. En equilibrio.

Cierro los ojos solo un segundo, disfrutando del silencio y del calor suave de la lámpara que cuelga sobre mi cabeza. Creo que voy a quedarme dormida del agotamiento, hasta que una voz me saca de mi pequeño estado de paz.

—¿Hay tiempo para una última firma?

Abro los ojos de golpe.

Easton está ahí, de pie, al otro lado de la mesa, con el libro abierto en las manos y una sonrisa que me arranca el aliento. Lleva el pelo algo revuelto, la chaqueta deportiva con el logo del equipo se ajusta a sus hombros anchos de esa forma que tanto me gusta y, aunque el cansancio no se disfraza en absoluto tras sus ojos chispeantes, está guapísimo.

—¿Qué haces aquí? —exclamo, incorporándome tan rápido que casi tumbo la silla. Rodeo la mesa en una zancada y me lanzo a sus brazos, que me reciben con un abrazo fuerte y cálido—. Creía que llegabas de madrugada.

Se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa.

—No he venido con el equipo, cogí el vuelo de antes. No podía perderme tu firma —dice apoyando su barbilla en mi hombro—. Ni tu cumpleaños.

Se separa con una sonrisa pícara, y entonces mete la mano en su bolsa de deporte y saca un paquete rectangular envuelto en un papel cursi de ositos y corazones. El lazo está hecho de forma torpe, lo cual me parece aún más tierno, porque sé lo mal que se le dan estas cosas.

—Feliz cumpleaños, nena.

Lo tomo entre las manos y no puedo evitar reírme. Es ridículamente adorable. Empiezo a rasgar el papel con emoción contenida, y cuando abro la caja y veo lo que hay dentro, me quedo congelada.

—No puede ser. ¿Cómo lo has conseguido?

—Un buen mago nunca revela sus trucos —responde con esa media sonrisa que siempre me derrite.

Saco con delicadeza la pluma estilográfica negra, vintage, de los años cincuenta. Es preciosa. Su cuerpo curvado, el brillo del metal antiguo... Toda una maravilla. Hace unos meses la vi en el escaparate de una tienda de antigüedades y me enamoré. Volví varias veces solo para mirarla, pero un día desapareció.

—Muchas gracias —susurro aún sin creérmelo—. Sabes cuánto la quería. Cuando fui y ya no estaba pensé que...

—Ya la habían vendido —me interrumpe suavemente. Luego me mira como si hubiera esperado semanas para ver esta reacción.

—¿En serio?

Asiente.

—Eres el mejor.

Lo beso. Porque no puedo no hacerlo. Porque es demasiado. Porque Easton siempre ha sabido leerme sin que tenga que decir una sola palabra.

—¿Cómo estás? —pregunta envolviéndome otra vez entre sus brazos.

—Bien... Agotada, pero feliz. ¿Y tú? ¿Qué tal el partido? Siento no haber podido ir, pero no podía cambiar la firma de fecha.

—Lo único malo fue no tenerte allí —responde con los labios contra mi frente—. Lo demás fue bien. Ganamos, aunque por poco. Y un defensa se nos ha lesionado.

—¿Está bien?

—Esguince en la muñeca, nada grave. El muy idiota se lanzó de cabeza contra el portero y acabó empotrado en la portería.

Suelto una risa al imaginármelo.

—Te he echado de menos —digo de pronto—. No me gusta cuando juegas tan lejos.

—Lo sé —me susurra al oído—. A mí también me cuesta. Y por cierto, creo que no soy el único que te ha echado de menos. Tus padres me han llamado unas veinte veces para pedirme que te obligue a llamarlos.

—Ay, lo sé... —gimo con culpa—. Es que he estado hasta arriba con las firmas. Pero ya se acabó, hoy era la última.

—Menos mal —dice dejando caer la mano sobre mi vientre ligeramente abultado—. Tanto estrés no es bueno para ella.

Le lanzo una mirada divertida.

—¿Cómo estás tan seguro de que es una niña? Podría ser un niño.

—Podría —admite con una sonrisilla—. Pero me encantaría que fuera una niña. Y que tuviera tus ojos.

—¿Por qué?

Su mano se mueve con ternura por mi barriga mientras la otra me acaricia el mentón.

—Porque tienes los ojos más bonitos que he visto nunca. Y sería genial verlos en versión mini.

Me pongo colorada y él me besa. Lo hace despacio, sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Y en este momento, bajo las luces de la librería vacía, rodeados de aroma a papel, a madera vieja y a té con especias, siento que todo está donde debe estar.

El sueño se ha cumplido.

PLAYLIST

«Snow On The Beach», Taylor Swift
«Message In A Bottle», Taylor Swift
«That Way», Tate McRae
«Enchanted», Taylor Swift
«Ocean Eyes», Billie Eilish
«Nice To Meet You», Myles Smith
«Close To You», Gracie Abrams
«Style», Taylor Swift

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro fue toda una montaña rusa de emociones, pero no puedo estar más agradecida de todo lo que aprendí de ello.

Primero, quiero dar las gracias a mi novio, Louis, que siempre ha estado ahí apoyándome incondicionalmente. Gracias por ser mi fan número uno y por creer en mí cuando ni yo misma lo hacía.

También quiero agradecer a mis amigas, Irene y Yanira, el haber estado siempre a mi lado y nunca juzgarme. Y a las chicas del club de lectura, en especial a las de Marcus Hamilton (ellas lo entenderán). Chicas, desde el primer momento en que os anuncié que iba a publicar un libro, no dudasteis en mostrar interés, entusiasmo y apoyo. Además, que sepáis, que os habéis convertido en mi pequeño grupo de confort virtual. Gracias, gracias y mil gracias.

Por último, pero no menos importante, quiero agradecer a las chicas de In Ediciones por su maravilloso trabajo, por tratar mi libro con tanto cariño y por sus consejos. Y, sobre todo, a Naiara, que además de ser mi editora (una increíble, por cierto), se ha convertido en amiga. Quién me iba a decir a mí que acabaríamos coincidiendo en Dublín... ¡Qué pequeño es el mundo y qué curiosa es la vida!

Y, por supuesto, gracias a ti, lector, por haberle dado una oportunidad a esta historia.

SOBRE LA AUTORA

Mi nombre es Isabel, aunque siempre le digo a todo el mundo que me llamen Isa. Nací en 2001, en Valencia, pero me mudé enseguida a Galicia, donde no solo empezó mi nueva vida, sino también mi viaje dentro del mundo literario.

Comencé, como todo niño de mi edad de la época, leyendo a Gerónimo Stilton. Sin embargo, no fue hasta que cayó en mis manos un ejemplar de Harry Potter y la Piedra Filosofal que me di cuenta de que quería que los libros formaran parte de mi vida para siempre.

Desde entonces no he dejado de escribir (ni pienso dejar de hacerlo). Actualmente también creo contenido sobre libros en redes sociales, donde no solo estoy formando una comunidad maravillosa y conociendo personas con mis mismos gustos, sino que también estoy aprendiendo y mejorando cada día.

- Instagram: bookv_ibess
- Tiktok: issaabooks.